Elogías.

Hagustín Gori

Título: *De recobradas elogías y su total pulverización*

Plan de Tesis Doctoral



A quienes deje de ser

al finalizar estas páginas.

El acontecimiento I

; y entonces, en ese–Singular–Instante, el maestro decidió callar.

Y así se manifestó el silencio. *Su* silencio. Individual, impar, único. Pues en el principio no fue el silencio; o al menos, no este. El silencio vino después. Toda una madeja de contingencias - entre cotidianas y esporádicas - le hubieron o habrían precedido. Acaso, bien escondida entre estas, camuflada quizá, entre estas, la especificidad de un hecho que mereciera tal conducta, incluso, la justificara.

Y si en verdad lo acompañó un acto abrupto u oportuno que en esencia lo ameritaba, o tan sólo nació de un capricho mitológico de cierto didactismo en sí mismo, ¿quién soy yo para afirmarlo? O decidirlo aún. O encapsularlo. Es todavía temprano, y mucho más resta por transitar en este plano cartográfico-gramatical del todo incongruente.

En su acontecer: auto-acallamiento conciente, voluntario, ¿necesario? ¿Profesoral y pedagógico, tal vez? ¿Fruto y efecto de un anonadamiento intempestivo? ¿Metafísico? ¿Existencial? Lo cierto, cuanto menos contrastable, es que lo particular determinante de ese-Singular-Instante resulta de su ininmediata percepción (¿concienciación?) hacia el interior del universo áulico.

Pues. Como si *su* voz continuara atemperando los ánimos del salón, los estudiantes mantenían ininterrumpidas sus conversaciones y charlas casuales; como si la explicación de cierta temática superflua fluyera en el telón de fondo - rutinario y habitual -, las conductas y accionares escolares no demandaban pausa ni espera alguna; como si un hálito fugaz no se hubiese desterrado del perímetro circunscripto hacia lo etéreo; como si las travesías del día-a-día no demandaran ya más estados de alerta expectante y de vigilia premeditada; como si la vida – con todas sus caleidoscópicas bifurcaciones – no precisara de ciertos saltos al vacío; como si el orden mismo no se estremeciera también al sacudir sus estanterías todas; como si el discurso pudiera sostener, a pesar de la gravedad que ello implicaría, cada uno de sus efectos de verdad (¡liviandades si las hay!) frente a cada

exabrupto de-constructor de sentidos; como si ese hilo rojo finito - ¡bien finito! - no callera de todas esas orejas; y como si esos charcos escarlata no estuviesen afluyendo a los pasillos e inundando las certezas dadas por supuesto; como si no se estuviera encubriendo en disimulo cada salpicón sobre los lácteos guardapolvos; como si los fracasos impensados no estuvieran ya todos tramados; como si el papel escrito por otro no coincidiera con el personaje representado por uno mismo; como si no se encontraran todos desgarrados y desarraigados por tanto como-si; como si esto fuese normal; como si lo esperado ocurriera tal cual el como si, o no; como si sí, sí; como si no, tal vez; como si tan sí que a veces ¿para qué?; como si todo esto y a un mismo tiempo como si nada pudiera…; como si el maestro no hubiera callado nunca, así el mundo siguiera. Así sus estudiantes (¿no?) respondían. No había señal de percato. Ni percance alguno. Aun.

Ni tan siquiera la alumna de la pregunta; aquella estudiantada persona cuyo interrogante arrojado o cuasi-escupido en las inmediaciones del escritorio de frente a todo, aquella sujeta que tanto matemática como lógicamente podría encasillarse bajo el común nomenclador de "causa" (¿"detonante"? ¿"motivo"?). No. Tampoco ella rescató al silencio declarándolo como inusual. Días después, incluso, frente al pelotón de fusilamiento, o la interrogación ambientada en la dirección del colegio, ya que a estas alturas no es mayor la distancia y se sienten parecido, aquella alumna de la pregunta recordaría con todavía cierta parsimonia el modo en que volvió a su designado asiento reticular sin prestar mayores sospechas sobre la falta de respuesta vivenciada.

No fue sino hasta pasados ya varios minutos consecutivos, casi arribada la hora del receso inter-clases, que uno de esos estudiantes que se refugian en los inadvertidos espacios del medio del salón (espacio embozado o espacio vacío entre dos extremos de fácil percepción), registró la particular actitud inaudible del docente. Señal de alarma contra castigos activada. Actitud especial que no demandaba tanta averiguación acerca de su origen como respuesta inmediata en busca de una resolución pacífica. Supervivencia escolar en su expresión acostumbrada (reingreso al grado cero de

estas clases). Y sacando así a relucir cierta maña adquirida por el trascurso de tanta estadía en…, de tanta vida institucional/educativa con…, fue así instando, este alumno del medio, entre guiño y seña, y grito seco y nombre propio, a que el resto de sus coetáneos adoptaran esas estatuarias posiciones sarmientinas de modelo normalista, de alumno idílico, de señorita de bien, de actuales futuros ciudadanos y ciudadanas. Para el paso del enojo. Para el no fue personal sino que. Para el todos contentos y el todas contentas. Para el… ¿para él?

Y sin embargo, por más vuelco a la manera esperada, otrora deseable; nadie pudo, ni nada tampoco, destronar al abrumador silencio.

Si primeramente, todas - o casi - las hipótesis iniciales apuntaban al acostumbrado descontento aleccionador contra lo juvenil desaforado, y allí desbordante, lo cual hubiera sido un debut para *el* maestro, quien nunca recurría a esta estrategia disciplinaria; su persistencia temporal obligó a rechazar de lleno lo antedicho, y efectuar entonces denodados saltos explicativos. ¿Reflexión demorada y diferida? ¿Estado nervioso bajo receta? (De esas licencias ya varias en el corriente año). ¿Narcolepsia matinal? Todo barrido por el estruendo cimbrónico de la micro-recreación cronogramiada. Hasta los más consternados y apesadumbrados de la división rápidamente ofrecieron sus semblantes despreocupados, retirándose del salón de clases con una leve seña de asentimiento dirigida al docente. Y que ya se le va a pasar. El jueves ves que vuelve a estar como siempre.

El cuadro quedó así conformado. Un maestro sentado en el escritorio de frente a todo, sólo acompañado por su callar incognoscible. Y la historia nunca escrita de cómo un maestro devino en silenciante.

Desvaríos coreografiados, caligrafiados. Deli(dia)rios de una investigación académica (¿academicista?). El presente *corpus* corresponde a una cierta recopilación de actos de escritura - propios, ajenos, radicalmente extranjeros -, más menos azarosos, más menos planificados. Más. O menos. Todos acomodados (más nunca acondicionados) en (dar) busca del sentido de un silencio.

Al no ser aun el momento oportuno para presentaciones formales o acordes a la ocasión, baste por ahora la mera aclaración de que soy un narrador posible entre muchos otros (posibles e imposibles). Seleccionado de entre ellos, de entre ellas, por un proceso cuyos criterios desconozco, aunque bien podría aventurarme a suponerlos, inclusive inventa(ria)rlos, como ya hago con casi todo lo demás. Y mientras otras voces plasmadas al papel hubieran optado por un itinerario desemejante, por diseñar otra forma para albergar este mismo relato (si es que esto es un relato), o hasta llegar a los límites de encontrar otro uso (disímil) para que esta estructura consiga darle cabida a un hecho que no sea el de mi interés, o quizá si lo sea, ya que de momento ignoro el hecho que me figuro ellos, o ellas, podrían querer escribir dentro de este corsé; pero el punto es que yo soy el yo que está aquí escribiendo (que está-aquí-siendo), y este es el trazo en hoja de ruta que bosquejo para mi honesto (des)andar. Porque es lo que me sale. Y porque es lo que disfruto. Y porque en cierta medida – y lo escribo con plenísima conciencia de mis limitaciones en el oficio de relator – por algo fui yo elegido entre tanto candidatario para este puesto.

Así que, posible diagramación del mío accionar: indagatorias reconstrucciones. A modo de armado del rompecabezas de una ausencia, donde es la pieza faltante la que le otorga el sentido fundacional a la empresa de concatenación de los ciertos elementos. Dialemántica de sentido-sin-sentido. Paso primero: seleccionar dos fragmentos de la ilusoria imagen para desentrañar su posibilidad de conexión lógica y coherente. La estética fue siempre una condición opcional. La consistencia es aparente dentro del saber que le da cabida. Paso previo: determinar la pieza faltante, la última; cuyo misterio provee de dirección al resto de la hazaña (al resto de los pasos subsiguientes, incluido el primero, ya especificado previamente). Anhelo de esfinge a la inversa: se determina una repuesta (construida o tomada prestada de donde sea, de donde se pueda) para adivinar la pregunta que le diera sentido. U origen. Toda existencia precede a cualquiera de sus esencias.

Pero basta ya de tanto anverso de corolario. Y especial atención pido sobre este silencio. Que yo no me resguardo en la memoria, y no hay ningún mejor en lo que sigue. Pero hace ya un par de hojas que inicié mi narración. Y en la siguiente continua este recorrido.

Tentativas de indagación:

Borrador[1] I

---

[1] El siguiente apartado, como la totalidad de los mismos resguardados bajo títulos semejantes, fue(ron) escrito(s) entre 5 minutos y 11 años antes de ese-Singular-Instante en que el maestro decidió callar. El registro temporal específico para cada uno de ellos no resulta de particular relevancia para la presente aventura y, por tanto, su exposición no responderá a una estabilidad crono-lógica, así como tampoco aclaración alguna figurará a modo de epígrafe u ordenador de los (con)textos.

Sin embargo, considerando la virginidad experiencial del fragmento en cuestión para cualquier lector aquí iniciante, el narrador-recolector (abusando de la tercera persona del singular y del particular vestigio de seriedad que le aporta a la ocasión) reconoce la necesaria pertinencia de contextualizar, aunque sea a grandes rasgos, la escena fundante (o propulsora) de dichos escritos; los cuales pertenecen a pluma y reflexión (o lapicera y escritura urgida) de cierto aprendiente devenido en profesor.

Reste advertirse que el primigenio ensayo correspondiente a este borrador - número uno, o cero - surgió a partir de una cierta estancia, eventual y fortuita, en un Simple Pasillo. Simple Pasillo como cualquier otro pasillo simple, con la única excepción que no era un cualquier pasillo otro sino específicamente este. Así como un, por aquel entonces, aun alumno de colegio secundario de la provincia de… quien deambulaba, o esperaba, o apuñalaba relojes, en el Simple Pasillo ya mencionado.

Esta escuela (la del Simple Pasillo) pertenecía al grupo de aquellas monumentales instituciones, semi-educativas semi-eclesiásticas, de principios de siglo pasado o, quizá, fines del anterior a ese; importadas desde Europa junto a determinados discursos pedagógicos de cartilla feligresa y emprendimientos mesiánicos de utopías trasmundanas. *Anacronías severas* como patologías diagnosticadas, estos colegios supieron abandonar los castigos corporales frente al desvío arbitrario

(tarde, demasiado tarde), para ubicar en su lugar a todo un amplio repertorio de tácticas sutiles y micro-físicas que posibilitaran la continuación ininterrumpida de producción, reproducción y su consecuente interiorización - a gran escala, globalización planificada - de sugestiones y culpas auto impuestas. Dato que si bien irrelevante (o no) para esta nota, vale no descuidar o dejar de mencionar (tal vez) para futuras apreciaciones.

Y en trazo longitudinal a la infraestructura edilicia (y la arquitectura discursiva) de tamañas organizaciones escolares es que se encontraba nuestro Simple Pasillo. Tan pulcro como austero como su nombre también lo supone o lo da así a entender. Y de no estarse escribiendo ahora esta historia, probablemente también intrascendente pasillo simple.

Ubicado transitoriamente en este nicho geográfico, Valentín, estudiante del último curso, sección tercera, tan cerca a bachiller de ciencias sociales y humanas que quemaba de impaciencia y premura. Y tal como todo adolescente que alguna vez se sintió - o le hicieron así sentir - pensador sagaz para su generación, incomprendido acérrimo por las convenciones del momento, morador de los límites de lo normal, viajero hacia un *más allá* sin importar cual sea este *más* del que uno hable, de cualquiera sea este *acá* del que uno escape; como todos ellos - los contemporáneos - Valentín ansiaba la culminación de la así llamada "etapa" vital por la cual se encontraba transitando, y bajo la cual estaba siendo así catalogado por el resto. Por todos ellos y también sus restos.

Nada en su fisonomía llamaría la atención o tentaría a su elección como personaje de relato alguno, incluso de uno como éste; salvando el acontecer de que un día no-cualquiera en particular sintió este muchacho la urgente necesidad de plasmar por escrito ciertas palabras, con cierta lógica y dinámica de ilación – aunque de calidad cuanto menos dudosa -, y que unos años después, algún narrador-recolector en trágica búsqueda de dar sentido a un silencio daría con ellas - las palabras - y les encontraría o inventaría algún valor.

Aun así, por esos tiempos, y bordeando la culminación de esas edades pueriles tan de todos; apenas sobrellevando (tal vez sobreviviendo) a las *awkwardness*es corporales y sensitivas tan

características, Valentín se presenta al observador como un joven dubitativo y atemperado, por momentos reflexivo, por momentos sagazmente hilarante. Con casi metro ochenta (salvo esas últimas centésimas que irritan al sistema decimal) y 74 kilogramos casi constantes, vivencia Valentín su pasar casi desapercibido para la casi totalidad de personas que casi lo conocen, o al menos creen hacerlo, o casi. En fin, un muchacho. Adolescente.

Y ocupado en su estar-siendo de esta manera (y sólo de esta), aunque sin preocupación o labor mayor a esa, es que se encontraba Valentín por el Simple Pasillo en el justo y preciso instante en que fue interceptado por el tan ensayado y burocrático andar de la vice-directora de la institución escolar; personaje quien no tantos años ha supo ocupar, en su propia vez, el rol de profesora de Literatura para los cuartos años de ese mismo recinto. Entre ellos, los alumnos de cuarto año, también nuestro postergado personaje.

De este co-incidental encuentro, rescató esta segunda figura, de apellido Peralta, de nombre G…, la inmemorada petición, pendiente al momento, que debía presentar (no, mejor, que debía proponer), que venía o ya había decidido encargar concretamente a Valentín. Del fundante diálogo co-construido entre ambos, aun no se han recobrado los necesarios registros, transcripciones o remembranzas por parte de ninguno de los allí participantes; ni testigo circundante a la escena en cuestión pudo brindar alegato valedero al presente objetivo taquigráfico. Sin embargo, contemplando la minuciosa investigación aun-en-curso, sería posible atisbar una reconstrucción convincente sobre los sentidos allí intercambiados. Interrogantes probables; respuestas ensayadas y escenificadas; aciertos, malabares y vituperios. Recuerdos perdidos. Suposiciones.

A continuación, por tanto, se presenta un exhaustivo resumen de la mentada falsificación a la cual se vio obligado a proceder el narrador-recolector – son ya tantas las licencias tomadas (poéticas y no tanto) que para que aclarar que… y sólo cuando…-. Y acaso una propuesta alternativa a una conversación del todo huidiza. Solapadamente esquiva. Pero ya que o ¿qué más nos da? ¿Qué más se puede…?; léase (acaso) antes de quemarse (o descartarse por entero):

Un viaje de egresados del cual se regresa hace sólo instantes; un viaje de egresados siempre mayor a sus excelsas expectativas; un viaje de egresados incubador de historias compartidas; un viaje de egresados que precisa de ciertos silencios ineludibles; un viaje de egresados para conocerse, incluso al que menos…, y así y así…; un viaje de egresados para encontrarse, para re-encontrarse, para de(s)velarse; un viaje de egresados conformado en mapa para encontrar las propias coordenadas; un viaje de egresados para bucearse hasta el pudor; un viaje de egresados como anacoluto que un estudiante estalla; y así un estudiante que volviendo se reinventa; y así un estudiante que volviendo se desconoce; y así un estudiante que se siente diferente a como un estudiante se…; y (también) así un estudiante que se piensa distinto; y así un estudiante con necesidad visceral de escribir el diario de un estudiante que vuelve - (r)egresado - y no escribe porque vive; y así un estudiante que pateando se cruza con su entonces ex -profesora; de su entonces ex –profesora que le arrima un pedido de escritura; de su entonces ex –profesora con pretensión de lectura pública y en voz alta; de su entonces ex –profesora que espera y ansía un discurso de egresados; de su entonces ex –profesora que se emociona cuando habla y proyecta a futuro; y así un estudiante que reflexiona sobre el egreso; y así un estudiante que memora su experiencia y teoriza sobre la educación recibida; y así un estudiante que cree y que sabe que nada fructífero sale de un así estudiante discursando sobre el tiempo tan distante y a la vez tan reciente…; de su entonces ex –profesora que quiere sea sólo Su voz la que adorne una ceremonia; de su entonces ex –profesora que no exige explícitamente pero se decepciona si un no de un estudiante; y así un estudiante que se encuentra, o al menos así lo siente, en una encrucijada; y un discurso todavía inexistente que clama ser erigido; y un discurso para el cual sobran clichés y estereotipos que siguen conmoviendo a los oídos poco exigentes; y un discurso que por anticipo debiera estremecer subjetividades, aun las más ajenas; y así (el cómo) un estudiante que supo bocetar algún relato o cuento valioso se convierte en opción predilecta de su entonces ex –profesora; y una conversación que torna incómoda; una pregunta en una conversación que abruma y sobre-pesa; una respuesta (a esa pregunta) no dicha ni

oída ni disimulada; una incerteza que levanta sospecha, o debería; una actitud que genera reacciones-contra-efectivas; una ausencia que habilita esperanzas; y así un estudiante que posterga lo impostergable; y así un estudiante que esconde lo presagiable; y de su entonces ex –profesora que sonríe cordialmente; de su entonces ex –profesora con expresión relucida de misión cumplida a su antojo; y un discurso que se asoma; y un discurso que se presiente y ya casi se toca con la punta de los dedos; y un discurso que también tal vez nunca exista; y un discurso que si también tal vez existe dependa de otro estudiante; de otro estudiante que se convierte en opción segunda; una opción segunda que casi siempre viene después de la primera y antes de… y ya se entiende; una opción segunda casi tan buena, tan igualita, pero nunca tanto ni tan siquiera; una opción segunda que es un otro estudiante que puede tropezar en viejos clichés y estereotipos ya sabidos; y un discurso que se aleja y ya se ve bien chiquito como un punto imperceptible o una mosca minúscula mientras otro discurso opción segunda se eleva; otro discurso disímil; otro discurso que quizá bueno o mejor pero aun así distinto y opción segunda; de tantas opciones y posibilidades como caminos y desvíos del sendero; de tantas excepciones como alternativas y planes hipotéticos al cuadrado, al cubo, y al romboide; de tantos registros, no-registros, anti-registros y sobre-registros falsificados; de tantas justificaciones difusas; de tantos sentidos dispersos; de tanta sangre emanada de una escritura no correspondida; y a fin de cuentas un discurso que se inicia como borrador número uno en un cuaderno muy privado y bien escondido; y a fin de cuentas su entonces ex -profesora que no vaticina desencantos ni fracasos; y a fin de cuentas un estudiante que sin importar pretensiones intrusas piensa y escribe y oculta, y espera. Y a fin de cuenta un estudiante devenido también en escritor del fracaso de un escribir sin nunca enseñar, de enseñar en algún después pero nunca su escritura, de perseverar en pasiones secretas y anhelos instituyentes. Y así un estudiante. Su entonces ex –profesora. Y un discurso en el entre.

Nada queda aquí por sumar a un intento de recopilación falsionaria de susurros distantes (que no es conversación pero cómo escribirla de otra manera). Sirva de fundamento o explicación

Discurso:

Buenas tardes. No

Buenas noches. Mejor

Sólido inicio.

Lluvia de ideas: egresados, pensar en los egresados, pensar en… la celebración para los egresados, en… la educación, en la transmisión, La transmisión…

transmisión, tradición, la Traición, la Gran T…, o, la…

ruptura, el derrame, la fuga,

fuga, fugaz, no perdurable, recordable, cuando lo recuerdo… me río o me emociono, pero cuando lo recuerdo ya no soy el que lo hizo o lo pensó, me transformo

Recordar porque primero estuvimos, recordar porque primero nos conocimos, recordar porque acá vivimos, Recordarlo todo, recordarlo bien, noche de recordar los pasos, para recordar los pasos pasos calzados y pasos sin nada, pasos todos, pasos ausentes, camino construido con pasares, con pesares, y nosotros, y un fin que no es fin porque también ahora seguimos, y a otra cosa. Pero reflexionar sobre la noción de fin y también de principio, darlas vuelta, ponerlas de costado, desordenarlas, desacomodarlas, IN-a-comodarlas.

Seguir pensando escribiendo seguir pensando si. NO.

A ver. Devuelta,

---

tambaleante para el resto de los escritos rescatados que, bajo este título, sean, por obra del narrador-recolector, así resguardados.

Tentativas de indagación:

Borradores II

Buenas noches a todos (frase tachada) *Hoy quisiera* (palabra tachada) *hablarles, comentarles. Hoy quisiera dirigirme a ustedes para. Hoy. Hoy quisiera. Nueva pausa. ¡Cuánto cuesta la puta madre!*

Temas a considerar (versión dos): experiencias vividas, compartidas; características de la etapa escolar (del secundario); incluir alguna broma interna sobre docentes y directivos (olor a chivo de la Varela, o al menos su voz estridentísima, supersónica, tal vez imitarla (si sale bien: risa asegurada); miradas libidinosas y lascivias de Carlos T… especialmente a Myrna); reflexionar sobre la función ausente del secundario, su incapacidad para con nosotros, el cómo nos defraudó, divagar sobre el tiempo vivido, si esto es realmente una etapa, no se siente como una, como etapa ¿cómo qué se siente? o si sólo es un corte azaroso, arbitrario, anacrónico diría Borges como en su Sur, ¿qué quería decir bien anacrónico?. Nota: buscar alguna cita de algún escritor reconocido; tendría que haber leído más, se me facilitaría la tarea, pero corte arbitrario, corte al fin, para tener una escusa de brindis, de tener un título en la mano y todavía no sabes que mierda vas a hacer con tu vida, De tu vida, o tal vez aunque sea sabes qué querés estudiar o al menos sabes dónde lo podes hacer con cierta conveniencia horaria y geográfica, o no, o al menos señalar dónde vamos a empezar a hacer todo eso (ya que los cambios de facultad y de carrera, o ambas, o cada una por separado, ya son como moneda gastada, muy corriente), o ya lo empezamos y no nos dimos cuenta, mandar a la mierda los cortes y las etapas, aprovechar la noche y las palabras (los trabajos y las noches) para preguntarse, para preguntarnos, y gritando bien fuerte a su vez, si la escuela cumplió lo prometido, si lo prometió en primer lugar, en alguna vez, y si no lo prometió para que mierda vinimos (no es que igual no hubiéramos tenido otra opción y no nos hubieran depositado; no generalizo, hablo desde la experiencia, un depósito), quien se encargaba realmente de cumplir esa

promesa, a dónde deberíamos habernos ido. Hoy vengo esta tarde que ya es noche a preguntarles, No. Hoy quisiera que nos preguntemos. Casi. Hoy quisiera aprovechar el Tiempo para revivir ciertas experiencias, repasar ciertos pensamientos, preguntarnos todos juntos. Por ahí va más la cosa, mejor. ¿Alguien va a querer escuchar esto? ¿Quiero yo gritar todo esto mientras papá está sacando fotos y a la vieja se le asoma la vergüenza? ¿Si no digo esto, digo algo? ¿Si quieren escuchar lo de siempre porqué a mí? Más importante: ¿Qué mierda quiero decir yo? ¿Qué mierda quierE decir yo? Decir que si no lo digo, no lo dice nadie, aunque muchos lo piensen y aunque muchos cuando lo escuchan entienden que siempre lo pensaron sin saberlo y mucho menos decirlo. ¿Cómo quiero decirlo? ¿O escribirlo? Con una mejor o mayor cultura lectora esto sería otra cosa. Trastabillar entre quien habla lindo pero no sabe que decir y quien tiene mucho por escupir y no sabe cómo que se le cae la baba y se mancha la ropa. Y yo me caigo entre ambos. ¿Qué voz me habilitaría hablar como bien yo? Es una pregunta válida esta última. ¿Por qué seguir gastando tinta y hojas en escribir lo primero que se me cruza por la cabeza, sin ningún tipo de discernimiento? Pero igual se piensa distinto cuando se escribe en papel que cuando se lo guardo todo para uno en la cabeza. Aunque después no se lo lea. Aunque después nadie se entere. ¿Ensayos de escritura para mí? Disfruto esto demasiado más de lo que esperaba y espero que no me joda para estudiar después Derecho, y espero pueda juntar ambas cosas de alguna forma o de alguna vez. ¿Escritura derrotada que se refugia en las sombras? Espero que no tanto ni siempre. ¿Por qué discursar? ¿Por qué a los egresados?

Buenas noches a todos. Soy V… y estoy para leerles algo que estoy escribiendo… escrito que empieza con un preguntarnos… pregunta que escapa a ciertas respuestas…

Tentativas de indagación:

Entrevistas I

Juan Palma. 19 años. Estudiante. Sentado en el banco del patio del Colegio Nº 5… de la Provincia… Septiembre del 2019.

Usted pregunta, y hace muy bien en preguntar. Dudo que a la mayoría les importe mucho estas cosas. A decir verdad creo que les chupa bastante los huevos. Por eso al final terminé diciendo que si cuando me dijeron de venir acá y charlar con vos. La verdad es que igual no sé muy bien qué es lo que decir, viste. Ah. Si. Igual de eso tampoco es que se pueda decir mucho… que yo tenga algo para sumar que no haya dicho el resto. ¿Me imagino que ya hablaste con otros? ¿Con Isa tampoco? Ah. Digo porque ella siempre es de las que prestan atención a todo, y copia todo… y esas cosas seguro que no se le safan. La escuchás en los recreos y se acuerda de toda la boludes que se te cruce por la cabeza. Tal dijo esto, Isa te lo dice. ¿Qué página hay que leer para mañana? 63. Y vos estás como faaa. Alta envidia te da. Imaginate lo que es en las pruebas. Puro 10 la piba. Con respeto lo digo, ¿no? En mi caso particular no es que me vaya para el orto como a otros… me defiendo. Salvo… físico-química. Esa ya está previa y aguanta ahí. La profe es re buena y toda la bola. Siempre te explica cuando no entendés, viste. Pero a mí me cuesta. No me da la cabeza para estas cosas, con mate lo mismo, y eso que me ayudaron un montón pero ya me la re llevé. Así que problema pa diciembre. Para el Juan de diciembre. ¿Qué? Dale. Y si, el profe es un genio. Es de esas personas que vienen con ganas acá, porque no todos los que vienen para acá aguantan. Mandan muchos nuevos… jóvenes digo, y te das cuenta cuando entran que tienen todas las ganas, y quieren hacer cosas re copadas, pero uno se va cansando… y siempre lo mismo, ¿no?... A veces somos bastante forros nosotros también, no te digo que no. Yo te voy con la posta. Pero el profe V… la banco siempre. No te voy a decir que esta siempre largando sonrisa por ahí, como si nada, pero te das cuenta que viene

con ganas, que lo quiere hacer a uno pensar, y ver las cosas distinto. Que no te vendan… como digamos el cuento, el verso. Siempre nos dice que cuando vayamos a la facultad esto… que cuando vayamos allá lo otro… y en casa mi vieja no tiene ni primario completo. Lee sí. Y hasta ahí. No, ni idea. No lo conocí, va, lo debo haber conocido pero ni me acuerdo. Era un pibito por ese entonces. No… ni me acuerdo.… Y como te decía, el profe es copado y te hace pensar una banda además... Y, ese día lo teníamos en TyC, porque lo tenemos en un par de materias, viste. Este año en dos nomás, en esa y en Filo, pero ya veníamos con él desde tercero. Una banda nos conocemos. Pero no estábamos jodiendo ni nada. Nos dio alguna preguntita o algo para hacer en la carpeta y cuando ya vas terminando y está por sonar el timbre ya está, sabes que lo terminas a la tarde o en casa. Yo no me acuerdo tal cual, seguro estaba conversando con Joel sobre alguna salida de la noche anterior o estaba planeando alguna jodita para esa semana, porque a esa altura del año pintan mucho las fiestas entre semana… y los finde ya re fue. Jueves en Maldeamores, viernes en Solsticio, sábado en donde sea, Diversión, Metro, Augurios, La Santa. Bueno, te imaginas. Y estábamos pendientes en esas cuando, eso sí me acuerdo, Brian me dice Juan chhhst. Me quiso callar el flaco. Y yo me doy vuelta con cara de qué querés vos, no rompás. Pero él que dale con el chhhst y que V… está esperando que nos callemos. Y a mí me daban un poco ganas de pararme y decirle que no joda más. Porque hacía bastante que yo no me lo tragaba, desde la fiesta en casa de Joy, que el pendejo se re mamo (él nunca toma tanto y menos mezclar bebida así como hizo esa vez), y terminaron echándonos a todos a las tres de la mañana por el bardo que armo. Y todavía estaba resentido yo. Ahora ya no, ya fue. No se puede uno ir cargando con todo lo malo, después el peso no te deja caminar, viste… Sí, y al final no le dije nada, porque vi que todos se iban acomodando bien en sus asientos y el profe estaba ahí sentado, mirándonos a todos, sentadito, en silencio. Entonces nos fuimos callando nosotros también, y esperamos alguna cagadita a pedos o que nos dé alguna página más del libro, o algo. Pero no, nada. Ni mu. V… se quedó ahí calladito y… nos miraba, eso sí, y sólo eso. Pero no era esa mirada de tipo enojo, o desprecio. Porque acá ya vas conociendo todas esas, sabes cuándo te miran como bicho raro,

como negro retobado, como el mala junta. Pero ésta te digo que no. Era tranquila. Como esperando algo… no me imagino que… no creo que el recreo. El profe siempre detesta cuando suena el timbre porque siempre la falta tiempo para decir algo o para leer algo o que terminemos alguna actividad o algún juego de esos que le gusta inventarnos… Igual el timbre sí sonó bastante rápido… y nosotros igual salimos. ¡Nos las re tomamos igual! Total no hay que meterle más pelo al huevo, o buscarle, era buscarle más pelo. Al huevo… Sí, pero me lo dijeron. Como te dije yo estaba en otra, hablando de joditas y ni me percaté de cuando se calló el profe… digo que dejó de hablar no que se cayó al suelo o algo así. Jesi me dijo que Flor fue a consultarle algo o preguntarle algo… yo me imagino que de la tarea o del libro… porque Flor es otra que Isa. No digo "traga" porque no me va esa palabra, queda feo, y como te dije yo respeto a los que tienen esa pasión por el estudio. A mí mucho no me llama como a ellas dos pero a veces cuando Vero de Lengua nos trae algún cuento lo leo y me entretiene. Con V… es distinto, no me gusta tanto leer lo que él nos da porque es más difícil. Yo lo escucho, y cuando habla me re interesa, y te genera esas ganas de pensar. Y volvés a tu casa y cuando ves la tele o hablas con tu hermano analizas las cosas. Porque todo es así… la sociedad, la cultura digo… la división entre pobres y ricos, y los prejuicios a los marginales… y cómo muchos lo pintan de chorro a uno o de vago por cómo te vestís, o porque viajas en bondi, porque escuchas unas cumbias o también porque venís a este colegio de repetidores. Y él nos dice todo eso y uno piensa… y quiere salir adelante… a mí mi vieja también me lo dice desde chiquito. Que ella no terminó la primaria y que a los 16 quedó en cinta de mi hermano… y por eso yo estoy acá en sexto… y salvo por matemática… y físico-química que la tengo previa estoy… y quiero terminar… y también cuando estoy con alguna piba me cuido o se cuida ella porque tampoco pienso repetir la de mi vieja… ni repetir el año ni repetir la de mi vieja. Y todo esto también lo charlo con el profe, porque él no la vivió parecido pero siempre te pregunta y te escucha… nunca te dice mucho, por eso lo banco tanto, al menos yo. De los demás no opino porque no sé, algo hablamos y tan todos masomenos en la misma. Porque otros profes o los preceptores se la dan de superados o de

superiores y te quieren como aleccionar ¿viste?, le dicen todo el sermoncito a uno… y cuando es así les decís que sí, que qué bien, y seguís en la tuya. Pero V… es distinto, se queda casi siempre callado, y te mira a los ojos con esa mirada tranquila… y te escucha, vos te das cuenta que te escucha… Si. Por eso no me llamó mucho la atención… digamos que no me sorprendí que se quedara en silencio ese día… yo ya estaba acostumbrado a verlo así… con esa… serenidad… No sé que le habrá dicho Flor pero para mí que se quedó pensando algo… porque también él tendrá cosas suyas para pensar… a nosotros no nos dice mucho. Sí de cuando estudió en un cole, distinto a este, en uno privado, y de cómo estudió en la facu… y que la facultad nos va a re gustar porque ahí te hacen pensar más distinto… y ahí sos vos pero de otra manera, más maduro digamos. Y también nos comenta cosas de otros coles en donde trabaja, porque él anda por todos lados, y hasta en la Universidad da algo de clase, creo que también de Filosofía. Así que lo de Flor ni idea… pero no era tan raro, en ese momento. Lo que sí fue raro fue que el jueves, en la otra clase, tampoco hablo. Y a la semana siguiente tampoco. Seguía como mudo por su tumba. ¿Era así el dicho, no?

El acontecimiento II

Ni silencio religioso. Ni silencio sepulcral, fúnebre.

Ni silencio preparado. Ni silencio comentado.

Ni silencio efeméride de silencio memorado, de silencio festejado, de silencio compartido.

Sino que (un) silencio más que propio. Silencio percatado.

Silencio encapsulado… en cápsula sin receta.

Silencio taimado entre tantos silencios teatrales.

Silencio que pide paciencia para poder continuar su andar… de silencio que aúlla a una luna de papel glasé pegada al techo.

Silencio como prisión y refugio de solitarios y tristes. Y finales.

Silencio como lanza política de ciertos batallares… ya perdidos o ya casi.

Silencio-simulacro-de-silencio-impostergable.

Silencio abrupto; silencio-tranquilidad-de-hora-de-la-siesta.

Silencio calladito y silencio impávido.

Diamantino silencio; silencio como la quintaescencia del estar aquí-ahora.

Silencio kairológico. Fenomenológico. Meteorológico.

Silencio astrológico. Astrofísico. Patafísico.

Silencio como la pausa del todo cuando él o ella te noto esa primera vez y ya nada volvió a ser igual.

Silencio de final abierto. De explosión orgásmica intercostal.

Silencio incomprensible para el no-silencio-parlante.

Silencio sin traducción, sin doblajes, sin dobles de riesgo.

Silencio que pide tanto que lo deja a uno mudo… por un rato.

Silencio de calendario-de-pueblo-caído; silencio descolonizador.

Silencio responsable, comprensible. Silencio testigo y silencio cómplice.

Metasilencio. Metaforosilencio. Metamorforosilencio.

Silencio del había una vez un silencio tan silencioso donde todos iban a gritar… A través del silencio de las maravillas.

Silencio agonizante en los tiempos de atropello; y por favor aplaudan quienes creen en los silencios, porque así reviven, y tal vez éste se salve.

Silencio presa pero sobre todo silencio perseguidor.

Silencio inconmensurable con pretensión minimalista y entonces

silencio

sólo el silencio

de este silencio …

Entonces un nuevo telón que se abre, o un telón que se levanta nuevamente. Sí, tal vez suena mejor el levante, pero un narrador no tiene que tomar todas las decisiones del conjunto. Apesadumbrar al lector con tanto sesgo de paternalismo barato y arrinconadas sapiencias, entre pretendidas y exuberantes, que asimismo molestan de tanto ostentar y hacen ruido y no lo dejan a uno dilucidar que se quiere decir cuando se dice o se está leyendo la palabra telón, apertura, levitación, incluso ascensión. De cualquier modo, el que usted lector pretenda, este lienzo se descorre de nuevo, o se eleva nuevamente, y se vislumbra así al modesto Colegio Secundario Novalis, segundas tablas sobre las que se posiciona el maestro, nuestro maestro-enigma de tan callado que está y que así permanece. En este caso, y a diferencia de la precedente, nos ubicamos frente a una institución público-privada, pública de gestión privada (resabios de ley federal menemista, resabor de

pizza y champagne de aquellos), cuyo tamaño y capacidad habilita albergar una cantidad de estudiantes considerablemente menor a la escuela-monumento-estatal ya referida, ínfima a comparación de esta otra. Con una cantidad de estudiantes inversamente proporcional al monto de la cuota mensual del servicio (tal parece que aquí no se vislumbra como derecho ni nada parecido)… y entonces nos encontramos con este aquí, nos encontramos con una educación de calidad para los hombres y mujeres del futuro, nos encontramos con que el futuro lo creamos nosotros, y que aquí se hace mucho más que aprender porque aprender es mucho más que estudiar, o que sólo estudiar, pero también porque hay quienes aprenden oficios y quienes crean nuevos labores y aquí seguro el segundo, sólo el segundo, porque también aquí somos cuna de líderes, y valoramos el merecer, y reconocemos el esfuerzo, y enaltecemos el emprendedurismo, y todos los demás lemas de marketing y venta de yogur descremado y bebida azucarada al por mayor. También el inglés, no vaya uno a olvidarse de la lengua del futuro que ya se nos vino encima, código con el que se escribe el futuro, pero no el de todos, sólo los de aquí y lugares parecidos, porque algunos sólo cuentan con destinos pre-fabricados, y así es como desaparecen las pedagogías de la misericordia, también para sólo algunos; y a su vez la doble jornada obligatoria, para todos – los de aquí y lugares parecidos -, de las charlas TED como materia optativa, y que las materias también se aprueban en tesorería, los salarios se mendigan en la puerta de al lado, o en cualquier otra secretaría pero no en esta, nunca, y ya usted se imagina como viene la cosa para un discurso tan corriente y archisabido, charla o discurso de pasillo, de almacén y de entremesa del asado de domingo. Discurso que unos repiten como mantra de su personal constituirse por encima y por auto-sacrificio con herencias sin consideración aparente; mientras que otros lo resignifican como caballo de batalla que se mueve como alfil en el tablero de este juego, pero luce como Simón Bolívar o Simón Rodríguez, y protesta por las distancias devenidas en distinción, y reclama una justicia social desoída desde siempre, y por una equidad real en las tierras de lo desigual constituyente (constituido). Y sin embargo la escuela sigue aquí; empresa, como tantas otras, de diplomas y titulaciones casi-habilitantes (habilitantes de una chance

para… sólo algunos), que igual no sirve desprestigiar del todo, pero que vale la pena mirar con cierta precaución.

Pues no es el meollo de la cuestión dedicarnos todavía al marco, si es que en algún instante lo haremos, con todas sus ventajas y perjuicios para lo terrenal-contemporáneo. El cuadro representado es lo que, de momento, nos atañe, y de momento no menos nos inquieta. Y hace rato que nos encontramos ya frente a él, reconociendo sus diversos matices, distinguiendo algunos trazos resbaladizos, catalogando estilos y pinceladas que nos obligan a derrumbar constantemente las tradiciones y vanguardias, bien conocidas y aceptadas hasta ahora; intentando, con todo el valor que a uno le queda, y esto estremece y hace vibrar a su vez, arrimar un poco de sentido a este marasmo de figuras varias, aun indistinguibles, todavía esquivas. Destreza de un Todo que en su obtuso solipsismo desconoce y evita apreciar a sus partes conformadoras. Partes, por momentos cándidas, de a ratos ingenuas, que prefieren ignorar o mirar para otro lado; y así y todo… partes, sencillamente, pedazos desplomados. Y a nosotros sólo nos moviliza la ferviente convicción de que en la búsqueda se encuentra nuestra ruta. Nuestro ejercicio. Relaciones de dependencia ontológica que no demandan réplica o resultado alguno para enaltecer el aprecio y reconocimiento al acto inicial de este nuestro andar anti-demagógico... La búsqueda. Todo es búsqueda. Después se podrá determinar (¡ejercitaciones *a posteriori* si las hay!) cuál era su intención o pretensión de origen. De momento: andar, búsqueda, partes. Partes de la búsqueda en su andar. Andares partidos, (re)buscados.

En el exterior el cielo se oscurecía subrepticiamente, aunque ya todos anticipaban, haya o no sido anunciada por los pronósticos matutinos, la venidera tormenta tan característica de esos meses invernales. Los presurosos pasos de algún preceptor quien corría a retirar la bandera nacional de su mástil antes de que se largara la hecatombe resultaban del todo inaudibles para los distintos actores del recinto, exceptuando, claro está, a los distintos participantes de la clase de V… Cuadro que progresivamente se nos hace fondo frecuente, tanto como el pensar en los cuadros mismos,

interpretarlos, o como evocar una cerveza entre amistades entibiándose en los crepúsculos estivales del jardín. El maestro, perpetrándose en este allí, sentado en su silla tan bien panóptica del escritorio de frente a todo; siempre circunspecto, inalterable, meditabundo. Tan adentrado en un sí mismo hermético e irremediablemente distante que todavía nos da materia que pensar (y posiblemente el trabajo postergado de escribirlo/le). Asimismo, una actividad asignada: clase de Literatura en este caso; algo de Gabo y si hay tiempo introducción a Onetti, al menos escribir en la pizarra el nombre de dos o tres de esos cuentos muy bien suyos. Los estudiantes, trabajando en solitario, a veces en pequeños grupos, con debate y discusión permitidos (avalados), siempre y cuando no se vayan mucho de tema. Cada tanto, con esporádica sistematicidad y disimulada desenvoltura, una mirada pasajera y parsimoniosa que recae sobre quien todo lo observa, y a la vez todo lo calla. La rutina múltiple nunca fue interrumpida por la espontaneidad de unas palabras perdidas o muy bien guardadas, donde sea.

Ya bien, nunca fue realmente necesaria una estentórea llamada para completar la lista de asistencias, al menos ya no a esta altura del año, en la cual los docentes tuvieron tiempo suficiente, en instituciones tan pequeñas como esta, para conciliar cierto nombre con cierto rostro con cierto joven, o cierta joven… y su cara… y su alias. Incluso para indagar sobre la excusa o motivo de alguna ausencia inesperada, bástese una rápida invención de código privado, de signo hogareño; consistente en concentrar la mirada por unos segundos estirados sobre el asiento vacío del salón, para luego deslizarla prontamente hacia el lugar ocupado más cercano, esperando de esta próxima persona una justificación que resuelva el pedido secretamente formulado.

Estrategias siempre sobraron, y noveles repertorios podían inventarse todos los días. Hasta dos veces los días lunes.

Los estudiantes, en caso de así desearlo, podían rápidamente sumarse a esta nueva apuesta, correr desmedidamente junto al andén y subirse al tren en marcha que les prometía recorrer a contrapelo por las rutinas adquiridas y ya plenamente deleznables. Deambular, de este modo, por tierras aun

vírgenes, idear variedades insondables, distribuir tareas según criterios antes impensados o hace tiempo inconexos, hasta incluso llegar a nombrar, dándoles una entidad altamente valorable, a aquellos actos que de tan insólitos que se presentan no entraban aun en los manuales de pedagogía; y que para tan sólo poder comunicarlos a terceros ausentes era necesario empezar por señalarlos con el dedo (al decir de cierto escritor que el profesor les hacía leer por esos días).

Puede que hasta entonces, o por ese entonces, una clase ni siquiera fuera una aventura propia, lúcida, extraordinaria; mero artificio del espectador invitado a subir a un escenario con las alternativas ya pautadas o el espejismo de un elije tu propia aventura sin páginas en blanco ni encendedor gratuito para incinerar lo que se quiera, a puro desparpajo. Toda pedagogía requiere de cierto nivel de entropía congruente. Y sin embargo no se caiga en el otro extremo de la equivocación, tan común como anticipable, de que las tizas que otrora deletreaban *Borges* y *espejos* y *fantástico*, deban ahora trazar todos los laberintos en los que perderse; perpetuos pasillos de lo intrincado, para después así encontrarse a uno mismo o una misma, y entenderse, o re-apropiarse. Ya que tampoco el descubrimiento y auto-exploración son posibles y suficientes sin andamiaje asistidor alguno, o marco teórico prestado (puede que tal vez explicado, explicitado).

No todo es excepción ni debería, aunque a veces ayuda. Convertir la irregularidad en una norma es carretera sinuosa, y también algo oculta. Tanto peligro expectante a la vuelta de cada decisión formativa.

En el patio el diluvio ya se hacía oír. Y sólo resultaban audibles, por esos instantes al menos, las bruscas coaliciones de cada una de las gotas precipitadas, contra lo que se encuentren, contra lo que se crucen. De todo esto en el patio. Adentro: muestrario de miradas y miramientos, los intentos de escritura (individual y colectiva) de resolución de consigna especificada, todo un bestiario de ideas y presunciones comentadas por lo bajo o resguardadas en la interioridad más íntima de cada yo. Y caen vehementemente las gotas, no cesan de estrellarse. Sinfonía diluviana allí afuera, mientras tanto en el

adentro… ¿y en el adentro? Porque resulta inconmensurablemente infructuosa la tarea de honesta transcripción de sensaciones, de los pensamientos, ¡y además están los recuerdos!, traídos todos ellos por un hilo bien finito de Ariadna que tira hacia adentro o empuja hacia afuera (o viceversa o como sea) – dependiendo la posición de mirador que adopta quien observa y tal vez interviene, pero casi nunca -. Ergo: salón de clase. Puesto que un salón de clase, inclusive uno tan sobrio y minúsculo como el que está aquí siendo presentado, invariablemente se encuentra conformado - en realidad nacido, desarrollado y en crecimiento perpetuo - a partir de un irrepetible entrelazamiento de singularidades (por) siempre heterogéneas, y divergentes, e inevitablemente disimétricas. Tantas singularidades entrechocando en el afuera como gotas sentadas dentro del aula. Y con ésta ya son veinte las veces que principié el presente apartado; intentos todos fallidos de convertir un impulso escueto de poesía sobre ausencias y lluvia invernal en drama escolar cotidiano, en que poco a poco y palabra a palabra, se ven surgir a los estudiantes trabajando calladamente en algún cuento de mágico realismo. Anhelo infructuoso de presenciar el cómo, renglón a renglón, se van disolviendo y ausentando las barreras constreñidas entre lo externo y lo íntimo, entre lo particular y lo universal. De poema a teatro converso en ensayo filosófico y crisis existencial de un narrador plasmado al papel, y todo el tipo de transmutaciones o transustanciaciones que se imaginen puedan surgir, puedan seguir, que uno pueda desear o jamás llegar a imaginar. ¡Veinte veces! ¡Veinte!... y la lluvia afuera. Y la lluvia afuera pero también una tormenta no menos apabullante aquí dentro. Ya que todo parte de la vana pretensión de plasmación (engaño auto-infligido), y suposición a su vez, de cierta visión de conjunto. Disertaciones por entrega sobre qué tan seriamente podía tomarse Joaquín una clase contra-directiva (con el necesario perdón de Carl Rogers) cuando lo único a lo que se dedica es a la revisita de determinados videos culinarios o gastronómicos en alguna red social de moda (¡y aparte se nos ríe!), o cuando Josué no levantó aun la vista de cierto libro sobre astrofísica (que por alguna razón lleva como portada la imagen de una cuchara y un producto avícola, llámeselo huevo) escondido en el refugio de-bajo su banco; y a pesar de todo Milena… y sin embargo también Milena,

la otra cara de la medalla. Siempre inquisitiva y curiosa Milena, contemplando y descifrando al maestro V…, sus ánimos, sus actuares; penetrando en las dinámicas y las lógicas didácticas como en una improvisada lectura del castillo de cartas de tarot, con sus inusitadas figuras pictográficas y unas antañas reglas arquitectónico-cabalísticas. Y aun así lo sabe… ella entiende; determina y profetiza en ese específico momento (aunque sólo sea para ella misma) que si no hay opción alguna de fracasar rotundamente, monumentalmente; de ser uno derrotado hasta afligirse la propia existencia, hasta que sufran, en pujante pena descomunal, los únicos puntos de apoyatura que supieron darle sostén y certidumbre a nuestra subjetividad entera; entonces nada habría sido realmente arriesgado, poco valía verdaderamente la pena, y todo se mudaba en la simple apariencia de los conformismos telúricos.

Diecisiete estudiantes. Todos inabarcables mundos de lo póstumo adelantado; axiomáticamente intraducibles al juego de plasmación por escrito sin grave riesgo de pérdida onerosa. Impracticables metodologías de falsiarias generalizaciones o errantes contradicciones.

Veinte. Y tan sólo en la vigésimo primera relectura la comprensión prorrogada aunque no menos evidente. El personal encuentro con una obligación no menos propia, siempre cruenta, de descarte de las precedentes tentativas (que son veinte si el cálculo no me falla). Aquellas que en alguna hora aciaga y ya acaecida llegué hasta considerar sean incorporadas al corpus (belarte de las redundancias), pero que por indescriptible azar o atinado juicio, cierto lector interno constriñó a su abandono ineluctable.

Nuevamente la tela levantada, el trapo descorrido. Un escenario y las diversas vidas individuales; convergencia topográfica de planos paralelos y simultáneos, a partir de la extensión de su superficie. Existencias cruzadas, situaciones compartidas, claro; pero, sin embargo, irremediablemente incomunicables. Al menos en lo que importa. Al menos en lo profundo. Este juego siempre se posicionó en el entre, y las interpretaciones fueron en partes y perspectivas. Todo en el entre y afuera continúa la lluvia. Pues de más está el decir, no menos el garabatear (ya es bien amplia su evidencia), que cada uno es dueño así como cada una es dueña de su exclusiva lente suya, que cada uno escribe

en singular caligrafía su historia en-sí-para-sí (mismo), que cada una es la protagonista del relato que la cuenta y que ella vive, y mientras tanto V…, sentado. El maestro allí sentado y sin embargo se siente, o al menos uno así lo cree, que en hipotética e imposible sumativa (con excepción de Joaquín y de Josué, y posiblemente de algún nombre más que puede o no iniciar con J), la clase debía presentar algún sentido, o derrotero, o propósito, o lo que sea. Muchas veces necesitamos de ese lo que sea, esa intención agazapada, ese designio tan necio como ininteligible; porque sino qué es lo que nos resta, o tracciona, o constituye. Magnitud de la pieza ausente (puede que quimérica) como motor inmóvil o punto de fuga. Significante vacío como nódulo central de un discurso sin sutura posible, ni aparente.

Y en el patio la lluvia seguía cayendo, y puede que algunos estudiantes sintieran ya indistinguible los días fluviales de los demás, de los de todo el resto. Esas precipitaciones que ahora se aunaban y pasaban a constituir otra característica circunstancial pero aun así indisoluble de estas clases tan indistintamente desiguales. Puede, por demás, que otros no; no hay condición indispensable ni absolutismos argumentales. El conformismo no corona las excusas todas ni las evasivas disidentes. La pretensión de libertad abunda, y para el significado efímero y provisorio que en el aula se le atribuyó, puede que muchos tal vez la alcanzaran. Y así lo sintieron (¿se sintieron?). Posibilidad aparente entre otras: búsqueda de la libertad. Y tantas veces V… habló de expandir o tal vez pulverizar los márgenes cotidianos para ampliar el campo de la libertad… pero no aquí… no en Literatura… Foucault aparecía por otros lares… aunque siempre era contrabandeado al menos un poquito.

Porque tampoco puede ser el sólo *para*, se precisaba y demandaba un *en* en todas ellas, su estar siendo ahora aquí, y diverso a los otros tantos otros porque la alteridad grita por anunciarse, para anunciarse; su figura estilo Banksy o Basquiat luciéndose en cada unidad, y que vale la pena no molestar con el desengaño de una adaptación de significados adoptivos.

¿Y dónde quedaron los días de sol pasados frente a tanta borrasca?

Esa cuchara del libro no existe, nunca existió; y tampoco lo fue esta clase escrita o esta clase de escritura. ¿Pero qué hacer con esta clase (de)…? O todas las clases la clase. O bien una clase es una clase es una clase. Pero además más, y otras cosas más después que estas. Para ello resulta preciso percibir el latido; pues todas las clases (como todos los actos de escritura) tienen cierto pulso que los atraviesa, los delimita sí, pero fundamentalmente los permite fluir, confluir, respirar. Yo mismo siento el latido porque soy parte de este mecánico acto de auto-*poiesis*. Lo demás está por decidirse. Está por inventarse. Otro estilo de búsqueda posible: tácticas de in(o)vasión inanticipable.

En estos días, que ya son como veinte si a una versión por jornada, llego a la temible certidumbre que lo único para lo que se me precisa es para algún tránsito por efímero momento ascético, en donde se descubra - o acaso devele - *lo* verdadero. Aunque no lo verdadero absoluto, artificio de platonismo trasmundano, sino lo subjetivo y temporalmente verdadero; aquella palabra que nos haga sentir cada vez más extraños para con nosotros mismos, y en un mismo movimiento adyacente, un poco menos solitarios, y tal vez no tan melancólicos. Y en el exterior la lluvia continúa y no cesa jamás. El juego dialéctico de ruido-tesis y silencio-antítesis pivoteando en el afueradentro de este baile-ya-desmascarado. Un excursus número cero (nulo) que con el tiempo se demostrará si fue decisión acertada. Crisis nerviosa apresurada, quizá. Pero a su vez siempre estuve tan arto de la pretendida seguridad del Narrador. Abrumadoramente cansado de encontrarme con dubitativos hombres mirando por sus respectivas ventanas, presintiendo los temblores de una existencia sin sostén, o con cierto sostén, pero aun así vacilante. Y el narrador allí, mirando al hombre mirar por su ventana, con la frase precisa y la sentencia justa para aseverar lo que no tiene duda de ser por escrito, porque está así escrito. Esta historia, la mía, la nuestra, se escribe sin embargo con sacudidas y estremecimientos auto-influidos. Ciertos personajes siempre tendrán más confianza y certezas que su narrador-recolector. Milena ya lo sabía y lo seguía vaticinando. Las cartas sin marcar repartidas sobre la vigésimo primera versión de un manuscrito entrecortado. Riesgo sin mesura. Salto al vacío

sin mirar al vacío o al salto que se ejecuta (o nos ejecuta). Así como V… no se conformaba con entregar recetas o fórmulas en metodologías lacunares (la red era un rebaño de ausencias anudadas con su propia hilacha), aquí la búsqueda metafórica suele ser un patrón de acción para quizá poder dilucidar el encuentro sucedido entre cierto día lluvioso y un grupo de estudiantes, que impávidos y en clase, oyeron las gotas caer y creyeron que ahí podía encontrarse alguna enseñanza nunca dicha. Pero no todos, no todas, las particularidades también tienen sus andares sinuosos y algo esconden.

Lo póstumo adelantado. Eso es. Esto es.

Algunos excursus necesarios aunque tal vez inquietos, de seguro apresurados; si bien no creo que provisorios.

El texto que debe leerse dos veces para que no haya dudas. Y dos veces nunca bastaron, en primer lugar. Y siempre las habrá, en segundo.

Se requerirá la número veintidós. Más clara. Sin crisis. Con ciertas distancias o alejamientos narrativos.

El acontecimiento II bis(gésimo segundo)

Según la perspectiva adoptada, el patio común da directamente a la puerta. Quien atravesase el consecutivo juego de agrietadas baldosas vinílicas, que sin abrigo alguno lo librarían a la intemperie atmosférica, se encontraría posicionado frente a la entrada del salón. O a su salida. De nuevo, siempre perspectivas.

La lluvia aun no. Pero si es posible hablar sobre - o de - la lluvia, o siquiera pensar en (d)escribirla, es porque de seguro ya casi. Ciertos augurios pronosticados, porcentualmente claro.

Un alumno, que de haber oído el nombre Román hubiera direccionado hacia allí la mirada (pasando así de individuo a interpelarse como sujeto) - aunque tal llamamiento no haya tenido lugar en el cabal momento de esta frase-, cruza el recinto todo, enfrenta a su puerta sin guardián evidente, y de un único tirón, la abre. Ausencia total de resistencias físicas; una vez ya atravesadas – en su inevitable obviedad - las barreras económicas del empresariado institucional.

El conocido receptáculo áulico se le presenta de común con toda su sencillez y sobriedad. Y tal como el habitante de una gran ciudad ya no se detiene a contemplar ni admirar sus icónicos monumentos, Román se dirige directamente a su lugar asignado, sin necesidad de vislumbrar los carteles de Educación Sexual Integral que cuelgan desde hace ya semanas de la pared septentrional (y bien coloridos y sugerentes que son); ni tampoco el decorado en general, como otros parecidos, que tanto caracterizan a este tipo de habitaciones. Tampoco precisa rescatar en demasía la posición adoptada y sostenida por V…, su habitual posicionarse de frente a todo – frente a todos y frente a todo también –, sus miradas dialógicas que requieren de cierta alfabetización adquirida (¿asistida y acompañada?), la expresión de infinito que lo hace a uno caer en el abismo de las coordenadas aun por inventarse. Pero caída al fin, con igual riesgo de pérdida como oportunidad de ganancia, en esta apuesta fortuita del (auto/trans)formarse emancipatorio. Aun en lugares como este. Y a veces y para

algunas mentes lúcidas: sobre todo en lugares como este. Con causas y argumentos todavía por esclarecerse. Por desentrañarse. A su tiempo que ya habrá.

Pero si Román, como cualquier otro sujeto en su posición de moroso temporal, de deudor de ya cinco minutos irrecuperables (como todos los minutos así se nos presentan o nos lo quieren hacen creer), no recae en la percepción obligada sobre el ambiente escénico del presente acto, es porque la cultura del salón ya había sido establecida tiempo ha. Explícita o implícitamente, en común acuerdo instaurada. Si bien pequeños canjes y modificaciones podían resolverse, fundarse o, incluso, desmenuzarse. Un pretérito abandono de lo frecuente y frecuentado, aun en espacios tan espontáneos, significaba y respondía a lo que sus actores pretendieran, o quisieran así atribuirle. ¡Y en otros tiempos se pensaba en metáforas sobre subirse a un tren en movimiento que marcha hacia el terreno de lo inédito!

Para la generalidad nunca universalizante – ni jamás totalizante – la clase no era una clase. O al menos ya no. ¿Cómo pudiera acaso? Claro que no. No ésta. Explosión adrede de categorías superpuestas en los léxicos cotidianos, académicos, esotéricos. Las estanterías de la convención ya no daban abasto, se derrumbaban con la más leve brisa reparadora, y aun sin ayuda de ésta; los tachos de basura ya rebasaban de tipologías no reciclables, incineradas todas, todas las tardes o día por medio. Y los estudiantes. Todos ellos. Aunque en realidad casi. (Duda metódica contra cualquier pretensión de abarcamiento extensivo y asfixiante). Algunos entonces. Juntaron sus fichas y las lanzaron a tiro de dardo contra la ruleta de incesantes prolexis deterministas. Discursos anticipatorios, cruentas anacronías. Lo nunca prefijado. La ninguna fijación figurada. Aperturas incesantes, desmedidas.

"¡*Estudiantes míos, no hay estudiantes! No sé que sea esto pero ya no precisamos, de haberlo hecho en algún momento, de los eclipsados arquetipos*". Las palabras no fueron dichas. Y aun así

muchos las presintieron, mientras observaban impávidos a los cristales del ventanal que da al patio. Casi ya completamente empañados.

El *homo ludens* es aquí. Y es todo lo que hace. Todo lo que hay y todo lo que existe. Todo lo que se requiere. Aquí. Cada paso es una excusa para. Coartadas del quebrantamiento contra lo (pre)establecido sin asistencia propia, lo decretado sin consulta aparente. Nada más que axiomas entre otros tantos. Las reglas formaban parte del juego mismo juego sin necesidad de ser comunicadas al resto de los participantes. Podían - o quizá era necesario que así ocurriese - ser adivinadas a la marcha, tan improvisada como provisional. Aceptarlas era una opción válida. Contradecirlas o enfrentarlas más aun. Continuar con el impulso para después cortarlo por lo más propio. Juego sin reglas: oximorónico imperativo escondido.

Fue así como un día cualquiera, diferente e indistinto, García Márquez se convertía, para quien aguantara la invitación incierta, en el desafío de dar relato a una vida a partir de la muerte primera que, como capítulo anterior, se constituye y autoproclama. Los anuncios anticipados, los funerales matriarcales… y todo el resto de esos mensajitos bien escondidos en los subterfugios de una realidad disfrazada de barroquismos fantásticos o fantasmagóricos; todos los desvelamientos por ser (o no ser ya, jamás) otra cosa. Una distinta. Distanciada. En el mismo lugar, pero con idéntica apariencia; y a la vez otra, porque también en el plano de lo etéreo, de lo inenarrable. De lo comunicado con el error insalvable de una traducción por siempre imposible.

Sin tableros tampoco. Nunca lo olviden. O campos de acción alterados. Río de una sola, única, orilla; pero reflejada con ánimo de duplicación, de duplicidad incesante. Puente que no es puente pero se presenta como uno y luce como torre prometida para lo distante; unión de uno con uno (mismo) que nunca es dos, pero tampoco es ya uno. ¡Y hay quienes todavía creen en la objetividad de la arquitectura o en la universalidad de las matemáticas!

5 minutos antes de Román (y la puerta): ingreso de V… Repartición de papeles fotocopiados. Palabras lanzadas y alcanzadas por el pizarrón verde. La literatura debería ocupar el tiempo recortado a esta hora, circunscripto a este perímetro, obligado y especificado para los estudiantes. De no haber acontecido el silencio inaugural: *lectio* (*¿magistralis*?) inspirada y ensayada; posibles gamas de verborragia escolástica y autoridad in-cuestionable (aunque se acepte la pasión y reconozca la trayectoria profesoral). Empero, habiendo ocurrido el mismo, el silencio: lectura in-discreta, detonación de sentidos a partir de alternativos trayectos. Puertos sin pausa y sin espera, puertas abiertas y aun sin guardianes, leyes sólo ante sí mismas y sus visitantes des-esperantes. Todos ellos esperantes. ¿Qué más nos queda sino? Actores, actrices, actuantes.

15 minutos después: la lectura de cierta corriente o movimiento latinoamericano había ya mutado, por arrojo y clamor de sus lecto-participantes, en un acto de escritura sobre posibles o apresuradas elegías y epicedios. V… no sólo no podría haber previsto los resultados; la misma actividad provenía del espectro de lo inanticipable. ¿Pero qué otra enseñanza podían brindar los avatares y desventuras del senador Onésimo Sánchez? Dueño del mejor principio del fin (o final principiado) de aquella historia que es todas las historias. Y el río del tiempo las seguía trayendo en su eterno cause proverbial con el cual la humanidad toda se bañaba, al menos una vez. Vida constante y muerte así otro tanto. Más allá de otro sinsentido sin piedra Roseta o nota al pie de página para una aclaración apremiante.

Se descubría en el andar (en su andar-siendo-escritura) que la muerte nunca era el final de las historias, sino un modo más en que estas principian. Diverso e infrecuente tal vez. Ocaso de una voz pero no de la palabra que se cuenta. Aunque cuando uno ya no pisa el dominio del acá, o del aquí, es otro quien lo continúa, lo trasciende y, a la vez, lo trasforma. Tampoco imperan ya los derechos de autor. Pues hecho y relato, actor y protagonista, se disuelven en el acto de la narración irrefrenable. Y uno no está más aquí para brindar su versión en primera persona, no habita más el acá para

entregar aquella versión que cuenta. ¿Aquella versión que cuenta? Todavía estando todavía la versión es una más entre muchas versiones demasiadas. Y todas ellas se/nos cuentan. Y todas ellas pertenecen a una desorganización insalvable. Insalvada, sí; pero genésica a su vez.

Pero: dado que una muerte, aun la más íntima y privada (como lo sólo ellas son), sirve de momento retroactivo para una resignificación de lo acaecido; y dado que una muerte es algo que ocurre siempre, a todos y a todas (a todos y a todas y todos los días); y dado que ya sabemos que viene o lo presentimos; y dado que en la mayoría de nuestras veces hacemos de cuenta que no viene o no la presenciamos; y dado que nos inventamos cuentos para disfrazarla o endulzarla (con lo que se pueda o tenga uno al alcance); y dado que buscamos un sentido y sólo la encontramos a ella; y dado que esa apuesta siempre se pierde, o gana, - perspectivas nuevamente -; y dado que su relato ni siquiera nos pertenece, ya que nos sobrevive; y dado que la franqueza exasperante es que necesitamos dialécticamente del recordar y del olvidar de nuestro único camino posible (y perpetuamente uno) hacia ella, andar único y nuestro e inevitable; y dado que se diluye el sentido de un final y el motivo de su inicio; y dado que nos contentamos con… o así al menos lo creemos, y pensamos que siempre fue así, su eterna pertinacia, su incierta cadencia; y dado que… y el dado que… sigue girando y ya no nos importa en demasía el número que salga, los puntos que juntándose convergen en otro nacer otro, y no hay ya un victorioso más allá del mismo dado, y nunca se abolirá el azar ni la apuesta misma y preliminar, y así también a veces lo precisamos así. Dado así por escrito. Dado que sólo jugamos. Por escrito y por no. Así jugamos. Dados nunca por supuesto(s).

No primaba la oscuridad ni reinaba a su vez la luminiscencia. Tampoco se trataba de decodificar los matices en sus itinerarios de mandalas contra-algorítmicas. Sino que era el acto mismo de mirar con otros ojos. Materialmente iguales, escondidos en los de siempre. Y sin embargo otros. Miradas dentro de las miradas, multiplicación *ad infinitum* de una existencia que no entra ni alcanza en la extensión de su substancia. Evitar quedar atrapados en este plano limitante, escapar al tentador

conformismo del “este lado de las cosas”, de los sucesos; y así también de nuestras miradas reflejadas en los mismos.

Argos no estaba ciego aun. No completamente, ni aun. Suficientes vistazos al ahora de tantas vidas perpendiculares. Porque todas (excesivas) fuerzas divergentes y heterogéneas de las diecisiete historias que se figuran y repiensan y auto-reinventan. Ejercicio perpetrado para articular las hilvanaciones hacederas entre un comienzo de cajón bajo tierra y su continuar de espaldas hacia los anti-relojes. Observar como las líneas, en apariencia paralelas, devienen en la complejidad infranqueable de una doble hélice metáforo-existencial. Y Argos también miraba al pasado inexistente. Ocurrido o no ocurrido pero ya nada, y ahora bien vacío. Varias pupilas destinadas a la memoria que no es más que otro ejercicio de narración. Y otro rebaño de múltiples ojos que miran al porvenir y que fueron los primeros en caer, bien seguidos por los del ahora. Los pretéritos fueron siempre los últimos porque así su existencia carcelaria y la pena inextricable que aparejan.

Y a todo esto hace ya 20 minutos que llueve en el afuera de ese patio que da a la puerta. Aunque a nadie pareciera importarle mientras una tensión de fuerzas luchaba en el adentro de este su campo de batalla. Bíos y Tánatos: sus cruces, sus mezclas y sus resignificaciones conjuntas. ¡Y tanta perorata apestada para seguir intentando la representación de un ambiente meta-educativo! La proposición de una lectura mutada - sin intervención docente alguna – en una revisita a las vidas ajenas y propias de los allí aprendientes. Un viraje acordado sin intermediación demandada, pues las reglas así lo permitían. Pues hace ya dos semanas que el abanico de posibilidades permeaba hacia los márgenes, y hacia todos los extremos, y hasta todos los excesos.

Destruido el lecho procústico: V…, sin esperar nada, esperando todo. Esperante acérrimo en la tierra de lo ininmediato. Las meditaciones así surgidas, y allí ocurriendo, no podrían encorsetarse en el cronograma compaginado y archivado en dirección. Y mientras tanto todos esos *kairopios* revoloteando en los sueños de la memoria, en los llanos hipoteticados, en los rizomáticos

potenciales. Estudiantes aventurados en el campo de la experiencia, esquivando a toda costa a la contaminación que acorrala, a la Gran Costumbre de los modelos, al sistemático proceder en este orden y sólo este porque es así, porque siempre se… porque todos… Más allá de los paradigmas y los mosaicos, otras que cartografías por instaurar, pero siempre mudables. Pero siempre volubles, siempre provisionales. Todos saltaron sin saltar, y aun no han tocado suelo. Aun no han tomado vuelo. Todos, tan sólo ent(r)es.

De otro modo que escribir. ¿Qué escribir? Entelequia del quescribir.

Escribir es crear, y vivir saberse pieza de este juego por escrito. Pensando entre líneas qué se escribiría si se viviese o qué se viviría si se escribiese. Sentirse, palabra a palabra, y más allá de ellas. Dinamitar las convenciones instrumentales del lexicograma, triturar el aparejo gramatical de caja de herramientas. De una gRamática que como cinta aisladora y su pretensión de cruzada contra el barbarismo.

Desencantados todos los métodos: los cantos. Elegías como un primer intento de algo. Cantos y los elogios a su cantar en alabanza. Reflexión y reinvención de las propias vivencias. Los diversos papeles plasmados al papel y representados más allá de éste. Pero todos, sólo un primer intento. De un intentar algo. Un primer movimiento.

Así fue que Lucas anotaba, a modo de diario personal y privativo, el cómo un apartado 28 de marzo de a quién le importa cuando un tal Lucas, entre compactas y abrumadoras casillas-calendario, había decidido volverse íntegramente loco. Decisión racional de locura contra-eficaz y auto-infligida. Y así fue que Sebastián re-codificaba un presente de deportista obligado por ciertos dotes físicos incuestionables, para promover inéditas andanzas escénicas con ritmo de García Lorca o tal vez Arthur Miller, y sus disonantes alternativas. Y así también fue que Román ya no se definía por un apellido o a partir de ese mismo y su legado sin reparo, por las nunca similitudes con aquel hermano tan querido por… tan venerado por… y tan cordial e inteligente que… ya no se definía… no lo

hacía; a partir de aquellos cotejos. A su par, Romina edificaba en blanco y negro y música de antaño, la ceremonia secreta de una tal correspondencia para toda la vida, aunque sólo según una de sus partes, y aunque sólo con duración de unas pocas semanas; siempre eterna, arcaica, y para toda la vida. Martina, en su parte, se figuraba su pasar por la universidad, y la carrera profesional posterior, y el matrimonio durante, y las criaturas después de los cuarenta (con la empresa familiar ya encaminada y ya marchando en la pista señalada de esa carrera), y los viajes a, y las fiestas de aniversario de; mientras que tanto Luciano anticipa que un inepto (ineficaz profesional con diploma en espera) es sólo eso y nada más, que a cierta edad o determinada altura ya se sabe o se decide por sí o por no y que él ya estaba seguro y asegurado, y nada más podía ya, ningún ingenuo optimismo – grave o agudo - podría alejarlo del kiosco de estación de servicio o recepción de remisería. Y mientras tanto, Milena delineaba una inquisición contra un porvenir deletreado en tiempo pasado, estremeciéndose ante esa monotonía avasallante y avasalladora del siempre igual y lo mismo… del siempre lo mismo igual y de su cómo escapar al tedio rutinario del ser encasillada, de ciertas especulaciones mundanas a partir de un porcentaje escolar que se convierte en metonimia incesante; su buscar lo único, lo íntimo y superarlo por demás… y a la vez comprender que el privilegio de clase hablaba a través de… y algo había que hacer para el accionar de una conciencia y el materializar de una respuesta palpable. Y nada importaba a Josué por fuera de su lectura encubierta, ni a Joaquín y sus videos de calamares en tinta fresca; o a Martín, ¡oh Martín!, que de tan alto que imaginaba su pedestal para observar a todo el resto, no dejaba de rumiar su qué tenía esto que ver con la ingeniería civil que pretendía, pues nada más que otro ejercicio inútil e improductivo en los momentos del tiempo-mercancía… ese creer constante que Nueva York siempre fue mejor que Iruya… y así le fue a Martín… ¡qué lástima por él! Y Jazmín a su vez memoraba el momento y consecuencias del raspado intra-orgánico del aquel(la) ser en potencia… de ese poder ser humano… o podría… y casi nada era consciente de que su decisión tan bien suya y respetable que se debe no era una opción, o no así para muchas otras, miles otras, millones otras, que entre mandatos sociales,

entre tantos ideales culturales, reproducían un salmo de auto-realización en una maternidad invisiblemente obligada – y obligatoria -.

Toda una auténtica telaraña de las fuerzas-flujo erigidas por los entres. Todas ellas, singularidades ininteligibles para un docente que se empeñase en tamaña empresa de lo imposible. Aunque siempre así fueron. Siempre así estuvieron. Sólo que hoy se les proveía de una brecha de libertad in-condicional para su resurgimiento. Para su resarcimiento. Minúsculo resquicio habilitante. La obra de partir por la mitad, con dúctil hachazo quirúrgico, la cabeza de quien aquí manda, de quien aquí gobierna; para descubrir que así nace la sabiduría, o el conocimiento, o la ficción impuesta e impostada de los mismos. Si bien en esta adaptación o relectura se les aparece bien desnuda y desprotegida. La vestidura armamentista está aún por idearse, aun por discurrirse, acorde al gusto y denuedo de cada uno de los allí relatores.

Tan sólo una pequeña (h)ojeada;

Lucas escribía: *Si decido comenzar por el principio o, al menos, esto que yo considero el principio, no es por mero formalismo (de eso estoy completamente seguro) o debido a la exigencia que me impone algún método o sistema adamantino (muchos son los ejemplos que evidencian su inexistencia), sino – y aunque me cueste aceptarlo – admito ahora (ante usted, o ustedes) proceder de esta manera, simplemente, porque no conozco otra forma de empezar mi relato.*

Cierto es que una de las tareas más arduas para el narrador (o eso supongo, pues es la primera vez que me propongo narrar algo, por lo menos plasmarlo en el papel) es la búsqueda de su quintaescencia, el lograr conseguir esa primera frase que se apodere de uno (de usted lector, sea quien sea), generando en el espíritu una intriga desgarradora e insaciable, un deseo de comprensión acerca de lo desconocido que nos apresa y obliga a pasar de esta frase a la que sigue, de esta página a la próxima. Nos entrega el extremo de un hilo que nos dirige dentro de su propio laberinto.

Y una vez descubierta esta apertura (me refiero ahora al narrador), esta grieta hace poco inexistente pero ahora bien abierta ante nuestra mirada, él procede a su impregnación en la obra – tal como procederé a hacer yo a continuación – invitando al lector (invitándote) olvide todo lo antes descrito, lo cual resulta categóricamente redundante, y preste especial atención a lo que sigue, pues es el Principio de mi viaje;

28 de marzo

Día en que decidí volverme loco.

Sebastián comenzaba a escribir: *Ahora que estaba a punto de quedar completa y absolutamente quieto. Por primera y única vez, detenido, por impulso mayor. Ahora, antes de que ocurriese tal pausa, decidió reflexionar sobre sus movimientos de partida anterior. Recordó la carrera finita y claramente marcada donde había caído alguna vez, y ya nunca más consiguió escapar. Pensó en todas esas líneas de llegada para las que apuró el paso, contra otros y contra sí mismo. Líneas impuestas, creadas, arbitrariamente seleccionadas; en las que creyó lo suficiente y con suficiente fuerza como para permitirles el regular su ritmo, su paso, su tiempo. También caviló sobre la incesante desaparición de cada una de esas líneas una vez atravesadas, dando lugar, en maquiavélico proceso, a la siguiente marca venidera. Pasillo de inagotables puertas (y las puertas se cierran a su paso).*

¿Toda una carrera para llegar a dónde? ¿Una última línea igual a todas las anteriores? ¿Igual a todas las anteriores? Distancias disímiles pero la pausa es la misma para todos. Ausencia total de movimiento.

Román escribía: *A poco de su muerte, centímetros nomás, Román supo mirar, a lo que sea que los ya por partir miran en esos últimos instantes, y sonreír sin nada de reír (cómplice sólo consigo). El*

engaño había sido sólo hacia afuera, para los demás; si es que puede llamárselo como tal cuando éste no es nunca para con uno mismo.

¿Cómo logró aventurarse en el acto del des-bautismo? Completamente atosigado de los títulos trasmitidos en el mano a mano de los tiempos. Se sintió antaño muchos nombres, sin que ninguno lo poseyese a su vez. Hijo de, hermano de. Javier no era ya su yo, ni nada de su yo, y nunca lo sería. Nunca más lo dejaría, ya que lo había dejado ya. Ya que no estaba ya y en un instante él tampoco estaría. Extranjero para aquellos que decían sus familiares, sólo mantuvo para con ellos la constancia de su entera falta de arraigo. Despedido de todos ellos, a la edad de 18 años, Román se deshizo del "Jeuregui" de su documento y empezó a vivir por él mismo. Su existencia denunció lo definitivo y supo andar a ritmo y pulso nuevo, original, por los años que le quedaban. Y la cuenta ya casi finalizaba.

Al momento de su desvanecerse en polvo áureo, sólo una piedra sola que decía Román, sólo decía Román. Y ese nombre repetido y repetible aun así sonaba único. Y ya nadie pensaba a partir de comparaciones, porque toda vida siempre es en lenguaje propio; escrita en dialecto desemejante.

Romina escribía: *Un amor se les apareció como una zarza ardiendo en el desierto y cada uno oyó a su manera el mensaje que evidenciaba un deseo deviniendo. Un mensaje que ambos creyeron el mismo e igual para los dos sin jamás detenerse a cotejarlo, pues ¿por qué deberían?*

¿Quién sos? ¿Cuál es tu nombre? - preguntaban a las resplandecientes llamas.

Si eso no logran adivinarlo tal vez me he equivocado al presentarme – parecía responder con gestos oxigenados – Aun así mi nombre no debe ser nunca pronunciado. Porque la palabra contamina lo que creería trasmitir. Y una palabra siempre habla de otra palabra. Encadenamientos. Encabalgamientos. Mientras que yo soy lo que anunciándose se retira, lo que atrapándose ya se fue. Otro peón más del ejército de los indecibles.

Entonces vos podrías s…

Adiós…

Luciano pensaba (todavía con varios errores de ortografía): *Se van a la reverenda concha de su madre esta y todas las palabras. Odio a todas las putas palabras abidas y por aber, y a las que no conozco o no entiendo más todavía. Y al carajo tanbién el español. Si cuando hablo siento que nada mas hago ruido. Escribir no me sale y leer no se muy bien, o no como me lo piden, o no como hacen los demás. Casi que dudo si de chico aprendí a hablar realmente. Escucharme no se si me escuchan y entenderme menos. Si todos siempre me miran como si tubiera algún problemita. Sere estúpido tal ves pero ese es problema mío. No vengan a sentir lástima o a tratarme de otra manera. Total sigo pasando nomas porq mi viejo paga la cuota sin atraso alguno, no como yo. Y todo corre asi y yo sigo arrastrando la mierda. Y entre tanta mierda a las palabras tanbien las arrastro. Y ahora todos se ponen a escribir porque asi creen que V… quiere que nosotros agamos. Si aun que lo intentara nadie me leria. A quien puede interesarle lo que tenga para decir? Yo... un… fracasado, un inepto total. A esta altura ya se me puede llamar por mi nombre, pero los demás, porque yo de seguro que no se ni como me tendría que ponerme por nombre: un nadie, una nada, . A esta edad ya se lo que soy, a esta altura ya todos saben hasta donde pueden tirar, que puden hacer, que no, y no hay más vuelta que darle. Yo lo se y lo hacepto, ya no se puede cambiar uno, solo se puede disfrazar lo que uno es y lo que no quiere mostrar, y hasta hay porque como se aguanta finguiendo lo que no se es. La escuela la termino por lo de la cuota y porque nada mas quedan un par de meses y es el ultimo esfuerzo pero a la facultad ni en pedo. Ni en pedo gasto guita en una privada si con un quiosquito soy yo y me mantengo… o me meto en la remisería de Renzo que hay seguro me bancan…*

Luciano escribía (porque de alguna forma seguía estimando a V…): *No habían palabras para explicar lo que fue de ese Luciano, porque lo que ese era superaba a las letras de su nombre y el estaba mas alla de todas las palabras. No fue en el ultimo momento porque durante toda su vida escupió su verdad. Pero casi nadie la escucho, y de esos pocos que olleron, nadie la entendió. Porq*

su verdad estaba en un idioma distinto. El idioma de ese Luciano que era mucho más que las letras de su nombre. Y cuando se fue, se fue cagando de risa de los sordos que escuchan lo mismo de siempre y de todos los días. Y que jamás pudieron comprenderlo. Lo veían bailar sin música y creían que estaba mal de la cabeza. ¡Pobres sordos de la vida!

Milena pensaba: *¿Qué significa ser joven? ¿Cuál es el sentido, el objeto, de tener fortaleza en la musculatura, en las extremidades de una? ¿Es la juventud sinónimo de vitalidad acaso? ¿De belleza? Esto suena a una mala publicidad de ordinario. ¿Cuál es realmente nuestra razón de ser jóvenes, si es que podemos tan siquiera suponer que tenga una; una razón me refiero? Digo, todos fuimos, algunos somos, jóvenes, en nuestra vida, pero, ¿realmente todos llegamos a serlo? y si lo conseguimos ¿con que objeto me pregunto? Tengo el leve presentimiento que estoy desaprovechando momentos irrepetibles, únicos, a la espera de una respuesta, de cierto gesto; y creo que aun no enuncie la pregunta correcta, la que merezca dicha respuesta. Tal vez sea como dicen y sólo en la vejez somos capaces de comprender lo que dejamos escapar. Estamos aterrados y solos en la noche, a la espera constante de la aparición de los fantasmas dickensenianos que vengan a mostrarnos y enseñarnos. Y después nos arrepentimos. Y el después ya es muy tarde. Pero ¿lo es realmente? ¿De qué me sirve reflexionar de esta forma si no puedo evitarlo desde hoy? ¿Será que nuestra única función como nuevos jóvenes es no repetir el pasado, buscar ese algo auténtico que no se haya realizado aun? Son tan pocos quienes lo logran que tengo mis serias dudas de que sea un objetivo común a todos. Si es que así lo es, tal vez no lo estamos intentando realmente. No hacemos el esfuerzo suficiente. La juventud se está ahogando en un mar de conformismo, de consumismo, de total confort. Y no hay ningún salvavidas. Y nos seguimos hundiendo, nos ahogamos realmente. Y cuando aprendimos a nadar ya es muy tarde. Salimos a flote en la marea, seguimos la misma corriente. Pero perdimos nuestra oportunidad de hacer ese algo original. De nadar en dirección inversa, de llegar a la otra orilla. No sé, a veces me pierdo en mis propias metáforas, y ya estoy lo*

suficientemente perdida, y cansada para seguir divagando. Tal vez continúe con esto más tarde. ¿No es lo que todos hacemos siempre acaso? ¿Posponer?

Jazmín escribía: *Una vieja historia de tradición oriental recuerda acerca del perdido hábito de sellar los secretos más propios. ¿Conocen acerca de dicha tradición, de dicho hábito? ¿Nadie sabe qué es lo que hacían, tanto monjes como campesinos, con sus secretos privados? Pues, resulta que subían bien temprano – por alguna razón que no sobrevivió al relato – hasta lo más alto y más solitario de una montaña. Ninguna en particular, o al menos esta razón no estaba indicada en el antiguo relato oral. Igual que el tema de la exigencia horaria. Pero una montaña al fin. Y una vez en lo alto, y entonces bien en lo solitario, buscaban un árbol; también uno cualquiera, sin indicación o preferencia alguna sobre especie, altura o porte. Y abriendo un orificio en su corteza, procedían a esconder su confidencial secreto bajo la forma de un suspiro, para así tapar luego la abertura con un poco de barro fresco.*

Hay quienes oyeron relatos similares donde un hueco en un muro cualquiera, siempre cualquiera, reemplazaba al árbol, a la montaña y a la mañana. Pero no la considero una diferencia sustancial a la esencia misma de la ancestral práctica.

Por mi parte, sí reconozco una falta en el rito, una ausencia en la tradición que difícilmente podría haber escapado a la sabiduría oriental de la que emana este boca en boca. Y ésta sería la especificación de los distintos tipos de secreto, y el cuáles de ellos podrían o ameritarían dicha excursión matinal a la montaña cualquiera.

Lucas continuaba*:* **29 de marzo.** *Ya que soy yo quien escribe y, tomándome un pequeño atrevimiento para con el lector (o sea usted), al cual, de momento desconozco (y muy posiblemente siga de esta forma), quisiera proponer una sencilla pero significativa aclaración, ahora que todavía estoy a tiempo. Y lo que tanto tardo en establecer – quizá lo encuentre sumamente innecesario – es, precisamente, el tiempo en que resuelvo o ya he resuelto contar mi relato pues, claro está que lo que*

me propongo narrar, de la forma más continua y lineal que me sea posible, es mi historia con cada uno de sus días (o los días de mi historia), intentando no olvidarme de nada; al menos nada que no haya olvidado ya.

Pero comprendo que durante el momento de su lectura, y a pesar de otorgarle una fecha determinada a cada parte de mi narración (o a la mayoría), los enlaces de tiempo e, incluso, de espacio, pueden fácilmente confundirle – no a mí, que soy quien escribe y, muy probablemente, quien llego a vivir los sucesos que aquí se detallan; o tal vez no, eso usted lo ignora – y, por lo tanto, me dedicaré a narrar (¿narrar o describir?) todo con un estilo si no poético (de seguro no literario), sí, altamente personal. Y en caso de que se observe una alternancia de fechas o hechos (o cualquier otro error de esta naturaleza) – de los cuales me he cerciorado demasiado tarde como para que ya no formen parte de mi vida, o lo que creo es mi vida, o cuento como mío – no se me culpe a mi o a esta mano y esta pluma (en sentido poético dado que escribo con lápiz), y mucho menos se culpe a un sweater azul y a una puerta abierta que da al balcón; sino a esta voz que emana de cada una de mis entrañas, con todos sus tonos (¿tonalidades?) que me dicta una a una mis palabras, las vueltas de mis días con cada una de sus idas.

Milena pensaba mientras su lapicera estaba a centímetros de encontrarse con la hoja rayada: *Siento que sigo apuntando en una dirección mientras todos los demás me señalan el sentido contrario. No sé si estoy a punto de desbarrancar… o de tomar la decisión más relevante de toda mi vida.*

Romina continuaba: *Amar. Se amaban. Al menos así se creían. Al menos ella así se pensaba. Él continuamente lo repetía. Ella casi siempre le creía. Él sonreía. Ella aceptaba. Alguno avanzaba y el otro retrocedía. La distancia era el primer paso de este juego de sombras que se inventaban. Él buscaba. Ella se encontraba. Se figuraban en perpetua búsqueda para establecer una distracción.*

Era una emoción. Era un divertimento. Era la historia que ambos se construían. Y era para siempre. Ella así se lo creía. Él continuamente se lo repetía. Ella interrogaba. Él respondía o repreguntaba. Dilemas de pareja imantada: se acercaban, se repelían, se reinsistían. Se resistían. A ellos y al tiempo. Comenzó en comedia, en juego, en cuento íntimo de buenas noches. Comenzó porque así lo querían, porque así se querían. Al menos así se creían. Al menos ella así se pensaba. Él no siempre lo decía. No en voz alta. Comenzó y punto, y era para siempre. Aunque incluso el mismo siempre también termina. Terminaría como tragedia pero el inicio corría por cuanta de ellos. Terminar anecdótico y personal pero de eso todavía en el horizonte. Terminaría pero todavía era para siempre. Ella lo aceptaba. Él sonreía. La búsqueda continuaba aunque no se supiera qué es lo que se buscaba. Aunque quien buscase fuere el mismo objeto perdido. Terminaría pero el medio no corría, estaba entre un permanecer y un perpetuo deslizarse hacia. Era una emoción, una ensoñación. Era una historia de amor. Al menos ella así se pensaba. Al menos él continuamente se lo repetía. Y era para siempre. Para el siempre de ambos. O al menos así se creían. Por ahora (y) por siempre.

Jazmín continuaba: *Hay secretos que de ser descubiertos no ocasionarían un cambio abismal en la existencia de quienes los poseen. Éstos no son necesarios de ser sellados, o no ameritan tanto el esfuerzo que dicho modo de proceder implicaría.*

Los hay también de un segundo estilo; y me refiero ahora a aquellos secretos que se guardan y alejan de los demás, ya que su desvelamiento genera grandes calamidades a uno, a dos o a terceros. O así lo siente el secretence. Éstos son lo que, en mi opinión, tanto por necesidad como por posibilidad, requieren de ciertas prácticas o rituales de escondrijo.

Sin embargo, por fuerza mayor, también hacen acto de presencia los secretos de una tercera especie. Hay quienes arguyen que no deberían ingresar en tal nomenclador, también los hay, su gran mayoría, quienes los ignoran. Por esta categoría me refiero a los secretos que nosotros guardamos para con nosotros mismos. Especie escurridiza si las hay. Campo no del todo estudiado

o clarificado. Y no es necesario acordar plenamente, o únicamente por ir al caso, con disciplinas como la psicoanalítica, para apreciar ciertos factores inconscientes que promueven y ocasionan ciertas conductas, sentimientos, respuestas, deseos, atracciones. ¿Puede un secreto no responder a la libre voluntad consciente? ¿Somos realmente conscientes de todo lo que hacemos, sentimos, pensamos? ¿Siempre entra la voluntad en nuestro campo de acción o de posibilidad? ¿No son los secretos, conscientes o no, una manifestación de nuestro instinto de supervivencia, sólo que humanamente traducido a la comodidad del presente estado de las cosas?

Sebastián extendía sus páginas escritas: *¿Qué puede uno hacer ante una tensión irreversible que lo tira, también a uno, hacia dos lados contrapuestos, hiperbóreos? ¿Cómo puede uno actuar en esas instancias de bipartición de uno mismo, y sus facetas, sus potencialidades? Hasta el momento me encontré siempre laureado por ciertas aptitudes adquiridas sin mayor esfuerzo. Las hice valer, y con ellas los aplausos, las relaciones, algunos elogios, también las oportunidades próximas. Pero también esos otros intereses que me demandarían un cierto abandono parcial. Y yo quiero de ese abandono. Pero me debato si lo vale, si es aceptable, si será aceptado. No pretendo ser ya definido por una práctica, ni atlética ni de ningún otro tipo o clase. Ansío estar indefinido e indefenso. Lo nuevo, lo viniendo, lo inesperado. Todos ellos mis objetivos.*

¿Será acaso desperdiciar los dotes que me dieron? ¿Fueron dados acaso? Si hasta ahora fueron aprovechados, ¿por qué explotarlos hasta la inanición? Matar al deporte antes que este me mate a mí. Una total determinación de la persona sólo a partir de una actividad cuenta también como asesinato de esa persona, o de las que podría haber sido. Yo soy mayor que mi parte deportista. Pues no es más que una parte. Y en estos momentos necesito de indagar en las otras. De inventarme esas otras. Tantas como pueda. Antes de quedar momificado en un único compartimiento. Enterrado con mis medidas actuales.

Continuaré en mi andar por esta pista. Porque aquí caí como todos y no hay más vuelta que darle. Continuaré en movimiento porque es así como entiendo, de momento, la existencia. Avanzaré hacia las marcas que se me presenten, porque resulta inevitable en nuestro andar. Aun así, empezaré a ser quien opte el estilo de ese andar, el tiempo del desplazamiento, la gracia de mis pasares. Andante por el pasillo de innumerables puertas, eterno cambiante de carriles a propio antojo.

Quizá para cuando la última puerta esté por entornarse, espíe hacia atrás y entienda lo que es la felicidad. O al menos crea hacerlo. Hasta cerrarme, por fin, del todo.

Lucas seguía: **29 de marzo (más tarde).** *Ahora sí. Nueva escena. Augura la tarde y se me observa a mí escribiendo, o bien, fingiendo que escribo (para fines teatrales). Una habitación, pulcramente distribuida, que no llamaría la atención de un observador detallista. Mi vestimenta, destacando por su sencillez, no dista demasiado de lo que cualquier persona elegiría para sentarse a escribir (o fingir que lo hace) en una tarde cualquiera. La verdad es que podría, sin problema alguno, utilizar este momento (estas líneas) para describir de una forma elegante y avispada mi apariencia, vestimenta, fuck, si realmente lo pretendiera podría aventurarme a ensayar mi personalidad para su propio divertimento. Incluso sabría utilizar algún estúpido juego en el que me acerco a un espejo y relato la figura que se presenta ante mis ojos y que, descaradamente, imita cada uno de mis movimientos. Pero esa no es la intención de mi relato, ni mucho menos el modo en el que intento desarrollarlo. Pido desde ya perdón si mi escritura no satisface los estándares esperados o admirados por el lector. Tiene usted, si así lo desea (y aunque no lo haga, también la tiene) mi absoluta bendición para arrojar estas hojas al fuego, o lo que sea que se haga en estos días (sus días, los días del lector) con los escritos que no merecen ser leídos. Este puede ser uno de ellos. Es más, casi que quiero que lo sea, realmente lo deseo. Si mi relato merece las llamas de hoy, sin duda ha valido la pena (mi pena al escribirlo).*

Mi cuestión, por el muy contrario, es que me prometí escribir aquello que yo necesitaba leer, sin estar seguro aun de lo que esto significa, o representa. Supongo no le debe haber tomado demasiado el cerciorarse que llevo casi dos días divagando necedades que parecerían no llevarnos a ninguna parte (y no lo hacen realmente). Es, sencillamente (si acaso así puede catalogarse), la forma en la que funciona (divaga, se pierde, intenta recobrarse, etc.) mi razonamiento, el arte de mi pensar (arte de mi pensarme).

Que no soy escritor, usted ya lo sabe. Que no quiero serlo; si acaso no lo dije aun, aprovecho esta ocasión. Pues bien, "no quiero ser escritor". En palabras de Markesson, "esto no es una novela". Parafraseando ahora a Markesson, "esto tampoco es un diario". Pero si por un momento dejamos de pretender analizar lo que hasta ahora se ha dicho (intento de objetividad para distraerte de la cuestión de que soy yo el único en decir, pero pretendiendo que te sientas incluido), podemos avanzar a algunas de las cuestiones que tengo pensado tratar (divagar, perderme, intentar recobrarme, etc.).

Ahora sí, nuevamente. Tarde augurada, escenario pulcro, austero; escritor que no es escritor (ni tiene ánimo o ansia de serlo), sentado, abrumado, reflexivo, pero con una certeza irrebatible, toma un pedazo de papel y dibuja:

28 de marzo día en que decidí volverme loco.

Con cierta sinceridad (pero nunca absoluta, si es del todo posible siquiera) reconocería que el 28 de marzo no fue el 28 de marzo; o mejor, mi 28 de marzo no fue un 28 de marzo. No cuento con el registro exacto de todas mis decisiones, y si bien resulta una licencia poética (perdón por el término que no creo merecer), es imprescindible el rescatar, quizá sea el único hecho imperioso de esta empresa, la comprensión y el honesto entendimiento de que la locura, en mi caso (y tan sólo en el mío) fue fruto de una decisión. Y con estas sentencias no pretendo imponer un neo-humanismo, ni mucho menos convertirme en el Erasmo de la actualidad. Nada más alejado de ello (aunque, en realidad, tal vez no tanto). Simple y llanamente, reconozco que en un tiempo y una época donde

todos los caminos ya están trazados, y el sistema penitenciario mundial ya impuso las casetas de peaje obligatorias, coherentemente diseminadas por una coherencia que no es la mía (probablemente la nuestra, aunque no te hallas cerciorado aun); donde los tiempos de los viajes ya se encuentran calculados, y no se te ocurra extenderte o retrasarte; donde los precios ya están fijados, y no se te ocurra evitarlos o no pagar; donde…, y no se te ocurra…, pero bueno. Ya se entiende…

Milena reflexionaba, aun sin ánimo de perpetuarlo por medio de la tinta: *Abrir los ojos. Mantenerlos cerrados. Ya no recuerdo con certeza cómo es que los llevo durante la mayor parte del día. Gasto mucho tiempo entre sueños, en mis sueños. Algunos son voluntarios, otros simplemente ocurren. Se me ocurren. No hace falta estar durmiendo. No sólo hace falta eso. Y seguimos desperdiciando tanto tiempo valioso durmiendo, sólo durmiendo. Aunque no me refiero aquí al dormir efectivo de descanso nocturno (necesario según la ciencia médica); sino que apunto al dormitar la vida. Dormir nuestra existencia. Creyendo que es todo lo mismo, que nada lo vale, o que sólo importa lo que vale. Tiempo medido y medible, tasable, explotable. Tiempo ocupado en producción, en reproducción, en explotación. Ejercito de zombies frente a la cadena de montaje, justo delante de la carrera de montajes. Dormir como la equivalencia única a la jamás inspección por la posibilidad de un cambio, de uno verdadero, de uno insondable. Abrazar el tiempo de espera, el momento de pausa, la respuesta diferida. Enaltecer lo inútil, demasiado inútil; en estos tiempos presurosos, premurosos.*

Pero sigo encadenada a un estilo de pensamiento privilegiado. Yo, aquí, en el aquí de esta escuela de "elite", o al menos así se lo creen en esta localidad, en estas latitudes. Yo, aquí, ahora, pensando en despertar de mi ensoñación, para caer en otra. En una nueva ilusión de creer que con esto sólo basta. Que una liberación se puede dar en solitario, en la soledad de estas páginas por escribir, de estas decisiones personales por tomar.

¿Cómo accionar una verdadera respuesta? Y otra vez pensando en verdades. ¿Y cómo concientizar sobre ideas como: desigualdad, inequidad, diferencia de oportunidades? Y otra vez pensando en el concienciar. ¿Cómo buscar las palabras y materializarlas en actos posibles, oportunos, palpables? Y una vez más creyendo en la materialidad.

¿Cómo ser el yo que ansío, entre tanto domesticado?

Jazmín seguía: *Hoy esta hoja interpreta a mi árbol, a mi muro arcano. Hoy el hueco, el velado orificio, se abre en mi propia existencia; porque las palabras que siempre faltaron hacen acto de escritura en presente. Hoy mis palabras más herméticas viven, como nunca lo hará esa posibilidad ya desencarnada. Desgarro de mis entrañas, soplo de lo real que barre lo que pudo ser pero ya no. Y mi subjetividad vive como una pena sin culpa, eterno respeto personal a mi decisión escondida.*

Para ser yo toda entera necesité de un pequeño vacío. Y ahora se llena éste con una multiplicidad de viabilidades que me autorizan y permiten a ser la dueña incondicional de mi yo más mío. No me arrepiento pero la pena también me acompaña y es parte de mí. Me conforma y me permite crear próximas promesas mejores. No me arrepiento pero el secreto está, en papel, aquí para ser enterrado. Para evadir acusadoras miradas, enterrado. Para borrar incómodos instantes, enterrado. Y para no ser convertida y definida a partir del fruto de mi decisión personal de desfrute, sellado en mi subjetividad todavía.

Milena, pensando: *¿Cómo ser el yo que ansío, entre tanto domesticado? Formarme en el arte de desamaestrarme. De deseducarme.*

No empecinarme en olvidarlo todo, sino que recordarlo y bien, para así trans-formarlo, para así trans-formarme.

Re-apropiarme de los caminos, las palabras, las maniobras, los reglamentos. Hacerlos realmente propios, y que sirvan para lo que yo pretenda, signifiquen lo que yo así prefiera.

Aunque deba apostar mi yo toda. Apuesta conmigo misma. Mi misma como único e inevitable riesgo, pérdida, ganancia. Única opción de pro-ceder-me.

Tomar el diccionario por las astas y saborear todos los verbos. Y proponer nuevos tiempos verbales, y fundar tres o cuatro adverbios de calidad irrepetibles.

Lucas*: …una locura en primera persona, incondicional, irrepetible, cóncava. Un nuevo nacer disipado, consecutivo a la muerte de ese tal Lucas de lo aceptado, de lo normal, de lo imperioso….*

Romina: … se *echan de menos, se juntan, se echan de más nuevamente…*

Jazmín: … *mi secreto de segundo tipo ya que todo cambia para el mí de la mirada ajena, la propia ya lo sabe, y lo entiende, y sigue sin arrepentirse… un verdadero penarme por escrito…*

Lucas: … *dicen ciertos decires que no asistimos a nuestro propio entierro, y en realidad lo hacemos todos los días, decidámoslo así o no… cada día es el día de nuestra muerte, de alguna de nuestras partes, de alguna de nuestras vivencias. Y quién esto escribió ya no existe, se disolvió en el continuo existencial de ser ya otro para sí y para quien aquí lo lea… un no ser ya aquí para sí y para quien nos lea…*

Sebastián: *... ¿debe contentarse uno, conformarse uno, con servir a lo esperable, a lo subastado de antemano? ¿Utilizar lo servido aunque jamás sea de nuestro agrado o interés particular? ¿Aunque responda a decisiones ajenas a ese uno?*

Luciano: *… y uno se da cuenta que hasta ahora no vistió más que una máscara de fracasado, de decepción pero esta para los demás, para los que lo ven a uno, y saben que lo que podrá nunca va a alcanzar para cubrir lo mínimo, lo que cualquiera… usar la máscara de la decepción y a toda onra, porque la usaste por tanto tiempo que cuando te la sacas ya no reconoces ese otro rostro, y es más cómodo acostumbrarte: a la máscara y a las miradas… abusaste de tu inutilidad por tantas estaciones que la hiciste tu patrón de conducción… en ese desenmascararte y darte cuenta empieza el dolor que ya eras, pero que hasta ahora solo presentías…*

Martina: *Y a todos los pasos irreversibles de mi camino, reconozco que no soy más que mi madre repetida, reactualizada, sin importar las lejanías ni los mentados planes de evasión…*

Milena: *... es el momento preciso para iniciar este mi andar sin arnés o red de seguridad, un auténtico free solo por la vida… y que se caiga una si se debe… y espero se disfrute la caída como se debe… o se nos debe…*

Sebastián: *…enterarse que estamos atascados en el intersticio… ser del grupo o ser uno… uno más o uno distinto… formar parte de o apartarse para transformarse en…*

Romina: *... ella cree que lo quiere… él dice que la quiere… ella cree en lo que dice o quiere hacerlo… el confía en lo que dice o piensa que así lo hace… ella… él… creen en su correspondencia o esperan hacerlo… dos caras de una misma versión pero en lados inversos de la moneda… de la medalla… de la historia… de amor…*

Luciano: … *si uno no es más que dolor, ese dolor prolífero, ese dolor proclítico, dolor que es uno. Que atraviesa todos los huesos, conforma todas las cavidades, todas las articulaciones, todas nuestras alucinaciones. Y no se manifiesta en las putas palabras, ni siquiera en los rostros de las cosas y los quienes. Ese dolor que es uno y se siente en los modos. Modos de no hablar, de no sentir, de no pensar. O acerlo todo através de las dolencias que demandan emanación, alguna plasmación. Y a veces la única escapatoria es que te den una buena trompada en la jeta o que te lleves hasta el banco a diciembre y a febrero también. Y que el resto te desprecie o te desvalorice. Y hasí por lo menos el ser-dolor se justifica.*

Lucas*: ... este equilibrio malabarístico entre locura*-des-*locura, mi insuperable viraje hacia el interior de la caverna número uno, y su consecuente misión contra-pedagógica hacia los aun encadenados*[2].

[2] El mismo narrador-recolector, en proceso de relectura analítica y corregidora, se enemista consigo mismo por el resultado arribado. Desde siempre detestó aquellas coincidencias respecto de ciertos manierismos del habla, modos de expresión, voces repetidas atrapadas en pleno vuelo;

compartidas todas en un mismo tiempo, en un mismo texto. Aquella acuciante falta de destreza para distinguir y distanciar a un narrador de sus personajes, a un autor de sus sujetos enunciativos. ¿Es que acaso no percibieron, y hasta aborrecieron, dichas similitudes? ¿Tan arduo resulta manifestar lo propio en forma disparecida? ¿O indagar en lo propio, previamente, de un modo desemejante? Pero, inclusive, ¿puede enfadarse de manera tal un narrador-recolector sin incursionar por el paraje de las irónicas actuaciones? La temporalidad cronológica de los escritos registrados, archivados, y aquí, incipientemente acomodados ¿no demuestra acaso, por mayor intento arremetido, que éste tampoco consiguió desprenderse del todo de un V…, sus estilos, sus cuadernos? Diagnóstico probable: agudo caso de *empatía creativa*, subtipo *literaria*.

De aquí se desprende el entendimiento, fácticamente contrastado por cierta balística sintáctica, que tanto alumnos como alumnas, como el mismísimo narrador-recolector, fueron atrapados a punto tal por las voces que son V… en sus clases, sus explicaciones, sus textos escritos, leídos y oídos de primera mano; que consciente o inconscientemente, las emplearon como instrumento de expresión, pronunciación, auto-proclamación. Incluso, sin haber oído aun su emérita voz, podría un lector sagaz cualquiera aventurarse en el desentrañamiento de las temáticas trabajadas en las clases precedentes, y ausentes en este recorte indagatorio, por medio de las pistas dejadas por escrito en este apartado[2.1].

[2.1] A modo de ejemplo podría mencionarse el hecho de que, al dictar V… ambas asignaturas en la mencionada institución, los contenidos trabajados en las horas de Filosofía solían hacer acto de aparición en las clases de Literatura. De allí las constantes reflexiones respecto a: las prácticas o ejercicios de-constructivos[2.2], las relaciones entre las palabras y las cosas[2.3], la sospecha respecto de la pretensión neutra, objetiva y universalizante de la gramática[2.4]; hasta llegar a cerciorarse, a su vez, de la frecuente utilización de relatos mitológicos para ilustrar avispadas analogías (tanto en manos de los estudiantes como del narrador-recolector mismo) [2.5, 2.6, 2.7, 2.8]. Otra cuestión correspondería a la recurrente utilización (y abuso) de ciertos recursos retóricos, poéticos, semánticos por parte de todos los hasta aquí escribientes[2.9].

[2.2] Derrida, J. (1967). *De la grammatologie.* París: Les éditions de minuit.

[2.3] Foucault, M. (1966). *Les Mots el les choses.* París: Éditions Gallimard.

[2.4] Ibíd. 2.2

[2.5] Argos el ciego.

[2.6] Lecho de Procusto.

[2.7] Nacimiento de Palas Atenea.

[2.8] Sísifo y su piedra[2.8.1], que si bien no plenamente explícito, obviamente se presiente en los pensamientos de Milena.

[2.8.1] Puede que quizá, complementando el mito, se halla efectuado cierta lectura del texto de Albert Camus[2.8.1.1].

[2.8.1.1] Camus, A. (1942) *Le Mythe de Sisyphe*. París: Éditions Gallimard.

[2.9] De los mismos no se presentará una acabada enunciación, en forma de lista o cualquier otra, ya que sobrepasan los conocimientos del aquí escritor encargado de redactar las notas a pie de página[2.9.1].

[2.9.1] Ya demasiado me extendí en mi función, pero siendo tan escasas las brechas abiertas para mi propia enunciación, mucho me cuesta el resistirme a estos impulsos de vivenciarme-por-escrito[2.9.1.1].

[2.9.1.1] Haciendo un poco de autocrítica, llego a la dolorosa certidumbre de hasta qué punto yo mismo me encontré contaminado por la forma de expresarse de V… llegando a convertir estos intentos de aclaración meta-analíticos en un círculo vicioso y recursivo insalvable. ¿Puede escaparse del mismo? ¿Cómo conseguirlo? ¿No será esta aventura más que otra fantasía lúdica de aquel duendecillo de Anderson Imbert? ¿Nada más que delirios alucinógenos de un ezquizo-narrador? ¿Por qué, a su vez, se encuentra todo tan infestado de citas y referencias literarias mencionadas o forzadas al pasar? ¿Quién principió todos estos movimientos?

Sin embargo, nada mejor para intentar sostener la coherencia narrativa y argumentativa hasta aquí propuesta, sin olvidar estas preocupaciones referidas a la necesaria multi-vocidad de un texto que se

… Milena sigue sin escribir y al mismo tiempo sin nunca soltar la lapicera apresada entre sus dedos; Martina apenas si garabatea en su hoja debido a la extrapolación introspectivas hasta entonces ocurriendo en su por siempre imaginarse; y Josué sigue leyendo; Joaquín perdido en su celular y sus videos; Martín perdido en el solipsismo-Martín. Mientras tanto Luciano ríe, sólo para sí solo; y Lucas se muerde las uñas mientras se figura la imposibilidad de continuación de un escrito delirante; y Romina deshoja su cuaderno rimando las difusas salidas a las desventuras narrativas derivadas de un se quieren no se quieren creen que se quieren creen que lo saben… Y mientras tanto Milena sigue mirando por los empañados cristales; y Román se mantiene impávido frente a sus cavilaciones; y Jazmín saca un encendedor y empieza a incinerar sus secretos más profundos renglón a renglón. Y V…, en inmenso silencio, observa las distintas escenas, como siempre inmutable; y empieza a anotar alguna cosa en su cuadernito de tapas azules.

Andando con las venas abiertas, las tribulaciones bien abiertas, los cajones sin censura. Parafraseando los avatares y fracasos vivenciados, los ilusorios también, los de momento inexistentes por supuesto.

Manifiestos huracanados, todos ellos enteramente subjetivantes, acribillando al papel y a través del mismo. Y más allá del mismo. Cúmulo de fronteras móviles redefiniendo el lugar de lo abyecto, ocasionando el ingreso de lo externo, del eterno desde afuera. Y en sus adentros cada centímetro estaba en juego, cada milímetro contaba: se observaba, se presionaba, se re-programaba, se contra-traducía.

Cada cuaderno sobrevino en un verdadero temporal singularizante. Cada uno de ellos haciendo estragos para aquellas miradas no entrenada de quienes jamás llegaron a comprender, o siquiera

---

digne así de serlo, que reingresar al continuum de sentido en el cual nos posicionábamos de momento; para así descubrir que, faltando aun unos 15 minutos para el receso inter-clase, y así la hora de Física,…

atisbar el apreciar, de esa su belleza originaria. E incluso a quienes así lo hicieron tampoco. Máximo allanamiento a un a(le)ccionar de invernadero, a un (im)plantar y coleccionar especies catalogadas y catalogables, cada una en su debido lugar de ubicación, cada una con su supuesto crecimiento ya pautado.

Un todo del ejército de marionetas que, desgarrando sus hilachas, caían sueltas a pleno suelo; disueltos sus mandatos y mandamientos, caían sueltas a pleno vuelo. Nunca fue más fuerte ni la mano que las sostenía ni los hilos que las guiaban; sino la misma idea de esa existencia real de aquellas manos y aquellos hilos, y así se les permitía. Todo un regimiento de soldaditos de plomo, quienes ya sin base alguna, quienes ya sin suelo firme, seguían aun de pie. Gritos hurráticos: ¡Nunca las necesitaron! Desesperación atosigante: ¿Qué los sostiene ahora?

Y una clase que seguía sin reducirse a ser clase, y de una tarea que como crisis y conflicto paradojal entre lo definido y lo no. La situación y las idiosincrasias, las tablas y sus personajes, las palabras y las cosas, todas habilitaron a este su nuevo kibutz de la experiencia en donde todas las tramas surgían, todas se des-hilvanaban, todas se contra-producían.

Y aun así, sólo un primer intento. El movimiento inicial de partida, el miramiento de infinitas vueltas hacia uno mismo.

Se percibía una brisa de honestidad en el intento de esas páginas, pero todas encadenadas aun en los llanos de la superficie, en los relieves de aquella corteza que las recubría, que las revestía, y a su vez esa taimada intención de ocultar lo profundo. Lo acaso verdadero. Las múltiples historias de un iniciar que para poder prevalecer, para continuar aun en la hazaña, requieren de los sacrificios más penosos, de los más escabrosos, los más abrumadores. Las palabras que hasta ahora sólo alcanzaban la forma animal de la serpiente que todo lo recorre pero nada lo penetra, que sólo sobre tierra, y que aun no llegó a consagrarse en esa fuerza demencial que todo lo atraviesa, que todo lo perfora, que todo lo estrangula. Lo centrífugo mismo perpetrado hasta el propio núcleo.

Y todavía se precisaba mucho transitar hasta encontrarse en esa última puerta, en esa cortina concluyente, en esa metáfora que (nos) falta. Sobornar al guardián, asesinarlo si hace falta, o descubrir acaso que siempre fue uno mismo. Descorrer ese lo que sea y visualizar el secreto, la ausencia constituyente, la cosa (aun) sin nombre. Todavía se precisaba mucho y tan sólo un primer intento. Con varios fantasmas aun por recorrer esos escritos; cada uno más perverso y sombrío que su precedente. Cada uno más inmenso y abismal que el anterior. Pues este andar nunca fue de rosas y la marioshka que seguía podía ser la más aberrante. La más infame hasta ahora y hasta así llegar a la sorpresa de Pandora en el interior de su caja.

Sólo así nacería ese río de incesantes llamas que recorre las arterias, que atraviesa las conexiones nerviosas, que traspasa las oraciones y carboniza las realidades. Fuego caudaloso del cual no puede uno refugiarse, más sólo avivar sus palabras-llama. Pronunciarse hasta que lastima. Recrearse así por escrito.

Y a su vez una implosión de vacío que anida en el pecho, o es que allí se lo siente y así se lo piensa, sólo por culpa de las así proclamadas certezas científicas, las cuales nos obligan a allí ubicarlo y creer que así lo sentimos. Esa implosión - de vacío - que inquieta, y efervesce, y la hace a una querer explotar realmente. Y al no poder conseguirlo – no realmente, literalmente tampoco – tiene una que abandonar sus tareas presentes, y correr hasta la puerta más próxima; refugiarse en la intemperie de la lluvia que atosiga, y bailar dos o tres compases de los más indómitos e indomables.

Así Milena veía a Milena. Implosionada, mojada, danzante improvisada. Pero a su vez Milena se veía a sí misma sentada, con una lapicera bic apresada entre los dedos, y un papel todavía virgen sobre su mesa.

Si bien no había apuro alguno para ensayarse ya.

Muchos cumplían con las consignas diarias, aprobaban los obligados exámenes, culminaban los requeridos estudios, y aun así nunca nada les sucedía. Nada realmente, no; nada les pasaba.

A Milena algo le pasaba. Algo vívidamente la acontecía. De afuera hacia adentro o en su viceversa más contraria, a ella toda, a Milena, algo la atravesaba.

Y cuando el horizonte de la escritura estaba por cortar de un tajo vivo su mentado papel, se abrió de sopetón la puerta que del salón da al patio común.

Tentativas de indagación:

Entrevistas II

Martina Jara y Romina Di Tomasso. 18 y 17 años, respectivamente. Estudiantes. Tomando un mate ya lavado en el bar del Colegio Novalis. Provincia de… Septiembre del 2019.

Por ese entonces no es que estuviera muy compenetrada con lo que sucedía en cada clase, no creo hablar por todos pero con el asunto del viaje de egresados que ya estaba a la vuelta de la esquina, y las compras que todavía me hacían falta… un par de zapatillas, pantalones de jean, ese tipo de cosas… y además la organización entre todos para la noche de disfraces. La verdad que era todo un quilombo por esos meses y entre tantas preocupaciones acuciantes lo que pasaba en cada clase iba quedando en un tercer plano ya bien lejos, ¿no? A mí me pasaba lo mismo, y sin ánimo de generalizar para todos los casos, sí creo que la mayoría estábamos en la misma. Viaje, disfraz, fiesta; y recién después ponerse las pilas antes de que termine el tercer trimestre. Igual en general cada uno ya va anticipando ese devenir y busca sus estrategias. Para el último año te imaginarás que ya se tiene un buen repertorio. Sabes a que profe le lloras un poco, a quien le alcanza con una buena evaluación final; te las vas ingeniando. No. Nosotras en general andamos bien. Yo suelo tener siempre ahí a Inglés, pero porque no le doy mucha bola nomás. Martu nada que ver. Sí, bueno, yo como estoy con el ingreso virtual de la Universidad voy maniobrando un poco entre todo pero desde antes. No me puedo dar el lujo de acordarme al final. Te vas dando cuenta que tenés banda para leer y los textos de la facu son bastante más complejos. Y demandantes. Entonces en alguna que otra clase te haces medio la bolu, ¿viste? Te vas al fondo y te pones a hacer los resúmenes de Política o Economía, porque para la facu los resúmenes son más una necesidad que un accesorio; y por eso también las clases del secundario se van mezclando y pasan a un plano distante. Si, igual con V…

hay cierto *feeling*. A nosotras justo no nos van tanto sus materias pero… lo queremos… ¡Hablá por vos! A mí sí me gustan sus clase, pero más en Filosofía que en las demás. No mucho los textos porque él la tiene con que nos preparemos para el lenguaje y el vocabulario… y el nivel de la universidad en general, y la verdad que se me complica un montón. Empecé leyendo pero después fue más un dejar que hable él y tomar apuntes. Bueno lo de tomar apuntes también fue algo que lo trajo él ¿no? Lo digo porque arranco de suplente a principio de año y al final parece que quedó. Va, creo... Sí, si yo hablé con Raquel la otra semana y parece que a Luismi (el que estaba antes en el cargo titular) le salió la jubilación, así que seguro que queda V…. Bueno, igual lo que venía diciendo… Sí perdón…. Venía diciendo que a pesar de no leer ya casi nada de lo que nos manda por mail, porque esa es otra que le fascina, todas las semanas sus benditos mail con bibliografía. Esa es la típica. A pesar de eso sus clases me parecen re-copadas. Aunque los temas sean medio bodrios, o a la mayoría, salvo tres o cuatro, nos parecen medio plomo porque no nos interesa mucho la temática. V… se preocupa por traerte ejemplos o miramos alguna película, y eso moviliza bastante. Aunque a fin de cuentas siguen siendo debates que si a uno no le llama mucho la Filosofía se pierde bastante. Igual también trabajamos lo del amor que estuvo bueno y lo de la ESI. Sí, me olvidaba. Bueno, lo de la ESI fue como el botón disruptor del funcionamiento cotidiano de la escuela. Imaginate que, sin ser católica o nada parecido, en la escuela hay cosas que no se tocan, no se conversan o se discuten. Lo del sexo, digo, la educación sexual era cosa del típico videíto de cuidarse, tomar conciencia, usar preservativo si sos varón, la prevención al embarazo para las mujeres, y el ciclo menstrual, obvio. Y casi siempre por separado ¿viste? Va, me imagino que ya lo sabrás de memoria porque no es que acá sea la excepción a la regla. Por algo es regla, ¿no? Hombres y su videíto por un lado, mujeres con el suyo por el otro. Pero V… nos la hizo *flashear* de enserio. Con su Power de Foucault. ¡Ay su bendito Foucault! Y un par de textos más, uno de un español… o una española…. que estaba re bueno, y era bastante picante. También el poema de Sussy Shock. ¡Ah esa es otra! Una genia de enserio. Nos proyectó un día un video de una mina que la rompe. Bien entre poesía y filosofía. A nosotras nos dio

vuelta la cabeza por la complejidad con la que hablaba. Nos pusimos a buscar si tenía otros videos por Youtube. Yo incluso le mandé a comprar un libro suyo a mi hermana que labura por la capital y hasta ella se copó y la empezó a seguir también. Aparte también canta. No es de mi estilo pero muy buena voz tiene. Buen registro. Igual a lo que queríamos llegar era a que, además de los textos, y las distintas actividades para que todos hablemos de lo que pensábamos o habíamos vivido o sentíamos, un día tuvimos una clase en el baño del colegio. ¡En el baño! De en serio. Te imaginarás lo que fue eso en un colegio como este. Eso fue cuando estábamos leyendo el texto de ese o esa española, que trabajaba con las lógicas de segmentar el baño por sexos porque decía que era una estrategia de poder. Una tecnología positiva de poder. Sí, una tecnología, que eso también viene del bendito Foucault. Y la cuestión es que nos hizo intervenir los baños. En realidad él no nos hizo nada, fue más bien un trabajar los textos en clase, discutiendo; y Jazmín que estaba bastante apasionada por el tema propuso que hagamos algo visible en los baños, y entre ella y Mile se las ingeniaron para hacer carteles y pegarlos en las puertas, en las paredes, y hasta llegamos a dejarlos una semana y nos turnábamos entre la mayoría – casi siempre chicas - para hacer *tours* explicando a los más chicos, desde la teoría, cual era la fundamentación para esa intervención del espacio público. Fue una experiencia bien distinta, salida totalmente del molde. Obvio, nosotras nos re copamos con el tema de la ESI, no tanto como Jaz que estaba a *full*, o Mile que también organizó todo, pero estábamos bastante metidas. No es por segmentar tampoco pero en general éramos las chicas las que más nos movilizamos. Los chicos también se fueron metiendo en tema, aunque hubo varios recreos o clases mismas en que se caldeó un poco el asunto. La mayoría hacía algún comentario bien boludo pero para molestar nomás, después se daban cuenta que nosotras nos tomábamos el tema bien en serio y se callaban. El único que era de enserio un anti total era Joaquín, que por ser muy religioso… venía ya de familia así ¿viste?… No, no católico pero alguno de sus sucedáneos, y no le cabía ni media el tema. Olvidate. La mayoría ya sabíamos que mejor no arengarlo de más, aparte si bien bastante cerrado en su forma de pensar, por lo menos era respetuoso. Sí, tal vez no participaba en los carteles

o cosas parecidas pero no te impedía hacer las cosas que vos priorizabas, ¿viste? Jaz era la única que a veces le buscaba igual bronca... y no por jodida, porque es re buena mina Jaz, pero a veces con esos temas se sacaba. Sí, más que nada con esos temas. Claro. Pero igual esa clase fue bastante a principio de año. Todavía no se nos venía tan encima el viaje y prestábamos un poco más de atención en clase. Más que nada porque un buen primer trimestre te da el impulso que al final necesitas para llegar al siete. Imaginate que todavía estábamos en la unidad dos, de Ética me parece, ya habíamos terminado con lo de Conocimiento y estábamos trabajando con ética y sexualidad. Sí, pero eso era en Filosofía. Claro, pasa que como V… andaba por varias materias una se va confundiendo. Lo que trabajas en una se mete en la hora de la otra… no que él use una hora de Literatura para trabajar con Platón pero sí le gustaba relacionar todo. Lo que podía ¿no? Bueno, pero en Literatura estábamos leyendo cuentos de realismo mágico si no me equivoco. Ya habíamos visto algo el año anterior pero V… quería reforzarlo según nos dijo. Y entonces trabajamos con el del viaje a la semilla de García Márquez. No ese era de Carpentier, el de García Márquez era un libro con un nombre bastante largo. Sí, el mismo; el de la abuela. Sí, porque como si fuera ayuda de memoria V… lo llamaba de la abuela desalmada. No me acuerdo todo el título pero algo de la abuela había. Yo tampoco. En fin, leíamos esos cuentos latinoamericanos y ya cuando íbamos como dos semanas con eso fue que un día calló V… así, bien en silencio, y no se le escuchó palabra alguna por varias semanas. No, al menos nada en particular con nuestra clase. Fue como si lo trajera de algún otro lado. Cosas parecidas eran, como decir, de su estilo; acordate que te comentábamos lo de dar una clase en el baño… pero, en general, sus juegos duraban una clase y después había que reflexionar o analizar lo hecho entre todos. Pero acá no, la clase terminó y como no nos dijo nada supusimos que para la próxima no había tarea ni nada parecido. Y a la semana siguiente, porque creo que eso fue un miércoles, y nosotros lo tenemos de lunes a miércoles, los tres días. A la semana siguiente lo mismo. Entró al aula, saludo con un gesto cordial… pero sin decir palabra. Entregó algún cuento o relato fotocopiado, se sentó en el escritorio y se quedó… así… solamente mirando. Igual cada tanto nos

daba alguna consigna por escrito, pero sólo al principio, después como que nos pusimos de acuerdo en ir alejándonos de esas preguntas para hacer cosas más interesantes. Sí, de eso tuvo bastante que ver Mile. La verdad que tal vez podríamos haber hecho la de vagos y quedarnos así en la nuestra, fingir que leíamos y ver hasta donde aguantaba V… Pero como que se fue dando así, leíamos en grupo o individualmente, y después alguien tiraba alguna idea que le había quedado y la discutíamos. No sé si otro grupo hubiera hecho lo mismo. Sí, tampoco sé si sin Mile nosotros hubiéramos hecho lo mismo, pero lo importante es que se dio así y la verdad es que estuvo re bueno. Va, fue distinto, y creo que a V… va ¿creemos no? Sí, yo también creo que a V… también le pareció fructífero. No sabemos si él se calló en primer lugar para que pasara algo así… que sería una opción viable ya que él estudió algo de pedagogía o educación después del profesorado. Siempre nos contaba algo de sus estudios, tal vez para contagiarnos. Pensá que a pesar de ser tan joven, o más joven si lo comparás con los demás profesores del colegio, tenía como tres títulos. No creo igual que contagiara. Yo pienso que algo sí, no a todos pero la cercanía de esas situaciones te estimula un poco. ¡Qué sé yo! A mí al menos no, lo aplaudo igual, pero de ahí a estudiar tres carreras ni en pedo. Yo soy caso aparte igual. No tengo ni idea de qué voy a estudiar y la mayoría ya se está anotando. Ella está terminando el ingreso virtual y yo me peleo con mi vieja que quiere que estudie Medicina mientras yo estoy como aahh. Tampoco te creas que yo esté mejor. Mi vieja me dijo que no estudie lo mismo que ella porque ella detestó su carrera y eso que fue a una privada; pero al mismo tiempo me dijo que alguien tenía que hacerse cargo de la empresa familiar. Entonces me metí a estudiar lo mismo pero en una pública. A ver si es un poco distinto tirando para mejor. Bueno, ya verás, estamos ambas en algún lugar entre el puerto y la deriva. Y creo que más a la deriva que otra cosa porque me perdí totalmente por donde iba el hilo de la discusión. Que V… tiene tres títulos a pesar de la edad. Sí, y eso genera un poco de movimiento a algunos, a otros no como es mi caso particular pero… ah no, ya me acordé… estaba diciendo si su silencio fue algo preparado con alguna intención educativa o no… pero la verdad es que de eso ni idea, al menos yo. Yo tampoco me animaría a objetar por sí o por no.

Mile que hablaba bastante con él, antes del silencio obvio, y después que volvió a la normalidad también. Ja, ¿qué diría V… si te escuchara diciendo eso? ¿Qué decís? Ah claro… te explico, lo que pasa es que V… aborrece la idea de normalidad, el concepto digo, trabajamos varias clases sobre el tema… de ahí el bendito Foucault que todo lo puede… Pero a lo que iba es que Mile hablaba bastante con él, y no creía que haya sido algo planificado o al menos no al principio, Mile decía que un día le ocurrió de improviso la situación y después le atribuyó cierto sentido, de eso Mile, igual lo decía antes de que V… vuelva a la normalidad… a hablar digo… nunca a la normalidad porque sino Foucault se me enoja jajaja…. y yo me acuerdo que en su momento no supe ni decirle tenés razón o en realidad tal vez lo que paso fue…, a Mile ¿no? No, me quedé casi tan muda como V… Y me imagino que nos quedará la incógnita de la razón. O razones. Sí, o razones. Que tampoco nos interesa mucho a nosotras. Como ya dije, a quienes no les llama mucho la discusión filosófica esto se escapa de las prioridades de una. Y nosotras nos encontramos actualmente más preocupadas por terminar de organizar la fiesta de egresados que cualquier otra cosa. Y las materias se aprueban, tampoco es un colegio tan exigente como se vende o se quiere creer, la verdad es que con poco alcanza y hasta sobra. Yo ahora le empiezo a meter un poco las pilas al Inglés y de seguro la salvo. Hasta ahora nunca pise diciembre, así que vengo invicta. Igual, me disculpás un minuto que este mate ya está intomable y voy a cargar más agua. Dale, en un toque vuelvo. Bueno, yo no sé qué más querés saber. Como ya te decíamos antes, de porque decidió callarse desconocemos las razones, o la razón si es que fue una sola. De porqué rompió el silencio tampoco. Y eso ni siquiera fue en una hora con nosotros. Obviamente que de repente una clase nuestra entró y saludo con un ¡Buenos días! Así como si nada, de un día para el otro, apareció y ya nos hablaba como siempre; pero eso ya lo esperábamos porque los martes, a todo esto fue un martes que volvió su voz a inundar los salones, al menos de este colegio… los martes lo tenemos en la tercera y cuarta hora porque en las dos primeras está en quinto. Y ya en el recreo nos habían avisado bastante entusiasmados los de quinto que V… apareció y se puso a hablar como si nunca hubiera frenado. Por eso estábamos un tanto expectantes

nosotros también, pero contábamos con cierta alerta anticipada. Sí, en fin desconocíamos de entero su razón o razones. Al menos nosotras dos. Si alguien las conoce, de eso yo ni enterada. Bueno ya está. Me la dejó casi hirviendo pero mantenemos destapado el termo un rato y anda como nuevo. ¿En qué estamos? ¿Le contaste de tu hermana y V…? No. No es que haya mucho que contar igual, o no mucho relacionado con su rol docente… Mi hermana tiene la misma edad o algo así. O por lo menos tienen ciertas amistades en común, o ciertos conocidos al menos, porque se han encontrado varias noches a lo largo de los años. Eso me dijo mi hermana hace unos meses cuando justo yo le comentaba lo del baño y la ESI y ella me preguntó por el profesor porque ¿te imaginás a Luismi haciendo algo así? Ja, ni en pedo. Es que mi hermana también vino a este colegio, terminó hace ya unos pares de años, y le resultó interesante escuchar las propuestas del profesor suplente de Filosofía. Y cuando le dije se llama así ella me dijo ¿no será V… que aparte estudio educación? Y cuando yo le dije que sí, me comentó que ella había salido con él o más bien se lo había encontrado varias noches por ciertas amistades en común. Y la verdad es que estaba bueno enterarse de eso. Si, lo que pasa es que nosotras pensábamos que el tipo no tenía vida más allá del estudio. No sé qué tanto habrás indagado ya pero V… es un tipo bastante erudito. Al menos así nos lo vende en un colegio donde la mayoría son docentes salidos de terciario y ya bastante anticuados, y él te cae con tres títulos abajo del brazo y cada clase te apoya sobre el escritorio un pilón de libros que va abriendo según amerita la conversación. Más que nada porque adora leer alguna que otra cita de autor. Y se las sabe de memoria igual pero creo que es por el hecho de mostrar lo mucho que leyó y lo que sirven los libros y tal vez contagiar un poco su pasión lectora. A otras, a mí no mucho. Bueno, pero te dejo seguir a vos Martu. Sí, era eso igual. El enterarte que no vivía nomás para dar clase, acá o en la Universidad, y que salía un poco de la biblioteca que me imagino debe ser su departamento, si es que vive en un departamento. Y cuando mi hermana me habló de V… y su vida nocturna no me la podía creer. Yo mucho menos cuando Martu me lo contó a mí. Porque la hermana hablaba de un V… que salía tanto a bares culturales del tipo hippongo hasta a fiestas electrónicas de esas que se toman las pastillas que

te imagines. Igual ahora que lo pienso tu hermana también mete bastante variedad ecléctica ¿no? Puede ser, igual… en lo concerniente a V… y sus salidas nocturnas era sólo eso, enterarse de su repertorio. Después tampoco es que nos contó alguna historia o anécdota ni muy tranquila ni tan comprometedora. Era más la certidumbre de conocer el nombre y relacionarlo con cierto grupo y ciertos ámbitos. Tampoco es que nos vamos a catalogar como las chismosas del colegio, ese título ya lo tiene Susi, la profe de Geografía, que de paso también algo nos contó sobre V… porque su sobrino lo conoce no sé de dónde. Pero lo de Susi ya es como que te vas a otro *level*. Completamente incomprobable y en la mayoría de las veces mejor ni repetirlo porque podés quedar como ya te imaginarás. Así que mejor ni meternos en ese lío. Hasta llegó a decir que una vez en la sala de profesores pudo hojear su cuadernito de tapas azules. Porque esa es otra. ¿La sabías? ¿Nadie te la comentó aun? Tampoco es que sea la gran cosa, creo que nada con V… es la gran cosa igual, sólo algo distinto. Pero el profe siempre lleva en un bolsillo del pantalón, o del saco cuando hace un poco de frío pero no mucho como para traer campera, siempre lleva un cuadernito de esos de bolsillo justamente. Más o menos así, no mucho más grande que esto. Claro, uno de esos, y cada tanto lo saca y se pone a escribir. Generalmente en los recreos lo ves escribiendo. Pero por aquellos momentos de la mudez fue bastante habitual observar al cuadernito ese en plena clase. Y la cosa es que nadie sabía qué es lo que escribía o dejaba de escribir allí. Al principio siempre te imaginás que es algo sobre los alumnos, quién está hablando, quién dice tal o cual cosa. Después suponés que son algún tipo de ayuda de memoria o un registro de pensamientos cotidianos. O incluso hay quienes se figuraban la escritura de algún poemario o novelita para pensar. Todo hipotético e incontrastables, porque si le preguntabas a V… no te respondía más que con evasivas. Y nunca supimos de nadie, al menos del colegio, a quien se lo haya enseñado. Ni a Mile se lo mostró, y con ella hablaba bastante. Y a lo que íbamos es que Susi te cae un día y te quiere vender el cuento de que espió por la mirilla al cuaderno y obvio que una la escucha, por curiosidad nomás. Pero sabés que de ahí a que sea verdad es más fácil que los chanchos vuelen. O que Martín sea de izquierda. Jajaja. A veces le pega igual, alguna que

otra fuente fidedigna tiene… Pero… ¿estuvo mejor este último mate no? Calentito al principio pero ahora anda. Algo. Bueno, no sé si te podremos ser de mayor ayuda. Más allá de los comentarios por fuera de la vida escolar, suponemos que no te dijimos nada nuevo. Que hoy en día, con tanto Merlí dando vuelta, aparezca un profesor de Filosofía o de lo que sea haciendo algo distinto no creemos que sea algo muy raro. Igual V… no lo hace para caer bien ni nada. Y si bien a mí particularmente no me interesan tanto sus materias, y bueno, a Romi que algo le gustan los debates de filo, en general veo en él una persona comprometida con hacerla a una pensar. Que no te dé lo mismo cualquier cosa y poder poner en cuestión lo que se dice normal o natural o dado por supuesto. De ahí que en nuestros escritos que mencionabas antes hablemos tanto de romper con el orden de la gramática y ponerla en cuestión, eso era de Derrida y lo vimos hace unos meses. Hablará con vocabulario complejo y nos dará textos de cierta dificultad, en la materia que sea, pero si en este colegio no viene alguien así a darnos una buena cachetada entonces terminamos todos como Martín que dice que los pobres están así porque no se esfuerzan y todo ese discursito de noticiero del trece… Y con V… trabajamos bastante esos temas, más que nada en Trabajo y Ciudadanía pero él lo cuela por todos lados porque le interesa que lo veamos, y se desvive porque lo reflexionemos… lo de la miseria, la supuesta igualdad de oportunidades, la aporofobia… y a mí la verdad es que me vino bárbaro porque en Política estos temas se cruzan un poco, pero más desde su lado histórico. Si, igual yo no estoy siempre tan de acuerdo. Estoy más en el medio. Entre un Martín que es alto facho y Milena que está como enamorada de V… yo estoy en el entre. Porque algo de esfuerzo tiene que haber. Yo no estoy acá regalada, y por más que sepa a quien llorarle y a quien no en el cole me siento y estudio. Nadie me regaló nada. Bueno, acá verás que es donde siempre nos peleamos en discusiones parecidas. Yo pensaba parecido hasta que el año pasado, también con V… pero en Sociología… fijate justo en qué materias se metió en este colegio, y bueno… decía, entonces en Sociología leímos a Bourdieu y nos hizo reflexionar sobre los privilegios de clase o de capital cultural desigualmente distribuido y de cómo nosotros ya habíamos ganado por el lugar que nos tocó, y encima te habla alguien que está por

ir a una universidad pública para tal vez o muy probablemente heredar una empresa familiar ya bastante bien encaminada, yo entiendo lo de los beneficios de facilidad mientras que otros tienen que atravesar mil barreras más que una para tan sólo llegar a vislumbrar lo que yo tengo por nacimiento o familia. Pero aun así tú vieja y antes tú abuelo se tuvieron que romper el lomo para construir desde cero esa empresa. Sí pero ¿yo que hice? Y vos estudiaste y estás matándote con el ingreso virtual, no es que te rascas y esperás sentada. Bueno así son nuestras discusiones diarias. Pero más allá de que obviamente no vamos a saldar nuestras diferencias acá, ni tampoco es el objetivo, me viene como anillo al dedo para que veas lo que tanto apreciamos, en general todos los que lo tenemos a V…, o los que al menos lo aprovechamos, para meter un poco el dedo en la llaga. Yo de enserio que antes de conocerlo a V… era como Martín pero con pollera y pelo largo, y te decía lo de estos negros de mierda y hoy miro hacia atrás y se me cae la cara de vergüenza de lo que pensaba y decía. Igual yo no pienso lo de que los negros, digo los pobres o a quienes les toque son así porque quieren, es más entiendo lo de las condiciones sociales y estructurales que hasta cierto punto te determinan, sólo que me parece que destruir por completo el esfuerzo que una hace también es desmerecer un poco. Igual te entiendo. Si, y en esto ambas pensamos lo mismo. Tener este tipo de discusiones, de actividades como la del baño, o los debates sobre el amor a partir del Banquete que ese es cuento para otra mateada, todo eso nos sirvió para repensar el modo mismo en que pensábamos, destronar ciertos ideales o esencialismos… wua, me escucho y escucho a V… haciendo algún monologuito de esos bien suyos… pero en fin, era necesario. Y agradezco que haya aparecido por el colegio... Y eso que cagadas también se manda ¿no? No todo es acierto de su parte. Alguna que otra actividad que no se entiende, varios textos que no se entienden cuando en verdad debería haber sido más progresivo en la selección de material, y lo tiene que compensar con explicaciones larguísimas y medio plomo. Por eso también lo de su silencio fue tan disruptor como un texto mismo. Y vaya una a saber su razón o sentido. O razones y sentidos. Bueno, eso. Pero a fin de cuentas, al menos para nosotras le salió bien. No estaremos seguras si dio en la tecla que quería dar pero fue un buen silencio. Buen registro. Y

bueno, mejor nos vamos callando nosotras también que no paramos de hablar desde hace cuarenta minutos. O más, si vinimos como a las cuatro. Así que si no necesitás nada más nos vamos despidiendo. Bueno gracias. No de enserio, gracias a vos. *Bye*.

Martín L… 17 años. Estudiante. En el portón de ingreso del Colegio Novalis. Provincia de… Octubre del 2019.

Las cosas son como son y no hay mucha más vuelta que darle. No voy a hablar mucho porque no tengo mucho por comentar en último término. De él puedo aceptar que estaba bastante apasionado por las materias que daba, por los distintos temas de sus clases, pero salvo por eso yo no le rescataría otra cosa. Son temas, o materias mejor dicho, que no sirven para nada. Hablando seriamente. No te aportan para nada. Serían más bien un relleno del curriculum en medio de una escolaridad obligatoria. Y que un flaco esté tan compenetrado y ensimismado en esos temas a su edad me parece bastante triste. O patético tal vez. Aparte que son opiniones. Todo discursito de izquierda o de centro de estudiantes. Te quieren meter el panfleto político en el salón de clase y después a mí me dicen nazi o facho por pensar lo que pienso o decir lo que digo. Pero viene él a hablarnos de discriminación a los pobres y yo no los discrimino, pero los que no quieren laburar o no tienen la cultura del trabajo son ellos. Y sí, yo no me sentaría al lado de un pobre o me pondría a hablar con él. Y porque no. Porque no tenemos nada en común. Y de enserio pienso que en el país hace falta un poco más de ideología del delito, que vayan de enserio presos porque después uno los trata bien y te matan igual para robarte un celular o un par de zapatillas. ¿Qué qué entiendo por ideología? ¿Y por delito? Jaja. Dios, ya te pareces al profe. Me molesta mucho la gente que piensa que puede ganar las discusiones haciéndose las de intelectual con preguntas como esas. No es nada en contra tuya, de enserio. Pero esos ¿qué entendés por ideología? ¿En serio se piensan que eso es un argumento? Las cosas son como son. Si no es la palabra correcta será otra parecida pero se entiende. Por delito es que vayan

presos y listo. Y si no que se pongan a laburar de enserio. Y con sus otras materias es lo mismo, en Literatura te hace leer historias, releer historias, discutir qué quiso decir cuando escribió tal cosa, cuando puso tal palabra en vez de otra. Te das cuenta flaco que el mundo no se mueve por esas boludeces. Que hay gente que hace guita escribiendo cosas así, escribiendo y discutiendo sobre lo que escribe, seguro que hay. Pero no tiene sentido alguno. Y obligarte en el colegio a hacer eso me parece una pérdida total de tiempo. De mí tiempo. Cuando lo que tendrían que hacer es prepararte para el futuro. No, no sé. Tampoco es que me interese encontrar una respuesta. Que te pongan un poco más de Inglés y cosas de tecnología. Más Física también hace falta. Este último año teníamos a V… dos horas por semana hablando de por qué las cosas son cuando podrían no haber sido, y de que la verdad no existe, y yo te pregunto ¿para qué sirve discutir sobre la verdad, el conocimiento, el ser o demás abstracciones? Todo una pérdida de tiempo y el tiempo no alcanza, se te viene encima. Y cuando en el futuro estas buscando laburo ¿qué te suma saber de Kant o algún otro… de Kusch? Que lo dé con más o menos pasión a fin de cuentas es lo mismo. El tiempo se gasta igual y él se sentirá mejor consigo mismo porque da su discursito político, pero sigue siendo maestro. ¡Maestro! Te hablan de pasión y toda la bola y después te hacen paro y te frenan todo. Y además hacen quilombo porque además del paro pretenden cobrar los días que paran. Dios, no jodan más. El mundo es así, se mueve así, con injusticias o con justicias, son las reglas del juego. Podés pensar lo que quieras pero o te movés o te comen. Y por eso esos temas y materias son una pérdida de tiempo. Detenerte a pensar que quiere decir el tiempo cuando tenés que ya estar en marcha porque te quedás atrás. Son las reglas del juego y no hay mucha más vuelta que darle. Después díganme facho o como quieran pero yo me doy cuenta como son las cosas realmente. Yo me muevo.

Tentativas de indagación:

Anotaciones[3] I

***

Abatimiento ante un espejo que nos devuelve una unidad
con la que sólo estamos siendo disfrazados,
o acaso, ni siquiera...
Desasos(c)iego frente a tanta mascarada fragmentaria,
astillas de un uno posible entre tantos potenciales
con el que nos falseamos juntamente.
Ni la palabra puede ya como morada para el yo irresoluto
cuando es ese yo la gran coraza a ser derruida,
como un camino nuestro al propio (y necesario) indisciplinamiento.

---

[3] Cuando, desencaminado en el tránsito de su siempre reflexionar, la parte docente de un uno abre el cuaderno de azules cubiertas, se erige frente a éste una corporeidad amorfa aun por deslindarse. Las voces atrapadas en estas circunspectas anotaciones (las de bajo este nombre y sus continuaciones por viniendo) corresponden a aquel escultor de un cierto silencio, quien supo, a su forma y modo, apresar unas escabrosas dubitaciones en las vertiginosas celdas de un instante por escrito.

De forma tal que todas ellas: incertezas, cabalidades, sosiegos y saudades – al menos las así seleccionadas y aquí enraizadas (por un auto-titulado narrador-recolector) – serán reproducidas y representadas a su tiempo específico, por una coherencia y armonía argumental todavía por coartarse. Más de seguro del todo estocástica.

Otro se presenta cuando Otro se deserta

Otros muchos que coexisten; muchos Otros

que desfilan

que mutan, que devienen.

...y las palabras nunca dieron abasto...

nuestra existencia de Otros pertenece al género de lo inenarrable.

Jamás el río bañó en sus cruentas aguas

dos veces a un mismo hombre.

Tentativas de indagación:

Escenas recuperadas[4] I

Valentín: por aquel entonces estudiante.

Ramiro: estudiante a su vez, y por aquel entonces también amigo.

Fernando: amigo a su vez, y con eso de momento alcanza.

Agustín: propietario del tablado sobre el cual la presente escena acontece.

Pitonisa: Oráculo escatológico.

Entre 20 y 30 protagonistas de diálogos adyacentes, quienes debido a su superfluidad para el guión aquí en reconstrucción, operarán de extras átonos en las inmediaciones de la puesta.

---

[4] También bajo ciertas cavilaciones, el mismísimo narrador-recolector de la nota al pie precedente, y de otras similares, al pie y no, recayó en la certeza, ya bien planificada y por tanto no tan re-caída, de la necesaria in-corporación de determinados acaeceres y sucedencias que sirvan de complementos vívidos a los fragmentos y fragmentares de escritura ya transcriptos y transfigurados, así como de sus análogos ulteriores.

Sin embargo, al no haber sido partícipe o testigo de las recobradas circunstancias, de esto el narrador-recolector mismísimo, todas ellas seguirán bajo el mismo halo de las falsacionarias interpretaciones de interpretaciones de… Y así seguirán… por lo visto. O por no haber sido vistas… por el mismísimo….

Varios vasos y copas entre vacíos y semi. Debajo de los mismos, algunas mesas difuminadas a lo largo y a lo ancho del proscenio, rodeadas a su vez por otro tanto número de sillas o asientos, los cuales las triplicaban, o cuatri. Otorgando cierto uso y existencia a las sillas, los distintos personajes, sentados sobre las mismas, y agrupados acorde a gustos, conveniencias y amistades, en subgrupos determinados, alrededor de las mesas y los vasos y las copas (los vacíos y los semi).

En el trascenio, o quizá ya en la skené, otro tanto número de sillas y mesas, y vasos y copas, y subgrupos de personajes difuminados alrededor de todas las anteriores menciones.

Entre ambos, la promesa de un baño al final del pasillo, el cual inicia en la puerta de la derecha de este límite, entre ambos.

Luces cenicientas acondicionan el hemisferio izquierdo de dicho proscenio, sobre el cual se encuentran, circunspectos y circunferentes, Valentín, Ramiro y Fernando, conversando entre ellos de un modo aun inaudible. Por su parte, el derecho hemisferio obtiene un tan sólo escaso resabio de las tenues luminarias, o al menos así lo precisa el corriente acto, en su intento de ostentar una relativa centralidad e importancia a la ya resaltada cofradía.

Agustín, por su tanto, recorre las distintas mesas de ambos hemisferios, saludando y sirviendo a los diversos actuantes. Cada tanto y cada ciertos recorridos también, descansa sobre algún lugar vacío del cuerpo cavernoso, manteniendo de tal forma una mirada omnisciente y abarcativa a las tablas que conforman este su bar.

En la periférica - y asimismo necesariamente central – mesa, Valentín sostiene entre sus manos una hoja de papel (en blanco, demasiado en blanco). Ramiro juguetea con su vaso de cerveza por la mitad, meciéndolo a partir del accionar de un único dedo de la siniestra (mano para casi todo inhábil), mientras tararea para sus adentros los primeros compases de una tonada que no recuerda

del todo; y que se ve obligado de por sí a improvisar después de ciertas notas reiteradamente erradas. Fernando, con un termo en una mano y un porongo en la otra, ceba un mate, lo bebe; repite el repertorio, lo pasa. Ramiro, en medio del recorrido pautado, y sin dejar de marear a su cebada, toma el porongo con la diestra y lo guía. Valentín mira la puerta, con cierta expresión de impaciencia. Ramiro, apoyando el recipiente sostenido por su derecha, golpea con la misma a Valentín en el brazo. Este último deja su hoja sobre la mesa, cerciorándose previamente de posicionarla en algún espacio límpido y seco, aprisiona entre sus dedos al guardián de aguas infusionadas, lo bebe, lo pasa en el sentido inverso a su llegada, y vuelve su mirada a la puerta de ingreso al bar.

Valentín: (*Entre preocupado y ansioso y toda la gama posible de dicho entre, dirige ahora su mirada a Fernando*) ¿Qué hora es?

Fernando: (V*ertiendo agua en el interior del pulmón de calabaza*) Eso no importa.

Valentín: ¿No importa?

Fernando: (C*on seguridad y cierta parsimonia*) La hora.

Valentín: Dijo a las cuatro.

Fernando: Siempre dice algo. (*Pausa*) Pero nunca importa. (*Ceba un mate y lo pasa*) Nunca se rigió por el tiempo.

Valentín: (*Con mate en mano*) ¿Por el que ella misma dice?

Fernando: Por el que tenemos. (*Pausa*) El de los relojes.

Valentín: (*Consternado, nervioso*) ¿Y por qué lo aclara… lo enfatiza entonces? Lo repitió como quince veces cuando pautamos la reunión.

Fernando: Vaya uno a saber. (*Pausa*) ¿Quién pudiera…? (*Pausa*) ¿Y qué diferencia hace al fin…? (*Recibe el porongo, mide su peso y, sólo después, lo observa*) ¿No tomás más?

Valentín: No, gracias. No tenía previsto la impuntualidad. (*Pausa*) Tengo miedo de adelantarme.

Ramiro: (*Dejando de menear el vaso al tiempo que se adelanta hacia el borde de la mesa*) Y si vas, vas. De última se cierra la puerta y que la encuentre reposando. (*Pausa. Cambiando a un tono más relajado*) Che, y a todo esto ¿sale alguna jodita hoy?

Valentín: Es jueves.

Ramiro: (*Impaciente*) ¿Y?

Valentín: Y que es jueves.

Ramiro: (*Enfatizando*) ¿Y?

Valentín: Y que es…

Fernando: (*Interrumpiendo*) Yo me prendo. (*Pausa*) Mañana no me toca nada hasta el mediodía.

Ramiro: ¿Y desde cuando te tocó algo antes de la una? (*Pausa*) Sos mi envidia en bruto flaco.

Fernando sonríe sin dirigirse a nadie en particular.

Ramiro: (*A Valentín*) ¿Y vos qué pensás hacer hoy entonces? ¿Tenés algún plancito que te estás guardando? ¿Algún huesito escondido por ahí?

Valentín: Aparte de esto (*señalando con ambas manos, en posición de bendición, al papel en blanco, demasiado en blanco*) nada. Pero hasta que no resuelva que voy a hacer con…

Ramiro: (*Con un pequeño enojo moderado, pero sin levantar nunca el tono de voz*) ¿Y qué más vuelta tenés que darle? (*Pausa*) Hace dos días que no cambias de tema. Bien monotemático estás. (*Pausa irritada*) Simpático-parasimpático, amigo. O peleo o corro o me tranquilizo, elijo una o la otra o la que le sigue pero no rompo más las bolas. (*Pausa*) Quiero escribir, escribo; no quiero escribir, no lo hago. (*Pausa*) Quiero escribir pero no sé cómo, pero no se qué, pero… si igual nadie presta atención ya de por sí. Aplauden igual, y hasta algunas quizá lloran. Es el contexto el que opera con su encanto. No el texto… el con…texto.

Valentín: Hey, tranqui. (*Pausa*) Soy yo el que tiene que aguantar y vos el que está explotando. (*Pausa*) Si querés cambiamos de lugar a ver si te resta tanto aire para ir escupiendo tanta cháchara.

Ramiro: Cuando quieras. (*Pausa*) Y de paso aprovecho para darle ese pedazo de papel vacío a la Peralta diciéndole tomá, acá tenés, creo que sobra algún que otro adjetivo calificativo pero el sentido está más que claro. ¿No te parece? (*Pausa*) Y listo. Problema de otro.

Fernando observa cauteloso, mide el ambiente y continúa con su ronda de uno.

Valentín: ¿Problema?

Ramiro: Exacto, para otro.

Valentín: No lo calificaría como tal. Al menos no de mi parte. (*Pausa*) Sí como una disyuntiva apremiante.

Ramiro: Títulos… palabras.

Valentín: ¿Ahora estás enojado con las palabras también?

Ramiro: Enojado no… aunque… un poco sí, pero nomás que con su pretensión de idoneidad.

Valentín: ¿Idoneidad?

Ramiro: Totalmente inexistente… siempre pretenciosa.

Fernando: (*Sobriamente*) ¿Cuál es esa disyuntiva al fin?

Ramiro: Apremiante.

Fernando:….

Ramiro: (*Cordialmente*) Disyuntiva (*Pausa intencional*) apremiante…no de cualquier clase.

Valentín: (*A Ramiro*) No jodas. Que será una boludes para vos, o para todos los demás, pero yo estoy sintiendo realmente el peso de esta decisión.

Ramiro: O su insoportable levedad… ¿por qué no? ¿Eh?

Fernando: ¿Disyuntiva?

Ramiro: (*Insiste*) Apremiante.

Valentín: (*En* simultáneo) Entre leerlo o no.

Fernando: Pero ¿y la parte previa? ¿La de escribirlo? ¿Me había dado la impresión de que…?

Valentín: No. Si pasara por ahí no sería apremiante… (*Con convencimiento*) realmente. Para decir tengo, y decirlo por escrito no me jode, o eso por ahora… para mí. Todo el género de esas páginas privadas, páginas derrotadas que se guardan en el cajón, se resguardan del afuera y sus agentes externos. Si se tratara sólo de eso, todavía me encontraría en mi zona de confort. Pero con respecto al paso después… a su posterior…

Pausa

Fernando: (*Reflexivo*) ¿Leerlo o no? (*Pausa*) ¿Es por una cuestión de vergüenza de hacerlo en público? ¿De…?

Valentín: (*Seguro*) Vergüenza de hablar no… pero…

Fernando: (*Continuando*)… porque cuando uno tiene que…

Valentín: (*Volviendo a interrumpir sin intención perniciosa*)… tampoco una entera falta de seguridad sobre…

Fernando: (*Insistente*)… sí, pasa que cuando tenés que presentarlo enfrente de tantos siempre aparece alguna que otra…

Valentín: (*Simultáneamente*)… el mensaje, lo que pienso tiene sentido, para mí, pero cómo decirlo al otro sin…

Fernando: (*Escuchando a su vez pero sin detenerse*)… duda respecto a la adecuación…

Valentín: (*Sin detenerse a su vez pero escuchando cada tanto*)… imponer, o pretender convencer o…

Ramiro: (*Golpeando suavemente en la mesa*) ¡Hey! (*Con cierta tranquilidad ensayada, y claramente acentuada*) ¿Y si hablamos por turnos para que haya una conversación en vez de tanto ruido…?

Valentín: La cerveza de en serio te puso un tanto temperamental… casi malhumorado diría… (*Pausa*) Te dije que era temprano…

Ramiro: (*Provocando de forma amistosa*) Ahora es temprano y hace un rato se hacía tarde… ¿eh?...

Valentín: (*Reflexivo, disparando una frase insonora que no logró salir del todo, y que una vez afuera, en la materialidad del diálogo adoptó la forma de…*) Y a todo esto ¿qué hora es?

Fernando: No importa.

Valentín: Igual

Ramiro: ¿Tenés que irte a algún lado?

Valentín: Me tendría que estar yendo un toque antes de las seis.

Ramiro: Entonces sí tenés algún plancito por ahí. (*Pausa*) ¿Algo escondido? (*Sólo con gesto de cejas*) ¿…?

Valentín: (*Insistente pero con desgano*) ¿La hora entonces?

Fernando: (*Mirando su reloj*) Cinco menos cuarto.

Valentín: Ya está empezando a molestar… casi te diría a doler…

Fernando: ¿La disyuntiva?

Valentín: No, lo otro… el aguante…

Fernando: Es peor sabiendo la hora…

Valentín: Más que eso es el no saber cuánto más hay de espera…

Fernando: Lo mejor es distraerse.

Valentín: Todavía tengo un resto. (*Pausa*) Lo que más molesta es la impuntualidad igual.

Fernando: (*Hipotético*) ¿Tal vez está planificada así? (*Pausa*) Tiene un sentido que a nosotros, los simples mortales, se nos escapa.

Valentín: (*Impasible*)…

Ramiro: (*Interrumpiendo*) Creo que igual ya saqué el problema. La cuestión es que donde te encontrás actualmente es… verdaderamente… en el clímax de la historia de tipo romanticista.

Valentín: (*Mezcla de confusión con una pizca de desazón*) ¿De qué estás hablando?

Ramiro: (*Insistente*) Tu situación flaco.

Valentín: No te sigo.

Ramiro: (*Certero*) Tú duda. (*Pausa. Ahora dramático*) Reina de las apremiantes disyuntivas, si las hay.

Valentín: Pensé que ya habíamos cambiado el tópico de conversación…

Ramiro: A lo sumo lo pausamos. (*Pausa redundante*) Pasa que justo ahora me cayó plenamente la gravedad de la cuestión. (*Pausa*) De este asunto que, de tan universal que resulta, ocupa varias páginas en los dramas intempestivos. (*Pausa*) Nada más que el caballero que en uno encierra a todos; y sus fantasmas todos, todos pero sólo de uno. (*Percatándose de las miradas ajenas*) Lo digo con la más honesta de mis seriedades. No los estoy boludeando.

Valentín: La cerveza te pone así… te dije que era temprano.

Ramiro: La cerveza no me pone nada… soy así con o sin cerveza… y de paso es más tarde que temprano… elijase el punto de referencia que uno guste…

Valentín: (*Vencido*) ¿Y cuál es entonces, según vos?

Ramiro: ¿Cuál es qué cosa?

Valentín: Esta disyuntiva universal.

Ramiro: (*Cambiando de entonación*) ¡Aaahh! Claro. Ahora te interesa. (*Pausa. Nuevamente en modo explicador*) Es la eterna… inevitable (*Pausa prolongada*) ¿Debe uno callar… o morir? (*Pausa*) Nada hay por fuera de eso.

Fernando: (*Pensativo. Para sus adentros*) Callar… o morir.

Ramiro: Nada hay por fuera de eso.

Fernando: (*Ahora para sus afueras*) Pero ¿callar qué… morir cómo?

Ramiro: (*Fingiendo un recitar*) No se llegue uno a tentar por la salida fácil y primera. Nada de amor, gloria, heroísmo y las demás palabritas románticas y rimbombantes. (*Pausa*) Es un callar a pesar de la sapiencia, bajo el peso asfixiante de esa sapiencia. Y pronunciarse es el riesgo… la

apuesta por el reconocimiento… por un reconocimiento hacia uno… que le vuelve a uno… nada hay por fuera de eso…

Fernando: ¿Y la muerte…?

Ramiro: (*Sin pausa*) Que no es acto sino un sentir… en potencia (*Con pausa*) Adelantadas postrimerías. (*Pausa*) Es el temor vaticinado del resultado, sea el esperado o no… el terrible miedo a la búsqueda porque existe la posibilidad de éxito, de encontrar; o no… y su fracaso. Callar porque así me evito el bochorno de la negativa pero también el deliquio… ese deliquio de la respuesta buscada. (*Pausa*) A fin de cuenta es arriesgarse o derivar…

Fernando: ¿Y nada hay por fuera de eso?

Ramiro: Nada. Absolutamente cero.

Pausa.

Valentín: (*Pensativo*) ¿Y cuando no es el habla sino el callar el verdadero riesgo?

Ramiro: ¿Tenés algún ejemplo particular en mente para tirarme?

Valentín: En mente no… pero de seguro hay miles. (*Pausa*) Como, por ejemplo, los que aguantan actos de tortura sin soltar el secreto que otros buscan sacarle a base de potro y picana… (*Pausa*) Como si fuera un Natalie Portman en *V for Vendetta*.

Fernando: Gran película. (*Pausa*) O el policía desorejado en *Reservoir Dogs*. Esa es aun mejor. Tarantino sin asco. Bien fresco.

Ramiro: Con respecto a la película, coincido totalmente. Tarantino es el puto maestro. Y de todo, la trama, movimiento de cámara, no tan meticulosos como en *Kill Bill* pero aun así. Y la selección musical, siempre impecable. Casi que uno pensaría que la música se hizo para las escenas y no viceversa.

Valentín: Y el guión.

Ramiro: De eso seguro. (*Insistente*) Obviamente. (*Pausa*) Me tienen hasta acá las películas con esas frases hechas y los cierres con moño de reiteración de la expresión anterior pero retrucada. Se necesitan esas películas donde el actor hable como la gente común.

Fernando: Tal cual.

Ramiro: Que hable de boludeces, con lenguaje de calle pero sin forzar.

Valentín: Y que se queden como cinco minutos divagando sobre alguna canción que no se acuerdan quien canta o que decía.

Ramiro: De eso ni me digas, que hace como veinte minutos que tengo este ta-ta-ta-ta (*Redoble de velocidad*) ta-ta-ta-ta-ta. Y no me acuerdo de donde mierda sale. Ni como sigue a fin de cuentas. (*A sus oyentes*) ¿Alguno tiene idea?

Valentín: (*Rápidamente*) No

Fernando: (*Con un espacio para la duda*) Ni me suena. (*Nueva pausa. Con cierta inseguridad*) ¿Charly?

Ramiro: No. Estoy seguro que es en inglés igual. (*Pausa*) A todo esto ¿en qué estábamos?

Fernando: Tarantino.

Ramiro: No. Sí, pero antes.

Pausa.

Valentín: (*Memorando*) Lo de torturar.

Ramiro: (*Sólo con gestos y pausas*) ¿…?

Valentín: (*Aclarando*) Callar como riesgo… aunque sea perjudicial…

Ramiro: (*Iluminado*) Claro. Sí. (*Pausa*) Efectivamente esos serían casos de otro espectro… habría que pensarlo mejor… pero con esos ejemplos me estás desbaratando la teoría… y sobre todo mis gustos por la literatura alemana a la que hacía referencia antes…

Valentín: (*Comprensivo*) No sé de qué referencias estarás hablando, ya sabes que la lectura la tengo en un debe. Pero igual me gusta lo de callar o morir… esa decisión de callar aunque se tenga la

palabra justa o… no, mejor, empezar a cuestionaros sobre la adecuación de ciertas palabras a determinados momentos… porque tal vez esté resignificando lo que empecé a dilucidar hace un rato… y lo digo todavía con ciertos retorcijones pero… es esa duda de la concordancia o la afinidad entre el decir y el momento en que elijo hacerlo… o no hacerlo…

Ramiro: (*Terminando de un trago su vaso de cerveza, de seguro ya bastante tibia*) Ahora sí que estas teniendo un poco más de sentido. (*Pausa*) O por lo menos estás dejando de quejarte con fórmulas ajenas para cuestionar inseguridades de las más propias… y estas sí, bien apremiantes… si es que acaso es la palabra que sirve a la ocasión…

Valentín: (*Casi concluyente*) Tal vez es a esto a lo que se reduce todo o lo que resume todo… lo que me detiene… lo que me desconcierta de en serio… Sentir de a ratos que tengo la palabra perfecta y la digo en el momento inoportuno… o guardarme las palabras equivocadas para el momento preciso… y todo se me vuelve encima o en contra porque a menudo me pregunto para qué mierda me paso tanto tiempo pensando lo que pienso, dándole forma y fondo a mis reflexiones, si después no le pegó nunca en el blanco temporal de su pronunciación correcta. (*Pausa. Soliloquio shakesperiano sin forzar*) ¿Existe siquiera la palabra justa y el momento acertado?

Ramiro: ¿Y cómo vas a saberlo? A lo sumo no es algo de lo que te podés dar cuenta en el ahora. Sino algo que vas reconstruyendo una vez vivenciado.

Valentín: Pero, sin embargo…

Ramiro: (*Cortante*) No, pensalo. De todo un abanico de momentos, seleccionas alguno que te sirve para atribuirle una carga mayor de sentido. Pero son muy escasas las situaciones en que verdaderamente puedas decir ahí fue que… o fue cuando… (*Pausa*) puede que en general varíe de persona a persona, pero esa conexión coherente de puntos precisos es algo que se hace de atrás para adelante o viceversa, vos me entendés… es el empezar a escribir un cuento por la última frase y de ahí ver a donde te lleva…

Valentín: ¿Y a dónde te lleva?

Ramiro: A algún principio… a un… para adelante…

Valentín: (*Interrumpiendo*) ¿Pero a cuál?

Ramiro: Al que vos, desde la temporalidad ulterior, necesitas. El que buscas encontrar.

Valentín: No me imagino qué es lo que buscaría encontrar… o construirme…

Ramiro: Para todos, o tal vez para casi todos, es lo mismo. Y es el mismo. (*Pausa*) Esa idea de precisión… de justeza, de perfecta simbiosis que mencionaste. (*Pausa*) No existe el momento oportuno para, el instante perfecto donde…

Valentín: Y sin embargo…

Ramiro: (*Cortante nuevamente*) Y sin embargo nada. Sólo momentos. (*Pausa*) El arrepentimiento o la satisfacción vienen aparte, vienen después. (*Pausa*) Momentos son todos y la importancia se delinea antes o sobre todo más tarde. Porque en su durante estás ocupado en otras cosas… en su ocurrencia al menos…

Valentín: Aun sigo creyendo que hay momentos de mayor profundidad, cualitativamente distintos a otros momentos… y lo son así por las decisiones que tomamos en los mismos…

Ramiro: (*Irrumpiendo ya por profesión*) Tal vez sea así… tal vez tengas razón vos y sea yo el que está terriblemente equivocado… sin embargo me figuro que, cualitativamente o no, los momentos tienen mayor o menor trascendencia a partir de una reconstrucción, narrativa o de cualquier otro tipo, modo o estilo, que se hace desde un después… siempre un después… cuando verdaderamente ves un panorama más amplio de a dónde te llevaron esas decisiones… (*Pausa*) Al estilo de esas historias un tanto o más bien bastante pelotudas sobre el bondi que te perdiste porque la noche anterior decidiste tomarte una birra de más y te quedaste dormido, y el retraso te hizo perder la entrevista de laburo, y te vas encabronado a tu casa y te encontrás con tu ex-novia del colegio, y mientras se toman un café ven en el noticiero las imágenes de un bondi volcado y te das cuenta que era tu mismo bondi por lo de la foto que muestra la pantalla de la viejita que era esa misma viejita que se subió justo antes de que arrancara y te dejara a vos abajo como un tarado… y ese tipo de boludeces… demasiado melosas

por momentos y para ciertos gustos, como es mi caso particular… pero ilustrativas para este punto… el gran panorama se presenta *a posteriori*… y es siempre cambiante…

Valentín: Pero… (*Pausa*) ¿Y qué tenés para decir de situaciones específicas pero bastante comunes como el hecho de que a esta edad estamos todos por elegir qué carrera estudiar o cosas por el estilo?

Fernando: ¿O si es que queremos estudiar algo en primer lugar?

Valentín: Sí, perdón. (*Pausa*) Pero es una edad de decisiones al fin. Y querámoslo, o no, es trascendente.

Ramiro: (*Convencido*) No más que otras situaciones. (*Pausa*) Lo que a vos te confunde es la cuestión de que tal vez, y por vez primera, te dejaron elegir algo de un poco mayor relevancia para tu vida que no sea el talle de remera que te van a comprar…

Valentín: Primero que nada, innecesario el comentario ese... Y segundo, en dicho caso, estás eligiendo… es importante.

Fernando: (*Ingresando a la conversación nuevamente*) Sí, pero elegir elegís todos los días, todos los momentos. (*Pausa*) Vos estás encerrado en una única perspectiva del asunto, y está bien, porque es la que ahora te concierne. Y como te gusta escribir pensas que leerlo por primera vez en frente de todos es un momento vital, y lo es, pero no mayor que el momento en que corregís una horación porque en la palabra anterior tuviste un error ortográfico grosero. Y ahora que, si no caigo en el error, estás en plena dubitación sobre tu continuación en los estudios superiores y cuál será más apropiado para tus gustos y ambiciones personales, crees que la mayor significancia la tiene el momento en que le decís a tus viejos, mamá, papá, tío, yo que sé, voy a estudiar Medicina como el abuelo. Pero decisiones tomás todos los días en que después de iniciada la cursada elegís quedarte en tu asiento antes que abandonar la facu para trabajar de barman. (*Pausa*) Te lo dice un desertor de aquellos. (*Pausa*) Por mi parte, consideraría como verdadero punto de la cuestión… no al hecho de recargar determinadas instancias con exceso de valoraciones… sino a la creencia, a la verdadera y

penosa suposición, de que todas estas decisiones estuvieran talladas sobre piedra… ya que se genera así un exceso de dramatismo… y sobre todo en estas edades tan tempranas que vos resaltas…

Valentín: ¡Qué sé yo! Tal vez es porque el cansancio me tiene en otra, pero me parece que algunas decisiones sí están talladas sobre piedra… (*Reflexionando*) o casi todas te diría, incluso…

Ramiro: ¿En qué sentido lo decís?

Valentín: En el sentido de que son irreversibles.

Fernando: Pero pueden ser alteradas…

Valentín: Pero no para el momento en que ocurrieron originalmente.

Fernando: Entonces te dás cuenta de que no son completamente irreversibles.

Valentín: No me expresé claro, quizá. (*Pausa*) Tal vez, puede ser que para un futuro cercano, o lejano, yo que sé, se pueda optar por el camino opuesto; pero no sería más que re-escribir nuevamente, distintamente, lo previamente marcado. Pero no podés volver atrás y no pensar así, decir lo que dijiste o del modo en que lo dijiste, hacer lo que sea que hayas hecho. Puede ser que un simple perdón logre enmendar cierto acto para los demás, quizá hasta para vos mismo, o tal vez no; pero durante ese segundo fue la decisión más tuya, fue parte de vos y vos fuiste esa decisión en acto. (*Pausa*) Y eso siempre va a ser irreversible, en tanto nuestra vida se escribe siempre con tinta y nunca con lápiz. Podrás tachar o borronear pero se nota la marca.

Fernando: (*Reconfigurando*) Aun así, con borrones y marcas en tu vida palimpsesto, creo que le seguís dando demasiada importancia a esas elecciones, y por eso sentís que el peso te hunde de a ratos. (*Pausa. Con cierta pena o lamentación*) Y estás por entrar recién en tus veinte.

Valentín: Tal vez es una característica común a la edad el pensar así…

Ramiro: ¿Así cómo?

Valentín: Que todo lo ahora decidido y por decidirse es de carácter esencial, irreversible,… (*Trabado, dudando*) me faltan los adjetivos…

Fernando: ¿Necesario?

Valentín: No.

Ramiro: Relevante, propicio, imperante.

Valentín: Tampoco. Entiendo a dónde vas pero no. (*Con cierta furia para consigo*) ¡Ah!

Fernando: (*Adivinando*) ¿Esencial?

Valentín: Sí, pero ya la dije… bueno no importa, se entiende. Cuando me venga la expresión la escupo.

Fernando: Y aun así, no creo que sea una característica excluyente de esta edad…

Ramiro: (*Interviniendo*) Es como yo decía, lo que pasa es que ahora tenemos, algunos, la primera chance de elegir por nosotros mismos. Y en cuestiones no menores. Pero tendemos a confundirnos sobre la naturaleza de esas decisiones. O de su característica sustancial.

Fernando: Igual, a lo que quiero llegar es a que el cambio es factible. El cambio es inevitablemente necesario… a veces. (*Pausa*) Tomame por caso. (*Señalándose con la mano derecha, que ya no sostiene ni mate ni porongo debido a la escasez del líquido insípido e incoloro y caliente hasta llegar a los 70º*) Arranque en la facu porque mis viejos insistieron y porque aparte, y dato no menor… podían bancármela. Dudé mucho y me metí en alguna carrera de esas que todos hacen para encontrar laburo rápido y ganar guita dentro de lo aceptable. O por encima de lo aceptable. (*Pausa*) Y a los dos años, y eso que venía aprobando todo como un campeón, me las tomé porque no era lo mío. Y ahora me tenés acá. Laburando seis días a la semana de dos a once. (*Pausa*) Y me podría estar atormentando por los años que perdí en una carrera que casi te diría fue impuesta… o porque habiendo metido la mitad con promedio de nueve abandoné sin mirar a atrás… o, inclusive, en un más tarde, como bien dijo Rama, podría arrepentirme de todos los años que me la pasé de esclavo en un bar por el salario mínimo o apenas mayor que este… y así y así… y se podría seguir hasta el final de nuestros días…

Valentín: (*Abatido*) ¿Y entonces?

Agustín se acerca a la mesa centro-periférica.

Ramiro: ¿Y entonces qué? (*Pausa*) Todo sigue… y de momentos… y decisiones… y toda esa bola da lo mismo. Lo vivís como mejor te sale y el día de mañana, según sea el caso de tú situación o tu estado de ánimo, te contás a vos mismo si ese día fue el primer envión para deslindar tu Gran Obra o devino en el empujón inicial hacia el suicidio.

Valentín: (*Todavía inseguro*) Pero, desde esa persp…

Agustín: (*Interrumpiendo*) Disculpen muchachos. (*Mientras los tres pares de ojos se dirigen en su dirección, éste apunta a Ramiro*) Acá tenés el resto del vuelto. (*Le acerca una moneda. Nuevamente a los tres*) Y creo que ya llegó a quien estaban esperando. (*Los cuatro pares de miradas se direccionan ahora hacia la puerta del bar donde una mujer se encuentra recién ingresando. Pausa*) Si necesitan algo más me chiflan.

Fernando: Dale, Agus. Gracias.

Ramiro: Gracias.

Valentín: Gracias.

La Pitonisa camina, lentamente, hacia el lugar que ocupan Ramiro, Valentín y Fernando.

Valentín: (*Bajando hasta el susurro su tono de voz*) Ahora sí estoy un toque nervioso. (*Pausa. A Fernando*) ¿Sabés algo más del *modus operandi*?

Fernando: (*Imitando el cuchicheo*) ¿Qué te dijo a vos cuando hablaron?

Valentín: Aparte de la dieta… (*Pensando*)… y lo del horario que no cumplió…

Fernando: (*Insistente*) Te dije que nunca lo hace…

Valentín: (*Simultáneamente*)… aparte de eso nada…

Fernando: (*Continuando sin pausar*) Tal vez es mejor así… se necesita de cierto factor sorpresa para prevenir…

Valentín: (*Escuchando a su vez pero sin detenerse*)… igual no es que yo haya preguntado…

Fernando: (*Sin detenerse a su vez pero escuchando cada tanto*)… viste que a veces uno supone y peca de ansioso y…

Ramiro: (*Molesto, pero manteniendo el tono susurrante que la situación amerita*) Bueno. ¡Hey! (*Pausa*) La vamos cortando… que…

Pitonisa: (*Con una sonrisa y cierta jovialidad*) Nos va a escuchar. (*Pausa*) ¿No es excesivamente hilarante cuando estas particularidades acontecen?

Fernando, Ramiro y Valentín, absortos y un tanto vergonzosos, la observan desde su posición de menor altura, ocasionada por el estar los tres todavía sentados.

Pitonisa: (*Continuando de un modo más que cordial*) Me refiero a aquellas situaciones, como la recién acontecida, en que una persona externa a la conversación en curso adelanta la terminación de una frase ya iniciada. (*Pausa*) Digo, si es que ese era el final de su frase. (*Al tiempo que los tres inician una procesión de levantarse de sus asientos*) Por favor, no. Nada de eso. (*Pausa mientras los tres vuelven a su posición inicial sin dar término al amague*) Me sentaría incluso a acompañarlos en sus hilvanaciones por unos segundos pero estoy en la suposición, y no temo estar errada, de que la impaciencia de uno de ustedes obliga cierta premura de mi parte. (*Mirando a Valentín*) ¿Estoy en lo cierto?

Valentín: De momento todavía no la titularía como una emergencia… (*Con un dejo de timidez*) pero sólo de momento.

Pitonisa: Excelente. (*Tomando con ambas manos la única silla que, de la presente mesa, aun permanecía vacía; y arrimándola de este modo hacia sí, hasta ubicarla justo por delante de su posición actual, procede La Pitonisa a posicionar sobre ésta a su mochila de mano. La cual hasta dicho instante sostenía sobre su hombro izquierdo. Abriendo sus correas y cierres – los de la mochila – obtiene del refugio de su interior un gran cuaderno apaisado de tapas rígidas y, hasta donde los personajes logran observar, hojas vírgenes*). Sin embargo, si no te genera inconveniente alguno, preferiría iniciar las maniobras, debido a que, previo a la ansiada lectura, necesitaría repasar cierta información personal… algunas ya brindadas en nuestro intercambio precedente y otras… no del todo. Pero… en caso de que así te lo cuestiones… todo estrictamente dentro de la formalidad del

proceso. (*Mientras así se presentaba – sin ser presentación pero cómo escribirla de otra manera – proseguía La Pitonisa en su rutina de colocación de determinados materiales y utensilios de trabajo, todos ellos quitados de la concavidad de su morral. Objetos - todos ellos - meticulosamente situados y dispuestos en ensayados sitios del mobiliario. De los elementos, al momento, podrían enumerarse: al susodicho cuaderno apaisado, un tintero de vidrio marca Eureka, una pluma F. Soennecken Bonn y una caja metálica de té en hebras – cuyo contenido, sin embargo, permanece incógnito -)* Muy bien. (*Abriendo el cuaderno y cargando de tinta la pluma, se prepara para anotar*) Nombre: Valentín Puan. ¿Correcto?

Valentín: Exacto.

Pitonisa: ¿Algún segundo nombre?

Valentín: Ninguno.

Pitonisa: (*Haciendo algún tipo de marca en su cuaderno*) Bien, bien. (*Revisa con atención*) Tengo aquí anotado 17 años y 7 meses.

Valentín: Si.

Pitonisa: Es fundamental para la buena culminación de la obra de la más exacta precisión de tu parte.

Valentín: (*Pensativo pero seguro*) Entonces diría 8 meses. (*Pausa*) 8 meses y 4 días para ser del todo exacto.

Pitonisa: (*Enfática, mientras escribe*) ¡Excelente! (*Continuando sin levantar la mirada del cuaderno*) Peso 74 kilogramos (*Levanta la mirada*).

Valentín: Aproximadamente. Varía entre unos gramos más y unos menos. (*Pausa*) Al momento de nuestra conversación anterior, y bajo tu petición de pesarme, eran 73,8.

Pitonisa: (*Asiente mientras escribe*) Muy bien… Altura 1,80.

Valentín: 78 (*Pausa*) y algunas milésimas.

Pitonisa: Bien. (*Pausa*) Con respecto a la dieta… habíamos quedado en evitar las verduras por las últimas 24 horas. ¿Cierto?

Valentín: Si. (*Pausa*) Y en el almuerzo de hoy reducirme a un plato de fideos blancos… una lata de atún… y una fruta que sea o manzana o naranja.

Pitonisa: Bien. (*Revisando sus anotaciones*) ¿Y cuál elegiste del repertorio?

Valentín: Una manzana.

Pitonisa: ¿Tipo?

Valentín: ¿Color?

Pitonisa: Si, y tamaño si podés.

Valentín: Fue una manzana verde claro… más o menos así de tamaño.

Pitonisa: (*Enfática*) Bien. Perfecto. (*Mientras escribe en el cuaderno*) ¿Sobre almendras dijimos algo?

Valentín: Nada…. No comí igual.

Pitonisa: No, está bien. (*Pausa*) Si no hubo aclaración previa no importa. (*Pausa*) ¿Trajiste la hoja en blanco?

Valentín: (*Tomando la hoja con sus manos*) Así está bien.

Pitonisa: (*Dirigiendo hacia allí su mirada*) Con eso podemos manejarnos. Si. (*Pausa*) ¿Lápiz negro tenés de causalidad?

Valentín: (*Un tanto nervioso*) No… como sólo me remití a traer lo que me aclaraste estrictamente… (*Mirando a sus amigos, quienes empiezan a revisar sus bolsillos devolviéndole una negativa con gestos faciales*).

Pitonisa: Despreocupate (*Saca un lápiz bastante chico y gastado del bolsillo de su camisa. Ya que a todo esto La Pitonisa vestía una camisa verde gastada de hilo grueso. Toma el lápiz gastado entonces, y se lo pasa*).

Valentín: (*Tomando el lápiz con la siniestra*, *aunque es derecho*) Gracias. (*Un tanto apenado*) La verdad es que no sé cómo no se me ocurrió traer algo para escribir.

Pitonisa: (*Sin hacer caso a esto último*) Ahora te voy a pedir que, utilizando la hoja que trajiste, esboces un mapa.

Valentín: ¿Un mapa de qué?

Pitonisa: No importa. (*Pausa*) De lo que se te ocurra. (*Pausa*) Puede ser desde la sencilla disposición de una casa o una ciudad… hasta las vericuetas adentrocidades de un pescado. (*Pausa*) Lo que se te cruce por la cabeza…

Valentín queda inmóvil y pensativo por unos segundos. Lápiz en mano, hoja sobre la mesa. Luego baja la cabeza y comienza a delinear ciertos trazos improvisados. Ramiro y Fernando espían de a ratos la obra de su compañero, probablemente debido a la incomodidad de tener que permanecer callados y, ¿por qué no?, ante la posibilidad siempre existente de verse obligados a tener que cruzar miradas con La Pitonisa. Esta última, mientras tanto, repasa ciertas anotaciones en su cuaderno de rígidas tapas apaisadas.

Pitonisa: (*Sin levantar la mirada*) Sin escribir nada… sólo líneas o las demarcaciones que elijas. (*Pausa*) Pero sin grafema alguno.

Valentín asiente con la cabeza, sin interrumpir su labor. Nadie, a su vez, percibe dicho asentimiento.

Pitonisa: (*Incorporándose, y dirigiéndose a Fernando*) Fernando, ¿cómo está tu hermano por estos días?

Fernando: No sabría decirte… hace ya dos meses que ni se asoma.

Pitonisa: (*Con gesto empático*) Mmm. (*Pausa requerida para cambiar de tema*) ¿Queda por alguna de esas causalidades algún mate?

Fernando:(*Un tanto ido de la mesa*) No… me quedé sin agua. (*Pausa*) Pero si querés busco más y preparo.

Pitonisa: Si no es molestia… me harías un favor inmenso.

Fernando se levanta, toma el termo y el porongo, y se encamina hacia la barra ubicada sobre el lado izquierdo del proscenio.

Pitonisa: (*Mira a Valentín quien aun continúa en su empresa. Luego desplaza la mirada a Ramiro*) Creo que no nos conocemos aun.

Ramiro: (*Asintiendo*) Ramiro.

Pitonisa: Un gusto. (*Pausa*) Me imagino que vos ya algo sabrás sobre mí.

Ramiro: Sólo lo que nos contó Fer… así que casi nada podría decirse…

Pitonisa: ¿Y qué opinión te figurás?

Ramiro: No mucho. (*Pausa*) Hoy estoy más en el lugar de un espectador intrigado.

Pitonisa: Bien. (*A Valentín*) ¿Cómo vas?

Valentín: Un minuto y estoy.

Dos minutos después, Valentín le hace entrega de la hoja ya para nada en blanco, demasiado en blanco, a La Pitonisa. Esta apenas la recorre con una ojeada y la guarda al principio de su cuaderno.

Pitonisa: Marchamos excelente. (*A Valentín*) ¿Habíamos quedado a las cuatro, cierto?

Valentín: Si. (*Pausa*) A las cuatro en punto.

Pitonisa: Muy bien. (*Pausa. Sin atisbar a mirar reloj alguno ni nada parecido*) Y ahora… antes de proceder al acto de lectura… alguna pregunta… duda… interrogante que deseen saldar…

Valentín: (*Incierto*) Como preguntar… podría preguntar mil cosas. (*Pausa*) Considerando la naturaleza de tu profesión. (*Pausa*) Pero en estos instantes me está corriendo cierta urgencia…

Pitonisa: Preferiría, si acaso así no les proporciona molestia o inconveniente alguno, que nos abstengamos de utilizar términos por el simple hecho de rellenar algún espacio. (*Pausa*) Ante todo mejor dejarlo vacío. (*Observando las expresiones dubitativas de sus oyentes*) Especialmente cuando decimos cosas como “naturaleza” o “profesión”.

Ramiro: ¿Y cómo les diría usted en cambio?

Pitonisa: No les diría… y creo que ese el punto.

Ramiro: (*Entrado un poco más en confianza*) Me agrada la propuesta… tanto como me enemistan ciertas titulaciones forzadas…

Pitonisa: (*Rápidamente*) No es una cuestión de agradar o desagradar… sino de lucha… Pero, sin embargo (*Pausa*) no consideraría como inoportuno a este instante para saldar o transparentar determinados aspectos de mi modo de actuar. Los cuales jamás titularía de profesión… aunque haya estudiado para ello y cobre por mis servicios… sino como un modo de vida… o de tránsito si se quiere…

Valentín: ¿Estudios formales te referís?

Pitonisa: Claro… me ofendería que pensaras que éstas son cuestiones que se aprenden en un curso de seis semanas por Internet… (*Con firmeza*) una se forma para ello…

Ramiro: No me imagino donde se…

Pitonisa: (*Anticipando*) Es entendible. (*Pausa*) Ustedes están tan determinados a pensar en profesiones, carreras universitarias… y que si se estudia "formalmente", tal como vos lo calificaste, debe de suceder todo en los resquicios de un aula institucionalizada… (*Pausa*) Acepto tu proposición de "formal" - y mirá como lo pongo entre comillas - sólo para que el campo de la confusión no se expanda en demasía. (*Pausa*) Sin embargo, a lo que pretendo hacer alusión es al suceder que yo he transitado, a lo largo de mis muchos pasos, por una verdadera experiencia formativa. Y cuando digo experiencia digo también *erfahrung*… y cuando me refiero a formación pienso en todo aquello que suele ocurrir en una *bildungsroman.* (*Pausa*) No obstante, reconozco que puedo marear a veces, sin intención consciente, de modo que antes de que nos adentremos en lo que aquí nos aúna les remito, en forzosa brevedad, lo que se podría considerar como mi carta de presentación, aunque sólo retrayéndome al apartado de los estudios. (*Pausa semi-prolongada*) Acerca de cómo llegué a conocer estas prácticas rituales o sobre el albur que me llevó a considerarlo como un estilo de movimiento;

no serán el motivo de esta ocasión. Sí, bástese el enunciar que, adentrada ya a la existencia de dichos ritos, opté por ampliar mi entendimiento, enriqueciendo asimismo, el fruto de mi arte. (*Pausa*) Fue así, y no de otro modo, que me aventuré por distintos pasillos universitarios y de todo tipo en realidad, sin nunca figurar en lista alguna, asistiendo a clases diversas, recorriendo bibliotecas y todo tipo de subsuelos, (*Llega Fernando con el termo recargado y la yerba cambiada; se sienta y empieza a cebar*) interrogando a grandes maestros y a gente perdida, leyendo, conversando, escribiendo también, pero siempre y más que nada leyendo y leyendo y leyendo. De todo… lo que encuentre… (*Enfatizando*) pero con discernimiento. (*Fernando le alcanza un mate*) Gracias.

Fernando: Guarda que quema.

Pitonisa: (*Termina de beber y devuelve el porongo*) Bueno, y así fue como confeccioné mi propio plan de estudios personal. (*Pausa*) Tan sólo para que tengan una leve reseña ilustrativa, imagínense que me tuve que formar en disciplinas tan divergentes como: Biología, Fisiología y Anatomía - ya que comprender el funcionamiento del cuerpo humano era una labor indispensable – pero eso de seguro ya se lo figuraban; también Química – por lo de las reacciones – y Física – para entender las fuerzas y las lógicas de los movimientos y tránsitos; así como ciertas dinámicas de flotación -.

Ramiro: Guau… eso jamás me lo hubiera pensado… aunque ahora que lo mencionas es un tanto…

Pitonisa: (*Continúa sin prestar atención a los comentarios*) Algo de Espeleología – para desentrañar esos últimos centímetros y todo lo que allí ocurre – pero también Antropología y Sociología – por las construcciones sociales sobre el tema – Filosofía – por algunas fundamentaciones gnoseológicas sobre las lecturas consecuentes – y un poco, aunque muy brevemente, de Psicología y Grafología, sólo por si tenían algo importante que aportar a la ecuación… aunque, en realidad, casi nada. (*Pausa*) Llegando así a disertar en una especie de tesina una reflexión interdisciplinaria sobre aquel filósofo del devenir quien, buscando evadir al destino más seguro, se bañó el cuerpo entero con ciertas materias ya imaginables.

Ni Ramiro ni Valentín supieron encontrar respuesta al extracto de currículum que acabaron de oír. Fernando, por su parte, habiéndolo oído sólo a medias, se dedica a continuar cebando mate.

Pitonisa: Como aclaraba, solo un pequeño muestrario para que se vislumbre la complejidad de este arte… no les podría referir la cantidad de personas que contactándome esperan encontrar respuestas específicas sobre el más allá, los juicios, los jinetes… como si acaso tal cosa existiera… o en caso de existir se pudiera conocer… o en caso de conocer se pudiera comentar… (*Pausa*) Ciertamente todo parte del error por ciertas ambigüedades… (*Pausa*) Pero entiéndanme cuando les digo que en un continuum posible que va de las ciencias positivas más ortodoxas hasta las artes adivinatorias más delirantes, mi proceder se encontraría en el rango de ciertas *praxis* hermenéuticas… (*Pausa*) Pero bueno, sin darle más vueltas, debido a que ya hablé lo suficiente por un día, creo que es momento de que sigamos con lo que aquí nos conjuga….

Valentín: Creo que nada me pondría más contento… dadas las circunstancias… (*Golpea suavemente con su mano derecha a la altura del yeyuno*).

Dicho esto, Valentín y La Pitonisa, se levantan de sus respectivos lugares y se encaminan hacia la división entre proscenio y skene, deteniéndose conjuntamente en dicho entre. A medida que ambos personajes se mueven, las luces que supieron esplender el camino, se van extinguiendo, una a una, concatenativamente, a medida que ambos personajes se mueven.

En pleno entre, una puerta, hacia la derecha. Y un pasillo que comunica una puerta con otra posterior. Una puerta segunda que opera de límite entre el afuera y el adentro de un baño. Baño único sin segmentación. Cabina una sin vigilancia o reafirmación obligada de géneros. Pero de eso para rato, y para otro momento.

Todavía frente a la puerta primera, La Pitonisa y Valentín. Una al lado del otro.

Pitonisa: Hasta acá llego yo… de momento. (*Pausa*) Ahora es tiempo de que prosigas con tu premura y salgas al finalizar.

Valentín: ¿Sin ninguna indicación más de lo que pueda suceder o lo que deba hacer adentro?

Pitonisa: Nada exceptuando la lógica básica de no hacer correr el agua.

Valentín: OK. Entonces supongo que nos reencontramos de este lado de…

Pitonisa: (*Sin dejarlo finalizar*) Justamente.

Valentín cruza el primer portal y camina seguro hacia el segundo, el definitivo.

La Pitonisa espera inmóvil, en el extremo de este pasaje.

Dentro, en el ominoso reducto, recoveco de aquellos, de todos; Valentín no da cabida alguna a los pudores en uso y costumbre. Teniendo a su mente de completo ocupada en deducciones hipotéticas referidas al estudio pictográfico del papel a doble hoja – reforzada – o la caligrafía sumergible y de vuelta a flote; poco parece preocuparse por los tronares ventosos de cierto conducto proceloso. Ni mucho menos de las eventuales salpicaduras, siempre posibles en estas instancias y para ciertas nalgas.

Fuera, La Pitonisa repasa los efectos lumínicos causantes de ciertas gamas opacas, casi nunca presentes en las paletas usuales. Tampoco en las demás.

A los siete minutos, cronometrados sin mecanismo alguno por La Pitonisa, asoma Valentín por el pasillo. Mostrando, ahora sí, una expresión de honesto apocamiento, intenta evadir las pesquisas de la oráculo-parlante. La Pitonisa, habituada ya a ciertas respuestas corporales, se dirige sin apuro hacia el corredor. Se detiene de improviso. Gira su torso hacia el dintel atravesado.

Pitonisa: Esperame acá… que no tardo gran cosa.

Valentín no llega a decodificar el mandato que La Pitonisa ya se encuentra en marcha hacia el sanctum sanctorum.

Valentín espera frente a la puerta, frente al pasillo. Su mente recorre el espectro de posibilidades que tendrían lugar en… ese lugar. Su mente divaga. La Pitonisa procede con temple férreo e impertérrito.

A los cuatro minutos, según estimaciones de Valentín, vuelve a aparecer La Pitonisa.

Ambos se encuentran nuevamente en la zona divisoria del entre.

La Pitonisa, serena. Valentín, ansioso, anhelante.

Valentín: (*Ante la ausencia de una respuesta a la pregunta no realizada pero por allí sobrevolando*) ¿Y?

Pitonisa:…

Valentín: (*Vehemente*) ¿Qué viste? (*Pausa*) ¿Qué pasa?

Pitonisa:….

Valentín: (*Angustiado*) No me estoy sintiendo muy bien… por favor decime algo… lo que sea… bueno, malo, indiferente… cualquier cosa

Pitonisa:….

Valentín: ¿De en serio que no tenés nada para decirme?

Pitonisa: (*Serena*) Para decir podría decir muchas cosas… hasta no acabar también… (*Pausa*) Pero me parece que en estos tiempos de atropello y aceleración más vale un momento de elogio a la espera… a la pausa… y de ellas ya fueron muchas durante este último rato… sólo que solemos pasarlas por encima, por alto, y no reconocer su relevancia. (*Pausa resarcida*).

Valentín: Pero sobre mí, sobre lo que viste…

Pitonisa: Podría hablar… pero si confías es mí es mejor no…

Valentín: ¿Es acaso algo malo?

Pitonisa: No… y si… no es ni malo ni bueno (*Pausa*) porque no es…

Valentín: ¿Pero por qué es mejor no decirlo?

Pitonisa: Porque callándolo es.

Valentín: No te entiendo.

Pitonisa: Yo tampoco.

Valentín: (*Intranquilo*) ¿Cómo es eso?

Pitonisa: (*Siempre calma*) Así funciona.

Valentín: ¿Cómo?

Pitonisa: Digo sólo lo que veo, no interpreto porque podría distorsionar.

Valentín: Entonces si a mí no me decís nada es porque no viste.

Pitonisa: No.

Valentín: (*Nervioso arrítmico*) ¿Cómo que no?

Pitonisa: No.

Valentín: ¿Entonces qué viste?

Pitonisa: Silencio.

Valentín: No te entiendo. ¿Te olvidaste de ponerlo entre paréntesis, quizá?

Pitonisa: No.

Valentín: Entonces de en serio que no te entiendo.

Pitonisa: Yo tampoco.

Valentín: ¿A todos les hacés este juego?

Pitonisa: No.

Valentín: ¿A algunos?

Pitonisa: Tampoco.

Valentín: ¿A mí sólo entonces?

Pitonisa: No me acuerdo.

Valentín: ¿Cómo que no te acordás?

Pitonisa: Son muchos.

Pausa. Valentín comienza a sentir un leve debilitamiento de sus miembros inferiores. La Pitonisa aguanta en su calma y serenidad empática. Valentín quiere contagiarse de dicho sosiego, más sólo lo consigue en apariencia.

Valentín: ¿Y qué hago ahora entonces?

Pitonisa: ¿Esperabas qué yo te lo diga?

Valentín: Esperaba que me ayudes a ver.

Pitonisa: Para eso están los ojos.

Valentín: Pero esos no me ayudan a ver lo que quiero ver. Lo que estoy necesitando encontrar.

Pitonisa: Tal vez los estás usando mal.

Valentín: (*Un tanto alterado*) Los estoy usando como los usan todos… como se aprende de chico… como es natural…

Pitonisa: Tal vez es momento de que desaprendas a usarlos. (*Pausa*) Nada es natural.

Valentín: Esto no tiene sentido… (*Pausa*) ¡Ah!… me estoy mareando…

Pitonisa: Yo sólo digo lo que leo…

Valentín: ¿Y si lo que lees no es lo que necesito? ¿No se suponía que…?

Pitonisa: (*Interrumpiendo*) Tal vez esto es precisamente lo que vos necesitas.

Valentín: ¿Y qué es esto?

Pitonisa: Esta conversación.

Valentín: (*Inmodesto*) Una conversación sobre nada… sobre la ausencia de… (*Pausa. Venciéndose donde importa*) Esto es inútil… no tiene ningún sentido.

Pitonisa: Puede que inútil… sí… pero sin sentido… eso nunca… jamás. (*Pausa*) A veces necesitamos de lo inútil, lo carente de valor para otros, para todos.

Valentín: (*Reflexionando*) ¿Acaso vos viste esta conversación allá adentro?

Pitonisa: No estoy segura.

Valentín: ¿Cómo es que no estás?

Pitonisa: Ya no me acuerdo.

Valentín: (*Elevando por vez única el tono de voz*) ¡Si fue hace dos minutos!

Pitonisa: Es difícil de explicar.

Valentín: (*Volviendo al registro tonal anterior*) ¿Podrías al menos intentar? (*Pausa*) Para mi tranquilidad…

Pitonisa: (*Improvisando*) Es como si fuera una metáfora sin metáfora que recubre una cosa sin nombre posible, ni aparente.

Valentín: No te entiendo.

Pitonisa: Yo tampoco.

Valentín: ¿Y por qué lo decís entonces?

Pitonisa: Porque así va el guión.

Valentín: ¿Y qué me toca hacer ahora a mí?

Pitonisa: Repensar.

Valentín: ¿Repensar qué?

Pitonisa: No sé… tal vez esta conversación.

Valentín: (*Con honestidad*) No es que no te tenga confianza… porque de enserio la tengo… pero no es lo que me esperaba que…

Pitonisa: Es mejor cuando es así… quiere decir que funciona… sino te quedás prisionero de los mismos ángulos, las perspectivas de siempre…

Valentín: No sé si tenga la capacidad para entender lo que acaba de pasar…

Pitonisa: Yo tampoco.

Valentín: (*Sin escucharla ya casi*) No sé ni cómo podría empezar.

Pitonisa: Yo tampoco… (*Simulando adivinar*) tal vez leyendo.

Valentín: No estoy seguro que leer me ayude en este caso en particular…

Pitonisa: Tal vez estás leyendo mal.

Valentín: (*Intentando enfocarse nuevamente*) ¿Cómo se puede leer mal si uno ya aprendió a leer? A lo sumo se leen cosas sin valor.

Pitonisa: (*Pretendiendo desenfocarlo reiteradamente*) Tal vez es momento de que desaprendas a leer como te enseñaron.

Valentín: ¿Y cómo se hace eso? ¿Si es que es posible ac…?

Pitonisa: (*Interrumpiendo*) Empezando por leer las cosas sin valor. (*Pausa*) Por las cosas verdadera y trascendentalmente inútiles.

Valentín: ¿Y de ahí hacia dónde?

Pitonisa: No sé… ya te figurarás…

Acabada esa frase, que no es acabada pero cómo escribirlo de otra manera, ambos personajes se dirigen nuevamente hacia la mesa inicial (centro-periférica). A medida que recorren este camino, las luces vuelven a refulgir, concatenativamente, a medida que recorren este camino. Mientras tanto, aquellas que dejan a su pasar, se sofocan a su vez y a sus espaldas.

Proscenio. Un vaso de cerveza vacío. A su lado, un mate y un porongo descansando. Debajo, una mesa. A su alrededor, cuatro sillas. Sobre éstas, Fernando, Ramiro, Agustín y el morral. Los primeros tres conversan entre sí. El segundo de ellos juega con una moneda entre sus falanges.

Valentín y La Pitonisa se acercan. Una vez allí, La Pitonisa guarda sus cosas sin interrumpir la conversación ajena. Se carga el morral sobre el hombro izquierdo.

Agustín: (*Continuando*)… y después, sólo después y recién ahí, metí tres cuatrimestres de Artes comparadas, más que nada para maniobrar ciertos prismas de contemplación que ignoraba por entero… y ese camino enriqueció… y complejizó bastante a su vez… esos primeros años tan ingenuos por Letras… pero… (*Recién entonces, percatándose de la vuelta de Valentín y La Pitonisa, detiene su discursar*)

Pitonisa: Bueno… no pretendía interrumpir. Sepan disculpar. (*Pausa*) Sólo quisiera agradecer la paciencia y espero tengan un buen día… (*Se retira sin esperar respuestas*).

Ramiro: (*Al tiempo que Valentín se sienta en la silla vacía*) ¿Y, qué onda eso?

Valentín: (*Exhausto*) Sinceramente… no tengo la menor idea…

Fernando: Así funciona… al menos al principio.

Valentín: ¿A vos qué te dijo?

Fernando: (*Sonriendo*) Eso es mío, amigo. (*Pausa*) Ya vas a entender.

Pausa.

Agustín: *Alea iacta est*.

Ramiro: ¿Qué cosa?

Agustín: La suerte está echada.

Ramiro: Aja… Bien dicho entonces.

Agustín: (*Sorprendido*) ¿Vos crees en la suerte acaso?

Ramiro: ¡Vos sos el que dijo la frase!

Agustín: Sí, pero es un decir nomás… no significa que le dé entidad o existencia alguna…

Ramiro: (*Agitado*) ¿Cómo no va a existir la suerte… la chance? (*Pausa*) ¿Me estás hablando en serio, flaco?

Agustín: (*Sin abandonar ese tono de pasmación*) Después de todo lo que me comentaste que estuvieron discutiendo, sobre el tiempo y etc.…. me sorprende que vos creas…

Ramiro: (*Apurando*) ¿Según vos no existe entonces?

Agustín: Su existencia opera en los discursos de las personas… pero no es más que eso… otro discurso… atribuciones de sentido…

Ramiro: (*Enseñando a todos la moneda; y jactándose a su vez*) ¿Y si tiro esta moneda? ¿Me vas a decir que…?

Agustín: (*Interrumpiendo. Enumerando con los dedos y la entonación*) Destino, providencia, halo, albur, suerte… todas interpretaciones. (*Pausa. Busca respuestas que no aparecen*) ¿De en serio? Mirá, dáme la moneda. (*Ramiro le pasa el pequeño disco acuñado*) Bien.

Ramiro: (*Apresurándose*) Ceca.

Agustín: Tranquilo ansioso. (*Pausa*) Hay que jugar algo primero para ver si es a la suerte a quien se lo deja. (*Pausa. A Ramiro*) Decime qué primero… alguna decisión que tengas dando vueltas por estos días… pero ojo, la necesito formulada, lógicamente, en forma de disyuntiva excluyente.

Ramiro: (*Sonriendo*) Jaja. De esas ya tenemos de sobra… y es una disyuntiva (*Enfatizando*) apremiante…

Valentín: No jodas… encima que esta vuelta al inicio y al tópico sobre la disyuntiva me resuena a uno de esos diálogos que por ficticios y arreglados tanto detestas… y hace tan sólo un rato criticabas con ansia y saña…

Ramiro: (*Reflexionando*) Tenés toda la razón… pero a veces la realidad imita al arte, incluso a uno tan burdo y barroco como los de ese estilo de guiones.

Agustín: ¿Entonces?

Ramiro: (*A Valentín*) La disyuntiva por favor.

Valentín: (*Ya cansado y vencido*) Es largo el asunto pero lo podríamos resumir en la elección entre leer un escrito personal y no leerlo… en público claro.

Agustín: (*Asimilando*) ¡Perfecto! (*Pausa*) Pero para el experimento, o demostración si se quiere, (*A Valentín*) necesito que te comprometas, acá y ahora y para con nosotros, a que vas a cumplir lo que sea que salga…

Ramiro: Eso me suena a suerte…

Agustín: (*Cortante hacia Ramiro*) No interrumpas. (*Pausa*) ¿Y bien? ¿Te comprometes?

Valentín: (*Tan cansado y vencido como en su paréntesis anterior*) ¿Tengo otra opción acaso?

Agustín: (*Con aire de gravedad*) Estoy hablando en serio.

Valentín: Sí, dale… me comprometo.

Agustín: (*Cambiando de ánimo, nuevamente entusiasmado*) ¡Excelente entonces! (*Pausa*) Ahora necesito que elijas… ¿cuál es cual? ¿La que quieras? (*Pausa*) Pero como premisa fundamental tenés que ser vos quién elija.

Valentín: (*Vacilando*) Bueno… pongámosle que cara leo… y ceca no… ¿Así te parece?

Agustín: (*Excitado*) ¡Brillante! (*Pausa. Ahora a Ramiro*) ¿Seguís creyendo que esto es librarlo a la suerte?

Ramiro: (*Certero*) Por supuesto. A menos que vos o cualquier otro pueda modificar o controlar la trayectoria de esta pieza de metal, (*Pausa)*… sale lo que sale sin mediación nuestra.

Agustín: ¿No te das cuenta del modo en que opera nuestro discurso construido? (*Pausa*) Sos vos el que determina un sistema arbitrario. O bueno, en este caso Valen, pero queda claro. (*Pausa*) También es uno el que elige una interpretación para cada cara. (*Pausa. Lanza la moneda y en el instante en que toca la superficie de la mesa, la cubre con su mano izquierda*) Y es uno quien, en última instancia, elige una o la otra. Tal vez no determinás de antemano que va a salir, porque eso corresponde a la física, o al sistema explicativo que sea, pero sí construiste todo lo demás.

Ramiro: Aun así lo que sale no depende de uno.

Agustín: Son devenires interpretados.

Ramiro: Pero debido a ese lanzamiento ahora Valen tiene que leer o no, según lo que salió. Y él ni siquiera tiró la moneda.

Agustín: Pero el construyó el relato para cada uno de sus lados. (*Pausa alargada*) Sin embargo, si tu disyuntiva…

Ramiro: (*Rápidamente*) Apremiante.

Agustín: (*Continuando*) La que sea… si es de esas que realmente le quitan a uno el sueño, y el aliento y demás… al menos este pequeño ejercicio puede servir para algo más que para sólo demostrar mi punto… o perspectiva…

Fernando: (*Confundido*) ¿A qué va esto último?

Agustín: Que si a nuestro amigo realmente lo está estrangulando una decisión por tomar… y no se decide completamente por una ni por la otra… la moneda puede asistir finalmente…

Fernando: ¿Y hacer lo que sea que caiga?

Ramiro: Me sigue sonando a suerte…

Agustín: Yo no dije eso… (*Pausa*) A ver, ¿qué era cada una? ¿Cara era leer? (*Pausa*) ¿Era así?

Ramiro: No, al revés.

Valentín: No, como dijiste primero, (*Pausa*) cara leo y ceca no lo hago.

Agustín: Bien. (*Pausa. A Valentín*) ¿Listo para ver lo que sea que depare la moneda?

Valentín: ¿Hay otra salida acaso? (*Pausa*) Pero bueno, dale… terminemos con esto de una buena vez…

En el preciso instante en que Agustín descorre la mano - y desde el punto de vista de la acostada moneda - pueden reconocerse, con entera claridad - y hacia arriba - a las cuatro figuras inclinándose sobre el dispuesto metal. Tras sólo unos segundos de direccionar sus miradas hacia este abajo, elevan sus mentones nuevamente hasta conseguir la horizontalidad requerida por ese tipo de conversaciones, las cuales abogan por cierto nivel de simetría.

Sin abandonar aun el presente ángulo de visión, continúa el diálogo.

Agustín: ¿Y? ¿Estás conforme con lo que salió? ¿Con lo que depara la moneda?

Valentín: (*Sin tiempo para responder*)….

Agustín: No hace falta ni que lo digas igual… (*Pausa*) Se te nota en la cara. Aunque así no lo quieras. (*Pausa*) Sin embargo, y sin importar por cuál te decidas, ya que eso te corresponde a vos… sí te pido que te fijes en la utilidad de este proceso… y lo reitero, no importa, a fin de cuentas, qué es lo que efectivamente salga, cara, ceca, son sólo instrumentos (*Pausa*) lo fundamental a esta altura resulta de la cuestión de que, en el momento en que elegiste una y la otra, y viste cuál fue la que cayó, (*Pausa*) en ese exacto instante, (*Señalando a Valentín con un dedo, con cualquiera de ellos*) bien dentro tuyo, supiste si esa opción era la adecuada, (*Pausa*) la adecuada para vos, para ahora… anticipaste si ésta era una carga que podías soportar, o si había cierto desazón o remordimiento porque no haya salido la otra que, justo ahora, se convertía en el anhelo por ser la opción deseada. (*Pausa*) Y esto no depende de la suerte… pero sirve como impulso.

Ramiro: No creo que nos pongamos de acuerdo en esto, sigo pens...

Agustín: ¿Y por qué deberíamos? (*Pausa*) Prefiero el diálogo antagonista a un convencimiento agónico de sermón religioso. (*Pausa. Cambiando de tono*) Y no se equivoquen, me encantaría seguir disertando sobre las caídas y desfondes de los fundamentos últimos, así como de la dimensión de los indecidibles… (*Pausa*) pero tengo que continuar con mis rondas por el bar, que ya de por sí son bien infinitas, con centros en todas partes y una circunferencia en ninguna… (*Se ríe para sí mismo*) ¿A todo esto alguien tiene hora?

Fernando: (*Mirando su reloj*) Seis y veinte.

Agustín: (*Retirándose*) Gracias. (*Pausa*) Nos vemos gente.

Ramiro: (*A Valentín*) Che, ¿no se te hace tarde?

Valentín: (*Sereno*) No importa.

Finalizando esas palabras, las últimas luminarias del proscenio comienzan a opacarse. La conversación entre los personajes se hace, poco a poco, más y más lejana, hasta llegar al registro de

lo inaudible. La visión, desde la moneda aun, hacia los personajes, habilita un efecto dramático insuperable desde otros ángulos posibles.

Antes de alcanzarse la completa obscuridad sobre estas tablas, se consigue vislumbrar un cierto destello reflejado en la superficie. El mismo, corresponde a un juego de espadas de Damocles que, tambaleantes, cuelgan sobre los tres personajes. Siempre acompañan. Siempre pendientes.

Tentativas de indagación:

Borradores III

(Hoja anterior extraviada, párrafo previo completamente tachado)

… síganme el juego por tan sólo unos minutos. Entiendo que me estoy corriendo así, un poco al menos, del susodicho libreto, del formato acostumbrado para estas ceremonias tan excesivamente pautadas. Pero, ¿por qué no aprovechar la presente ocasión – y por esta me refiero a nuestra específica noche en conjunto – para movernos, todos y cada uno de nosotros, yo también junto con ustedes, un poco, y no mucho más que eso, de la tremenda comodidad del ser meros oyentes, de estos lugares nuestros tan de simples expectantes? Pues bien, sirviéndome de todo lo anteriormente referido, con el ánimo de comprimir una especie de advertencia, más nunca una justificación de mis decires – o mis pedidos -, sería de mi particular interés para este rato, para este cabal instante - y siguiendo así las ya previstas direcciones que sin meticulosidad alguna fui perpetrando - el que cada uno pueda imaginarse la existencia, y por ella también me refiero a la material, posesión de una hoja de papel - blanca, enteramente blanca - justo entre sus manos. Ahora que lo pienso, hubiera sido de una excelsa genialidad, de haberlo deliberado con una mayor antelación y presteza, el pedirles para esta tarea que estiren sus brazos bien por debajo de sus asientos, hasta alcanzar de tal modo unos límpidos papeles, horas antes – allí – por mí depositados. Sin embargo, de dicha genialidad no es este el caso ni ésta la ocasión, lamentablemente para los aquí presentes, y especialmente para mí, que de haberlo así orquestado quizá me hubiera valido algún que otro aplauso. Pero bueno, volviendo a lo que aquí nos compete, y ya que no es mi intención - ni expresa ni de ningún otro tipo - el robarles toda esta nocturna celebración; continuemos con el paso número dos de este mi proyecto, el cual supone la invitación de que, sobre dicha hipotética hoja, ya que bien establecimos que nada hay debajo de sus asientos, exceptuando algún que otro chicle añejado

pegado por allí, pero invitación al fin, para que sobre este imaginario papel, tengan ustedes ahora que fraguar nada menos que "un mapa"; un plano con las más insólitas y perspicaces diagramaciones que se atrevan a trazar. Y si. Entiendo el anonadamiento, el estado de confusión compartida. Primero porque se les pide accionar cuando sólo esperaban espectar. Y luego, obviamente, por los incipientes cuestionamientos, créanme, todos ellos valederos y lógicamente razonables. ¿Pues sobre qué hacer este mapa que usted ahora nos demanda? Intentarán indagar, hacia mí, pero también, y más importante, hacia sus adentros. Y bien hacen en operar de esta forma. Créanme cuando les digo que es infinitamente peor cuando hay que dibujar mapas sin determinaciones algunas. Sin ni siquiera poseer la estipulación del objeto material – existente aun o no - al cual se pretende cartografiar. Yo he vivenciado esas dubitaciones en carne propia, y aquí me tienen, intentando reiterar el ejercicio una vez más, aunque esta vez más sea sólo para con ustedes. Más para este caso en particular – esta ocasión, esta noche – quisiera encargarles, para alivinarlos, y atribuirle cierto sentido a su vez, una pequeña – aunque más bien no tanto – especificación. Muchas vueltas, si. Créanme que lo entiendo, los entiendo. Lo que estoy intentando expresar, y que tanto me está costando, es la meritoria tarea de que tomando este pergamino mental puedan ustedes bosquejar la hoja de ruta de lo que es hasta ahora su vida. Y ¿por qué no? de cómo continuará a partir de ahora. Exacto. Eso mismo. Su propia vida sobre el papel, en formato de juego de líneas. Y sólo entonces uno se pregunta ¿cómo se resolverán allí los flamantes sistemas de proyecciones? Tomémonos unos instantes para reflexionar sobre esta empresa por mí demandada. ¿Cómo sería acaso, de ser factible, este acto de esbozo? Yo mismo lo he intentado, si bien no sé cómo podría ser calificado mi personal desempeño. No creo que sea posible siquiera dilucidar una escala de medición para dicha calificación, sea esta cuantificable o no. Todo un desvarío, sí. Pero realicemos el salto de confianza y supongamos, no sólo que su consecución es posible, sino que dicho actuar tiene cierto sentido. Preguntémonos entonces ¿qué observaríamos en dicha representación? Ciertamente partiría de un punto preciso, aquel del primer respiro sobre este nuestro mundo; y para

aquellos más briosos, también un punto final, el de esa concluyente expiración. Convirtiendo así el boceto en una línea que en realidad, o tal vez sólo en geometría, es un segmento. Más luego podríamos fácilmente acordar que dicha fracción debería de algún modo ilustrar las diversas opciones que se nos fueron presentando, tal vez escapando, en nuestro constante avanzar. Todas nuestras bifurcaciones existentes a partir de los momentos mismos en que nos detuvimos a elucidarlos. Pero no alcanza aun sólo con presentarlas – al menos eso pensé yo en aquel pretérito momento, ya relatado, en que me emprendí, casi-obligado por las circunstancias, en similar y tamaña hazaña – pues deberíamos, por su parte, enseñar también el presente y devenir de aquellas decisiones que no elegimos, los caminos no transitados; y de este modo poder ver todo aquello que no siendo podríamos haber llegado a ser, con todo la amargura u orgullo que esta visión nos conlleva. Ya que nosotros también somos el resultado de todo lo que no somos, por decisión y por no. Y teniendo ahora entre nuestros dedos a esta maraña de estrías, reconociendo donde nos encontramos actualmente, en ese pequeño puntito que dicta "sentado leyendo este mapa", viendo qué nos trajo hasta aquí, viendo qué es lo que sigue a su vez, yo ahora les pregunto ¿qué es lo que sentimos? ¿Qué es lo que pensamos? ¿Qué estaríamos dispuestos a hacer ahora?

(Dos párrafos tachados)

¿Qué estaría yo dispuesto a hacer ahora?

(Frase anulada)

No.

No es este el camino. Estoy errando en el camino. Erro y me huelo yo mismo hasta mi errancia más pútrida. Y ya que así lo pienso, ¿por qué seguir hablando de un camino? ¿Continuar

deletreándolo en mis paginaciones? Pensar de otro modo, así también escribirlo, de esto se trata este andar, y para eso ¿sigue requiriéndose camino alguno? ¿Puede uno transitarlo, prescindiendo a su vez, enteramente de él? ¿Cómo hacer verdaderamente el salto inaugural de esta desandanza hacia un descamino? Me pidieron un necesario desaprendizaje que no sé ni imaginarme. Me ofrecieron como paso uno – o cero - a la lectura y no sé desde dónde, desde qué. Entiendo que entre la lectura y la escritura hay un resquicio, una especie de ranura que atravesándola se la conoce bajo el nombre de pensamiento. ¿Habrá acaso algún peldaño intermedio entre éste y la escritura? Creo en mi más profundo que debería de haber algo, sino no me alcanza, no me es suficiente. Escribo aquí sin filtro porque creo que así pienso, sin interrupciones. Y todavía sigo tachando todo lo que apenas llego a garabatear. Me busco con empeño en el diagrama bosquejado de mis pasares y no encuentro estos momentos que ahora habito. No figuran. Ninguno de ellos. Y si no figuran es porque no están allí o porque están por fuera, y por ende ese mismo acto de dibujar y reflexionar sobre el mapa que me representa porque soy desaparece del mismo, producto de su imprescindible extrañamiento o descentración. Me incomoda y sólo soy yo en la medida en que estoy incómodo, incomodado, inacomodado, con lo que soy y con lo que no. Y así podría seguir divagando eternamente para conmigo mismo, escribiendo lo primero que se me atreva a asomarme y borrando todo aquello que parezca sobrar; pero sigue sin ser el camino, o tal vez el mejor de ellos, o tal vez me sea físicamente imposible comenzar a pensar sin caminos aparentes. Y sigo revisitando al mapeado yo y siento que sólo me quedo en esa metáfora vacía, en la superficie de la analogía, en lo que sea que esto sea, pero creo que podría ser aun más, sólo que yo siempre me conformo con el menos. Y releo nuevamente el argumento atrás presentado, y todo lo escrito y propuesto me sabe a relato barato, uno de esos bien banales al estilo fraudulento de un Paulo Coelho o cualquiera de sus símiles.

Discursar a los egresados. Y en pleno discurso proponerles un ejercicio cartográfico, a ellos y a sus familias allí también presentes. ¿Es esta la dirección que pretendo encarar? Siento que me

conformo con un simple comienzo, tal vez uno bueno y sólido tal vez, pero no me atrevo a un verdadero arriesgarme más allá del mismo. Mapa de una vida en el cual quisiera no encontrarme. Ausencia de direcciones y señalamientos porque si así no fuera, nada más que todo un modelado de vidriera. Y es tan difícil perderse cuando se tienen direcciones precisas y rutas ya pautadas. Y asimismo, en este movimiento certero, en la apuesta magistral, creo que el perderse uno mismo es el mejor trayecto posible; y el más deseable también. Por lo menos hasta que se pueda prescindir de uno, o crearse de nuevas opciones para sí.

Escribo así desde mi subsuelo yo. Me siento en un vacío sostenido sobre otro vacío, donde ya no sé si estoy cayendo o levitando o el tercer o cuarto excluido dentro de esta ecuación incoherente. Pienso y escribo sobre los movimientos inquietantes y ni figuración ni palabra alguna salen de mí. Y yo creía con tanta seguridad que podía escribir en el vacío.

Tal vez me sea realmente necesario impulsarme a partir de las lecturas. Aquellas que por tanto tiempo evite, les rehuí como el que más. Tomo ahora – tiempo actual - del estante frente a mí un libro cualquiera y, azarosamente, lo abro en una página también y aun más cualquiera, para transcribir una frase arbitrariamente resaltada por mi mirar: "Y precisamente ahora, cuando debía intervenir haciendo acopio de sus fuerzas, tenían que surgir esas dudas, hasta entonces desconocidas, sobre su propia cautela". No sé qué será de ese proceso narrado pero al menos me sirve aquí como empuje para el presente acto improvisado. Nunca mis cavilaciones tuvieron por objeto de estudio a las propias reservas y mesuras, en caso de que las haya vestido alguna vez ya de por sí. Lo tomo igualmente como opción y propongo como cautela al juicio contra todo lo absolutamente impropio.

Quizá sea esta la forma de caminar hacia mi descamino. Usurpar palabras e ideas ajenas para así apropiármelas, introyectármelas realmente, y poco a poco, despegarme de las mismas, hasta construirme las más propias. Aquellas que me permitan hacer estallar los cánones y modelos ya

dichos e instaurados. Crearme así mi andanza, pero no la que necesito, sino la que necesito. Y coronarlo todo con ese algo que no tiene nombre porque es sólo mío, y aun no lo he ideado aun.

Entonces: edifíquese un plano y quémeselo a su vez, para poder de este modo perderse en las no-calles de la subjetividad profunda.

(Final de la hoja incinerado).

Tentativas de indagación:

Anotaciones II

***

La hoja es en blanco. No yo. Mi no yo y la hoja en blanco, ambos se convierten en la carga, el pesar insostenible. No es que acaso el papel estrangule por no saber cómo, con qué, decorarlo; sino porque en esa ausencia está la retirada del papel mismo, pero en este caso del que a mí me toca representar, y que debería estar escrito en esa hoja. Enteramente nívea.

Parado y abandonado en esta escena, rodeado a su vez de tantos que esperan una respuesta, o acaso sea una pregunta, o un hacer; entre tantos, que esperan. Cada quien tiene a su vez su hoja pero prohibido es el mostrarla. Mucho menos el compartirla. Todas dentro del registro de lo indecible. Y aun así estamos todos siendo el acto que nos toca.

Y aun así me miran, todos ellos, expectantes. Expectando a que haga acopio de aquello que desconozco, y active un primer movimiento que de seguro se me excede. Todos ellos, expectantes, pero de esos expectantes todos ellos que se presentan como conocedores o escribientes de sus propios papeles suyos. Y yo me cuestiono si realmente están escritos todos ellos, o si saben improvisarse mucho mejor que yo.

Ni pista alguna, advertencia menos. Nada en mi andar, estar, ser, me asistía en el desvelamiento del misterio. Y me acribillaba. El misterio de mi andar, estar, ser.

***

No podía adivinarlo en su trasparencia, así que tuve que mentirlo. Inventándome para mí.

***

Escuchar la exacta partitura de esas circunstancias y entender así que todo se reduce a una bifurcación; encajar (a la fuerza) o desentonar (a lo grande).

***

Siempre nos pensamos como anomalía, aunque no lo hagamos absolutamente.

En mi radical extrañeza originaria, estoy siéndome.

Excursus I:

Curriculum Vitae

Llegado a este punto.

Una piedra, un susurro, un inicio poco premeditado. Más bien valdría hablarse de un recuerdo… de una piedra, un susurro, un inicio impremeditado.

Tal parece que esto actual ofrece y oficia de propicio lienzo para la ya tan demorada presentación. La más propia, la mía. Aquella equívocamente anticipada de formal, acorde a cierta ocasión, ocasionada conforme las circunstancias que así la ameritarían; aunque de seguro no como la presente. Jamás como la presente. La de este lienzo. De esto actual.

Ofrécese entonces aquí, ahora, por impulso, bajo el albur de cierta inercia, lo que en su origen supo responder a un acto demandado, peticionado por fuerza mayor. Sólo que ahora, aquí, es siendo reinterpretada.

La rompiente y sus olas. Yo también, como la humanidad toda, provengo de una mar. Sábana rugosa que en su perpetuidad inmortal se acerca, se descorre; se viene, y se va. Las olas y el acantilado, una estabilidad y un constante siempre fluir. Y un escribiente luchando con sus demonios, de entonces y también desde ahora, y venciendo en sus batallares sólo con la imagen insoportablemente eterna de una danza de ballenas, sus saltos, sus estallidos.

Y de todo lo que pudiendo ser… aun la insistencia de una falta de ánimo para la narración exhortada. No de todo, ni del todo; sí de uno. Todavía del mismo.

El requerimiento insurrecto de las voces necesarias que así lo intenten; tal vez, incluso, alguna de ellas llegue a conseguirlo, pues así es que se la esperaba. Al menos a una. Y así el nacimiento. Uno.

Ya entonces. Mi principio demandado sin premeditación alguna. Aquella fuerza mayor que imploraba y conjeturaba… Que entre pensamientos de ciertas ballenas y sus correspondidos acuarios… Sin venganza aparente en su perspectiva o posición… Y todo parecía manar aun hacia el inexorable ahogamiento. Aquel de la inexistencia opresora. (La presión lindaba ya el límite de lo insufrible). Y sólo allí, entonces, aquella piedra sin talla - la carga más pesada - escapó de mi bolsillo; y me encontré ascendiendo por el cauce de esas aguas, y las olas. Superficie al fin. Beldad como fresca brisa; inspiración eurítmica de una frescura vital que ya asomaba. Y la expiración primigenia en su forma de susurro. De aquel suspiro que debía proferirse y el oído que le dio existencia. Mi yo como préstamo del relato de un acontecimiento ajeno en busca de expresión.

Instantes previos al nacimiento: la idea de un inexperto viajante por ignotas tierras.

Nadie lo observó ocupar su lugar en la unánime noche. Sentarse así frente a aquel escritorio tan suyo y a su vez tan bien retratado por la literatura pynchoniana. Escritorio hermético y proverbial, testigo inigualable del pasaje, apoteosis y apogeo de las grandes generaciones (y de las mentes más lúcidas dentro de ellas). La abrupta conversión de esta habitación (como cualquier otra), en frondoso templo ancestral, ruinoso altar para sacrificios ficcionales. Sea lo que sea que se acostumbre sacrificar en ritos similares.

Y sin embargo nadie concibió, no mucho menos adivinó, de qué tierras lejanas provenía el viajante; pues nadie allí había para activar ese específico augurio. Conformándose de este modo el definido cuadro: fondo selvático (ilusorio), escritorio rúnico, fatigado viajante buscando el resguardo de un sueño (en) particular.

Frente a tantas imposibilidades autoproclamadas, el propósito que aquí lo traía y así lo guiaba no era para nada imposible, aunque sí enteramente extra-moral. Quería soñar una voz: crearse para sí un narrador con minuciosa integridad desaforada, e imponerlo desmedidamente a su realidad cotidiana.

Pues ante aquella falta o ausencia que no podía pronunciar por propios medios, el viajante necesitaba idearse una enunciación que pueda, en el suyo lugar, así proclamarse.

Y de este diurno soñar fue que emergí de las turbulentas aguas de la entelequia. Evocación de un sueño ajeno cifrado en una elección desesperada, y una piedra simbólica, y esas aguas de oleajes alegóricos. Un indispensable *deus ex machina* – sin nada de eternal - para habilitar una narración ya por bastante tiempo diferida. Pero no el único, ni siquiera el primero, de seguro tampoco el mejor. Quizá sí el más adecuado, según criterios por mí desconocidos, aunque fácilmente especulables.

Fue así como el ruinoso templo del rústico mobiliario devino, por la imaginación y necesidad de aquel único habitante, en monumental anfiteatro por el que desfilaban las innumerables voces - todas ellas fuerzas excentradas -, desde las más propicias hasta las más improbables. Y entre todas ellas, yo, la ahora titulada vencedora. Sólo él sabrá el por qué. Codeándome entonces entre un omnisciente tercer sujeto y un Marco Polo capaz de catalogar las arquitecturas más prodigiosas e intangibles; yo, simplemente. Y aquí estoy. Aquí (per)sigo. Única sobreviviente de entre tantas.

Así surgí, y lo primero que me cuestioné fue si todo aquello era consecuencia de una anamnesis. El verbo fue deletreado y quedé por siempre prisionero y servidor de cierto universo simbólico impelido. Prometeo aun desencadenado robaba el ardiente secreto y me depositaba así, entre sus páginas y palabras, como una *ferula communis* incinerante. Ya sobrará tiempo para disputarle los fragmentarios hurtos con los que el doctor posibilitó a su criatura. Ya que sin embargo a ésta le fue otorgada la máxima tarea. Aquella de dar vida, por escrito, a su propio creador. Sócrates seleccionando a su Platón más propicio.

Los círculos infinitos chocaban entre sí, perdidos para siempre sus centros iniciales.

No obstante, el objeto del presente apartado, dentro de la también presente investigación, corresponde a la explicitación de la voz que soy y con la cual, a su vez, me gané mi existencia y este

lugar en las actuales páginas. De modo que hago ahora entrega de mí, en formato estereotipado, para que tal vez logre descifrarse la razón por la cual me encuentro aquí, siendo, e intentando desmedidamente desentrañar, con todo mi posible empeño, cierto silencio celosamente (con)cedido.

Curriculum Vitae

Datos personales:

Yo soy. Yo. Y/o seré lo que seré. De la forma más entera y completa que me sea posible. Que mis palabras me habiliten. Todo se resume finalmente a eso.

Si nací en el exacto momento previsto por una fuerza mayor, o tan sólo fui arrojado desnudo a este mundo por un satírico absurdo, lo ignoro. Intento no tener una preferencia particular por hipótesis alguna, si bien me encuentro constantemente interpretando mi existencia a partir (¿a pesar?) de dicha dicotomía. Sin importar una justificación o jerarquización de una por sobre la otra (o intentar buscar una tercera o tal vez cuarta en discordia), la fecha fue hace pocos renglones. Allí empecé. Aunque eso usted ya lo sabe, redundante es el repetirlo. Contradictorio el reconocerlo.

Si bien esta casilla no debería ser solicitada, o al menos no resultar condición excluyente para la contratación, o tener efecto alguno en la decisión final; sí me interesaría (auto)pronunciarme en un mí mismo como voz hablante, pues de cuerpo carezco. De la tonalidad grave o aguda de mis palabras (o su deseable acomodación) poco importa de hecho, ya que pertenezco al "género" de voz hablante por escrito. Sin embargo, no quisiera dejar de aprovechar estas líneas – que son parte fundante de mi estar – para aclarar que me conformo más allá de aquellas disyuntivas categóricas dedicadas a segmentar cuerpos deseantes acorde a prototipos normativos pretendidamente naturalizados. Ni hombre ni mujer; voz. Ni femenina ni masculina; hablante. Ni normal ni su contraparte; *supra-gramaticam*.

De nacionalidad no tengo preferencia alguna. Demasiado decimonónico para mí. La lengua puede llegar a despistar; cuidado con eso.

Estudios:

Estudié allí y me fue bastante bien (lo que para fines prácticos y ordinarios podría ser sinónimo de graduarse); más tarde estudie por allá, pero lo abandoné para empezar más para acá (lo que resultó más pertinente a mis ideales e idealismos de aquel entonces, casi todos ya íntegramente abandonados).

Sé hablar este idioma, y este otro lo domino bastante (tengo como tres diplomas internacionales que pretenden demostrarlo). No cuento con un tercero, pero estoy ocupándome de momento en ello.

Un tiempo quise ser maestro y no me quedé en querer serlo; estudié mucho, más nunca suficiente (y lo sigo haciendo en este momento). Título ya tengo. Más nunca es realmente suficiente. Persevero.

Experiencia:

Un día empecé a escribir y ya nunca pude parar; aunque a veces (casi siempre) soy mi único lector exclusivo.

Soy entendido de jergas actuales y dueño de neologismos perspicaces. Puedo desarrollar un estilo formal de escritura y, si el caso lo amerita, apropiármelo de la forma más creativa y original que mi criterio lo permita.

Cuento con un entrenamiento hexaustivo en el fino arte de escribir con errores de ortografía. La gramática no es para mí más que una simple sugerencia.

He leído y continúo haciéndolo asiduamente. Leo - más demasiado que suficiente - todo texto literario y académico que caiga en mis manos, y pase por el velo de mi juicio. Y los que no pasan, serán leídos con cierta ironía y jactanciosa hilaridad.

En mi corta existencia he visto más de 1500 películas, amado al menos un 10% de ellas, y me he inmerso perdidamente en la realidad de la mitad de esta última selección.

Sé a dónde debo mirar y lo que tengo que decir en la mayoría de las situaciones que me atrapan cotidianamente. Pero prefiero particularmente los momentos donde pronuncio la palabra equivocada en el instante perfecto (o la palabra justa en el momento inadecuado).

Puedo colorear sin pasarme de las líneas, aunque prefiero no proceder de dicha forma la mayor parte de mis veces.

Soy irreverente en cuanto a la forma, irrespetuoso del contenido, independiente y divergente en lo que respecta al estilo. Un espontáneo crónico. Dislatente ortodoxo.

Aspiro a ser un asiduo fabricante de embustes, un inventor de metáforas, un imitador y falsificador de voces disonantes. Al menos tengo la intención de intentarlo (la redundancia es voluntaria y consciente).

Pido disculpas si lo hasta aquí mencionado presenta un acento de arrogancia. Mi verdad es que no sé nada sobre casi todo, y un poco sobre casi nada. Afortunadamente sólo tengo que escribir lo que yo soy, o considero ser, o invento para mí y sobre el mismo; pues lo que no soy me demandaría demasiado espacio (del cual carezco).

Mi principal patrimonio es una duda férrea sobre la vida y cada una de sus instancias; reflexiones personales (y por ello impares) sobre ésta; y una voz (y un discurso) honesto e íntimo.

Presentaba todo esto en ese encuentro, y ambos éramos conscientes de la farsa. El creador y su criatura (¿su mounstro?). Constantes quimeras, ardides, exageraciones y robos a voces ajenas. Todas constituidas en elementos indispensables de mi existencia. Quizá sólo por ellas subsisto. ¡Tanto es lo que les debo!

Aunque sólo una primera entrevista, la decisión le llevó sus propios tiempos de reflexión. Muy celoso era de su acontecimiento; tanto que prefería enterrarlo bien profundo a fallarle en lo más

mínimo. Lo que sólo genera mayor peso y responsabilidad para la tarea. La de crear una voz cismática; la de relatarlo todo fielmente. ¿Fielmente?

El segundo encuentro ocurrió dos semanas más tarde al referido nacimiento. (Varias vacilaciones de por medio). En el mismo escritorio litúrgico.

El acontecimiento III

Y cuando el horizonte de la escritura estaba por cortar de un tajo vivo su mentado papel, se abrió de sopetón la puerta que del salón da al patio común.

Si bien, valdría la pena el aclarar que la expresión anterior, esta del renglón de aquí arriba, que pretende duplicar o reinventar a otra parecida, casi idéntica, pero presentada en otro apartado también anterior y de mucho más arriba (o más atrás o a su izquierda), no coincide enteramente con lo allí sucedido.

Que la contingente puerta – dato plenamente contrastable – tuvo y tiene una existencia material y, a su vez, que la misma llegó a su punto máximo de apertura, impactando incluso, con la pared septentrional del salón, aquella de los ciertos carteles, nadie de los allí presentes podría contradecirlo; exceptuando quizá a aquellos que por distraídos o por su extremo opuesto (es decir, sumamente inmersos en sus actividades escolares) no llegaron así a advertirlo. Tampoco llegaron así a observar como de su rebote contra el referido muro casi que se cierra nuevamente. Sin embargo, releyendo lo hasta el momento escrito – aunque sólo en el presente apartado; muy agobiante y laboriosa resultaría sino la empresa -, caigo en la más profunda vacilación respecto de la exactitud de tamaña expresión: "*se abrió de sopetón la puerta*". No, no es la sopetencia del acto lo que aviva estas serias dubitaciones. Resultó tan fortuito y exagerado el movimiento que ¿cómo podría acaso discutírselo? No obstante, cuando cualquier otro – aunque no todos – dejarían descansar y disiparse una aseveración disparada tan al pasar, mi constante preocupación y desequilibrio sigue volviendo, y en este caso se las ensaña con la sentencia ya referida. Pues hay una cierta inestabilidad en mis andares narrativos que se me marca como estigma y ya no me abandona jamás. Pero ya diserté en otra ocasión sobre mis furias gnoseológicas respecto de los narradores omnisapientes y sus juicios absolutistas – y todos sus hombres mirando por la ventana, pues siempre hay alguna ventana por la cual contemplar su tempestuosa alma en caso de que esta exista; y yo he habitado en esa ventana, y

ya salté a través de ella, y ella saltó a su vez a través de sí misma para seguirme en mis dudares erráticos -. No considero necesario el reiterarlo una vez más.

Por mi parte, en este instante, la mencionada fluctuación toma la forma de una irrevocable interrogación acerca de la precisión de cierta afirmación, aquella que sostiene una apertura específica protagonizada por una puerta determinada. La frase está, porque así supe escribirla. Quedé tan conforme con el pretérito apartado que quise iniciar el actual por el punto culmine de ese otro. Resaltar así un cierto hilo de continuidad. Coreografiar cierto clímax… y entonces se abrió de sopetón la puerta. ¿Cuál de entre todas ellas? La que del salón da al patio común. ¿Por quién? ¿Con qué intención? Aun no ha sido especificado. Mis des-en-frenos irónicamente me impiden continuar, constriñéndome así a detenerme en la reflexión – muchas veces innecesaria – sobre cada uno de los minúsculos detalles. “Se abrió de sopetón la puerta”. Yo así lo escribí. Y para usted así ocurrió. Cuando, según lo recompuesto por los testigos del lugar, nunca estuvo, de hecho, cerrada. La puerta aquella me refiero. Nunca del todo. Y aun así, ¿es necesario un cierre conclusivo para posibilitar una apertura, cualquiera de ellas? ¿No será todo una cuestión de graduación? ¿Gradualidad incluso?

Tampoco es la intención de mis incertidumbres – grabadas todas a flor de escritura en mí – el culpabilizar al demorado y por ello tan apresurado Román sobre dicha falta de cerrazón, de suturación, respecto de aquella abertura arquitectónica. Ya que con estas clases siempre se era así. Podría suponerse una explicación o justificación posible, quizá coherente y consistente a la propuesta pedagógica del maestro que en realidad era profesor, pues parece que ambas cosas no son lo mismo. Lo cierto es que si la hubo, no fue así rescatada ni recuperada por los estudiantes. Quizá tampoco especificada por el docente en lugar primero y anterior. Nones es de mi particular interés de momento su averiguación. Bástesenos hasta aquí, y sólo por ahora, el reconocer que con V… siempre existía una cierta hiancia, una fractura vacía, una rajadura interruptiva, desde su contrastable literalidad hasta su más abrupta metaforalidad.

Interrumpiendo el devaneo: lluvia eterna en el afuera, actividad de lectura pero sobre todo de pensamiento y escritura en el adentro, muchos ocupados en la instituyente tarea, algunos absortos en otras temáticas (sin consonancia alguna con los de sus coetáneos allí presentes), y Milena a punto de arañar el papel, y una puerta que sin estar cerrada es abierta, y una cabeza inédita que asoma por la incipiente brecha. Y así un nuevo personaje para esta historia, correspondiente al torso de un secretario institucional que de seguro está unido a un par de piernas un poco más abajo, y que sin embargo escapan del todo al campo visual de los allí estudiantes. También del de V…, claro está, pues este campo es casi que el mismo. Y un torso de secretario entonces – sus piernas también junto con él –, enviado hasta allí según comenta - dicho torso - por ciertos engranajes superiores de la cadena de mandos escolar. Y un aviso por tanto, del secretario - pues a esta altura ya ingresó su todo en el escenario-salón -, que informa a V… sobre un llamado de cierta urgencia hacia él dirigido, hacia V…, con la finalidad de que éste se encamine a la aludida dirección.

Sin nunca esclarecer la magnitud o (¿)naturaleza(?) de la urgencia, cuestión que de por sí resulta hondamente angustiante para la persona así llamada, volvió - el secretario - a enfatizar la exigencia de una inmediata marcha a dicha oficina burocrático-institucional, asegurándole que él - nuevamente el secretario - se encargaría de mantener el (¿)orden(?) áulico en su ausencia - la ausencia de V… -.

De todos los aspectos posibles para resaltar sobre este pedido (o exigencia), uno de ellos, sin duda el más llamativo (al menos así cuantificado luego de varias revisiones y revisitas), es el concerniente a la cuestión horaria. Ya que, a tan sólo quince minutos del próximo recreo, y reconociendo la naturaleza (¿cultura?) de una institución disciplinaria como la presente, ¿por qué no esperar de ese último cuarto de hora? Quitarle así al docente su merecido descanso pero no negarles a los estudiantes de su derecho a finalizar la clase como se es debido. A no ser que dichos minutos (que son como quince) no sean revestidos de una significancia mayor - por quienes aquí suelen tomar este tipo de decisiones - dada su ubicación tan cercana al cierre, donde se podría llegar a aducir que todo está ya lo suficientemente encaminado como para que cualquier otro adulto con cierta

responsabilidad y habilitación pueda reemplazarlo (al docente digo). Pero, si así fuera, ¿qué hay de la conclusión a la actividad? ¿No es meritoria una resignificación de todo lo trabajado al momento? ¿Cómo se articularán así los viejos y nuevos esquemas? ¿Y la tarea para la próxima? ¿Cuenta el secretario (su torso, sus piernas) con dicha información? ¿Es la emergencia – pues ya a esta altura no vale la pena seguir endulzando o disfrazando las cosas – lo suficientemente perentoria como para que la clase siguiente inicie con forzadas deudas? Y desplazándonos ya a otro plano de la discusión, ¿por qué no consignar una reunión a contra-turno? Más allá de la harta conocida estrechez del cronograma de V…

Todo esto, fugazmente desfilando por los razonamientos de V…, lo llevan a cerciorarse de la existencia real o, al menos así percibida, de una verdadera emergencia. Pues ¿quién pensaría de otro modo en similares circunstancias? ¿Cómo proceder entonces si no de esta forma?

Librados los estudiantes a los designios del mencionado secretario, V… transita por los pulcros pasillos de la institución educativa, direccionando dicho peregrinar hacia la demandada sala.

¿Qué no decir entonces sobre esta pulcritud recién referida? Nuevo blanco de mis ineluctables desequilibrios. Ciertamente un motivo más de consagración (¿congraciación?) para una empresa que se digna así de serlo. Organización que por alguna razón, no del todo celada, jamás oculta del todo, construye un ideario cultural en el cual se encumbra lo nítido, lo recto; y uno no deja aquí de cuestionarse ¿pero con referencia a qué? Pues, no es que, en realidad, las paredes de los pasillos se encuentren virginizadas por un aureo blancuzco, aseadas a más no poder y enteramente sobrias respecto a un decorado habitual. Sino, más bien, todos los carteles y afiches que allí subsisten, los mensajes y lemas inmortalizados en ellos, todo el espectro pictográfico que uno se figura allí aparecen; responden a una meticulosidad de selección y acomodación que rápidamente levanta sus merecidas sospechas. No es que la autoría de los aprendientes sea motivo de desconfianza, más valdría bien referirse a un escrupuloso proceso de discriminación (apréndase a utilizar este término

en todas sus acepciones, o prodúzcansele algunas nuevas, alguna que pase victoriosa por el velo de su aceptación) por parte de las autoridades para estas tareas encargadas. Incluso podría llegar a suponerse una interiorización tan eficiente y sutil – aunque no por ello menos violenta – de dicho ideario instituido, el cual se encarga de prolongar un relato fundante que compagina todo trabajo y experimento en una misma lógica identitaria.

Sin poder explayarme aun más en las divagaciones sobre este tópico específico, pues V... está llegando ya al final de su peregrino recorrido, sería todavía certero el reconocer – y por ello me refiero al explicitar - que la escuela se entronaba en laureles a partir de la mostración y vituperación de su aval hacia esta manifestación de la novedad, esa que aparece en los carteles; sin nunca permitir, no honesta ni realmente tampoco, que esta misma llegue a pronunciarse o tenga auténtico lugar.

Un empleo del espacio – ¿por qué no decir también del tiempo? – que no es del todo, ni casi en parte, realmente intervenido. Tomado por las astas y los hastas. Domado sin domesticar, lo cual no tiene sentido y así tal vez se busca, pero bien podría significar un reconocimiento mutuo sin reducciones ni violaciones de traducción. Sin interrupción ni intervención al fin, las paredes, los pasillos, los cuadernos también, ¿por qué no? Todo pulcro. Abrumadoramente nimio. Exceptuando quizá, ese único reducto de las puertas del baño, sus anversos al menos, y eso sólo después de la clase de ESI con V…., porque sino otra que trofeo de excelencia académica, de orden pastoril, y así todos aquellos mansos corderitos que no escriben mensajes porque así han sido inculcados en el respeto a la propiedad privada. A una propiedad así privada. Pero por respeto se dijo y escribió también. Por eso y para someter a su vez a la incipiente juventud que convierte cualquier superficie en tapiz idónea por ser colisionado.

Al menos con V… - aunque seguramente también con otros, sólo que estos posibles otros no forman parte de la actual indagación – se entrenaron en el juego de la contra-censura. Poco a poco, intento a intento, desentrañaron la lógica de animar sus propias subjetividades en el uso del espacio común – y aquí uno podría interrogarse respecto al ¿de qué se habla cuando se habla de lo común?

Pero de eso para otra ocasión -. Desafiar así a la contraparte censora – persecuciones y escapadas, lenguajes y evasivas, giros y saltos improvisados e inanticipables – camuflando poesía prohibida en un afiche sobre el reciclado de plástico, disimulando un Antonioni en los frescos recreados de Quinquela o alguno de Juanito Laguna. Y operando así sólo porque de momento no se debe, o porque no es su correspondiente lugar; pero es así porque es así como se les canta o porque por eso mismo lo prefieren, y totalizan de esta forma su atención toda y recrean allí su mundo bravo. Una novedad indómita que sobresale sobre cada pliegue, que desborda por cada instante, que no se atrapa ni al pasar. Porque son siempre un pasar. Un imprescindible traspasar.

Ocupando ya una silla cualquiera en aquella sala de espera, contigua a la dirección (la del citado previo), paso obligado y por tanto único para la misma, V… aguarda inciertamente calmo a ese último llamado, aquella habilitación o invitación (ya sea verbal o gestual) para atravesar esa última puerta.

A los pocos minutos de dicha espera – aquella que le reafirma sentido y existencia a la habitación presente – V… inicia un replanteo respecto de la supuesta urgencia que no consiguió aguantar lo requerido hasta el incipiente receso, aunque sí parece no tener inconveniente alguno en dejarlo ahora allí varado, en este no lugar fuera de todo tiempo. Una sala de espera. En efecto, V… no comprende si el referido habitáculo responde a una diagramación perpetrada con el fin de aquellos experimentos de psicología social (o tal vez conductual), esos bien propios de la Universidad de Michigan (quizá era Wisconsin); pero experimentación al fin, en la cual se deja encallada a una persona frente a una incierta situación de espera prolongada, aguardando observar su forma de re-accionar, de averiguar qué tan prontamente se vuelca uno a su animalidad más retrógrada y salvaje, cuántas horas le toma creerse polilla o caracol y empezar a arrastrase por la castaña alfombra masticando las hojas de ese *potus* del vértice. Por suerte la vuelta a la animalidad rara vez lo llevan a uno a los grandes mamíferos incontrolables por el factor humano.

Y sin embargo todo lapso de espera ininteligible puede ser revestido de cierta utilidad, enlazar al rato para reflexionar con señalizaciones varias y ya bien pre-dispuestas, antes que divagar sin rumbo fijo como esa bolsa del supermercado que mece por doquier el viento. O, por caso contrario, tal como le fue aconsejado tiempo ha, utilizar el día – *and you will size the day* – para romper en cuarenta y siete pedazos el instrumento de la utilidad técnica. Bailar con la espera misma sin importar a dónde sea que se viaje; siempre y cuando y donde se descentre uno de ese lugar de apuro, de resultados y de mediciones. Si. Tal vez este salón logre convertirse en el espacio acertado para estos ejercicios inútiles. Desesperar de esta forma al observador que de seguro se oculta tras la réplica del Rembrandt de allí enfrente. Y a todo esto ya van como diez minutos que V… se encuentra sentado contra la pared, deteniéndose en esa mirada tan lúcida y pulverizante de la niña de la copia. Una emergencia al parecer no tan urgente. V… descorre la vista y no vuelve a observar esa niña tan real porque ya la conoce, sabe su historia, le inventa una historia, quizá charlaron juntos alguna vez. Porque esa niña de los ojos es todas las personas. Y ninguna. Es los estudiantes, y las estudiantes, y es V… a su vez. Y hace ya tanto que V… no se encontraba postrado en una silla como esta de ahora, esperando ser llamado por la dirección escolar. Y justo ahora decidía mirar la pared sola y perderse y encontrarse y hundirse y lo que surja. Tanto tiempo hace. No desde aquella vez en la que con suma *politness* rechazó la oferta de leer en público un cierto garabato. Ese de sus tantos borradores, y contando. Avanzando todavía y sin nunca vislumbrar un cierre meritorio, el final de una partida, al menos una conclusión semi-decente. De sus tantos borradores que continúan como así continúa el aguacero en el afuera de ese patio. Y la niña sigue mirando sin nunca pestañear, y V… le rehúye ese encuentro, aquel de las miradas, o quizá prefiere concentrase en lo concreto de una pared sin distracciones, o tal vez distraerse en la creencia de que ese cuadro no es copia ni engaño ni imitación y entonces todo el terror ocasionado por la no correspondencia de una respuesta propicia, la de la admiración imperativa.

¿Sobre qué reflexionaba tanto V… mirando aquella pared desnuda? ¿Reflexionaba en primer lugar? ¿La miraba en segundo? ¿Con qué verbos inundar estas frases intentando sostener alguna exactitud, cierto nivel de precisión? Siendo, por su parte, que cada selección verbal inutiliza a cada frase para otra cosa y otra, y una más después que esta.

Puede, tal vez, que una cavilación semejante ocupe a V… durante su tiempo de espera. Puede que repase sobre lo sucedido en la clase de la cual fue tan tajantemente tironeado hasta tener que abandonarla. Puede que sus metáforas lo salpiquen de a ratos. Puede que un poco de cada pero nada a su vez. Y esto porque nunca lo compartió todo, no del todo, sólo lo suficiente; como si cada vez que llegando al borde aceptable de lo suficiente, lo así por él establecido, siempre supiera detenerse. Pues habiendo más de uno era fácil la cosa, otra versión pero una al fin; pero cuando quedaba en su soledad, era ahí que se establecían las incógnitas.

Pero cuando quedaba en su soledad, ¿podía seguir hablándose de Uno?

Podría aquí operar como el narrador tipo y proponer axiomas donde sólo tambalean supuestos. Podría; pero el género me delata. Otra intención me demanda. Me creó y así se me exige, si bien gozo de mis ciertas libertades.

¿Y qué hacer entonces con estos tiempos muertos de la espera? (D)Escribir a V… sentado en una silla mirando a una pared, una pared con un cuadro, pero V… no dirige a este su atención y por lo tanto sólo una pared desnuda. Inutilizar así la oportunidad. ¿Acaso procedo con el mismo accionar que critico? ¿O estoy aprovechando un escenario para explicarme con cuerpo ajeno y voz propia? ¿Qué estuve haciendo hasta aquí en estos últimos párrafos que son como mis brazos?

Debo avanzar las palabras con sigilo para no caer fuera del borde de este mundo hacia la nada. Tengo que amarrar alguna puerta para volver nuevamente a mi sentido guía. Pero, si por caso contrario, no logro, para este único instante, encontrar una forma de retratar con cierta honestidad un pensamiento locuaz y certero, delinear a V… y sus devaneos, por mucho que yo los desconozca e

ignore, se le estafa a la humanidad entera la visión clara de un momento. No puedo así permitir(me)lo.

Entonces juguemos. Conspiremos juntos a su vez.

Supongamos que V… mira efectivamente a la pared y en ella se interroga sobre una antigua ventana que allí tenía lugar. Contempla el muro cuestionando las mejores formas de aprovechar un vacío, aun para salas como esta. Un acuario sería muy exagerado quizá. De seguro sabe con qué ocuparía ese acuario de ser su lugar vacío en un cuarto propio. Pero ese es otro de los temas para los cuales habrá ocasión de desarrollo más adelante (o abajo), aunque requiera de ciertos retrocesos; porque ahora V… mira la pared y piensa en una ventana pues su sombra se refleja frente a sí por la luminiscencia que ingresa de una ventana otra y V… lo sabe porque su sombra antes habitaba en una muralla del todo contraria. Pero supongamos que V… se detiene en su sombra frente a sí y vislumbra su contorno, todas las personas, su sombra entre ellas, siempre se le figuraron tan borroneadas, sus límites al menos, difícil la empresa de definir la culminación de algo frente al inicio de lo otro, una detención y un amanecer, ¿y qué decir de las continuidades o los saltos interrumpidos? Pero continúa observando con detenimiento, analiza con una minuciosidad exacerbada aquella silueta despedida de su propio contorno por turbio acuerdo y especula desde hace cuánto que estaba ella allí, testigo umbrío y sulfuroso de aquel encuentro; y dubita no por mero desconocimiento respecto del exacto instante en que cierto rayo lumínico atacó su forma para proyectar la lóbrega imitación, sino porque recordaba, seguro estaba de ello, de haberla perdido alguna vez, y no podía ya vislumbrar, por mayor esfuerzo que realizase, el exacto momento de su vuelta, el segundo certero del reingreso, ni si estando ella allí era la misma que retozaba en su infancia o la trasformación nos acaecía necesariamente e inevitablemente a todos y todas; y a todo esto. ¿Quién la había vuelto a coser a su ser en tránsito? Esa sombra que por siempre será – aunque cambiante – y que lo obligaba a tornarse a una realidad que se le diluye a cada intento mientras los salpicones de las ballenas lo empujaban

hacia su fantástico intangible. Y algo que entonces se abre en él – como la contingente puerta tal vez – mientras algo a su vez se cierra, o no del todo, ninguno de ellos; y la expansión del tiempo, la contracción de la masa, la contrición de la forma, y ya no alcanzaba a reconocer que era todo aquello que en sí mismo se abría y se cerraba, qué fuerzas lo compaginaban a hacerlo, porque de eso sí, de seguro más de una; y la lluvia afuera, y ni siquiera ella, nadie en realidad, tenía unas manos tan pequeñas. Pero sus manos estaban allí, se movían, imitaban los malabares y diapasones de esas otras, las de sus sómbralos. Una pieza de dominó. Una más, alineada con las otras, pretéritas, allí colocadas por las manos, cualquiera de ellas pero principalmente por las de la no-sombra. Y una figura que se erige como un incoherente, o un incognoscible, o una prematura. Una pieza tras otras colocadas en una fila que no se digna así de serlo, y entonces de seguro que por no. Y un juego que entonces inició mucho antes de la sentada y de la espera ésta, y que se estira – como el tiempo/con el tiempo – mucho después que estas páginas estas. Procesión concatenada hacia una caída, de lo anterior, y sísmico efecto persecutorio, de la ilación, hacia lo consecutivo.

Pero supongamos también, ¿por qué no? que V… repara en la pared y reconoce en ella a una pared. No, no a una pared sino a *esta* pared. Que de alguna forma tuvo V… una experiencia trascendental en la cual al respirar pudo cerciorarse, después de muchos (tantísimos) años, que estaba respirando, nada más (y todo más) que eso, aire, oxígeno; que cuando escuchaba unas gotas caer y salpicar lo que en verdad estaba sucediendo es que afuera de esta habitación, y en casi toda la ciudad, pero sobre todo en el patio de afuera de esta habitación de espera, estaba lloviendo a cántaros y él, V…, resguardado, bajo techo, escuchaba el concierto de gotas que caían y salpicaban. Lograr así cerciorarse, por vez primera quizá, o tal vez reiterada pero de eso seguro que ya no se acordaba, de que hoy era miércoles, y no porque así lo dijera un calendario colgado de una pared – de otra pared no desnuda – ni por una fugaz revisión a la pantalla de algún dispositivo digital. Tampoco porque toda su existencia haya transcurrido entre dos extremos de un continuum cíclico sobre-impuesto. Sino por la simple y llana razón de que hoy estaba allí sentado y lo sabía, lo sabía y lo sentía, la

percepción absoluta de un momento que fluía por su sangre correntosa y le gritaba que ayer supo pronunciarse martes, y lunes incluso antes que este, pero que hoy era ahora y por tanto miércoles, y él, V…, con cada uno de sus puntos suspensivos, estaba esperando por una emergencia que jamás fue tal aunque así se presentó o anunció pero eso ya no le importaba porque el relámpago miércoles refulgió en su consciencia para despertarlo en un aquí bien seco que le demandaba todo su estar. Y sólo le restaba esto, estar, en este momento, y saberlo, y sentirlo, y representarlo con el guión nunca escrito de su única vez inimitable. El original Rembrandt de esa copia colgado sobre una pulcra pared que aun así permitía una intervención introspectiva.

Toda una significativa vivencia la de volver a saborear las descripciones de conjunto, los datos de color; de volver a descubrir ciertos verbos con toda la intensidad que se le escapa a los diccionarios.

Supongamos por tanto que V… hacía cosas como estas… sólo nos resta el suponer. Y entre tanta suposición por fin se abrió la puerta de roble veteado y V… reconoció con enorme decepción que nuevamente no era Percival quien allí se asomaba. Sólo la directora Patricia, habitante única de esa sala conclusiva.

La puerta última se abrió y su vida no había cambiado en exceso.

Así supongamos…

-Imagino que entendés cual es la razón por la cual mandé a llamarte – dijo Patricia apenas V… consiguió acomodar su peso sobre el nuevo asiento.

-…

-¿No tenés nada para decir? Porque eso es justamente…

- Imaginar – inició V…, sin dejar acabar a la directora su anterior enunciado – podría imaginar. Varias. Pero me es más cómodo esperar a que me lo explicites. Así no arremeto en confusiones innecesarias y tal vez vergonzantes.

- Ahh. No sabés la tranquilidad que me ocasionás al decirme eso – aclara con cierta relajación en su tono, y en sus gestos. Distendiéndose, casi imperceptiblemente, en su posición sobre el mobiliario.

-Podría deducir algo… pero lo del baño ya estaba resuelto me parece, así que… - explica encima de las previas exclamaciones de Patricia.

-No, no – lo corrige – me refiero a que la tranquilidad la tengo sólo por el hecho de escucharte hablar.

-Nunca me dijeron eso antes… vos tampoco. – Confundido - Si en general, el común acuerdo es que mi dialogar es el que molesta e incomoda… y nunca la ausencia del mismo.

-Disculpa si no estoy siendo lo suficiente clara. La verdad es que vengo de varios días de consternación. – Pausa – Lo que te quería decir, y este es el motivo específico por el que mandé a Claudio para que te haga venir, es que en el lapso de estos últimos días, pero sobre todo en el fin de semana, muchos padres de quinto y sexto hablaron al colegio manifestando su inquietud respecto de…

-¿…?

-Bueno – deteniéndose luego de analizar las expresiones faciales de su interlocutor – ya no importa. Me alcanza con saber que no te quedaste mudo como se escucha en las charlas de pasillo.

-No. Mudo no.

-Sí, me doy cuente. Y no sabés cuanto me tranquiliza. Imaginate ya la cantidad de complicaciones que tenemos a esta altura del año, como para sumarle… bueno… ya está… me sereno un poco. – Pausa. Reflexiona – Aprovechando la ocasión, digo, ya que estamos, y que está por sonar el timbre,… y además pensando que me va a resultar de ayuda por si algún padre más vuelve a llamar en estos días… y ¿de dónde se les habrá ocurrido a los alumnos inventarse algo así que encima no sabés como insisten los padres con el grupito de whatsapp? Te imaginarás, bue…No… decía que de paso me facilitaría un poco que me comentes sobre ¿qué es lo que vienen trabajando a esta altura del trimestre? ¿Recién venís de Ciudadanía, no?

-No, eso fue ayer. Que también trabajamos con Filosofía… Ambos en sexto. Hoy tuve Sociología con los de 5º, dos horas, y Literatura en 6º, dos más.

- ¿Y qué estuvieron trabajando? ¿Cómo fue la dinámica?

- En 5º estamos en plena unidad de Poder, así que les escribí un apunte que presenta la perspectiva post-estructuralista. Y en Literatura estoy retomando algunas corrientes latinoamericanas…

- ¿Estás explicando los temas entonces? Disculpá que me convierta en un disco rayado pero vengo de una semana que… y el teléfono aparte no para de…

- Yo no dije eso.

- ¿Decir que cosa?

- Que esté explicando los temas.

- No te entiendo. ¿Qué hacés entonces? ¿Cómo trabajan en clase?

- Hago un poco de cada… pero en estas semanas, principalmente, les entrego el material.

- ¿Y?

- ¿Y?

- ¿Y qué más?

- Y ellos trabajan.

- ¿Les das el material y ellos trabajan? ¿Les das acaso alguna consigna? ¿Entonces es verdad que hace dos semanas que no decís palabra en clase?

- …

- ¿Qué es esto? ¿Algún juego tuyo? ¿Alguna estrategia al estilo Waldorf o algo por el estilo? ¿Un experimento para la facultad?

- Experimento no…experiencia quisiera creer…

- Sabés muy bien que acá en el colegio siempre apoyamos las propuestas creativas que traen los profes… les damos todas las libertades… hasta lo del baño aceptamos, costó al principio, pero se lo explicamos a los padres. En estas cosas siempre van a tener el apoyo de la dirección. Por eso te

reitero, como te aclaré la otra vez, que si esta es una metodología en esa línea o algo parecido, lo único que preciso es que me comentes bien el por qué. Preciso tener alguna fundamentación, por escrito mejor, para poder reenviársela al grupo de los padres.

- …

- ¿Y? ¿Cómo es la cosa entonces?

- ¿Qué cosa?

- Me refiero a que me expliques ¿por qué no hablás en el salón de clase? Y si estás haciendo esto en todas tus horas.

- Preferiría no hacerlo.

- ¿No hablar?

- No fundamentarme.

- Pero… ¿cómo? ¿Por qué no?

- Preferiría no encorsetarme en una justificación… una racionalidad…

- Pero es que…

- No sé si – encima de la voz de Patricia - podría tampoco, pero se pierde el impulso, se pervierte el…

- Espera un segundo – lo frena - así me figuro bien la imagen que me estás proponiendo. Me decís que hace dos semanas que vos entrás al salón, - actuando la voz, casi exagerándola - entregas algún material, y te quedás mirando al vacío.

- Al vacío no… es mucho más que eso en realidad…

- V… discúlpame que sea tan insistente. Pero necesito que me lo expliques mejor.

- Preferiría no tener que hacerlo.

- Es que esta no es una cuestión de preferir o no preferir. Estás sentado frente a la cabeza de esta institución, y te estoy pidiendo, y creo que de demasiada buena manera dadas las circunstancias, simplemente que te expliques. Ni siquiera te digo que cambies tus métodos, sólo que los justifiques.

- Preferiría no hacerlo así.

- Bueno basta – recién ahora elevando su tono de voz – hay un límite para todo. Pensá que como institución educativa tenemos que responder a los padres…

- No estoy del todo seguro – refería V… mientras recordaba algunos pasajes de Dubet y su declive del programa institucional; y que justo que tocaba trabajarlo en el ISFD la semana entrante o quizá la otra. Tal vez podría transcribir algo de esta conversación para que analicen el texto en clave de crítica.

- Pero yo sí – dijo terminantemente – y dado que soy la cara visible del colegio, y es a mí que se dirigen todas las miradas y las quejas cuando las cosas no marchan como se desea… - Pausa - Así que cuando te pido que me respondas…

- Te respondí. – con cierta bonanza no ensayada ni actuada.

- No, no me respondiste. Yo necesito una razón.

- Yo no. – sin exagerar la tonalidad.

- Pero la escuela sí. Así que te pido por última vez que te expliques.

- Preferiría…

- Sí, ye sé que preferís no hacerlo así. ¿Ahora quién es el que suena como disco rayado? – Pausa – Si ya sabés que yo siempre apoyé tus maneras de direccionar el aula.

- Y lo valoro. – la interrumpe - Siempre te agradecí el apoyo.

- Entonces necesito que ahora me apoyes vos a mí. Pensá que soy yo quien está del otro lado del bendito teléfono, y que tengo que dar las explicaciones. Vibra el celular y tengo infestado todo el aparato de mensajitos de padres furiosos porque pagan la cuota del colegio para que sus hijos tengan una educación de calidad y mientras tanto ellos están sentados en el aula sin hacer nada frente a un profesor que no habla.

- No creo que no hagan nada.

- Y yo tampoco, ya te dije que confío en tus formas. Pero para los padres el que no está haciendo nada sos vos.

- Tampoco así lo creo.

- Y yo menos. – reafirma - Porque te conozco. – Pausa – Y sé como trabajás. Observé tus clases, sé que te actualizas constantemente... Y los alumnos te adoran.

- ¿Y qué más entonces?

- Que aun así tengo que dar la cara. La escuela tiene que dar la cara. Trabajamos para los padres y algo tenemos que decirles – V… miraba con un marcado escepticismo a la directora luego de pronunciada tamaña sentencia - ¿Cuánto tiempo va a seguir esto así? ¿Hasta que termine la unidad? ¿El año? ¿El siguiente va a arrancar igual? ¿Entendés mi preocupación? ¿Y la de los padres?

- No.

- No ¿qué? ¿No entendés la preocupación?

- No, no sé por cuanto… no lo pienso así…

- Pero ¿cómo es eso? ¿No lo tenés planificado? ¿Te dás cuenta que necesito entenderte para poder defenderte frente a la charla de pasillo y de grupito de whatsapp?

- No es así como funciona.

- Me estás diciendo que no querés que medie entre vos y los padres, porque eso es imposible, es parte de mis funciones.

- No dije eso. Dije que no es así como funciona. – Pausa brevísima -Yo no lo planifico.

- ¿Y cómo es que funciona entonces?

- No estoy seguro… pero seguro que así no.

- V… te repito que siempre te apoyé, pero este jueguito ya me está cansando. Estamos hace cinco minutos dando vueltas sin ir a ningún lado.

- Tal vez al lugar que tenemos que ir sólo se llega dando vueltas.

- Mirá, no estoy de humor para esos jueguitos de palabras que a vos tanto te gustan. Sabés que no me voy a poner en el papel de la villana del cuento…

- ¿De cuál?

- ¿Qué?

-¿Cuál cuento?

- Bueno basta. – Ahora sí con cierto aire de enojo exteriorizado - Por última vez, y si no lo va a tener que mediar la inspectora, y sabés que nada bueno puede salir de ahí. Te pido de buena manera que vuelvas a dar las clases como siempre, y además escribas una carta a los padres explicando por qué actuaste así estas últimas semanas y disculpándote por la falta de aviso previo respecto a dicho accionar.

- Preferiría no hacerlo.

Por dos minutos más se extendería el revivido diálogo (aunque no estoy seguro de así poder llamarlo, pero cómo escribirlo de otra manera), empero, dada la circularidad de las amenazas proferidas y sus respuestas bartlebianas, prefiero optar aquí por una muestra de ahorro del tiempo, el cual, para varias circunstancias, es lo mismo que decir o escribir el espacio. Y de momento ambos me escasean.

Sin alterarse o abrumarse por las pesquisas y amenazas directorales, V… prosigue una peregrinación inversa por los anónimos pasillos, para así dirigirse a la sala de profesores donde debería de sellar su día con cierta firma de una identidad que ya no le reconoce o no enteramente.

Sentado nuevamente, y nuevamente esperando. Para este caso, la del libro de firmas. La nueva espera.

La campana anunciaría el reingreso pero, mientras tanto, el salón profesoral sobrevenía en confesionario. Reservorio de críticas y preocupaciones; toda una oleada invasiva y aglutinante de esas frasecitas ya recontra hechas y rehechas, transmitidas, gastadas, y aun así por siempre embanderadas.

V…, alejado por varios centímetros de la susodicha conferencia, apenas llegaba a reconocer con burda claridad las palabras allí lanzadas y luego atajadas a pleno vuelo. No es que se pronunciara indiferente a los tópicos desde siempre allí aseverados (con ciertos aires jactanciosos y, determinantes, a su vez); sino que, en tanto cada una de dichas sentencias ameritaría, al menos para un carácter y una convicción tan particular como el suyo, de una cierta táctica de decodificación o desmenuzamiento, optaba la mayoría de sus veces, veces en que se representaban escenas parecidas, por reservarse a los papeles más secundarios o terciarios, y sólo por ello sentarse a escuchar. Casi todo. Enemigo manifiesto de la respuesta rápida y concluyente (y pobremente cuestionada antes de ser disparada) para aquellos problemas o situaciones que lo excedían en intelecto, V… reafirmaba su posición serena y parsimoniosa de escuchante próximo de los sentidos allí caldeados y todavía cocinando, atrapándolos a algunos de ellos como futuros e interesantes asuntos de conversación para esclarecer con sus múltiples yoes, aquellos miembros de los más potenciales.

Puede que haya sido la experiencia acumulada la que propició un progresivo abandono de ciertos escenarios dialógicos – en caso de que lo que aquí tenga lugar también pueda ser considerado y escrito por diálogo –catapultándolo hacia una cierta coraza comunicacional de la solitud adoptada. Quizá haya sido, en cambio, la suma de infructuosas oportunidades de hacer entrar en razón a sus pares - ¿de qué razón se habla? ¿Por qué abertura entrar? ¿El hacer implica para todos los casos un forzar? -, de conseguir una ocasión para concientizar al resto – pero ¿es su conciencia algo más elevado y deseable como para ser transmitido o inculcado? Tanta violencia en estos angulares. ¿Y la conciencia ajena, extraña? ¿Qué hay con ella? ¿Debe ser de lleno borroneada y hasta sus raíces, enteramente toda? Tanto paternalismo extrapolado -. Puede que sean recorridos mentales y mentados

como el presente los cuales lo llevaron a ciertas preferencias de acción y reacción y detención; escuchar lo que sobresale, criticarlo para uno mismo y sus múltiples, guardar la reflexión en algún papiro a ser entregado a ciertos estudiantes del algún otro curso. Y también puede, tal vez sí, que ni siquiera se dedique uno a percibirlo todo, cada parte del discurso (una frase puede demandar tanta atención y reflexión por parte de uno que en su trascurso, el de la atención y reflexión, se pierden siete u ocho de las que le siguen, las frases). Y quizá sea así como opera su mente mientras aguarda este cuaderno de firmas que logre documentar su presente. De ser acaso ello posible.

"*Ya no hay respeto a la autoridad*". "*Y si son todos unos maleducados*". V… escucha de refilón cosas similares, siempre las escucha, y se debate acaso sobre qué es lo que lo molesta más, si la generalización inescrupulosa o la equivocación grosera entre respeto y autoridad, utilizadas sin ton ni son ni teoría que las fundamente; pues que no son lo mismo ni suenan parecido; y hasta de lógicas contradictorias podría argumentar el peruano aquel que supo trabajar con ese otro francés un poco más famosos y que hace sólo unos pocos minutos le había venido – este segundo – a la memoria, o eso al menos jugamos a suponer. Tanto antes como ahora.

Asimismo, puede que V…, fruto de ciertas desestabilizaciones como las que a mí me afeccionan y que yoes padezco, se detenga en ese "*ya no*" para recordar el pasado idílico y por lo tanto mitológico, toda esa gama de utopías pretéritas que vienen a resolver los problemas del presente arguyendo que las soluciones – siempre violentas, de alguna u otra manera – ya se encontraban atrás y eran efectivas, pues siempre lo fueron; aunque quien sabe por qué se las abandonó, en primer lugar, y cómo llegamos a estas situaciones de efervescencia voluptuosa en que ya se nos son inmanejables, en segundo. Respetar así a la autoridad porque es la autoridad y entonces - ¿sólo entonces? – se pregunta uno si aquí se puede hablar todavía de respeto, o ya se ha convertido en miedo, en conflagración, en supervivencia. Una autoridad que antes gozaba de un discurso mágico y supraterreno – moderno, demasiado moderno, o resabio aggiornado de sus tiempos anteriores – pero que por lo menos brindaba de cierta habilitación para actuar de este modo - y vaya alguna cabezita

rapada a intentar discutirle o contradecirlo -; mientras que es ahora el usuario quien demanda de este control de calidad para asegurar la inversión, y ¿de qué autoridad se habla entonces? ¿Y dónde quedó el respeto cuando hay tanta exigencia y demanda? Y Dubet vuelve así todo el tiempo porque hace poco lo releyó para preparar una clase en el Instituto y porque también vuelve así el pasado beatífico pero hasta cierto punto secularizado – sólo hasta cierto punto – que se escucha en "*esto no es como era antes, si antes te decían "a", y lo hacías, y calladita, porque anda a no hacerlo. Y ahora no nos dan bola, no se interesan por nada, nada les entusiasma, sólo quieren estar todo el día con el celularcito ese y los juegos de la play*". Y uno se interroga sobre qué tantas contradicciones pueden aparecer en un mismo discursar. Discursar monológico y monolítico, ya que en estos conversatorios que se dignan así de serlo, aunque si bien muy probablemente no lo sean, no estrictamente al menos, no; en sus inventarse posibles soluciones a problemas complejos, aunque más bien un afanarse en la supra-catarsis de escupir enunciados ajenos y pre-fabricados, uno tras otro, apilarlos si se quiere, uno sobre otro, hasta que la torre es ya bien evidente. Una verdadera Torre de Babel edificada por una única lengua, la del Sentido Común contaminante, aquella que en un mismo cismo puede exigir el mirar a ambos lados antes de cruzar la calle, para no correr peligro, y para luego de unos instantes anunciarte la universal vagancia de todo un grupo entero que comparte cierto rasgo enfatizado y enarbolado por el noticiero de las nueve. Sentido Común tan poderoso como acrítico, que puede conseguir la construcción de ese castillo que nadie en verdad quiere, pero que todos quieren y necesitan, porque de él es la culpa de todos los males y de entre ellos que el castillo este esté ahora aquí, mientras que en aquel pasado siempre mejor, y siempre perfecto, y de tan perfecto que también tenía un castillo, no uno igual pero lo suficientemente parecido o con la misma función al menos, como para poder hacer ciertas comparaciones, tal vez uno con menos grafitis y por ello más pulcro. Y siempre somos todos los constructores todos; y los sospechosos y los culpables de siempre también ayudan en la construcción que sin saberlo los condena; y adoran y odian al castillo, en incesante vaivén ambivalente.

Puede que todo un marasmo similar ocupe a V… cuando asiste a juicios como estos, y puede que siga debatiéndose en cómo invitar a mirar al Castillo de Babel desde otro lado, desde la otra orilla, una que no nos tenga como cómplices ignorantes o testigos ciegos. Y es aquí donde se libran las grandes batallas de la ciudadanía que pretende ellos construyan y deconstruyan; el incendio al castillo que bajo ningún punto e instancia es fruto de un entrar en razón o conciencia, sino de un desvelamiento contra-constructivo.

Y puede que mucho más a su vez, sólo que en este salón es siempre el mismo día, que nunca es este miércoles-miércoles del ahora; y por lo tanto V… asiente ante un discurso de nadie y por nada, y toma el libro, y firma con un garfio impropio, y sale a escuchar una tormenta que espera no se le termine nunca. Mientras observa como en el patio común ya no caen ni colisionan más gotas contra lo que sea ni contra nada en realidad. Pues ya no llueve en su afuero.

Tentativas de indagación:

Anotaciones III

Posible escrito para una clase de Sociología, tal vez de Filosofía, si no queda muy forzada la cosa.

Cuando un viajante arriba a la ciudad de Doxa, muy rápidamente llega a sus ojos la esbelta torre que, en plena construcción, se erige en su exacto centro. Aunque nadie sabe con total certeza si, realmente, fruto de un previo cálculo de agrimensura, se detectó el acertado eje geográfico para esta edificación; o, si por caso anverso, se principió arbitrariamente la monumental cimentación, y una vez conseguida su primera infraestructura, se decidieron y diagramaron las correspondientes isoglosas expulsadas hacia fuera.

Yo mismo, en tanto viajante, y por tanto también extranjero, tuve la ocasión de poner pie sobre el suelo de aquella vacía ciudad; vacía, con la sola excepción de los habitantes de aquella inmensa torre en pleno y constante armado. Y observando así la dejadez y el abandono que relucían el resto de las ruinosas edificaciones, que por fuera de la circunferente fortificación apenas si se sostenían, me encaminé, tal como acostumbran a hacer los viajantes que igual que yo arriban a Doxa, hacia el único destino posible de aquella milenaria ciudadela.

No podría aquí reflejar, confíe en mi palabra Sire, la cantidad innumerable de pisos y entrepisos por los que tuve que transitar hasta por fin conseguir encontrarme con morador alguno de la proverbial y profética construcción. Y cuando así lo logré, quizá luego de infinitos años que ya se me esfuman en una turbia y espesa nebulosa pretérita, descubrí a aquel ejército de zánganos en incesante operancia y renovación. Pues, tal parece, y así me enteré yo mismo en ese justo instante, que al momento en que un viajante cualquiera arriba en la anémica ciudad de Doxa, y se encamina a su atemporal y (con)céntrica torre, muy velozmente reconoce a una población de obreros tan

anónima y amnésica como la fortaleza huérfana, cuyos sempiternos niveles, se encuentran éstos por siempre delineando y elevando.

Al entablar amistosas conversaciones con dichos obreros, el extranjero consigue indagar sobre la ausencia de ciertos conocimientos considerados escenciales y necesarios para cualquier no-parlante de esta dóxica lengua. Prontamente se sorprendería uno al descubrir que nadie allí puede responder por la intención de la edificación en pleno levante; su función una vez culminada también escapa, por sorprendente que esto resulte, a los intereses y preocupaciones de los entrevistados. El rastrillaje conversatorio permite advertir, a su vez, que ya sus padres y madres dedicaban su vida toda a la inmensa torre, así como las madres y los padres de estos y estas en tiempos aun anteriores, y así y así, en un juego incesante y perpetuo que recorre como el río de los tiempos sus generaciones todas; donde se reconocían, por su parte, todas y todos como protagonistas activos en el mito fundante de esta la urbe. Asimismo, juego en que quienes allí y así ocupaban sus existencias, nada distinto deseaban y preparaban para su entera progenie por venir. Indispensable resulta allí la continuación ininterrumpida de la infinita tarea.

Puede de esta forma apreciarse, magnánimo Kan, cómo de los ladrillos y piedras allí amontonados, de la arena y el cemento así apilados, estas laboriosas personas acumulaban, poco a poco, más y más, centímetro sobre centímetro, la prolongación de una obra que muchos allí calificaban de inmunológica, de vacunaria; prevención única y exclusiva contra los males y perversiones todas transmitidos por los no-allí-laburantes. Los merodeadores de las afueras; todos, según explicaban, perversos, enfermos, pecadores, delincuentes.

Y es que esta era la única forma de obrar, de así proceder, y por lo tanto y dentro de lo mismo, de pensar en la forma, la obra, la procedencia, o su no pensarlo en absoluto y en realidad. Porque siempre fue así, desde el mítico piso uno, o cero, basado y copiado a su vez en las naturales leyes empleadas en la planificación y emplazamiento del subsuelo previo. Aquel que eterna y concéntricamente se extiende hasta el núcleo mismo de la tierra hasta ahora conocida. Aquel que

muchos atribuyen una extensión varias veces mayor a su imitación continuada del aquí arriba, así como una meticulosidad y minuciosidad en el detalle artístico y arquitectónico que amerita esta copia y la preservación que les ocupa. Y por tanto se concluye que es así porque sí, porque desde siempre así y si, y de ninguna otra manera porque no. Doxa, ciudad ahistórica y tautológica.

Ya otros viajantes mucho antes que yo alcanzaron el mencionado monumento, con la única excepción que lo hicieron varios pisos más abajo; y creo que muchos de los mismos se sorprenderían del ver como la obra aun continúa, siempre igual, siempre funcionando, siempre inconclusa; porque tal vez inconclusa es como logra funcionar siempre continua e igual.

A su vez, cualquiera de los futuros viajantes que, del mismo modo que procedí yo, y muchos antes que yo, se atrevan a interrogar a los allí moradores, podrán también percatarse (tal vez lleguen incluso a pasmarse) de ciertos datos peculiares y bien particulares de la vetusta Doxa, así referidos por cada uno de los narradores locales. Pues aquel obrero, casual o azarosamente seleccionado para la entrevista, uno en nombre del resto, no logrará salirse ni escaparse del único guión allí representado. El énfasis y las palabras pueden cambiar, el orden alterarse, pero el sentido se mantiene siempre el mismo, sentido común a cada una de sus versiones. Tal parece que en Doxa todos los ciudadanos subsisten del permanente repetir ese idéntico relato, en cada una de sus formas y estilos; relato tan huérfano como la ciudad y la torre que le dan cabida.

Ninguno de ellos puede ni tan siquiera recordar que hizo antes de posicionar este canto que hace tan sólo unos instantes tomó del pilón aquel; nadie podría, tampoco, rastrear el origen de esos materiales acumulados y perennes con los que se encuentran en constante contacto.

De la estructura en proceso, no hay quien pueda acertar a proponer o incluso adivinar su forma puntual; ya sea presente, futura o pasada. Cuando sobre el tema se los interroga pueden oírse, simultáneamente, toda una infinidad de respuestas asincrónicas que aseguran la correspondencia del proyecto con la erificación de una torre, un castillo o quizá un navío. Muchas voces unísonas

refieren sobre un contorno que reproduce la forma precisa de una rosa primaveral, un bucéfalo, un trompo en movimiento, un cruce de trazos helicoidales.

Ningún diagrama, plano, tapiz o servilleta tallada ha sido visto por las inmediaciones; ni recordada y transmitida en un boca en boca generacional. Las instrucciones parecerían manar de un incesante moverse a favor de una corriente así indistinguible y del todo absoluta.

Ni cuestionamiento no crítica alguna han pasado por estas atmósferas ya descriptas.

La balanza de la ninismidad actúa, como instrumento predilecto, midiendo con irrefutable exactitud ciertas equiparaciones anunciadas para su colindante deseche inevitable. Sin ahondarse, claro está, en el mantenimiento o prestez del susodicho artefacto.

La misma gravedad, fuerza física desconocida en esas latitudes, o presentida pero explicada diferente, se siente del todo asfixiante y avasallante para el foráneo allí en tránsito. Imposible le resulta el concebir la consigna de cargar atlásicamente esas grávidas cargas, día tras día, hora tras hora. Más los habitantes del lugar, por capricho cultural o ignorancia de otros posibles, nunca interrumpen estas diarias labores.

En Doxa, los habitantes desconocen que el mismo escenario en que se sienten más desenvueltos para actuar, es, por su mismo peso y (com)presión, el constreñimiento y limitación máximo para ser ya otra cosa o distinto.

Kan: ¿Y así viven estas personas dentro de mis propios dominios?

Polo: Nunca tan felices como cuando sienten el tener una misión, por más impropia o errónea que resulte para el ojo ajeno.

Kan: ¿Pero no comprenden los peligros de continuar en una construcción para la cual se ignora de lleno su origen, el fin, la intención?

Polo: Se sienten reguardados.

Kan: ¿Resguardados de qué?

Polo: Resguardados de los males que traen los demás, los externos, a quienes llaman bárbaros.

Kan: ¿Y por qué razón osan así llamarlos?

Polo: Porque los de afuera no hablan la lengua de Doxa. Idioma ilógico y contradictorio, pero única lente de mundo dentro de estas murallas.

Kan: O sea que el resguardo o guarida es su propia trampa. Quedan aprisionados en un discurso escueto de lo que sucede a su propio alrededor, de lo que podría ser su vida, de lo que los demás son o pueden.

Polo: Y sin embargo no se sienten más libres que dentro de su torre. Terreno solo en el cual siempre el obrero vestirán de los ropajes de lo correcto, lo verdadero; donde su modo de proceder será *el* modo de proceder, su pensamiento *el* pensamiento.

Kan: ¿Y ciudad como esta hay una sola dentro de mí Imperio?

Polo: En mis múltiples viajes he visto ya varias que operan de forma parecida, más nunca idéntica. Está, por ejemplo, Episteme, un poco más al Norte, o lo que ella misma cataloga como El Norte; la cual tiene un poco más de memoria que Doxa pero sólo hacia sus adentros, y sigue siendo igual de prejuiciosa murallas para afuera. También está Tolerancia, cerca de la costa oceánica, quien cuestiona algo más pero sin olvidarse nunca de sus propios bárbaros.

Kan: ¿Muchas más hay entonces?

Polo: Ya llegué a una altura de mi vida en la que prefiero no entrar a visitar ninguna; tengo temor de que en mi senilidad más abrupta termine yo también apilando ladrillos vacíos. Por eso me muevo constantemente como rasgo de mi estancia, para nunca iniciar una construcción propia que se me (en)cierre.

Kan: Eso te servirá a vos, viajante acérrimo por tierras siempre ajenas. Pero yo soy el soberano de un Poderío en decadencia, y sólo ahora me cercioro de los males y pesares de esas torres ciegas que afloran en mis tierras. ¿Tal vez si ordenase derrumbarlas?

Polo: Alguna vez llegué a chocar con cierto antiguo manuscrito que encapsulaba un relato similar, catalogando incluso aquella historia como verídica. De haber así acaecido, lo ignoro. Por mi parte, creo que lo humano siempre va a encontrar el modo de elevar sus torres más allá de toda limitación u ordenanza señorial.

Kan: ¿Y qué nos resta entonces?

Polo: Sire, usted es el Gran Kan. Yo sólo viajo tambaleándome entre múltiples piedras flojas. Quizá todos precisemos de ciertos temblores esporádicos que estremezcan nuestras torres con todos sus cimientos. Pero algo hay que pisar a su vez, sobre algo hay que aferrarse. En mi caso, y sólo en el mío, todas mis pisadas me llevan y me alejan simultáneamente de mi torre veneciana, primer ladrillo de mi subjetividad nómade.

(Seguir revisando, reescribiendo, para no infantilizar)

***

Es imposible pensar, así también vivir, cuando uno se está dormido.

Y - aun y todo - no estoy logrando mantenerme despierto.

Tentativas de indagación:

Entrevistas III

Julia Vernitti. 31 años. Profesora de Literatura y de Comunicación, Cultura y Sociedad. Sala de profesores, vacía, del Colegio Novalis. Provincia de… Noviembre del 2019.

Creo que una vez. No me acuerdo hace cuánto ni de qué estábamos hablando específicamente. Nuestras conversaciones tienen la particularidad de que son siempre revueltas de todos modos, así que bien podríamos haber estado conversando sobre los progresos de algún grupito de alumnos que ambos compartimos, como a su vez debatiendo sobre alguna interpretación del simbolismo en algún poema de Baudelaire. Hasta podríamos habérnosla rebuscado para que ambos temas aparezcan dentro del mismo diálogo y con cierta lógica y concatenación, imaginate. Y bueno… así revuelta como de seguro estaba nuestra conversación, de esto sí puedo dar fe, Valen me comentó una suerte de anécdota respecto a Maya Angelou, poeta que hasta ese momento jamás en vida había escuchado… mucho menos leído. Y me acuerdo bien lo que me dijo, tal vez como remate o agregado al tema de conversación, aunque tal vez como dato de color totalmente irrelevante, porque eso también le gusta hacer mucho, decirte algo super interesante pero por fuera totalmente del tema de discusión, y encima lo remataba con un sólo para comentar o, a veces, para que lo pienses tranquila en casa, como si me estuviera dando tarea. Bueno… pero la cuestión es que en algún lugar de esa plática me refirió un episodio de esta poetisa en particular, quien durante alguna época de su infancia… y estamos hablando de la infancia de una chica de color en los Estados Unidos, tal vez entre los cinco y seis años de edad, no sabría decirte el año exacto, ni de ella ni de la historia en cuestión, pero de seguro sería en la década del veinte o del treinta. Y esta anécdota narraba cómo esta chica de color que más tarde devendría en una de las grandes voces femeninas de su generación,

decidió… por plena voluntad… rondando sus cinco años creo… dejar completamente de hablar. Actitud que sostuvo por cosa de dos años enteros…. ¡Imagínate!… Semejante decisión en una criaturita… tan chiquita. A mí, en particular, me resultó totalmente increíble. No. Sobre la veracidad del hecho tengo que aceptar que nunca lo indagué realmente, aunque suelo utilizarlo en mis clases. Porque eso sí, una vez que leí a Maya, justo después de la recomendación de Valen, no tuve otra opción más que trabajarla cada año… sin excepción… aunque sea alguno de sus poemas o un extracto de sus ensayos. Lo mismo me pasó cuando me recomendó, o tal vez fue que me recitó algún poema, porque le encanta también recitar algunos versos, no todos, no siempre, y no al pie de la letra; no tengo idea por qué… pero cuando me recitó algo de Thénon. Ahí tampoco me quedó mucha más opción. Igualmente yo siempre trabajé y trabajo con poesía, y me gusta hacia fin de año dedicar unas clases a escritoras y poetas, porque en general el curriculum está infestado de autores masculinos, entonces esto les da una oportunidad a los estudiantes para que expandan un poco sus perspectivas, sus horizontes. Y a las chicas además les encanta tener esa referencia de las voces de su propio género. Más con toda esta ola del feminismo que hoy está tanto en efervescencia y que está buenísimo. Y en general siempre trabajo con una selección bastante parecida: Sor Juana, Storni – que la adoro -, Pizarnik, Emily Dickinson, Virginia Wolf, alguna más alguna menos. Pero las conversaciones que vamos manteniendo con Valen nos sirven para recomendarnos autores constantemente. Y para este caso, sus recomendaciones fueron muy valiosas, tanto la incorporación de Maya o Susana al repertorio, como el descubrimiento personal de muchas otras que ahora no rescato el nombre, algunas porque son africanas o asiáticas y se me dificultó la retención memorística, otras latinoamericanas que ahora no me vienen a la memoria pero que las he trabajado en algún momento. En su gran mayoría super interesantes. La verdad es que siempre nos fue muy productivo nuestro arte conversatorio; para ambos lados quisiera imaginar, yo también le hice conocer algunos poetas latinoamericanos que me encantan, como Alegría, o autores contemporáneos como Rivas que, para mi sorpresa, él no lo había oído ni nombrar. Y eso que él demuestra una

amplia biblioteca. Y tal vez porque al no reducirse ni limitarse única y exclusivamente a la lectura de literatura, sino que también se interesa y actualiza en otras… como decirlo… porque ciencias me parece que no sería el término… y materias tampoco… pongámosle disciplinas. Al estar leyendo asiduamente muchas cosas a la vez, y tan diversas, es menor el grado de profundidad que podes conseguir para cada una de ellas. Quizá sea por lo mismo que en las conversaciones con los profes se dedica a hablar de lecturas, tanto propias como ajenas. Como si le sirviera para saber qué es lo que se está leyendo en estos días, o los gustos de los demás, o vaya igual uno a saber porqué lo hará. También es que es bastante tímido, y puede que por esa razón sólo se sienta cómodo hablando de lo que sabe o de lo que maneja, antes que compartiendo experiencias personales o más del tipo íntimas. Conmigo igual, alguna que otra charlita tuvimos sobre la vida en general. Sueños, esperanzas… esas cosas. Pero sí, en general es una persona tímida. No, reservada no. Muy introspectivo diría, y eso que en el cole está hace ya siete años. Arrancó por una suplencia de Sociología por el 2012, y fue agarrando de a poco horas titulares. Sí, de las fechas me acuerdo todo con bastante precisión. Siempre lo hice. Igual ese año me quedó bastante grabado porque ahí nació mi nena más grande... la primera… Pero bueno, te comentaba que está hace bastante en el cole y aun así, con tanto recorrido transitado, cuesta sacarle alguna palabra en los recreos o en los actos, o en cualquier momento de encuentro en general. No, casualmente con los estudiantes parece ser todo lo contrario. Si puede saltearse el paso por esta sala para quedarse en los salones hablando con los estudiantes, por él mejor. Creo que disfruta más esas charlas o discusiones que venir acá a descansar un poco, tomarse algún mate y dialogar con los colegas. No podría dar una explicación para eso. Pero él siempre dice que se siente todavía más cerca de ese lado que de este, que se acuerda lo que es no saber y por lo tanto le gusta estar siempre en contacto con los alumnos, verdaderos amantes de la ignorancia y del saber, en su justa medida, como él suele reconocerles. Por supuesto. Igual yo me llevo muy bien con todos. Obviamente tengo más afinidad con algún colega que con otro, muchos somos ex–alumnos de este colegio, así que imaginate. Y bueno, con Valen hablamos mucho porque compartimos cursos y

materias. Yo doy Literatura en cuarto y quinto; y él en sexto, entonces vamos organizando los modos de abordar ciertos temas, más que nada para mantener una cierta continuidad entre quinto y sexto. Si yo no llego a abordar todo el temario y me queda algo importante por fuera, él muchas veces lo retoma a principio del año próximo. También pensá que en quinto él está en Sociología y yo en Cultura, y ahí hay mucha comunicación entre qué toma cada uno, si algunos temas se relacionan los abordamos de forma interdisciplinar, a veces organizamos algún proyecto en conjunto o alguna salida del cole… Si, exacto… no sé cómo te habrás enterado, porque en el colegio no tuvo mayor trascendencia, más allá de que a mí, personalmente, me encrespó bastante, al menos todo un fin de semana… aunque no sé muy bien por qué, ya que estamos conversando sobre el tema... Y de eso hace ya cosa de dos años aproximadamente. Yo había organizado una salida de los alumnos de cuarto a sexto. Y pensá que es un cole chiquito, en las aulas más numerosas no ves a más de veinte, veinticinco estudiantes. Entonces la salida era para ir a ver una obrita de teatro cerca de S…, así que aprovechamos para planificar una salida de todo el día… Salimos bien tempranito entonces. Éramos aproximadamente cincuenta alumnos, seis profes entre los que se encontraba Valen, y no me acuerdo quienes más la verdad. Recuerdo que Javier estaba. Susana de Geografía seguro, porque le sacamos unas horas de la tarde que quedaron comprometidas con el viajecito. Y bueno, la verdad es que la organización fue muy interesante, justo esos cursos eran divinos, un poquito exaltados los mayores pero eso es usual con los de sexto, entre tanto viaje y toda la cosa. Y como salimos bien de temprano, llegamos al lugar con tiempo suficiente para recorrer un poquito, viste que a los chicos les entusiasma salir un poco del colegio y aparte a mí me encanta S…, esa energía que se siente en las calles… No, con respecto a Valen no había nada hasta el momento que llamase particularmente la atención… En el viaje en micro habíamos compartido el asiento por alguna casualidad, y aprovechamos el rato para conversar sobre los viajes, no los del colegio sino sobre el acto del viajar en general. Yo le compartía mi sueño de conocer Perú una vez que los chicos sean un poco mayores, él me parafraseaba algo de Soares sobre el viajar sin moverse de la propia casa. A Pessoa lo descubrí

gracias a él también…. Bueno, y también recuperábamos viejas anécdotas de un viaje al Norte del país que casualmente ambos habíamos hecho con unos años de diferencia, él con sus amistades, yo con un grupito de amigos del colegio entre los que ya se encontraba mi actual esposo. Pero, en fin, se lo observaba bastante distendido, conversador incluso, te diría; con los estudiantes también, como siempre, levantándose de a ratitos de su asiento para ir a compartir algún mate y algún chiste con los chicos. Él suele tener mayor afinidad con los lectores, o los que ven muchas películas, porque ese es otro de sus campos pasionales. Y así fue como se dio el traslado en micro… Ahora sí, una vez tocado suelo, y empezado a recorrer las calles adoquinadas, la cuestión cambió. Recordá que estamos hablando de más de cincuenta estudiantes, a razón de un docente cada diez o cada docena, necesitábamos de la colaboración de cada uno de los colegas ahí presentes. Por lo que, apenas llegamos al destino, dividimos a los estudiantes en grupos parejos con su respectivo tutor a cargo, para facilitar los movimientos… estrategias de este estilo siempre nos fueron útiles en los paseos escolares. Pero para que resulte eficiente la técnica es necesaria la colaboración y coordinación de todos… y en este caso específico… fue el mismo Valen quién más nos dificultó la tarea. No por mala actitud o predisposición ni nada parecido, por eso es que jamás le guardé rencor, si bien esta excursión estaba a mi cargo. Sino más bien por distraído, se podría decir. Por reflexivo me gusta pensar. Lo cierto es que en el cole nos da un poco de gracia cuando se lo ve vagar por el patio sin hablar a nadie ni mirar nada en particular. Algunos alumnos dicen en broma que quiere imitar a Sócrates errando por las calles de la Grecia antigua. Por mi parte, ni creo que lo haga a propósito ni considero que se percate de cómo lo miran y se ríe el resto… sus espectadores. Nunca me molestó en lo personal, más bien siempre me generó una cierta intriga de qué pasará por esa cabeza cuando deambula de esa manera. Pero una cosa es hacerlo en tu tiempo libre, como puede ser un recreo en el colegio… o en tu vida privada, y otra muy distinta actuar así en una salida escolar, donde tenés que estar como encargado del cuidado y seguridad de los estudiantes. Entonces la cuestión fue más o menos así… al haber llegado más temprano de lo esperado contábamos con poco más de una hora

para recorrer el barrio antes de tener que ir a hacer la fila al teatro…. Y cuando empezamos a caminar por el lugar, rápidamente se reconoció que el grupo del cual se encargaba Valen se retrasaba más de lo esperado. Cada dos por tres algún profe tenía que darse vuelta para ver que tan atrás habían quedado e ir a apurarlos un poco. Así como cuatro veces tuvimos que proceder. A la quinta, fui yo misma, pensando que eran los chicos los que se le estaban resistiendo a Valen; que se frenaban a sacarse fotos o a mirar alguna vidriera. Pero cuando llegué, ¡y tuve que volver como dos cuadras para llegar al grupo!, me encuentro con la sorpresa de tener que cerciorarme que quien estaba retrasando todo era el mismo Valen. Figurate esta imagen, el profesor sentado en el suelo, en plena vereda de S…, con una ronda a su alrededor, o mejor dicho conformando entre todos una ronda porque Valen no estaba posicionado en el centro sino que, más bien, era uno más del montón. Y todos dialogando sobre vaya uno a saber qué, algún debate de Filosofía de esos que le gustan, sobre la muerte o el amor o la amistad; tal vez algún aspecto histórico de la ciudad o de las mismas calles que estábamos recorriendo. Y no vaya uno a equivocarse, me encantó ver esa situación porque los chicos estaban, en su gran mayoría al menos, entusiasmadísimos con el diálogo, y eso es muy valioso para un docente. Interesarlos de ese modo, más en épocas como estas que tanto nos cuesta a los docentes captar la atención, mucho más el interés, de nuestros estudiantes. Sin embargo, y a pesar de lo que me hubiera encantado poder participar de esa charla, e incluso invitar al resto de los grupos de más adelante, tuve que verme en la obligación de apurarlos porque nos estaban demorando a todos. La verdad es que con tantas demoras ya teníamos el tiempo contado para llegar al teatro, sino yo contentísima de charlar con los chicos, porque aparte ¡no sabes cómo se desenvolvían en la discusión!… Y también fue justamente ahí, en ese instante, o así lo pienso y me lo cuento casi dos años después de los hechos, ahí fue el momento en que caí en la cuenta de que iba a tener que estarle un poco encima a Valen por lo que restara del día… Bueno, cerca del mediodía fuimos a ver la obra, que es una de mis favoritas, de Casona, y la verdad es que estuvo preciosa, a los chicos les encantó, a los profes también, yo me emocioné como siempre, al borde del lagrimón, claramente. Fue todo, la

verdad, de lo más lindo. Sí, después fue que nos dirigimos a alguna plaza para sentarnos a descansar y aprovechar para comer algo. En general los chicos se llevan sus viandas desde casa, pero quien quiere ir a comprar algo a algún quiosco está permitido. Formamos grupitos y los tutores los acompañamos. En este caso yo me encargué de acompañar a un grupito de cinco alumnas que querían comer algo y aprovechar para ver unas vidrieras, que a mí de paso me encantan, así que fuimos. No te voy a mentir, una vez que volvimos, no más de haber tardado veinte minutos, y no más, yo estaba tan relajada y contenta con el desarrollo del viaje que había planificado que no me di cuenta de la ausencia de algunos alumnos. Te reafirmo, eran como cincuenta. ¿Quién hubiera notado que faltaban cuatro o cinco? Y bueno. Entre mate, chisme y charla la tarde avanzaba, las gotas del tiempo nos caían encima y decidimos que ya era un horario razonable para emprender la vuelta antes de que nos agarrara el tráfico más pesado de las cinco de la tarde. Y sólo fue entonces, no recuerdo si disparado por algún comentario o por volver a ponerme el disfraz de encargada de la salida, que advertí la ausencia de varios estudiantes. No recuerdo el número exacto pero era lo suficientemente notorio como para reconocer, ahora que prestaba mi total atención al asunto, su falta a simple vista. Imaginate la desesperación nuestra, sin saber dónde estaban, quienes faltaban, si estaban bien, o lastimados, o perdidos… Pero bueno, actuamos bastante rápido a pesar de nunca haber tenido que afrontar una situación similar. Primero nos encargamos de juntar a todos los restantes estudiantes para pasar lista y cerciorarnos de la cantidad exacta de extraviados, así como de sobre quiénes se trataba específicamente. Y una vez tomada la lista y cuantificado y reconocido a los ausentes, Dios, todavía hoy, dos años después, lo recupero y se me pone la piel de gallina, mirá. Pero bue, una vez tomada la lista, alguno de los tutores señaló que también faltaba V… en la escena. Buscamos con la mirada y no se lo reconocía en las inmediaciones. Lo llamábamos al celular, al grupito de whatsapp que teníamos con los profes. Nada. Ahí fue que se podría decir que, sumada a la desesperación que estaba sufriendo, ocasionada por el extravío de varios alumnos a mi cargo, emergía un cierto vestigio de enojo direccionado hacia V…, y mi completa ignorancia de si era su responsabilidad que dichos

estudiantes no estuvieran junto al resto. Pues al momento no sabíamos si V…, charlando con algún grupo de estudiantes, se habían retrasado una vez más, habían ido a ver algo sin avisar, o qué…, perdón, o qué habría pasado… Entonces, rápidamente, y esto creo que es otra muestra de nuestra cabeza fría ante la inédita situación, ordenamos a los estudiantes presentes que vuelvan al micro junto con un docente-tutor, mientras el resto de nosotros, los tutores, nos dividíamos para dar con los desaparecidos… perdón, lo dije sin pensar y me doy cuenta que ese término no resulta para nada agradable o acertado… dada la historia nacional, claro… Bueno… volviendo, decía que los tutores del viaje nos dividimos para encontrar a V… y principalmente a los estudiantes que suponíamos estaban con él. Aspecto no menor este, ya que mi enojo hacia V… se equilibraba con una cierta tranquilidad de saber que por lo menos estaban con algún tipo de supervisión adulta. Y, personalmente, que al tener que responder frente a las represarías que de seguro habría por parte de la dirección, no sería yo el blanco de los más furtivos ataques… Bueno, continuando, vale decir que estuvimos como media hora recorriendo cada calle, cada local, cada sucucho habido y por haber, hasta que Susana dio con aquel grupete de estudiantes que, sentaditos en unos bancos de la calle P…, estaban muy tranquilos… muy distendidos… fumando uno de esos cigarrillos… de marihuana ¿viste? Y así, entre gritos y empujones, Susi se las ingenió para arrastrarlos al micro, al tiempo que nos informaba por celular que había dado con los extraviados… Entonces, enojada aun, pero mucho más calmada, me dirigí hacia el trasporte sólo para caer en la cuenta, una vez allí, que todavía no sabíamos nada sobre el paradero de V…. Le preguntamos a los alumnos perdidos si V… estaba con ellos cuando se separaron del grupo y no supieron respondernos… la verdad es que tal era su estado de euforia que no les permitía tomarse nada muy serio tampoco. Bueno, eso hasta que Susi les anticipó de las posibles medidas que toma el colegio ante actos de este tipo. Ese cambio de expresión en sus rostros sí fue digno de verse. Pero bueno, con respecto a V… no sabíamos que más hacer. Al celular no respondía. Ya habíamos perdido media hora buscando a los estudiantes cuando todavía pensábamos que él estaría con ellos. Y aparte ya se estaba haciendo tarde… ¿Cómo explicarle

después a los padres que estaban en la puerta del colegio esperando a sus hijos que nos demoraríamos unas horas más de lo previsto por el extravío de un docente? Imposible. De modo que nos juntamos los profes, y luego de cierto discernimiento, de discutir esto por un rato, decidimos emprender la vuelta al colegio. Javier, mientras tanto, docente de Teatro, que vive cerca del lugar, acordó quedarse dando vueltas hasta encontrarlo y avisarnos cualquier cosa. Y eso es lo que se puede relatar del suceso en tanto viaje… Arribamos al colegio con un cierto retraso, pero nada considerable o fuera de lo normal y esperable, y sobre la tardanza se divulgó, para nada orquestado por la escuela, que había sido consecuencia de un grupo de alumnos que se habían separado sin previo aviso, pero rápidamente encontrados por los docentes a cargo.... Si alguien llegaba a preguntar por V… sólo restaba el explicarle que tenía compromisos previos con otro establecimiento y que había acordado volverse por sus propios medios una hora antes del regreso programado. No obstante, hay que recordar que hasta ese momento nada sabíamos de su paradero o su estado… bien podría estar deambulando por las calles de S… como le es habitual o encontrarse malherido en alguna esquina… Hasta bien entrada la tarde esperamos las noticias de Javier quien, a eso de las ocho de la noche, nos informó sobre la infructuosidad de su búsqueda. Tampoco le podíamos pedir mucho más a Javi, encima con la beba recién nacida por ese tiempo, ausentarse tanto de la casa porque desapareció un adulto, en teoría, responsable… Al día de hoy recuerdo toda esa noche en vela aguardando el ingreso del día siguiente, pues V… tenía clase ese día, que creo que era miércoles, aunque recién en la segunda hora, de eso estoy segurísima porque yo le dejaba el aula de quinto... Tengo a su vez bastante presente el modo en que durante la noche entera mantuve prendido el televisor esperando oír lo peor en algún canal de noticias. Y eso que yo nunca veo esos medios de la desinformación… como me gusta llamarlos. La verdad es que necesitaba una noticia, un algo, cualquier cosa, que me pueda sacar de ese estado de incertidumbre que me asfixiaba y no me dejaba respirar… mucho menos dormir… Finalmente, llegó la hora de entrada en el colegio, y hasta ese momento sólo los profesores sabíamos lo que allí estaba en juego. Algunos, como yo, sumamente preocupados ante la

posible ausencia de V… en el día de la fecha… otros, la mayoría, completamente seguros de que aparecería con alguna excusa inventada y ensayada para salir del apuro y del interrogatorio. Precisamente. Una vez culminada la primera hora, sólo aquellos profesores que tienen cambio de salón gozan de cierta pausa, ya que el primer receso ocurre recién entre la segunda y tercer hora, al menos así en este colegio. Y de entre el pequeño grupo que le tocaba dirigirse hacia otro salón, me encontraba yo misma; ya que una vez finalizada la primera hora de Cultura, me dirigía a cuarto al tiempo que le dejaba el aula a V… para su clase de Sociología me imagino… No podría referir sobre el cúmulo de sentimientos, entre perdidos y encontrados, que me atravesaron cuando llegada la hora, divisé el contorno de una figura del otro lado de la puerta del salón. ¿Era realmente V…, volviendo luego de sobrevivir una noche de homéricas desventuras? ¿Sería Patricia informándoles a los estudiantes que gozarían de hora libre debido a la ausencia del profesor de Sociología? ¿Algún oficial del orden encargado del caso de una cierta persona desaparecida que trabaja en el establecimiento? Sí, volví a utilizar la palabra pero no estoy muy segura de si en este léxico específico se encuentra permitido o prohibido.... Bueno, lo importante es que me encontraba pasmada ante la puerta todavía cerrada. La misma puerta del salón que fue motivo único de mi mirada durante todo el trascurso de mi clase… Y al abrirse la mencionada puerta, allí parado, con una expresión tan normal en su rostro como exasperante para mis ánimos, V…. Ingresando al salón con los respectivos y usuales saludos suyos. Sin sentir obligación alguna o tomarse el mínimo tiempo para explicar nada, para justificar nada en absoluto, ni siquiera a mi persona. Sólo un buen día Ju, buenos días a todos. Y así y así. Su rutina habitual. No, nunca se tomó la molestia o el atrevimiento de explicarnos qué fue de él aquella tarde. Creo que nunca lo sintió meritorio o necesario… Obviamente cada profe tenía sus propias hipótesis, desde un realmente se perdió mientras divagaba física y mentalmente, hasta que se metió a tomar una cerveza tirada en algún bar del lugar con alguna misteriosa mujer recién conocida… De momento, igualmente, todos permanecemos con la intriga. Nadie puede admitir el haber escuchado de primera mano sobre lo realmente sucedido… Todo se

sumerge y se difumina en una verdadera e incierta brumosidad… Ni siquiera Patricia, la directora de la institución, obtuvo su esperada respuesta. Pues siendo única obligación de V… el cumplir su horario del día, el cual finalizaba al mediodía, es decir, antes de que nos sentáramos en la plaza para almorzar, y no habiendo firmado ninguna documentación que lo implicara legalmente con la excursión, ya que debiendo llevar a sólo cinco docentes, por la cantidad de estudiantes, sólo habían cinco firmas en los respectivos papeles, y el único que no había firmado, por no estar en el establecimiento ese día, el día de la firma de la documentación me refiero, había sido, efectivamente, V…. Razón por la cual el colegio nunca se preocupó de hacer constatar por escrito su participación en el evento… De modo que no tenía mayor obligación, estamos hablando de V…, que la de cubrir sus horas del día, las cuales terminaban a las doce en punto… Exacto, y cada vez que alguien le preguntó sobre lo ocurrido aquella tarde, o sobre su falta de comunicación con los demás colegas, acto que calificaban, yo también lo hago, de total descortesía, de falta de criterios, sólo respondía con una inocente sonrisa… con nada de sorna o malicia sin embargo… sino más bien una expresión ingenua, como la de un niño si se quiere… sí, la de un niño que hace un comentario sólo desubicado para el mundo adulto, que lo reta, mientras que para el mismo niño su conducta es comprendida como de la más adecuada y honesta que puede haber realizado... Y junto con esa cándida sonrisa decía, actualmente también lo sigue haciendo en caso de que alguien llegue a preguntarle, aunque actualmente casi nadie lo hace… ya te comenté que en el colegio no tuvo mayor trascendencia el suceso… salvo, tal vez, para mí, pero eso sólo por la mala noche vivida… Pero acompañada a esa sonrisa, en fin, siempre regalaba una frase como acaso importa, o bien preferiría no contarlo. Imaginate. ¡Sólo él!… Hoy, nadando ya en aguas mucho más calmas, prefiero no enojarme o amargarme… La verdad es que lo sigo apreciando un montón. Tanto como colega como… no estoy segura de poder decir como amigo, pero conocido queda demasiado distante… así que dejémoslo como una de esas personas que nos agradan y frecuentamos en ciertos ámbitos sociales aunque no así en todos… Mis demás colegas no sabría si te dirían lo mismo. Con los profes que tiene que

coordinar, como es mi caso y el de algunos otros, se presenta super participativo, aporta ideas, cuestiona por las de los demás, propone proyectos transversales. Pero aun así, tiene ciertos comportamientos que la llevan a una a pensar que prefiere actuar en solitario. Por fuera de las normas institucionales o de las convenciones del cole. No creo que se sienta superior, si bien te das cuenta que en las charlas importantes que a veces tenemos en esta sala de profes no participa nunca, sólo escucha sentadito ahí al costado. Como que te diga que si nosotros estuviéramos discutiendo sobre algún estudiante que vemos medio perdido en clase, él estaría allá sentado. Sí, por allá; sin aportar nada o comentar nada. Sólo escuchando. A veces sin siquiera dirigirnos la mirada… Hay quienes dicen que no le interesa directamente. Yo, en lo personal, lo dudo. Quizá toma los comentarios ajenos para sus propias reflexiones, y quizá escribe esas reflexiones en ese cuadernito de tapas azules que lleva a todos lados. La verdad es que a veces prefiero mantener la incógnita y seguir construyéndome ese personaje de V… en la cabeza. Personaje sumamente interesante si te lo ponés a pensar por unos segundos, aunque de seguro ya lo hiciste, por algo me estás entrevistando; pero no alcanza con relatar sus actos, que salvo raras excepciones, como puede ser justamente la de esta excursión en particular, resultan bastante normales. Porque habría que poder descubrir los pensamientos y divagaciones conceptuales que lo llevan a uno a hacer tal o cual cosa. Bueno, sólo comento que sería interesante de leer, si está bien escrito. No hay mucho mercado editorial para los relatos docentes, salvo que sea uno bien singular. Creo que debería de haberlo. Un mercado digo… relatos singulares sobran… aunque tal vez todos sean singulares a su forma y modo… Y no cualquiera tampoco puede replicar a Virginia Woolf o a Clarice Lispector, otra de las recomendaciones de Valen, en el arte de exponer las hilvanaciones de locura y discernimiento que acontecen dentro de nuestro ser más nuestro. Como sería indispensable para esta tarea. Si, en algún momento intenté escribir algo, una novelita corta que me entusiasmaba mucho. Pero con los chicos todavía chiquitos se me complicó. Tal vez cuando sean un poco mayores pueda retomarla. Sí, me encantaría. No, él sé que escribe, siempre en su cuadernito de bolsillo... o en el otro, el que es un

poco más grande y tiene tapas rojas… Pero sobre el contenido no sé de nadie que lo haya leído… o escuchado siquiera lo que guardan esas tapas... ninguno de ambos… cuadernos digo… Y eso que conmigo es con quien más dialoga dentro del grupo de pares. Tampoco nunca me animé yo a preguntarle directamente. Sí lo vi escribir a corta distancia... En el más chico, el azul… Sin embargo, por el rápido pispeo que pude hacer sólo se notaban frasecitas cortas, garabateadas con letra bien chiquita, desprolija… y en manuscrita... Un grupito de alumnas me lo interrogó alguna vez, así que parece que esa conducta trascendió y somos ya varios los observadores expectantes de un escrito que se presiente, pero que parece quedará guardado en los cajones del tiempo y de la intimidad. No creo que todo lo escrito tenga que ser mostrado. Hay cosas que son mejor guardárselas para uno… Y sin embargo, todo lo que sucede, lo que no llega a ocurrir jamás también, a su vez, merece algún espacio en los relatos que nos hacemos. La ausencia de narración debe ser lo más similar al abandono de la humanidad que nos constituye.

Laura M., 45 años. Profesora de Historia y de Política y Ciudadanía. Sala de profesores, vacía, del Colegio Novalis. Provincia de… Noviembre del 2019.

(…) Yo jamás diría que todos. Espero que no se malentiendan mis palabras. Todos no. Pero hay algunos que mamita… Dios mío… Mirá que yo le pongo toda la garra eh…. todas las ganas, pero ya no sabés que hacer en verdad. Te supera sobradamente la cosa… Soberanamente… Yo también tengo a los de quinto y los de sexto, y ya los venía teniendo desde hace rato… porque en Historia estoy en primero y en segundo también. Después, de tercero y cuarto se encarga Claudio y ahí ya no me meto. Pero me encuentro más tarde con los resultados. Y más allá de que para mí esos dos años intermedios sean como una caja negra donde me devuelven bastante revoloteado lo que previamente entregué como estudiantes semi-decentes, tengo que decir que ya desde sus primeros años una los va reconociendo. Los rasgos digo. Los vas distinguiendo y… clasificando si se quiere la cosa. Siempre

tenés algún grupito que te trabaja, se nota que le interese o no la materia, por lo menos entienden lo que es el respeto… mejor o peor, pero te entregan las cosas. Pero son sólo un grupito nomás… Después te viene el amplio espectro de… valga la redundancia… espectros, alumnos que te vegetan por los salones. Totalmente impasivos, desinteresados. ¡Y eso viene desde casa! Si te digo que yo lo veo desde los primeros años… y doy fe que en la primaria del colegio las seños laburan, pero llega un momento que decís basta. Tomálo a Luciano por ejemplo, de sexto, al pobrecito se nota que no le da. Cuando yo explico los temas, y mirá que leo el ambiente, entiendo que si no lo van comprendiendo tal vez lo vuelvo a repetir, o vuelvo a leer lo que dice el libro… pero Luciano está en la de Valencia… creo que ni leer sabe, o por lo menos no de corrido. Entenderlo seguro que no lo entiende. Y eso es culpa del colegio que los hace pasar igual, aunque no sepan. De eso y de todas las demás políticas inclusivas que te agrandan las chances de pasar con las cuatro previas y las tres mesas y andá a saber que se le va a ocurrir después… No es que esté a favor de este o aquel gobierno, todos te dicen de lo importante de la educación para las futuras generaciones y año tras año la escuela se viene a pique igual… Hace más de veinte años que estoy en esto, y cada vez es peor el panorama, mirá que año a año doy los mismos temas, casi te diría las mismas fotocopias, los mismos libros, y cada vez los desconcierta más… lo entienden menos. Y la verdad es que veo en sus ojos que les importa un pomo. En sexto tenés a la mayoría así, y no es sólo porque se van de viaje, son así porque son así, y mucho lo traen de la casa. Jazmín es otro caso de manual, la pibita venía safando año a año, y este año llega a sexto y es un ente, le hablas y no te escucha, le preguntas y no te entiende, la carpeta… completamente vacía, las pruebas en blanco. Y después tengo a los padres quejándose porque mando al 75% de los chicos a diciembre, si no a marzo, y yo tengo que disfrazarles que sus hijitos queridos son, o todos unos vagos, o unos ignorantes. Sí, vos decís eso. Ya mil veces leí lo de que el colegio es una institución del sigo pasado que trabaja con alumnos del siglo siguiente, pero qué esperás que haga. Primero de todo, yo doy Historia, así que ahí no hay mucha más vuelta que darle. Te hago los proyectos, trabajo con Literatura, con Política, con lo que quieras,

pero si el pibe no estudia ya está… y si el pobrecito viene arrastrando una incapacidad cognitiva desde la teta y el jardín menos… Segundo, la apatía y el irrespeto no son únicamente formas de resistirse a la autoridad; mirá que conmigo siempre tienen temas interesantes, y yo escucho propuestas… pero si no te gusta, calladito la boca y acatás. Porque en la vida no vas a ir de acá para allá encontrándote con todo color de rosas. En el laburo tu jefe te va a tratar como se le canta, y cosas así, y te la tenés que bancar querido. Y tercero, porque te quiero ver a vos, laburando con cuarenta módulos a la semana y planificando algo distinto para cada clase… es imposible... Este fin de semana, para que te des una idea, estuve encerrada corrigiendo trabajos. Y tardé lo que tarde porque conozco a mis alumnos y más de la mitad viven de copiar y pegar de las fuentes de Internet, sin tener ni siquiera el rescato o la mínima viveza para leer lo que se están copiando. Entonces, a fin de cuentas, me pasé todo sábado y domingo rastreando copias en los trabajos ajenos... Y te imaginarás después las caritas de sorprendidos que me ponen cuando les entrego un uno o un cero… porque a veces les clavo un cero por irrespetuosos, por copiar textual algo que encima está para el que te imaginarás… y encima te hacen puchero... El llantito y el cuento de la abuela enferma… Veinticinco años… ya las pasé todas. Yo siempre les digo que copiarse en un examen es un acto de corrupción en pequeña escala, y que si yo hago como que no miro y les doy la vista buena, también formo parte de esa corrupción. Así que si a ellos les da lo mismo llevársela a diciembre que aprobar, porque entre estudiar o no, sé que no les importa… está bien. Allá ellos. Así es que el país está como está. Y así es que me termino dedicando a dar la clase para los cinco o seis que te dan bola y que te das cuenta que les interesa, que no les da todo lo mismo. Mirá, a todos esos técnicos y licenciados del ministerio o de la universidad les digo lo mismo, metete en un aula de cuarenta pibes donde la mitad no saben leer y la otra mitad está matando tiempo hasta que les den el almuerzo. Hacelo treinta y cinco horas a la semana y después venime con el discursito de inclusión, del interés del alumno y todo ese rollo. Mirá, realmente no quiero que se me malentienda. Yo estoy acá porque me gusta, no porque no tenga otra. Pero una se cansa de venir acá, día tras día para enfrentarse a semejante apatía… porque es eso,

no te creas que no… pura y llana apatía… Me comentan otros profes que en sus clases no son así, o no son todos así, pero después tuve yo que consolar a estas profes totalmente angustiadas porque los pibes no le daban bolilla y le hablaban encima de su voz y enfrente de la cara. Y eso que estamos hablando de un colegio privado. Igual no me malentiendas. Hay privados y privados. Como hay públicos y públicos. Yo estoy en un estatal que es para darle un premio y varios aplausos… así como también estoy en privados donde la dirección se preocupa sólo en que los padres no se le quejen… Y este ya te imaginarás de cual se trata. Piensan en los padres como sus usuarios… porque ésta es la lógica mercantil que la sociedad enarbola y nosotros incorporamos. El problema es que muchas veces son los mismos estudiantes los que se comen ese verso… y viven de ese verso. Acá viene la mayoría de familias muy bien acomodadas y por eso saben que tienen la secundaria asegurada… y la facultad casi que te digo que igual… Y así después te tratan…. Hay a un par que me encantaría verlos el año que viene con esa actitud sobradora y ególatra en frente de una clase de universidad donde sos un número… porque ahí de enserio que sos un número, no mucho más que eso.... Y, de V…, la verdad es que no tengo mucho por decir. De vez en cuando organizamos proyectos o temas conjuntos, tanto en quinto como en sexto. Política y Sociología; Ciudadanía con Historia. Hacemos cosas interesantes… pero él insiste demasiado. Y ya después de un par de veces te das cuenta que hay grupos que no ameritan el esfuerzo, aunque V… siga insistiendo. Sí, se entusiasma bastante… por lo demás, no estoy segura. Yo creo que le gusta ganarse a los alumnos con cosas disruptivas pero se preocupa más por hacer algo diferente que porque los chicos aprendan. Me dicen que da clases en el baño o que hace evaluaciones sin consignas y yo me pregunto qué es lo que los chicos están aprendiendo de todo eso. Después ves las mesas de diciembre y salvo por los nombres de siempre, que llenan cartoncito en todas las materias, nadie se lleva sus materias… es muy raro el caso. Y ahí ves que algo pasa. A mí, en lo personal, no me cierra. Igual te diría que después de varios años, porque si no está acá hace como diez años, le pega en el palo… casi ni lo conozco. Salvo por los proyectos en conjunto, casi que ni le conozco la voz. Sí, justa quedó la frase. Bueno, ese es otro

ejemplo de quedarse en los modos de distinguirse y una se pregunta ¿qué bien le puede hacer eso al alumno? Los pibes necesitan hoy, más que nunca, un poco de disciplina. Hacerlos pensar, obvio; imaginate que muchos de los pibes que vienen acá son de clase media alta y viven en un cascarón. Y repiten la boludes que escuchan en casa y después quién los saca. Acá de esos tenemos varios. Como Martincito de sexto, ah ese es un amor. Tengo unas ganas de que se dé la que ya sabes contra la pared. Sí, bueno, a lo que iba es que a mí no me cierra del todo V…. También es uno de los licenciados en educación que vienen con formulitas hechas y discursitos hechos, y bueno, en su caso sí tiene bastantes horas dentro del salón, y supuestamente mantiene su propuesta didáctica, pero ¿a costa de qué? yo me pregunto. De dar vuelta por el patio en el recreo, de que todos aprueben sin tener siquiera una carpeta, de callarse y no hablar nada en clase. Así no ayudas a los pibes. Y vos te das cuenta de que necesitan ayuda, dirección. No todos, ni igual. Pero hay cada uno que, mamita. (…).

Tentativas de indagación:

Borradores IV

Mirar fijo una pared hasta partirse la mirada. No duplicarla. No. Se requiere mucho más que eso. Un verdadero aleph prepóstero donde un mismo objeto es embestido por toda la infinidad - posible e imposible - de miradas atrapadas en unos ojos unos (siempre más que dos). En ese mismo acto, pequeño e infinitesimal, consiste mi rebelión cotidiana, la más mía, la de ahora-aquí. Mirar una pared. Esta pared, ígnea y desnuda, que sólo ahora, y aquí, se posa frente a mí. Mi escrupulosamente observarla hasta poder ver en ella a una ventana. Pretérita ventana. ¿Y por qué deletreo aquí nombres tales como p-a-r-e-d y v-e-n-t-a-n-a cuando en realidad quisiera estar hablando de las ballenas y sus acuarios?

Y es que todo principió con la fuga de una ventana, su completo desvanecimiento y su requerido reemplazo por lo concreto de una neutra pared. Y continúo por el cómo un simple niño, encegueciéndose ante esta vacía cuadrícula de concreto, generaba un absurdo e inédito prisma con el cual catalejar sus impresiones todas, y todas sus fantasías también. Su foco recaía en el fresco tabique y buscaba sin freno un estreno inverosímil. Así es como nace la idea de una colocación decoriosa, un acuario hecho a medida, acondicionado para los límites allí establecidos. Desde otra mirada: trasgrediendo los límites de lo establecido. Un más allá como comienzo de un presentarse. En este caso, la presencia de las ballenas. Dos. Las (dos) que ya estaban. Mucho antes que su acuario. Sólo que distintas, iguales. Manteniéndose ellas iguales en tanto que se distingan, de ellas. Deviniendo múltiples cambiantes.

Y el estanque ya estaba allí, frente al niño. Justo delante de la mirada inquisidora de una identidad que clama por pronunciarse. Frente a esta, y para las ballenas. Ambas. Para albergar sus bailes y los saltos; intentar contener los estallidos y explosiones de trueno que se dispersan por

decenas y decenas de kilómetros, resistiendo a toda ley física que pretenda atenuarlas. A las ballenas.

El niño las observa y reconoce. No las nombra. No osa confinarlas. No les habla. No se precisaba una comunicación de ese estilo. Pero observándolas el niño se reconoce. Aunque su reflejo en el cristal del estanque estorbe de a ratos. No necesita más. Las necesita a ellas, para encontrarse, cuando las busca. En el reflejo de sus ojos. Los de él, en los de ellas.

Tentativas de indagación:

Borradores IV (continuación)

Mirar fijo una pared hasta partirse la mirada. No duplicarla. No. Se requiere mucho más que eso. Un verdadero aleph prepóstero donde un mismo objeto es embestido por toda la infinidad - posible e imposible - de miradas atrapadas en unos ojos unos (siempre más que dos). En ese mismo acto, pequeño e infinitesimal, consiste mi rebelión cotidiana, la más mía, la de ahora-aquí. Mirar una pared. Esta pared, ígnea y desnuda, que sólo ahora, y aquí, se posa frente a mí. Mi escrupulosamente observarla hasta poder ver en ella a una ventana. Pretérita ventana. ¿Y por qué deletreo aquí nombres tales como p-a-r-e-d y v-e-n-t-a-n-a cuando en realidad quisiera estar hablando de las ballenas y sus acuarios?

Y es que todo principió con la fuga de una ventana, su completo desvanecimiento y su requerido reemplazo por lo concreto de una neutra pared. Y continúo por el cómo un simple niño, enceguecièndose ante esta vacía cuadrícula de concreto, generaba un absurdo e inédito prisma con el cual catalejar sus impresiones todas, y todas sus fantasías también. Su foco recaía en el fresco tabique y buscaba sin freno un estreno inverosímil. Así es como nace la idea de una colocación decoriosa, un acuario hecho a medida, acondicionado para los límites allí establecidos. Desde otra mirada: trasgrediendo los límites de lo establecido. Un más allá como comienzo de un presentarse. En este caso, la presencia de las ballenas. Dos. Las (dos) que ya estaban. Mucho antes que su acuario. Sólo que distintas, iguales. Manteniéndose ellas iguales en tanto que se distingan, de ellas. Deviniendo múltiples cambiantes.

Y el estanque ya estaba allí, frente al niño. Justo delante de la mirada inquisidora de una identidad que clama por pronunciarse. Frente a esta, y para las ballenas. Ambas. Para albergar sus bailes y los saltos; intentar contener los estallidos y explosiones de trueno que se dispersan por

decenas y decenas de kilómetros, resistiendo a toda ley física que pretenda atenuarlas. A las ballenas.

El niño las observa y reconoce. No las nombra. No osa confinarlas. No les habla. No se precisaba una comunicación de ese estilo. Pero observándolas el niño se reconoce. Aunque su reflejo en el cristal del estanque estorbe de a ratos. No necesita más. Las necesita a ellas, para encontrarse, cuando las busca. En el reflejo de sus ojos. Los de él, en los de ellas.

Por fortuna, ya aciagos son los tiempos de las buenas tardes y buenas noches. A todos. Buenas tardes que ya son noches, buenas o no tanto, pero para todos y todas así también. Tantos giros transcurridos, pasajes trashumantes, y aun no estoy del todo seguro de poder concebir, mucho menos el conseguir afirmar, que el mismo tiempo, o uno distinto, heterogéneo y divergente, haya alcanzado a estas páginas; no realmente, no del todo. Releyendo y revisitando lo escondido en estos papeles, en los papeles míos de mi arcano y también mío cuadernillo de rojas tapas blandas; repasando, aunque aquí este repasaje se entiende, o fuerza por capturarse, como un irrevocable sumergirme y profundizarme en todo lo que fui, y se me escapó. Se me fue y a su vez se me diluye a cada paso, a cada avanzar de cada frase plasmada - pensada o robada -; a cada una de ellas. Cada una. Y asimismo a cada nueva representación del personaje extraño, de ese que tantas veces me reemplazó. Que cientos de veces me ocupé. Y que tan rápido a su vez, ¡otra vez!, me cercioro de que este no es un escrito alegre, aunque haya iniciado como uno. ¿Lo hizo? Quien podría acaso aseverarlo, o contradecirlo, o contrafirmarlo. Y quizá todavía pueda serlo. ¿Debería serlo? ¿Valdría la pena? ¿O la mía? De mí no depende, si es que alguna vez lo hizo o lo hice, no así lo creo o me lo creara para-(a)sí. Pero ¿aquello que ya no soy? Más me valdría anunciar a aquel que ya nunca seré. Y no porque sea ya tarde. ¡Ya! ¿Cuándo lo es para quien toma iniciativas? No. Por tarde, no. Sino porque ya me acostumbré a todo esto. Al solitario errático como personaje que agrada, pero nadie necesita. Que intriga pero nadie precisa, no realmente; y que nadie anhela. Y

algunos se convencen de que lo extrañan cuando no está, cuando lo cierto es que ya no estaba cuando aun todavía estaba.

Misa de aniversario. O ceremonia secular de aniversario. Diez años de culminada una etapa que nunca fue etapa y que muy posiblemente tampoco haya finalizado aun. (¿Y desde cuándo inició ya que estamos?). No culminó aun. No para todos, no para nadies. Desfiles de progresos y concursos incógnitos, pretendidamente o pretenciosamente imperceptibles, más nunca del todo impalpables. Aniversario también de un no-discurso, este cuaderno también celebra hoy. Y pensar que todo esto principió porque de muy joven me detuve en una cierta pared y quise escribir sobre las ballenas mías que todos somos.

Tentativas de indagación:

Borradores IV (continuación bis)

Mirar fijo una pared hasta partirse la mirada. No duplicarla. No. Se requiere mucho más que eso. Un verdadero aleph prepóstero donde un mismo objeto es embestido por toda la infinidad - posible e imposible - de miradas atrapadas en unos ojos unos (siempre más que dos). En ese mismo acto, pequeño e infinitesimal, consiste mi rebelión cotidiana, la más mía, la de ahora-aquí. Mirar una pared. Esta pared, ígnea y desnuda, que sólo ahora, y aquí, se posa frente a mí. Mi escrupulosamente observarla hasta poder ver en ella a una ventana. Pretérita ventana. ¿Y por qué deletreo aquí nombres tales como p-a-r-e-d y v-e-n-t-a-n-a cuando en realidad quisiera estar hablando de las ballenas y sus acuarios?

Y es que todo principió con la fuga de una ventana, su completo desvanecimiento y su requerido reemplazo por lo concreto de una neutra pared. Y continúo por el cómo un simple niño, enceguecióndose ante esta vacía cuadrícula de concreto, generaba un absurdo e inédito prisma con el cual catalejar sus impresiones todas, y todas sus fantasías también. Su foco recaía en el fresco tabique y buscaba sin freno un estreno inverosímil. Así es como nace la idea de una colocación decoriosa, un acuario hecho a medida, acondicionado para los límites allí establecidos. Desde otra mirada: trasgrediendo los límites de lo establecido. Un más allá como comienzo de un presentarse. En este caso, la presencia de las ballenas. Dos. Las (dos) que ya estaban. Mucho antes que su acuario. Sólo que distintas, iguales. Manteniéndose ellas iguales en tanto que se distingan, de ellas. Deviniendo múltiples cambiantes.

Y el estanque ya estaba allí, frente al niño. Justo delante de la mirada inquisidora de una identidad que clama por pronunciarse. Frente a esta, y para las ballenas. Ambas. Para albergar sus bailes y los saltos; intentar contener los estallidos y explosiones de trueno que se dispersan por

decenas y decenas de kilómetros, resistiendo a toda ley física que pretenda atenuarlas. A las ballenas.

El niño las observa y reconoce. No las nombra. No osa confinarlas. No les habla. No se precisaba una comunicación de ese estilo. Pero observándolas el niño se reconoce. Aunque su reflejo en el cristal del estanque estorbe de a ratos. No necesita más. Las necesita a ellas, para encontrarse, cuando las busca. En el reflejo de sus ojos. Los de él, en los de ellas.

Por fortuna, ya aciagos son los tiempos de las buenas tardes y buenas noches. A todos. Buenas tardes que ya son noches, buenas o no tanto, pero para todos y todas así también. Tantos giros transcurridos, pasajes trashumantes, y aun no estoy del todo seguro de poder concebir, mucho menos el conseguir afirmar, que el mismo tiempo, o uno distinto, heterogéneo y divergente, haya alcanzado a estas páginas; no realmente, no del todo. Releyendo y revisitando lo escondido en estos papeles, en los papeles míos de mi arcano y también mío cuadernillo de rojas tapas blandas; repasando, aunque aquí este repasaje se entiende, o fuerza por capturarse, como un irrevocable sumergirme y profundizarme en todo lo que fui, y se me escapó. Se me fue y a su vez se me diluye a cada paso, a cada avanzar de cada frase plasmada - pensada o robada -; a cada una de ellas. Cada una. Y asimismo a cada nueva representación del personaje extraño, de ese que tantas veces me reemplazó. Que cientos de veces me ocupé. Y que tan rápido a su vez, ¡otra vez!, me cercioro de que este no es un escrito alegre, aunque haya iniciado como uno. ¿Lo hizo? Quien podría acaso aseverarlo, o contradecirlo, o contrafirmarlo. Y quizá todavía pueda serlo. ¿Debería serlo? ¿Valdría la pena? ¿O la mía? De mí no depende, si es que alguna vez lo hizo o lo hice, no así lo creo o me lo creara para-(a)sí. Pero ¿aquello que ya no soy? Más me valdría anunciar a aquel que ya nunca seré. Y no porque sea ya tarde. ¡Ya! ¿Cuándo lo es para quien toma iniciativas? No. Por tarde, no. Sino porque ya me acostumbré a todo esto. Al solitario errático como personaje que agrada, pero nadie necesita. Que intriga pero nadie precisa, no realmente; y que nadie anhela. Y

algunos se convencen de que lo extrañan cuando no está, cuando lo cierto es que ya no estaba cuando aun todavía estaba.

Misa de aniversario. O ceremonia secular de aniversario. Diez años de culminada una etapa que nunca fue etapa y que muy posiblemente tampoco haya finalizado aun. (¿Y desde cuándo inició ya que estamos?). No culminó aun. No para todos, no para nadies. Desfiles de progresos y concursos incógnitos, pretendidamente o pretenciosamente imperceptibles, más nunca del todo impalpables. Aniversario también de un no-discurso, ¡este cuaderno también celebra hoy! Y pensar que todo esto principió porque de muy joven me detuve en una cierta pared y quise escribir sobre las ballenas mías que todos somos.

Y creer que todo esto principió con un escrito por encargo, así escribirlo; y escribir que jamás del todo fue aceptado, así memorarlo; y saber que poco después fue certeramente rechazado, el encargo aquel, y así decírselo a uno mismo, repetírselo hasta (casi) convencerse (uno) de ello. Pero también todo esto comenzó con la imposibilidad de cerrar una puerta abierta, puerta rajada, (en estas hojas), hace ya diez años. Una cierta apertura que ocasiona un asomo de una cierta presencia. ¿Qué sería de aquellos quienes pudieron ser mis oyentes de antaño? Aunque los haya relegado a las más mundanas de las esterotipias del discursito aquel y allí proferido por alguna antigua compañera que sólo buscaba aceptación para una idealización engañosa y del todo atemporal. Tampoco me preocupé de seguir sus pasos, y de entero desconozco los estados y paraderos presentes. Quizá alguno famoso, alguno ya fallecido, y toda esa difusa gama del medio. ¿Y dónde me posiciono yo mismo entre tanto medio? Mitades de mis mitades, todas partidas múltiples veces, arrastradas todas por un único viento que empuja hacia donde el Angelus Novus *no se atrevió a mirar. ¿Acaso mis palabras, en aquel entonces, habrían cambiado algo? ¿Cuáles de mis palabras? ¿Acaso alguna vez las palabras mismas cambiaron algo realmente? Pero sobre ello ya divagué en*

otros renglones, y no corresponde a los presentes. Renglones. Pero a su vez diversos presentes del ahora de mis yoes.

¿Acaso mis propias palabras me habrían transformado en mí mismo como otros? Palabras por vez primera pronunciadas y no escondidas. Sobrada es mi experiencia respecto a la importancia de su pronunciación. Toda esa certeza sobre el propio ser y sus tantos noes, guardadas en los escabrosos adentros de la onerosa intimidad. Armónicas simetrías hasta en (o para) los esencialismos más abruptos y violentos. Y una vez enunciadas, la ridiculez e inconsistencia de las salidas comunes… los resguardos peligrosos y cotidianos. Rutas señalizadas, mesiánicas vocaciones, sacerdocios salvaventicios.

Al andar y al quedar nos creamos nuestros propios encierros.

Tantas veces he soñado, pero sobre todo he sentido y presenciado, ese estar carcelario que me convoca y casi (que) me conmueve. Aunque no se crea y uno no se lo crea, es así justamente como se los crea.

Sudoroso y exaltado, tantas veces he de levantarme en la más solitaria de mis horas nocturnas, en el más febril de mis ánimos, sólo para encontrarme entre barrotes de incendiado y candente hierro que allí no estaban al momento de acostarme. Mis insondables reflexiones siempre idearon guaridas abiertas donde por ciertos temores el morador aguarda. Se encierra. Se cercena y auto-aprisiona. Muy dentro mío comprendo que todas mis puertas siempre estuvieron abiertas, aun cuando no las entendí, no divisé, de este modo.

No hay guardianes.

No los hay, no existen.

No están. Nunca estuvieron.

No hay guardianes.

Ni comunes ni personales. No hay guardianes, que nos prohíban el paso. En una dirección o en otra. O en la no-dirección de los laberínticos recovecos de la subjetividad salvaje.

Nadie (nos) vigila.

Ni aun cuando este caso sea el de una implosión inversa al descubrimiento de lo oculto dentro de lo evasivo.

Puerta cerrada, abierta.

Artificio por la apariencia y de una cerradura que adopta o siempre interpretó la forma de un reloj, de una clepsidra. (Y las horas siempre estuvieron a sus puertas). Quizá se refugie uno en el pensamiento de que el cerrojo realmente estuvo emplazado, así encastrado, y que como temporalizador regresivo, sólo nos restaba aguardar una alarma que activase al engranaje, que pusiera en marcha el mecanismo, y liberase con esto al prisionero. Más puede que quizá el contador de instantes sólo se dedicó a la añosa tarea de enumerar la tardanza inaugural del escape inevitable; que no es salida, sino mutación continuada.

No hay guardianes; pero, quizá, haya guardianes. Adentro.

Quizá haya guardianes dentro que impidan ver, pensar, ser; todo aquello que los guardianes no quieran que veamos, pensemos, seamos. Puede que haya de estos guardianes. Bien dentro nuestro.

Artesano de mi(s) propia(s) máscara(s), escultor de mi cruz personal.

Una apariencia y un castigo.

Meticulosa y ardua la tarea. Máscaras con las que vestir. Vidas mascaradas. Rezumados escondites y cartas de presentación falseadas. Relaciones espurias. Una construcción de figuras impersonales. Detalle por detalle. El artesano toma sus herramientas de las cajas del discurso y la teatralidad. Acondiciona las candilejas para limar y retocar los rasgos; reducir ciertas exageraciones; sobresaltar las singularidades comunes. Milimétricamente desapercibir y despistar a lo otro, lo híbrido; y sus hurtos. Trabajar en, a partir de, comparaciones, mejoras, invenciones. Por

siempre la táctica de ocultar algo, esconder lo impar, presentar un otra cosa. Máscaras intactas y resquebrajadas; embozos abandonados, refaccionados, reutilizados.

Una cruz como representación simbólica del auto-suflajarse. Pero otro escondijo a su vez. De lo angustioso, sofocante, de lo ambiguo tornadizo inestable.

Y tal vez todo se resuma como sentenció Baltasar Espinosa aquella tarde alguna vez. Un naufragio y un mártir. Un viaje y un sacrificio. ¿Y con qué motivo cada cual? ¿Por qué motivo cada uno? Y tal vez primero vino el sacrificio auto-exigido y luego el naufragio, de auto-exiliado.

El tiempo, este tiempo - chato y cíclico - siempre se guardó algún Sócrates que sentenciar.

Y Sísifo sube eternamente su carga en este espacio. ¿Habrá vestido la misma máscara-Sísifo en todas sus mañanas? ¿La roca sería una máscara o su cruz? O quizá no haya diferencia sustancial entre una y la otra, y se usen para lo mismo, aunque no suenen parecido.

Lo cierto es que no es un único momento. La desandanza requiere el constante mirarse y desencontrarse ante el espejo. Ante cualquiera de sus reflejos. Buscarse uno mismo en el espejo para ir quitándose, consecutivamente, máscara tras máscara, apariencia tras apariencia, hasta ver qué (nos) pasa. Hasta ver cuánto se aguanta. Y sólo aquí uno se pregunta si existirá una última máscara. ¿Y qué habrá detrás de ella?

Somos nuestro constante superponernos de ciertos antifaces, cada uno para su ocasión, cada uno para aquel u este otro encuentro. Pero siempre nos creemos sólo detrás de uno, con alguna vana certidumbre del único detrás de éste, el real, el verdadero. Cuando muchos son en verdad los aquí traspuestos, y ¿qué vendrá después del que aquí escribe? Cada uno más profundo y abismal que su anterior.

No sé que haya por fuera de este desfile, pero el dudar este es también acción y efecto de uno sólo, disfraz entre tantos otros.

No hay tan temido como enfrentarse a la propia máscara. La consciente pero sobre todo con la que se ignora en tanto máscara misma. Exponerse así a las conversaciones con las propias máscaras. Y aguantar lo que se venga. Y bancarse lo que devenga.

Y cada yo potencial siguió viviendo más allá de sus trazos; presentándose en los suyos y en los míos así también. Sombras constantes que estrangulan las huellas. Y de un vetusto mapa, ya casi olvidado de pretérito, pero siempre presente, siempre presenciándose; proyección que enseña lo tortuoso de un camino que así (lo) es porque así se (lo) piensa, y uno no consigue así nunca escapar(le). De ser acaso esto posible.

(-Nadie te entiende cuando escribís así. Frases inconexas sin resolución o esclarecimiento. Narrando hechos o acciones poco claras, reflexiones a medias.

-Escribo para nadie. Y es la única forma en que me siento conforme con lo que tengo que decir.

-¿Y qué es eso?

-Está ahí, a la vista… por descifrarse, o para descifrarse. Nunca me gustaron los escritos de fácil comprensión.

- Se puede saber ¿qué tienen de malo?

-Nada. Pero a mí no me cierran.

- ¿Por qué?

- Porque cierran. Yo no estoy seguro de mí ni de lo que escribo, y sólo por eso lo escribo. Para que yo y sólo nadie lea la confusión del ser.

- Yo lo leí.

- Y vos también sos yo… y nadie…

- Pero un vos más resuelto… Yo no abandoné la facultad para meterme en un profesorado. Yo tengo un título.

- Yo tengo tres.

- Pero yo sé a dónde voy con cada uno de mis pasos. ¿Vos podés decir lo mismo?

- Mis pasos pretenden alejarse del camino… pero siempre terminan en otro… camino.

- Ese es el peligro de la metáfora… y la precariedad de las palabras.

- ¿Y vos quién sos?

- El yo Doctor en Educación. El que enseña en la Universidad. Estoy en pareja estable hace cinco años. Viajo por las grandes ciudades del globo por conferencias y seminarios… y escribo…. Publico lo que escribo… y la gente lo lee.

-Yo también viajo y escribo… perdón. Soy el yo que abandonó la comodidad de casa para viajar por Latinoamérica, aunque de momento estoy ahorrando para cruzar el gran charco. Y también escribo, y lo leo en los lugares donde me hospedo. No son la gran cosa pero a la gente le gusta, porque se reconocen en mis frases. Captura de sentimientos y sensaciones universales…. Y de paso, ya que estamos, también estoy en pareja, hace cosa de dos meses más o menos, pero cuando vuele la cosa se termina, en buenos términos claro, así fue el acuerdo mutuo…

- Yo también estoy en pareja… casado en realidad… porque me animé a hablar cuando vos te callaste…

- Miren. Agradezco la visita, me sirve conocer el destino de mis otros posibles para saber quién soy, y dónde estoy. Pero de momento…

- Sin embargo estás demasiado cómodo con este tu estar.

-Cómodo de seguro que no. Sino no viviría de tantas frustraciones… aunque yo quiera de mis frustraciones… porque me constituyen…

- Cómodo, viste. Vos te conformás con un vocacionalismo laico, te convence el papel de mártir moderno…

- Bien sabés que siempre ataqué al discurso de la vocación. Demasiado decimonónico para mí gusto. Incluso más viejo aun. Pero peor que nunca ahora, cuando ciertos significantes vacíos son revestidos de nuevos significados por los discursos neoliberales y neoconservadores tan en boga.

- Esas frases hechas te sientan bien, no creas que no… pero pueden ser a su vez un disfraz más para excusarte como la gran excepción fundamentada… hasta incluso inconscientemente.

- Creo igual que el motivo o la pregunta es otra… ya que por algo nos trajiste hoy en estas páginas para que te interroguemos… creo que la cuestión es si, a partir o a pesar o al pasar por las decisiones tuyas… hoy… diez aniversario… sos vos feliz…

- No creería estar seguro sobre qué significa la felicidad.

- Acá no estamos para debates filosóficos de ningún tipo. Basta ya de tanto Aristóteles y sus continuadores. Somos nosotros los que hablamos en diálogo… Acá no es cuestión de saber sino de sentir…

- Pero siempre es un sentir en comparación de algo…

- Comparalo con lo que quieras, con lo que te cierre, o lo que nunca cierra si así te parece mejor… pero, hoy, escribiendo esto y escribiéndonos a nosotros… ¿podés acaso escribir que sos feliz?

-…)

Y así de cómo tres fantasmas recorren el lugar. Pero ninguno de ellos brinda la comodidad de lo ya esperable; ni seguridad alguna es aquí fecundada. El reconocer ciertos días pasados, realidades ora ocurriendo, instantes por de-venir. ¡Qué júbilo aquello me proporcionaría! Pero no. Tres espectros arremeten por los pasillos. Eclipsan los salones, desasosegan mis certidumbres. Tres espíritus acarreando la virulenta congoja del ningún cambio posible, la tortuosa certeza de los insalvables no-aconteceres. Tres son ellos: fantasma de lo que no fue, espíritu de lo que pudo haber sido, espectro de lo que ya nunca será. La condenada desesperación ante el conocimiento de lo por siempre escurridizo, el abatimiento ante los por siempre imposibles, los diversos desubjetivantes. La maldición de lo alterno traducido en potenciales negativos. Y un intento a toda costa por rehuirles,

ignorarlos, desentenderlos. O quizá correr el riesgo máximo de enfrentarlos. Nuestros eternos tres espectros de la tortura nuestra de cada día. La larga tortura de todos estos años.

Décimo aniversario:

Escribir, sí. Pero, ¿cómo?

¿Discursar? ¿Descursar? ¿De cursar qué, cúales?

Hace años que me sigue acechando esta misma sombra fagocitante. Veces en que hostiga desde las huellas desvanecidas del atrás, veces en que lo persigue a uno desde lo próximo inmediato, lo aun por acaecer (carrera catafórica, respiración de ahogado, manotazo de quien te salve). Muchos espectros recorren por los recovecos de mis palabras. ¿Cuál es la distancia mínima, milimétricamente hablando, entre el no decir no en el momento apropiado y el acto pendiente de un tiempo condicional? ¿Por qué sigo volviendo? ¿Alguna vez me fui? ¿Y si, a fin de cuentas, consiguiera esa evasión, seguiría siendo yo? O aun, ¿desearía ser esa versión de yo que no se piensa ni se sabe a partir – a pesar – de esas tramas de respuestas en suspenso, que contesto sólo a mí mismos y nadies más? ¿Debe haber escucha para llamarse discurso? ¿Lo otro debe atravesar de estos renglones, descorrerlos? ¿Estar en su concreción, en su materialidad, en su congruencia? La parte de egresados, de a los egresados, de hablarles escribirles discursarles a ellos, ya la abandoné hace rato. Decisiones de dimitente recurrente. Con el tiempo vuelven, empero. No sé quien fue que escribió o concibió que las cosas pasan o pasarán dos veces para que no queden dudas. Carga pesada pero no la que más (le faltarían muchas más vueltas, muchas más). Y sin embargo, la virtud o perjuicio de nuestra historia vivida o de nuestra vida historiada en narraciones, que sólo es igual en su acontecer originario. Fugaz. Frugal. Sí, escuche esto mi lector otro de papel, mi oyente fabricado a imagen y semejanza de mis angustias y vacilaciones. No somos más que el conjunto de las historias que nos contamos, y que nos cuentan a nos. Las que nos contamos antes de acostarnos. Las que nos contamos antes de desayunar, antes de tomar el tren, antes de volvernos a acostar pero

esta vez acompañados. Inventamos a otro de papel o conversado y le prestamos nuestro nombre a plazo fijo; con la condición de que nos lo cuide y no se le pierda. Ese otro del nombre también, el de las redes sociales, comparte a su vez las tareas, acata las mismas condiciones; pero crece más rápido de lo previsto. Así nos construimos en esas historias, y no podemos escaparle a esas historias; ni aunque le dediquemos la vida nuestra a esa fuga, que no es más que otra parte del mismo relato nuestro. Así nos conformamos en esas historias, con esas historias. Las compartimos, las ensayamos, las adornamos, las reescribimos. Si alguien se cansa de escucharla la cambiamos un poquito (pero no tanto), o váyase usted en la suya, que yo le cuento a otro el cuento, que siempre hay algún oído interesado, que otro ya entenderá. Hay quienes quieren tanto estas historias que las toman prestadas por un rato. Hay también quienes te quieren tanto, en tanto historia, que te cuentan a otros, sin estar vos allí presente. Pero es el tiempo el que juega también, y llega el momento en que no hay más historias para estirar tu historia. El tiempo hace estragos y cuando ya no estás sólo quedan las historias. El tiempo hace maravillas y cuando aun no estás o ahora si o ya no devuelta, siempre hay historias que contar, y algunas que te cuentan también. El tiempo es un gran artista y a veces uno llega a descubrir que la historia que uno es, y que creyó más suya, no lo fue nunca tanto, o no lo fue suficiente. Porque siempre perteneció a otros, a todos los otros, y también a nosotros dentro de ellos; pero fundamentalmente al tiempo. Ajedrecista nato en busca de horizontes móviles y nóveles tableros.

Nos mentimos todos nuestros días, y cada una de sus noches. Lo sabemos, y ese saber nos duele. Todo es parte de este, nuestro auto-engaño cotidiano, acostumbrado. Y a veces lo olvidamos, pero también en la ignorancia el sufrimiento persiste. Todo, absolutamente todo, es escena. Sin ensayos, sin guiones, sin pruebas de vestuario. Nosotros representamos. Y es también una bendición. Y es también una maldición. Nosotros interpretamos. ¿El tiempo? Piruetas de simple tramoyista. La Gran Obra que no está escrita sino que es un eterno, sino que es un infinito, estar-siendo-escritura-echa-carne. Primera ley de la grafodinámica: toda escena antecede y perdura sempiternamente a

sus miembros constitutivos. Así lo entendemos, y nos apuñala por dentro y nos sangra por fuera y nos quema en todas las direcciones cardinales. Darle sentido a este sufrimiento es compartirlo. Es creer que el desconsuelo es el mismo para uno que para otro, y así el calor de un abrazo que se recibe, y así la efusión de una caricia que se brinda. Pero también, el saber crudo, severo, de nuestra soledad constituyente. Solo vengo, solo me voy, y lleno el entre como me salga. Porque la historia que es la escena que me toca, y que creo que yo elijo, pero no toda, no en realidad; es una historia distinta para cada uno de los otros que la miran, y es distinta para mí, y para cada uno de los mi que la presencian en el terreno brumoso del recuerdo. Cada uno es su historia distinta para cada otro y cada uno, y sólo idéntica a su acontecer originario que ya no existe, porque ya no está. Pero la seguimos representando. Y es también una bendición. Y es también una maldición. Pero la seguimos interpretando. Y todos nuestros yo no son más que otros que nos representan y nos interpretan en las distintas re-escenificaciones de esta historia que se pretende siempre la misma pero no me hagan ya reír. Veces en que uno se cree autor de su destino. Veces en que se sabe sujetado a un guión tan estructurado como improvisado. Veces que entre el creer y el saber se siente que no hay Gran Obra, ni Autor, ni quien sabe que más. Veces en que pensamos que tenemos el control de quien somos y lo que pensamos. Veces en que descubrimos que sólo perdura la máscara que nos decidieron los demás, o que construimos en conjunto. Veces. Sólo (a) veces.

Todo es más simple. Y todo es más complicado. La Gran Obra antecede y perdura. Y nosotros en algún punto entre. Y nosotros que creemos poder entender. Nos engañamos. Nos duele. Y nosotros que aunque sabemos que no, igual nos de(s)velamos buscando porque sino ¿qué? Veces en que la búsqueda es por comprensión y veces en que la búsqueda es por compartir. Mucho más simple. Mucho más complejo. Nuestro andar buscando siempre fue por reconocer. Por reconocer al otro del espejo, al yo con nombre prestado que estuvo en todas nuestras escenas historiadas, al que escribe estas páginas y al que las relee en la conciencia de sus huellas. Pero también y más fundamentalmente por ser reconocidos. Sentir una mirada otra que nos vea, nos distinga, nos

comprenda. Mirada otra que pulveriza de tanto mirar, y la revolución está en compartir el sufrimiento. En ser porque alguien te escucha sufrir y te ayuda a comprender(te). En ser porque primero, y mucho antes, escuchaste al rostro que sufre y le respondiste a su vez. Porque no estamos en la Gran Obra solos. Porque ninguna representación es mínima ni menos. Porque ninguna interpretación es única ni más. Porque no hay sentido, y eso nos duele, pero compartido nos duele a todos. Y nos entendemos. Y nos acompañamos. Y nos reconocemos. Nada de esto es tan fácil. Nada de esto es tan complicado. Escribirlo, si. Pero ¿cómo leerlo?

Entre tanta pirueta, un tenue brillo. Una especie de chispa sutil e inédita nacía en los ojos de ellas. El niño lo notaba. No lo describía. No quería enclaustrarlo. No podía comunicarlo… con palabras. Ese centelleo estaba allí sólo para él, y él solo lo comprendería. Con éste solo, él se comprendería.

*Y así, sin quererlo ni anticiparlo, había el niño entrado en un mundo nuevo, inusitado, extraño (*the unhomely world*); el de ellas. Mundo en el cual existía una indistinción fundante entre lo oculto y secreto, y lo mostrado y enseñado. Mundo único. Acerca de las ballenas y sus acuarios.*

Aun cuando ya no exista acuario alguno en el cual resguardarse, ellas seguirían estallando las aguas con sus saltos intempestivos.

Saltos al vacío.

Y el acuario ya no estaba.

Siempre estuvieron ellas más allá de su control, más nunca más allá de su acomodación. Y el acuario aparecía en incesantes miradas. Y ellas dentro de los acuarios de las miradas.

Ya desde tan prematuro momento quedaban ellas instauradas como la interioridad más suya, la del niño; y aun así debía éste de acostumbrarse a la extraña sensación de verlas siempre desde afuera.

Tentativas de indagación:

Escenas recuperadas II

Una frase torcida apoyada contra la pared de gastados ladrillos grisáceos. Contra la parte superior de esta. (Pared de gastados ladrillos grisáceos). En un mismo tiempo, pero con distinta intensidad, una farola (por debajo) y la luna (por encima) embisten las palabras constituyentes con un centelleo constante, aunque disimétrico; posibilitando, de este modo, la distinción del nombre propio aquel. Del lugar de la pared.

Nace un sonido, acondicionando el ambiente. Siempre de fondo; proveniente desde adentro. Siempre amortiguado.

La inclinación, lenta pero progresivamente, es disminuida; sutilmente aminorada. Consíguese así la estabilidad y rectitud acostumbrada, la de un renglón cualquiera que, sin embargo, no existe en las paredes de este tipo, o de ningún tipo. Vuelve a encorvarse, empero. (Cant o roll). En el sentido inverso esta nueva vez. Declinación que, paradójicamente, le permite adoptar más fuerza al movimiento, continuo y secuencial, que atrapa los detalles.

La visión de altura, cenital, se agazapa, poco a poco, con cierta ligereza, un tilt, con grácil gentileza, para enfocar, y velozmente abandonar, a la puerta debajo del nombre. Puerta de entrada.

Acompañamiento visual de la prolongación completa de la fila. Iniciada en la custodiada puerta. (Dos custodios sentados; admitiendo, contando, deteniendo). Dilatada línea. (Incluso para la presente hora). Como firme escolta de la extensión, el movimiento. Hasta alcanzar así al grupo de interés, ubicado, aunque sólo a penas, más allá de la mitad del segmento geométrico.

Rápido atisbo, hacia la izquierda, de la consecución procesual. Con instantáneo reingreso al centro del plano, el de las figuras. Al grupo; que es un par.

Dos amigos conversando.

Se reduce, hasta casi desaparecer, el sonido proveniente desde adentro.

Esfumada la música, comienza a oírse el diálogo.

Dos amigos debatiendo, febrilmente. Fraternalmente.

Uno de ellos, el más alto, el de la izquierda; muy seguro de su afirmación:

-… pero es que tiene mejor fotografía que cualquiera…

El otro, apoyado contra la pared, mirándolo ligeramente desde abajo, apenas contrapicado; lo interrumpe sin culpa:

-No es comparación. Andrew Blake conseguía una verdadera y muy honesta composición de los planos. Los contrastes entre sus personajes, principalmente femeninos, se veían sincronizados con las ambientaciones más diversas de las icónicas ciudades europeas. Consiguiendo entonces una mímesis argumental entre la interioridad de ellas, las personajes, sus relaciones interpersonales; y lo exterior, lo de afuera… el todo… más allá de sus partes…

El primero nuevamente, adelantando un paso, siendo entonces, por unos escasos segundos, capturado por la luz transitoria de un automóvil que ya no está; disintiendo respecto al otro con un marcado movimiento cefálico:

-Todo lo que quieras; pero te vas de tema. Las crisis interiores de los personajes, más allá que brillantemente balanceadas… más allá que majestuosamente orquestadas… no alteran la imagen en cuanto a su composición. Podrán enriquecer la construcción de la narración, y proveer de analogías visuales muy poderosas… pero yo te estoy hablando de la fotografía. Y a pesar de que Blake siempre supo capturar en un mismo e incesante cuadro a la alternancia de serenidad y bullicio tan propia de las grandes capitales mundiales, no es para nada comparable con los logros de Adamo. Sus ambientaciones son producto de un verdadero y majestuoso ojo para la cinematografía. La atención y escrupulosidad con que produjo cada una de sus escenas, los objetos presentes en ella, de cerca o de fondo, las posturas hokusaianas de las protagonistas… sus escenas son todas dignas del siglo de oro neerlandés.

Se aproxima, lentamente, muy desenvuelto en su andar, por la dirección austral de la escena, un tercer elemento que sumarse al mencionado par.

El más bajo, mientras tanto, todavía alejado de las luminarias, y sin percibir al recién llegado; se detiene, reflexiona, se decide:

-Tu problema es que estás enamorado con la cinematografía italiana. Tiene su encanto, no te lo voy a negar, pero la industria norteamericana, con mucho mayor presupuesto y un mercado mucho más vasto, supo dar pasos agigantados que es imposible rehuirle. Mirá a Paul Thomas, con él termina el argumento. (*Pausa*). Con él llegan los noventa a su cúspide y termina el argumento.

El tercero, con sumas ansias de ingresar en el debate; asevera resueltamente:

-Te doy la segunda en esta. Y de paso hola… ¿Hace mucho que esperan? ¡Bah! No importa… Lo que sí vale es que P. T. Anderson es el verdadero maestro, el grande de los grandes. Y ya que lo retratás en los noventa, justo el otro día, no, un poco más… hace como dos semanas más o menos, reviví *Boogie Nights*, y todavía no me puedo sacar de la cabeza ese primer plano secuencia. Ya los primeros diez segundos son magistrales… insuperables te diría. (*Con efervescencia*) ¡La puta madre! (*Pausa*) Hasta el punto que me angustia que en nuestra vida cotidiana no tengamos esos ángulos y sucesiones. O la música…

El segundo, separándose ahora de la pared que lo supo sostener hasta hace unos segundos; con calma:

-Tranquilo. Te banco Valen… pero te quisiste meter y te metiste mal. La conversación iba por otro lado… no estábamos hablando de cine… (*Se auto-corrige*)… de ese cine.

Valen, ya posicionado entre sus dos compañeros, justo en el medio y de espaldas a la calle; con aire incierto:

-¿Y de qué estaban hablando entonces? No podés sacar a relucir a Paul Thomas si no es sobre cine. (*Reflexiona brevemente*) A menos que hayan estado discutiendo respecto del campo de los videoclips… con todo el laburo que hizo para Radiohead y eso… pero ahí como no sé no me meto

entonces… (*Nuevo cálculo, también ligero, a su vez*) Igualmente pensé que no se metió en ese terreno hasta ya entrados los dos mil…

La mano del primero se posiciona sobre el hombro derecho de Valen. Éste, el dueño de la mano, lo mira fijo pero comprensivamente, a Valen, al del hombro; al tiempo que agrega, muy serenamente:

-Primero, ya hacía videos hacia fines de los noventa, justo después de *Boogie Nights*. Sólo que ni sus propias madres conocían a esos músicos. (*Pausa*) Pero… aun más importante… seguís sin entender que no estábamos hablando de Paul Thomas Anderson.

Valen, todavía más confundido:

-Pero si apenas llegué fue lo primero que escucho.

El segundo, plácido:

-Sí, pero estábamos discutiendo sobre otro Paul Thomas.

Valen, extendiendo y elevando a un grado superior su desconcierto:

-¿Qué otro hay más que él?

El primero, rotundo y conclusivo:

-Por favor, tampoco la pavada, pensalo por dos segundos al menos. (*Enumera con los dedos*) *Justine, The Masseuse* y, obviamente, *The New Devil in Miss Jones.*

Valen, ingresando, ahora sí, al debate en cuestión:

-Aaahhh, ya capto…. Perdón. Me pasó por apurado nomás. (*Pausa*). Entonces no los interrumpo más, prosigan… (*Pausa*). Aunque ahora que lo pienso, *Boogie Nights* no estaba taaan lejos… aunque haya sido de pura casualidad… (*Pausa*). Perdón… fue la última… me callo…

El tercero, juntando dos dedos a pleno vuelo, recorre la longitud de sus labios, representando mímicamente el gesto del auto-*clauditis*.

El segundo, aceptando cordialmente, con un breve guiño, la disculpa; agrega:

-No tan lejos, ni tan cerca… dos expresiones artísticas disímiles y con personalidades bien propias… Por otro lado, no creo que la discusión dé para mucho más… es más… creo que ya está bastante cerrada para mi gusto. (*Pausa*). Cuando se llega al punto de jugar cartas fuertes como lo es Paul Thomas no resta mucho más por hacer. O se acepta la derrota, con elegancia, o se aprisiona uno nuevamente en los clásicos. Y con esto me refiero a volver otra vez a Damiano y a la original Señorita Jones. (*Pausa*). Pero ese es otro juego. Ya no sirve la misma baraja. (*Pausa*). Es Morphy vs. Allies en la Ópera de París.

El primero se aferra a algo interior. Dice, con la expresión que manifiesta un pensamiento ya bien acondicionado:

-Un clásico es un clásico.

Veloz percato de las miradas ajenas. De Dos y de Tres.

Continúa Uno:

-Es un terreno verdaderamente pantanoso este. Piénsenlo por un momento mientras vagabundeo en un plano reflexivo… Creo que podríamos aceptar que hay todo un primer grupo conformado por quienes los consideran, a los clásicos me refiero, obviamente, como los grandes de los grandes… pero en desgracia, venidos a menos… lo mejor de su momento, sin duda alguna, pero incapaces de competir con lo actual… Incluso llegan a lamentarse, los de esta categoría, o grupo, fantaseando con lo que podrían haber alcanzado con los nuevos avances, las nuevas tecnologías… nuevas visiones… pero todo ilusorio… excesivamente hipotético e imposible… realmente lastima pensar así…

Las miradas, si bien atentas, no dan muestra de sorpresa. Los oídos no oyen nada nuevo, ni diferente.

El primero prosigue, determinado:

-Mientras que, en el extremo opuesto, un segundo grupo sólo se aferra a ellos por un dejo de factor nostálgico, y se cierran herméticamente en la creencia de que el factor mismo que los engrandece es el hecho de haber conseguido, en su propio tiempo, lo que nadie, o casi nadie más,

pudo. (*Pausa*). Son los mejores porque refulgieron en su época y algo de su brillo todavía nos llega al día de hoy… aunque sea por medio de las copias e imitaciones, los hurtos y los tributos; que no son más que toda una misma cosa…

El segundo, visto desde arriba por el primero, bien picado, mantiene una expresión tan socarrona como se vislumbra desde el punto de vista de Valen. La opacidad del ambiente lo alcanza en igual medida que a sus compañeros, salvo, de vez en cuando, y ocasionado por la apertura del ángulo de su posición, cuando es alcanzado por los faroles de algún trasporte que esporádicamente pasa por allí. Este es el caso. Y ya pasó.

Mientras se lo observa entrecerrar sus ojos hasta casi cerrarlos, tanto desde un poco más arriba (Uno) como desde una altura similar (Tres), el segundo comenta; mordaz:

-Y vos seguro que no te posicionas en ninguno de estos grupos.

El primero, con aire de respuesta ensayada, con cierta pretensión de disimulo:

-Yo creo que los verdaderos clásicos lo siguen siendo mucho después de la época que los vio nacer. Mayor o menor tecnología… en realidad mejor o peor… son obras maestras que no envejecen, ni se deterioran. Compáralos con las nuevas obras si querés… no sólo compiten, sino que a muchas… hasta a la mayoría te diría… las avasallan… Eso es lo que los convierte en verdaderos clásicos… no el ser creadores de clichés ni nada…

Valen, sin cerciorarse de la interrupción que genera:

-Aun así, mucho de lo actual los supera, porque nos paramos ya sobre otro paradigma o dentro de otro programa… y no es un desmerecer o menospreciar… pero es un lenguaje completamente distinto. Y en tanto lenguaje… dinámico y en constante avance. Sino desfallece, se muere.

El primero:

-Sobre otro paradigma decís vos. (*Pausa*). Yo digo sobre sus hombros. De estos gigantes. Sobre ellos nos paramos para poder llegar a pretender mirar un poco más lejos, un poco más claro… y un poco mejor.

Valen, comprensivo, requisando los ánimos y posiciones de los demás, formando todavía su propia perspectiva, ya que todo esto no era más que un constante encuentro, choque y, por momentos, coalición, de perspectivas:

-¿Y qué decir de lo actual entonces? ¿De lo contemporáneo?

El primero, sólo ahora cerciorándose de su entero no-avanzar desde hace rato. Observando que sus congéneres tampoco habían movido músculo alguno de su tren inferior, salvo para descansar un poco alguna pierna, vertiendo su peso corporal sobre la otra. Se decide y diserta:

-No son lo mismo. Thomas, Blake, Adamo, indistintamente de quién supere a quién en esta u otra cosa… todos ellos fueron contemporáneos… supieron qué capturar y cómo hacerlo con una mirada extraña, porque siempre lo es, y a su vez necesaria, al menos así vista en retrospectiva…. Actual pudo haber sido cualquiera con una Super Ocho, entonces; o con los celulares de hoy, ahora. (*Se detiene, vacila, continúa*). Yo, sin embargo, me auto-califico y auto-nomino como nostálgico insalvable… no de esos pertenecientes al segundo grupo pero aun así… Y detesto que hoy en día se vayan perdiendo los argumentos e historias de antaño… extraño a esos grandes relatos.

Valen:

-¿Considerás que están perdidos?

Uno:

-Sé de muy buena fuente que ya están muertos y bien enterrados. Casi dos metros por debajo del suelo…. No hay que estar muy lúcido ni tan demente como para darnos cuenta que nosotros mismos los hemos asesinado.

Dos, inquisitivo, sin ningún vestigio de jactancia en su tonalidad:

-¿Y por qué lo habríamos realizado según vos?

Uno, entrando ya en calor, sin elongación alguna requerida:

-Por el frenesí que atosiga nuestras vidas, nuestra entera existencia, nuestras relaciones dentro de la misma… Siempre en apuro, siempre tarde, siempre más… no nos alcanza, no nos contentamos

con la seguridad de las antiguas tramas. Ya no tenemos dos horas que dedicarle. Ni cien minutos al menos. Buscamos lo veloz, lo fugaz, lo fortuito, lo cambiante… saltamos de un hipervínculo a otro, de una situación a otra… el maestro y su estudiante, la madrastra o hermanastra y el protagonista…

Sin discordar del todo, sólo con ánimo de perseguir una exploración imprecisa, el segundo de ellos pronuncia:

-Pero también ganan en realidad, son más crudos… grito, sudor y lágrimas… u otras secreciones.

El primero, con buen y marcado ritmo fijo, sin descanso alguno:

-No te lo niego, y hay quienes así lo prefieren. (*Pausa*). Pero en mi caso particular, de nostálgico confeso, abnegado incluso, no constituyen más que un nuevo desencantamiento que no estoy dispuesto a afrontar, mucho menos festejar.

Valen, reingresando al debate; más convencido que antes, expresa con seguridad:

-Tenés que al menos aceptar que es atractivo, inquietante incluso, ese interpretarse sin guión alguno… ni aparente… Sólo se les presenta a los sujetos un campo situacional y con este, toda una trama de fuerzas y relaciones, condicionamientos y estructuraciones… según la posición relativa de cada participante… pero se improvisa el resto… Se arriesgan incluso, si sus contingencias así lo conforman, a apostar por ciertos márgenes de libertad ahora presentes, ahora abiertos y aprovechados… a cruzar por el punto de fuga hacia un enteramente nuevo abanico de posibilidades… Creo que esto también es valorable, aunque a veces las mismas libertades sean funcionales y provistas por la situación originaria…

El primero, completamente negado:

-Yo sigo y seguiré prefiriendo las comodidades del libreto fijo. Serán frases y diálogos hechos y rehechos, estereotipados y venidos de afuera… impuestos desde afuera… por el guionista que sea… sea quien sea este… pero al menos disfruta uno del goce de esa seguridad… la consistencia, la fe y… la certidumbre… de que siempre habrá un inicio que anteceda al desarrollo, al de la trama, y ésta a su

vez estará seguida, en todos sus casos, por un desenlace… uno feliz. La tranquilidad surge de esas certezas.

Valen, confrontándolo, pero siempre con un cejo jovial, gaya manera de proceder; propone:

-Ahora también los hay… formatos argumentales… sólo que sin tanto decorado de fondo… escenarios versátiles…

El primero, definitivo:

-¿Y qué pasa con quienes favorecemos y preferimos a los viejos escenarios? Los inmutables, los siempre firmes.

Valen, aun más festivo que antes:

-¡Con esa actitud te terminás confinando y retrotrayendo a los círculos del vodevil!

El primero, dogmático:

-¡Siempre mejor las viejas a las nuevas tablas!

Recorrido pausado por las expresiones de los tres interlocutores. Track. Bien de cerca, sólo sus rostros, algunos rasgos de los mismos. Observación del detalle. Para cada uno un encuadre, particular. Primerísimos planos.

El primero, finalizada su homilía, enseña sutilmente algunos pocos dientes de su mitad derecha. Inicio o culminación de una sonrisa afable.

El segundo, de momento turbio por la ausencia de autos y faroles, con aspecto serio, se mece hacia adelante hacia atrás, posiblemente sobre sus talones, que no se ven.

Valen, su sonrisa, el flequillo volcado hacia la izquierda, sus ojos verdes de mirada abstraída.

Los tres estáticos ante una procesión que no avanza.

***

El auto que acaba de detenerse. Junto a otro auto, ya estacionado. Doble fila. Distinta a la anterior.

Una conversación dentro del vehículo, apenas perceptible, algunas escasas palabras. Sobre todo, ruidos provenientes del tránsito circundante, las múltiples conversaciones, la música amortiguada.

Un precio, un vuelto, un gracias. De nada. Mucha suerte. A vos.

La rueda trasera, percutida; todavía paralizada. El sonido, bien distinguido, de una puerta en movimiento. En ángulo, en el vértice, superior derecho; su grácil percepción. Apertura y consecuente cerrazón. Y un par de zapatos negros de tacón, recién aparecidos, recién bajados, que se atraviesan por la imagen de fondo, la del neumático gastado.

Constante y seguro avanzar de los zapatos, sus pies dentro. De la persona que los calza, aunque sin vérsela del todo. Sólo sus pies, sus zapatos.

Entre el avance, lateral; breve nadir, extremo inferior. Ahora en contrapicado. Posibilidad de observación, sólo transitoriamente, del contorno superior; una nariz punteada, una cabellera rala e inextensa, pero también unos jeans oscuros y una remera blanca. Vuelta al perfil, el de los pies, abriéndose camino junto a la fila. Reconociéndose de fondo, toda una amplia gama de diversos calzados; sus colores estilos tamaños. Y el fin de su marcha. Detención ante dos pares de otros pies, y sus calzados. También ambos con cierta elevación en el talón.

Subida la visión, tres nuevos rostros, de mujeres. A su lado, centímetros de separación apenas, y hacia la derecha, tres rostros conocidos. (No para las mujeres. No aun).

Los seis estáticos ante una procesión que no avanza. Una fila detenida.

***

Treinta minutos después. Según la edición.

Repaso cenital, en movimiento cauto, sobre la hilera atascada. Sólo hasta el medio, o centro (de interés).

Aminora, una vez más, la música de dentro.

Perfil. La imagen completa, general, de la joven - sus zapatos negros – conversando con Valen. Unos pasos más al fondo, todavía dentro de la escena, y el foco, Uno y Dos, dialogando con una de las amigas – de la mencionada joven, sus zapatos -. Dos gesticula exageradamente con sus manos, acaparando enteramente una discusión inaudible. Una tercera joven, periférica al extendido grupo, no rescata ninguna de las pláticas, sino que construye una propia, a distancia (física), por medio de su celular.

La melodía disminuye aun más.

Los rostros enfrentados, de Valen y la joven. Una proximidad que empaña. Escorzo. El flequillo volcado hacia la izquierda, la sonrisa, dos ojos verdes. Mirada concentrada.

-… ahora no podría ni tan siquiera imaginarme en un laburo que me demandara un código de vestimenta; trajes y corbatas… una prisión cotidiana, una horca a la moda… pero así de cerca estuve. Y sin embargo, tomame por caso. Porque es típico… demasiado usual. Embestir una carrera segura, sea una profesión liberal o no, sólo por el resguardo.

Contra-escorzo. Sonrisa nueva, distinta; sutil y picaresca. Verdes ojos, también nuevos, también diferentes. Sin flequillo; recogimiento, hacia atrás, alguna hebilla tal vez. Pecas, muy pocas, a cada lado.

-Un salto de fe.

-Precisamente. Aunque no sé de fe a qué.

Ella, dubitando:

-… Al Destino.

Él, veloz, sin pensárselo demasiado:

-El destino está al final y el salto no llega tan lejos. Me figuro una fe más reservada… A uno mismo quizá.

-Yo igualmente me refería a…

-Ya sé. Pero siendo que te dije, hace unos minutos, que estoy en el Profesorado de Filosofía, preferiría no contaminar una buena charla en discusiones teóricas sobre este tipo de ideas.

-¿Si no crees en el Destino en qué crees entonces?... Porque de seguro que en…

-De en serio… creo en evitar el tema… sino termino sonando un tanto soberbio y… escéptico incluso, y no es para nada mi intención… no ahora… no al menos…

-Está bien, no insisto más entonces… Pero si recordaras bien las reglas no tendrías que sonar así… como vos decís…

-Uno nunca inventa todo de la nada, todo diferente… se requieren algunos sostenes, ciertas apoyaturas… sino es más difícil… es la regla número dos de las buenas estrategias para jugar.

-¿Y cuál es la número uno?

-La memoria… Es imprescindible recordarlo todo y recordarlo bien. Lo dicho y lo no dicho. Los detalles mínimos, su lugar, su continuación. Sino se corre el riesgo de quedar al descubierto… cuando uno no quiere ni busca ser encontrado…

-Siento que esta no es la primera vez que haces esto… que no fue una ocurrencia inspirada como la vendiste recién.

-Voy improvisando a cada paso… pero como dije, siempre hay que tener algo sobre qué sostenerse… Puede ser que el juego haya iniciado aun antes de que lo haya propuesto hace tan sólo un rato… En mi cabeza al menos… sin darme yo mismo cuenta de…

-¡Dios!... Te sienta bien el Profesorado de Filosofía…. Si…

-De ahí la regla número tres del repertorio.

-¿Qué es…?

-Más tarde… dejámela ensayar un poco más para que no la escupa de una… sino seguís pensando que no es mi primera vez en esto, como efectivamente lo es.

-¿Entonces?

Él, bien entrado en personaje:

-Entonces sucede que, como te comentaba, todo fue culpa de los libros. ¿Podés imaginarte que llegué a terminar el secundario sin agarrar más libros que los exclusivamente obligatorios? Y eso que no pasaban de algún que otro cuentito nunca mayor a un par de carillas… un tal Borges, un tal Bradbury, algunos de ese tal Lucas… Y nada más que eso…

Ella, iniciando su personal caracterización:

-Imaginármelo no puedo, pero hagamos de cuenta que sí, que lo hago, que trago el verso y que me comentás como fue ese inicio… el serio… respecto a los libros…

Él, una leve pausa, toma aire; con marcado carisma:

-Pues resulta que me encontraba inocentemente en un aquelarre de aquellos…

-Perdón, ¿un qué?

-Una reunión… *a simple gathering between friends*... entre amigos cercanos… cuando me fue sugerido, así de la nada, aunque no sé si sugerido, mejor casi obligado… *compulsory* sería una buena palabra o *mandatory*… no estoy seguro de si tienen una traducción más cercana y certera… Pero en fin, obligación o sugerencia, se me propuso el camino literario como senda por transitar, y así fue como quedé enteramente atrapado en el camino…

Ella, sugerente:

-¿Me imagino que entonces tendrás bien presente cual fue ese libro, el del puntapié inicial, el primer casillero una vez arrojado los dados?

Él, sin vacilar:

-Kafka. Y fue enteramente azarosa su elección. Uno del montón… de entre los volúmenes de una repisa familiar….

Ella, una provocación:

-O quizá el Destino. Pero bueno… ya que querés que no nos metamos en ese tema… (*Espera una respuesta que nunca llega*) Seguimos entonces… ¿y cómo fue que la literatura devino en filosofía?

Él, una vertiente:

-Es que ese tipo de lecturas se prestan para ambas, distintas pero parecidas… o una dentro de la otra… no sé… Igualmente, de momento me encuentro estudiando ambas…

Ella, con suspenso:

-¿Cómo es eso?

-Fácil. Primero arranqué con Filo, y sucede que ya por ese entonces me sentía bastante apurado porque creía que había perdido un año entero… cuando en verdad nunca es realmente una pérdida, ni completa ni de nada… más cuando ese año también leía, de todo… más demasiado que suficiente… Pero bueno, en resumen, estaba con bastante prisa apenas ingresado al Profesorado… y fue gracias a ese apuro interior y auto-exigido que me mandé a cursar muchas materias, ¡muchas!, hasta casi decirte que rápidamente recuperé ese año, si tal cosa fuera posible… o incluso deseable… pero al punto que, después de tres cuatrimestres, cuando pude aminorar un poco la marcha, más que nada porque las correlatividades me lo exigían, me encontré con mucho tiempo libre que no sabía aprovechar más que leyendo… o viendo películas… hasta que un día… entre unas y otras… me pareció interesante probar con cursar alguna materia que me permita complejizar mi mirada sobre estas pasiones… y como en el profesorado daban el título de Lengua y Literatura me anoté a cursar Teoría Literaria…

-¿Y?

-Y ya nunca pude parar. Ahora estoy por terminar Filo y por la mitad de Lengua. Pero… (*Pausa, reflexiona*)… pero ya me cansé de hablar yo… y me imagino que vos tendrás algo por contar… si te encontraste alguna vez con ese impulso que una vez reconocido te sabías enteramente perdida, sin más salida que esa… o algo por el estilo…

Del escorzo, poco a poco al frente – bien frontal -. Los ojos, determinados. Un presentarse de centelleo sin nombre… sin entenderse tampoco su por qué.

-Por el estilo no. Igual, tampoco… sino mío, y por eso distinto. Sin salto de fe, ni nuevos encuentros, ni tierras desconocidas… pero también libros… muchos de ellos, e infinidad de

películas. No quisiera caer en una burda explicación psicoanalítica o psicológica de cualquier tipo, esa literatura no me llama. Pero las lecturas que sí me llaman son las infantiles. Desde siempre. Desde que mi hermana mayor me leía antes de ir a la cama, desde que me enseñó a leer sola y desde siempre en general.

-¿Qué tipos de cuentos infantiles?

-Todos. Todos y cada uno de ellos.

-¿Pero si tuvieras que ser un poco más precisa?

-Si lo tuviera que ser, y no sé por qué lo tendría, ya que yo elijo cuando amerita un nivel de mayor precisión, te diría… elegiría los que transforman una situación usual, y por tanto cómoda, para revestirla con un nuevo sentido… uno que concentre nuevas sensaciones e ideas… No sé si me entendés, ni si quisiera precisar más que eso…

-Yo tampoco creo que haga falta, en caso de que me lo preguntes.

-Y no veo por qué debería, ya que vamos al caso. ¿O acaso seguimos necesitando de una aprobación masculina para…?

Él, tranquilo:

-Para nada, acordate lo de Filosofía… leí a Segato, a Butler, y demás… Preciado también… claro…

Ella, siempre serena:

-Veo que hiciste tu tarea…

Él, insiste:

-Regla número tres, pero no importa, seguime comentando sobre tus estudios porque me tenés cautivado con la historia…

Ella, continúa su caracterización:

-¿Y quién dijo que eso es lo que estudio? Si de lo que estábamos hablando era de pasiones. Y la mía es esa.

Él, sosegándose:

-Tenés toda la razón… error mío…

Ella, su carisma:

-Igualmente también lo supe convertir en una vía de estudio, porque mi otro gran amor, aparte de los libros de cuentos, son las películas animadas… También desde siempre… y desde entonces estudio para poder convertir mis historias en relatos fílmicos… Animados, claro está…

Él, sin ironía o sardonia alguna; agrega:

-¡Wau! Ahora sí. Hasta te diría que te tengo un poco de envidia... Mucha envidia en realidad… Ese es un verdadero arte el que elegiste… No sólo el de creación sino también el de poder plasmarlo y lanzarlo al mundo… Yo no… ¡Bah!... A mí también me enloquecen las películas animadas. ¿Cuáles son tus favoritas?

-Los animé sin lugar a duda… (*Anticipando una pregunta que se presiente*). Tal vez porque los conocí de mayor y fue una cachetada renovadora a lo que ya se me había conformado como fórmulas inevitables… Como lo fue ver por primera vez el Castillo Vagabundo o la Princesa Mononoke.

Inquisitivo:

-¿Y sólo te reducís al estudio Ghibli cuando hablás de animé o exploraste otros directores además de Miyasaki y Takahata?

Sin pausa:

-Indagué en otros pero siempre vuelvo a los grandes…

Probando:

-Mi mayor amor hacia ese cine, o uno de ellos al menos, siempre fue la música. Quisiera que algún momento de mi vida pudiera estar a la altura de una tonada de Hisaishi. Revestir una situación significativa con la sonoridad adecuada. Creo que con eso me sentiría realizado del todo…

Ella, regresando:

-Perdón ¿quién?

Él, ligeramente altanero:

-Mmmm… no deberías ni preguntarlo… pero ya que lo hacés, es uno de los más importantes compositores de Ghibli… y del cine en general…

Ella, filosa:

-No veo por qué debería saberlo… ahora sí estás sonando un tanto soberbio y no te queda para nada bien el papel…

Recapacitando ágilmente; con honestidad, Él:

-Tenés razón. Y me disculpo. Pero es la regla tres: nunca te metas en un tópico que no domines del todo, tenés que poder salir de cualquier repregunta o encrucijada que te presenten… o sino entrar de lleno en la regla cuatro.

Levemente mordaz:

-¿Qué es…?

-Una vez en juego, siempre seguí mintiendo… con todo el convencimiento que tengas…

-Aun así creo que venía bastante bien, por más que no llegue hasta el nombre de los creadores de bandas sonoras… ¿Quién completa toda la lista de los créditos?

-No, por supuesto. Venías brillante.

Un tanto incisiva:

-No hacen falta halagos exagerados, o condescendencia alguna… tampoco te quedan bien.

Él, disculpándose:

-Perdón, no era la inten…

Ella, anticipando:

-Sí, ya se… Pero bueno… (*Pausa*) ¿Y cómo sigue ahora el juego?

***

Una vuelta, temporal, a la escena salteada. Flashback a los perdidos minutos pretéritos.

Un cuadro, desde otro ángulo. Desde los verdes ojos que miran a Valen. Subjetivo. Una expresión mezcla de intriga y seguridad. Una sonrisa que deja el paso a una frase.

-La idea es que, en vez de recaer en el usual papel de tener que presentarnos con ese guión cuasi-pautado de marketing personal… esa historia ya archi-ensayada sobre quien creemos que somos y qué hacemos con este ser, sobre quien nos mentimos que somos hasta ya (casi) convencernos de eso… Nos conozcamos mediante un juego mucho más arriesgado y difícil.

Revés. Semi-subjetivo.

-¿Y de qué juego estaríamos hablando?

-¿Estás lista?, mirá que se me va ocurriendo al pasar y por lo tanto voy a necesitar de tu asistencia para ajustar lo que queda flojo.

-Y dale, decime… ¿o todavía lo estás pensando?

-Algo, pero… en fin… el juego consiste en que, de acá hasta que entremos, tarde lo que nos tarde, solamente nos intercambiemos mentiras.

Ella, indagando con cierta intriga:

-¿Y cómo funciona eso? ¿Querés que te diga que el cielo es violeta o que nací en Inglaterra…?

-Más del segundo tipo que del primero… y si querés ya lo tomamos como un primer movimiento tuyo, el de tu extranjería… pero lo que estaría pensando es más un diálogo en que nos conozcamos a partir de lo que podamos inventarnos respecto a nosotros mismos, con la total consciencia de su carácter inventivo, falsionario, sobre uno y el otro…

-Creo que entiendo.

-Entonces no sería tanto un decir que Truman Capote es el presidente de Argentina, sino más bien presentarnos con otro nombre y profesión, o intereses personales, hobbies, o lo que nos surja en el momento.

Ella, su sonrisa:

-No sé cuál sería el sentido de todo eso. Porque no creo que nos sirva para saber más sobre el otro.

-Nadie sabe lo que pueden las mentiras. Que nunca son del todo, y algo nos enconden… o escondemos dentro de ellas.

Ella, su encanto:

-Sigo sin creer del todo en la efectividad del método; pero, dado que la fila no parecería avanzar más… (*Cambio de registro*) ¡Un gusto! Me llamo Victoria.

Él, su rápida respuesta:

-Encantado. (*Probando*) Y ya que mi nombre comienza igual, ¿te molestaría llamarme simplemente V…? Para evitar las confusiones.

-Para nada. V… te queda bien…

La rápida alternación de primerísimos planos habilita a la observación de una primera correspondencia entre miradas testigo y sonrisas cómplices. Entre ambos.

***

-Bueno, ¿y cómo sigue ahora el juego?

Primer paso, de Uno y Dos y su interlocutora. Un avance que toma inercia.

Victoria y V… perciben la marea. Se suman. Son uno más en el movimiento. El perfil se ve obligado a retroceder. Sigue a las figuras, de ambos, por la espalda. Las figuras, de ambos, que caminan a la par. Ella a la izquierda, lado de la pared. Él del lado limitante con la calle del tránsito, a su derecha, la de Ella.

Si por cuarenta minutos, o lo que así se sintió, la fila permaneció totalmente inmóvil; ahora, momento actual, no sabía detenerse.

Tenue giro hacia la derecha. Hacia abajo y a la derecha. Para ver en lo alto a V… con opaca satisfacción.

-Regla cuatro… hasta la puerta…

***

Con un vaso de cristal en su mano, allí estaba V…, parado. La música, nítida y clara, proveniente del tocadiscos (conectado allí gracias a una extensión de cableado), se oía en todo el jardín. Se oía en varios jardines, en ambas direcciones.

V… se encontraba allí parado, en el jardín de frente a su casa, alguna casa; con un vaso de cristal lleno en su mano, y la música sonando de fondo. En soledad. Se encontraba. O quería hacerlo.

Nada mostraba el aspecto que había relucido antaño, adentro. No porque ahora se encontraran exhibidas afuera; sino debido a que, por primera vez, estaban expuestas, sin disfraz ni ambage alguno. Y se sentían distintas, incluso extrañas, porque no recordaban cómo eran antes. O porque querían olvidarlo pero no sabían cómo mostrarse ahora, desaparecido el velo.

Pero las cosas eran cosas. Quizá siempre lo fueran.

Y V… era, eran…

De cuando en cuando un automóvil reducía su marcha y los ocupantes miraban, más ninguno se detenía. V… no podía estar seguro de sus juicios, ni de si valía la pena pensar en juicios siquiera… de momento ocupaba todo su pensar en procesos… o al menos en uno.

Probablemente él tampoco se hubiera detenido. Si venía al caso. Su caso.

Ahora él mismo se había detenido. Sin ayuda, y sin haber sido calumniado tampoco. Él solo. En su patio.

Repasando los contenidos de las cajas, desparramadas por doquier; se detuvo en dos o tres de las correspondientes a sus libros, los de la repisa del cuarto propio. Los demás no venían ahora. Era como todo lo demás. Una de esas cosas.

En soledad, porque la joven ya se había ido. Vino acompañada y se fue igual y V… seguía allí parado, en el jardín de frente a la casa.

No conversaron mucho, no realmente. Apenas sí intercambiaron una o dos indicaciones ya perdidas y disipadas en plena huida. Pero los escenarios posibles, creados todos a pleno vuelo, al revoloteo apresurado, permanecían. Los fantasmas. De esos escenarios. Persistían.

Todo se iba, más no todo estaba a la venta. Desaparecían. Pero dejaban marcas. Y V… necesitaba de esas marcas. Por alguna sinrazón.

Tomaba un nuevo sorbo del cálido whisky y detectaba, en el reflejo del cristal, alguna de esas marcas.

Persistía en soledad. Pero en una suya, acompañada, por sí mismos.

La pareja se había ya ido, pero el baile continuaba.

V… volcó sobre el césped el contenido de las cajas anteriores. Las de los libros aquellos. Y los acomodó delicadamente sobre el espacio que supo ocupar el escritorio, ya vendido. Tomó uno de ellos entre sus manos, y se sentó en el rumiado y remilgado sofá, a hojearlo por arriba.

Poco duró el ejercicio. Hasta que sintió la presencia de un espejo de imágenes distorsionadas frente a sí. No lo vio, ni se vio, pero lo supo allí. Y detuvo su lectura para solo – o no tanto -, así, empezar a conversar. Con el pasado.

"¿Por qué no bailan?" quiso preguntar entonces; pero entendió que ellos no oían la música. No supieron escucharla. Y a simple vista parecían formar parte de ese numeroso grupo de personas que jamás bailan sin música sonando en el ambiente.

Ellos no oían la música, quiso creerse. Se encontró pensando. Justificando.

Consolándose.

"¿Por qué no jugamos entonces?" se reconoció diciendo. Sin hablar. En la tierra de nunca.

***

Las dos siluetas seguían adelantando, la una junto a la otra. Un haz lumínico les chocaba de frente, y desde arriba, proyectándose así un delgado sombreado a partir de ellas y hacia atrás, y hacia abajo. Adentrándose éste, de forma indistinguible, en la opacidad nocturna.

Más adelante, a la derecha, Uno. Dos aun más allá.

A la izquierda, ya avanzadas, las dos amigas.

La fila era escindida y duplicada, una y su contraparte. Segmentación genérica con prioridad de paso, por la siniestra.

De perfil, nuevamente, con ligero corrimiento de pocos grados, se destacaban las expresiones de Victoria y V….

Victoria, inquisitiva:

-¿Qué pasa? ¿Triste que se termina el juego?

V…, para-sí, pensativo:

-La verdad es que no pensé que llegaría a durar tanto.

-Ni nadie de los aquí presentes pensó que la fila duraría tanto.

-De eso seguro… siento que hasta tuvimos el tiempo suficiente para concertar una comunidad… una en que la columna de personas se dirige al interior de la casa en vez de hacia afuera…

-No te entiendo…

-No importa, era una idea al pasar… nada importante…

A nivel del suelo, un nuevo paso hacia la puerta, para él. Tres para ella. La asimetría comenzaba a surgir. Las voces, con cierta discreción aun, se elevaban un poco más.

Ante una incipiente detención, Victoria vuelve su mirada, airosa y cálida:

-Con todo el tiempo invertido en esta formación no sé cuanto restará una vez que estemos adentro.

V…, quien se encontraba avistando sus no-pasos, levanta el semblante, se muestra todavía reflexivo:

-Con lo tarde que se hizo, casi que ni sé si quiero entrar ahora…

-Después de tanta espera me decís que te vas a ir a dormir ahora…

-Puede ser… durante mucho tiempo me acosté temprano…

-¿Y el juego?

-El juego era hasta la puerta.

Un paso adelante de su parte, la de él. Casi a la par.

Victoria, divertida, ingeniosa, con entonación teatral:

-Entonces, considerando que nuestro encuentro lúdico está por culminar o, al menos así sucede la mayoría de nuestras veces, es momento de que por fin revele mi verdadera identidad.

V…, apresurándose:

-Hey… las reglas son las reglas… hasta la puerta dijimos… (*Inspeccionando, con duda*) ¿Nuestras veces dijiste?

Victoria, sonriendo aun más, por debajo de las pecas:

-Precisamente, por eso es esencial que me presente, ahora sí, otra vez, con mayor seriedad, ya que lo no dicho hasta el momento es que soy una viajera en el tiempo… del futuro quiero decir…

V…, completamente sorprendido, fingiendo velozmente una seriedad que no completa del todo:

-Entiendo, ¿y qué te trae a este instante, a esta temporalidad?

-Eso es justamente lo interesante. Lo más entuciasmante, si quisiera inventar una palabra para la ocasión, como haría la no tan pequeña Alicia probablemente, siguiendo el consejo del huevo... Pero lo más atractivo decía, es que, precisamente, estos viajes, los míos, ni son fruto de una decisión enteramente racional ni forman parte de una misión del todo planificada. Sino que, simplemente, acontecen… y tengo que ir descubriendo su posible motivo una vez ya arribada… quizá por eso el juego me intrigó tanto…

-¿Y dedujiste algo hasta el momento? ¿Alguna pista o señal?

-No aun, pero siento una fuerza de oleaje que me empuja hacia adentro… tarde lo que se tarde… por eso persistí en la fila… por eso me sorprendió que te vayas temprano a la cama… pues…

-Sin embargo, siendo que viajas por el tiempo, me es difícil pensar que no lo sepas ya, pero un hombre que duerme tiene, en círculo a su alrededor, el hilo de todas las horas, el orden de los años todos y de los mundos a su vez… Esa es mi forma personal de viajar… Y necesito de cierto dormir, para poder entonces despertar…

Dos nuevos pasos para ella, quien los ejecuta en retroceso, arriada por la comunidad, ya que la conversación amerita su atención toda.

Victoria, indagando:

-¿Acaso también sos un viajero temporal?

V…, sin detenerse a deliberar:

-Uno distinto, quizá único en mi clase… no lo sé… siempre fuimos pocos…. Viajeros que no esperan que el azar les envíe una taza de té con bizcochos, ni se constriñen un confinamiento del otro lado del muelle, esperando, año a año, el retroceso de un futuro orgiástico que habita en la luz verde de unos faros… como los tuyos…

-¿Qué tipo de viaje realizas entonces?

-El imprescindible… el ineludible… viaje de hoy… al presente. Un verdadero desplazamiento único, sin moverse, salvo en donde cuenta, en la consciencia del momento, en el ardor de las entrañas. Ver lo conocido con las viejas miradas y encontrar lo insólito, lo insondable… con ojos de un color nuevo… un poco como en tus cuentos de infancia…

-¿Y así viajaste ahora? A (*Pausa mínima*) ahora.

-Sólo cuando te revelaste.

Victoria quisiera responder. Parecería querer hacerlo, pero la línea progresa. En lugar de hablar, sonríe; una vez más. Una última vez, distinta a sus sonrisas anteriores, compartiendo para con V…

un rasgo tan característico como indescriptible. Una de sus amistades le golpea el codo, y se vuelve hacia el frente, para constatar que ya estaba en el umbral limítrofe. Ingresa sin mirar atrás. Ni un instante. Sólo por un segundo, y ocasionado por cierta curvatura arquitectónica, V… logra capturar un último brillo del ojo verde. Sólo de uno. Su luz del otro lado del muelle.

La fila de la diestra permanece inactiva.

De perfil, se los repasa rápidamente. Pan. Tres, Uno, Dos. De la mirada general al plano picado, y hacia atrás, pull, y hacia más arriba, crane.

Cuando no se desea que las propias palabras sean las últimas, no se las pronuncia.

Apertura hacia una incógnita. De momento.

***

El jardín permanecía. Más vacío, abandonado. Por todo excepto por V…. Aun parado. Permaneciendo.

El vaso de cristal hacía tiempo que se había ido. Destino similar encontró el tocadiscos. Sin que nadie hubiera para precisar desde cuándo.

Los libros, frases en el viento. Sólo unas palabras. Sin papel ni materialidad alguna.

V… observa a su alrededor con cierto detenimiento. No oye sonido alguno. En el ocaso del día, algunas sombras conocidas se arriman a saludar. V… introduce ambas manos en sus bolsillos, sin buscar nada en particular, habiendo nada por encontrar. Y entonces, un tintineo. Ahí la sorpresa.

Un metálico choque. Frío el roce. Unas llaves. ¿Eran suyas?

Eran.

¿Y ahora?

Seguían.

V… recupera el instrumento de cerrajería. Su mano derecha lo sostiene. Sus ojos lo examinan con pasmada inquietud tortuosa.

V… comienza a recordar el cómo del funcionar del mecanismo. Los fantasmas se acercan hasta casi rasparle lo oídos, y le dictan el paso a paso.

Paso a paso, V…, se aproxima a la que supo ser la puerta de la morada. Apunta. Estira la extremidad, arrima el utensilio a su oquedad primigenia. La que le da fuerza y sentido al objeto.

Tiembla. Se detiene.

No es paranoia, no exactamente. Pero V… se sabe - parado en aquel jardín, con una llave entre sus dedos – completamente inhóspito. Extraño y externo a un cuerpo que supo darle cobijo. A un hogar que supo darle resguardo y certeza.

La casa no estaba tomada. Sino vacía. Deshabitada. Y sin embargo V… no paraba de trepidar ante la innegable certidumbre de que el resquicio aquel escupiría al instrumento. Lo devolvería de un saque, sin reconocerlo. Sin reconocerle.

No. Ya no podía ser su morada. Hacía mucho que V… había partido. Y nunca en verdad había vuelto. No V…. No el que partió.

Diversos y difusos.

Y la llave tampoco era las mismas, ahora que miraba con detenimiento. Con uno mayor.

Desgracia errabunda de sentirse ajeno a su propio camino. Postrimeras aflicciones del soma todo, delirios que se hacen carne, que cortan los nervios los tendones los músculos. *Mono no aware*. Una sensación de vertiente, de abismo. De caída abrupta e irrevocable. De vomitar lo estable que sale hacia fuera quedando sólo dentro… qué de lo quedando aun dentro.

Febril y asfixiante, un nuevo inicio de perpetuo tránsito.

De tienda en tienda, hospitalidad fundante.

De cierto laberinto, desierto.

Sin guías, ni huellas.

Posible medio del descamino.

Sin extremos, finales, destinos.

Reinterpretación desencadenada. Reacción de contra-autoría, como *phármacon* dilemático.

Phronética desandanza. Descalzada.

Sólo para iniciantes.

***

Contrapicado desde la puerta. Uno y Tres enfrentados, misma altura. Dos un poco más retrasado. Más bajo. La luz que cae de lleno, las sombras disparadas hacia el suelo. Una música cada vez más presente, obliga a los amigos a dialogar cada vez más fuerte.

La fila persistió en su quietud por demasiados minutos consecutivos. El amanecer estaba cada vez más próximo, y ya se anunciaba en su claridad cotidiana.

Un rayo que se acerca por el este. Es tiempo de vivir.

Sin abandonar todavía el ángulo, balanceo entre un interlocutor y otro.

La mirada de Dos, sus ojos negro azabache entrecerrados (o entreabiertos), enseñan una actitud de meditación, de incipiente ensimismamiento.

-… aun así… ¡Hey!

V…, simultáneamente distraído (respecto a) y concentrado (en), una cosa y la otra; se sobresalta al recibir un impacto de codo ajeno sobre el dorsal derecho. Atiende.

-¿Qué pasa?

-¿Estás acá?

-Perdón. Me colgué un instante.

Dos muta de papel. Su expresión, ahora radiante, invita a una ambigua ironía.

-¡No me imagino qué estará pasando por esa cabeza tuya en estos momentos!

-No… nada…. Me vino a la mente un cuento que leí hace tiempo… y que nunca entendí del todo…

Dos, un tanto burlonamente:

-¿Y justo ahora se te reveló el sentido esquivo?

V…, sin perder el tono de mesura:

- No. Y eso es lo que me resultó más curioso… Es como si de la nada, sin previo aviso, me pusiera a recordar ese relato en particular… y hace como dos años que lo leí muy al pasar y nunca le di mayor importancia; me gusto, pero hasta ahí… y de repente ahora, acá, me surge en la memoria para imaginármelo… pero como que distinto… como si yo mismo lo estuviera viviendo y reinterpretando… pero mejor lo dejo así… para otro rato, porque todavía no puedo explicarlo mejor.

La sonrisa que vestía Uno, debajo de una sombra de bigote que sólo con la luz matinal se muestra enteramente visible, se borra poco a poco. Sus ojos, pardos, indagan velozmente al ambiente circundante.

-¿Y por qué no?

V…, irresoluto:

-Porque no estoy del todo seguro de que haya terminado, no del todo… aunque tal vez sí por hoy.

Dos, satírico:

-¡De en serio que quedaste dado vuelta!

V…, sin perder tiempo en vacilar:

-Sí, pero no en el sentido que uno esperaría… Sino de adentro hacia afuera… o quizá viceversa…

Dos, memorando cierto tiempo perdido hace unos minutos:

-Y aun así… (*Pausa; duda; espera; se resuelve*)… y aun así hay algo que no me quedó del todo claro, por lo menos en cuanto a tu intención, si es que le apuntamos a la médula del asunto.

-Fue pura improvisación igual, te lo puedo jurar… firmo donde quieras…

-Sí, si… lo del juego puede ser. Yo al menos no te lo había escuchado divagar antes… ni tampoco pude rastrearlo mentalmente, ni en alguna película… u obra en general…

-¿Entonces?

-Entonces, mi duda es… ¿por qué propusiste la premisa de mentir a toda costa cuando todo lo que contaste es tal cual te pasó? (*Pausa necesaria*) ¿Por qué dijiste siempre la verdad?

La suma de los esporádicos pasos había culminado en el ansiado punto culmine del segmento. La infinita línea mutaba así en segmento para los personajes.

Uno y Tres, Dos unos centímetros atrás, ya eran los siguientes en ingresar al recinto.

V…, sin que dicha proximidad lo disperse, contesta:

-La verdad, y ya me da gracia arrancar así… es que no sé, lo sentí mejor así…. Todavía me cuesta escucharme diciéndolo… más cuando para la mayoría sigo siendo un estudiante de Derecho… Es como si necesitara exponerme paulatinamente… seguir ensayándome a mí mismo, de a poco…. Y el juego permitía una buena coartada.

Uno, retribuyendo la honestidad:

-Te entiendo. En casa casi que se caen de orto cuando les dije que dejaba la facultad…

Dos, certero y al blanco:

-¡Y eso que te tardaste, igual!

Uno, esquivo:

-No tanto como esta fila de mierda ya que estamos. Mirá, ya está por amanecer del todo… (*Efusivo*) Ni en pedo pongo un peso por la hora, máximo, que nos van a dejar estar adentro…

Un nuevo rostro, cansino y carente de toda expresión, sentado frente a los amigos, junto a una silla vacía; embiste punzantemente:

-Se paga igual… sea la hora que sea.

Uno, sin perder tiempo en mirar en dirección al patovica; cortante, hacia sus compañeros:

-Entonces yo me las tomo.

V…, insistente:

-Somos los próximos… Y no creo que se termine tan rápido… suele durar un par…

Dos, interrumpiendo sin culpa:

-Yo creo que lo sigo, ya es bastante tarde, o temprano, o como se diga… (*A V…*) ¿Vos qué haces?

El guardián de la puerta los mira con fiereza y les hace santo y seña de que es su tiempo. Dos y Uno intercambian una fugaz mirada, un asentimiento afirmativo del semblante, y se apartan de la entrada, en coordinado movimiento, con dirección al cordón.

V… parece dudar. Pero no duda. Los cuarentaicinco del holandés aparecen para resaltar el instante - homenaje a D. Boyle entre tantos otros -. Hacia la izquierda. V… ejecuta un saludo - ya torcido - de despedida, con la mano en tirabuzón. Se vuelve hacia la puerta.

Una botella de gaseosa, cortada por la mitad, tirada en el suelo, bien cerca; no interrumpe la visión. Más allá, en el fondo, y aun inclinado, V…. Ingresa muy lentamente; exageradamente despacio. Se diluye en la nueva opacidad. Una encubierta.

Dos y Uno, de frente, mientras se alejan; sus miradas, soñolientas. Siéntese y percíbese cada paso de su andar en el movimiento mismo del mirarlos. Steady. Ellos siguen. Ahora un leve atisbo, contrapicado, de sus perfiles en marcha. Todo el tránsito de un plano al otro, tal como, actualmente, en una nueva elevación. Captura total de la fila que persiste. Y continúa. Un pedestal. Hasta la frase encima de ella, postrada sobre una pared sin renglones. Nuevo aberrante, por derecha. Nuevo alejamiento, siempre pausado. Música; una diferente – *White Nights,* ya empezada - sin amortiguación, pero con gradual apagamiento.

***

Los tres lo relataban prolijamente. Aun con sus pequeñas discrepancias, conseguían completar o reencauzar los recuerdos de los otros.

Seguían hablando. Se lo contaban a todo el mundo. Sólo que cada vez quedaban menos oídos que entretener. Y de los pocos restantes, poco parecía importarles.

Tenían muchos más detalles aun por relatar, y deseaban que se hablara de ello largo y tendido. Al cabo de un rato dejaban de intentarlo.

Se miraban y lo sabían finalizado.

-¿Crees que haya sido la mejor época de nuestras vidas?

-¿Cómo podría saberse?

-¿Quién querría escucharlo?

Tentativas de indagación:

Anotaciones IV

Una nueva frase equivocada, en el momento perfecto.

Otra elección errónea, como siempre,

en el instante preciso.

***

aun no es ahora, siempre

nunca son

casi

lo es tampoco

***

vivir dentro de un cascarón de nuez

y aun así seguir siendo nada;

ya dejé de ser solo   Mi adentro.

***

Hoy la apatía volvió a prevalecer, creo que ni ellos mismos saben por qué lo hacen, ni cómo lastiman; sólo que hay veces en que el contexto y su fuerza empuja por imponerse, y pocos se saben sus piezas.

¿Qué me queda en días, de días, como éste; más que un gran sabor a fracaso cotidiano y mío; y una decepción, compartida?

siempre restarán otros instantes
intentos ensayos simulacros
de silencios, destierros, astucias.

***

tantos Meursaults pasando por las aulas. De allí mi mayor desasosiego

***

de muros vacíos, sus grietas; fiebre en las frases, su-ya; de espacios átonos, sus demoras,
la espera se anuncia en la vigilia de lejanas llamas. Y llanos.

***

Cuando llegué a la habitación, Rimbaud ya se había ido.
Su nombre aun fresco
en la pared.

***

Mis palabras ya no me escuchan/ni me revelan

***

en la confección de las marionetas ¿se elige un muñeco uno al azar, para luego atarlo? ¿o primero se tejen los mismos hilos y es uno quien se liga cuando están éstos ya listos y esperando?

***

…cómo escapar a las sendas, ayudar a rehuir los derroteros…

cuando el camino lo es todo, en nosotros.

…hablar de caminos, desvíos, atajos…

eran una y la misma idea

***

entre un somos y nuestro estamos

la lluvia que mece las manecillas prevalece.

Llegó el momento de des-horar todos los relojes

sin gastarnos en descolgarlos.

… también deshojar los rosarios todos, al ritmo del canto, de la muñeca de espejos del olvido de la infancia

sólo ella viene a salvarnos

cuando nadie, ni ella en verdad, puede hacerlo…

aunque nos digan lo contrario

***

A veces me siento que soy yo el que adrede tira la piedra hacia abajo, no siempre espera a la noche, se sabe cayendo al abismo y siente vértigo cada vez que mira hacia arriba.

Y aun así debe de haber algo reconfortante en todo ello. Sino

***

poder apuntar con estilo propio/para evitar todos los destinos cualquiera.

***

Hubiera preferido perderme en algún antes u otros

***

Todo empieza como tragedia y termina como psicología, o mejor, inicia como relato y se vuelca, trasmuta, en teoría, en diagnóstico. Muchas veces la metáfora viene primero y la vida le sigue de cerca; intenta simularla, y pierde en autenticidad. Muchas veces el análisis viene primero, y el síntoma clama por aparecer, por subtitular a la conducta. Y en el medio las recetas, las prescripciones, las profecías auto-cumplidas.

Di(o)s. ¡Alabado sean todos los dis! Los que nos dicen que no hay otra salida más que la única salida, que el edificio está perfecto, que el discurso aun sirve, que todos estamos bien, y las gloriosas capsulas (nos) llueven.

¿Cuánto más faltará para la cura contra la disfilosofía? Trastorno que distorsiona el pensamiento crítico evitando que un niño cualquiera pueda a los 16 años comprender los supuestos fenomenológicos más básicos o los dispositivos de poder foucaultianos.

¡Beatíficos discursos médicos, psicofamacológicos!

Al menos con esa pastilla se eliminarían los soldaditos acéfalos del sentido común…

***

Entre tanta boludes, haría falta construir un vocacionómetro para callar al ignorante. Mostrarles lo que repiten como loros, lo que aceptan sin cuestión.

Pregunta número uno: ¿a cuántos derechos debería estar dispuesto a renunciar el docente para no faltar a dar (su) clase?

a) Condiciones dignas y equitativas.

b) Retribución justa.

c) Seguridad social.

d) Salario mínimo vital y móvil.

e) Estabilidad laboral.

f) Salud.

Respuesta: todas las anteriores.

Corrección en caso de error: ¿sólo a un derecho está dispuesto? Mmmm.

Diagnóstico ante la desaprobación: falta de vocación docente.

Seguir ensayando el cuestionario.

***

La luz imposibilitaba el vernos, el realmente reconocernos uno al otro,

no porque fuera brillante, ni en demasía…

sino porque se llamaba luz

y ese discurso nos encerraba en una convención sin posibilidad de presentarnos

otro a otro

***

Un amor eterno por semana, a la respuesta comentada de un aprendiente cualquiera

***

siento El secuestro de la esperanza

***

¿Cómo (d)escribir con gestos

cuando las palabras fracasan?

Siento vivir toda una existencia narrada bajo el efecto alucinógeno de las metáforas.

¿Cómo pulverizar la gramática

cuando sólo contamos con ella?

***

Quemaste todos tus mapas para crear las nuevas cartografía.

Le dije a un amigo durante una fiesta dionisíaca.

***

Pensar mis diversas distancias con sus propias mediciones de todo tipo, de toda especie; sus géneros, de proto-anverso. los cuencos de Distanciares medibles en tiempo, en metros; lenguajes y silencieros.

Y también en personas

esos también se sienten. Se suponen

inmensurables. Quizá lo sean.

La carta que escribiste está sepultada en el roble cajón. O en una lata.

La palabra aquella que no entendiste en tu infancia,

aun no ha sido traducida ni develada, o pronunciada.

Una enseñanza que siempre vuelve.

El secreto que se posterga,

la carga que se aguanta y enlentece el continuar,

y ese metro se hace más inalcanzable, y el minuto

eterno distendimiento.

Quien remembró la enseñanza esa se siente ya-ahora.

Quien no develó la palabra, ¿será cuándo?

Quien nunca la pronunció aquella tarde, ya-casi.

Quien no leyó ese papel,   quien no lo espera,

        cada vez más lejos.

¿Quién? ¿Qué tan lejos?

y ¿Cómo se mide? ¿miden?

Las cadenas de los eventos también avanzan

                y se contraen,

eso también se siente. siente   también se duele

La liviandad del suspiro impostergable.

            Des-enseña al revés.

La carta persiste y no se aguarda,

distancia eterna sin disyuntivas, y corolarios.

La palabra incógnita de tu albor está por tocar suelo;

proximidades, cercanías irreversibles.

.mi prostituto aferrarmE

***

y creermee cazador entre tantos espejos

persiguiendo el ataúd de mi locura

por aun asumir

***

y no puedo ya seguir perdonándome por lo que seré

las distancias los puentes

fragmentados

***

, la claridad orgásmica del descentramiento del sí-yo-mismo

una vida que se habita entre dos comas;

la batalla esencial por extenderla

y el arte necesario de su torsión,

***

toda la vida sufrí la falta de un maestro, Uno. Y duele

la falta. Esa. me falta el modelo, uno, para imitar

apuntar

distanciarme. y (así) Confrontar(lo);

Excursus II:

Segunda entrevista

Sucede que un sonido indefinido, abierto; irrumpió en el grato amiente.

Sucede la novedad.

Sucede, a su vez, nuestro segundo encuentro, un par de páginas después. Dos semanas de ellas. Y sólo con eso contaba yo, un par de páginas después.

Siempre me agradó la idea de pensarme en un pasillo, razón por la cual deletreo un pasillo, y me escribo sentado en el; aunque no en un Simple Pasillo, sino uno más cualquiera y mucho más modesto, pensado a medida para mí justa espera. Aquella de ser llamado, por segunda vez, a pronunciar mi defensa muy y tan bien mía.

Sucede así también que sólo una vez dentro, ya despedido el modesto pasillo, logra uno descubrir la puerta otra. La del otro lado, la del no retorno. Pues la primera visita es la única que se conoce; y luego viene la encrucijada. Volver por la misma para estar, cruzar por la otra para no-ya-ser. En el primero centramos nuestro interés, del segundo depende la utilidad. Y no hay tres.

Y sólo entonces sucede el cara a cara.

Cuando ocurren estos (des)encuentros, sucede entonces la experiencia. Absolutas exposiciones. Otro rostro en frente del rostro otro que se anuncia, al oído ajeno, con una interrogación radicalmente honesta, aunque no por ello asimilable en grado alguno.

Ocurre que confundo de a veces el dónde, los quién.

Las preguntas se enfrentan también, y chocan, en su medio; más ninguna se impone, aun correspondiendo a distintos voltajes, decibeles. Diversidad de prioridades.

Sin sabernos del todo habíamos iniciado la entrevista, la final. Nuestra.

Estábamos en esto desde que uno entre otros, vistiendo los fantasmas huecos que se mueven sin un fondo, miró un cierto vacío y prestó todo su oído. Pero, ¿de dónde ha nacido ese sonido? ¿Es ese fragmento de frase quien clama e inquiere?

Nos ha nacido una voz. Disparada. Disparatada. Una nueva. Otra imposible batallando por estar verdadera; por eso imposible, por tanto otra.

Sin-nombre puja. Sin-nombre implosiona. Acuñadora de nóveles palabras, contra-alquimista de efímeros órdenes, sopladora de burbujas a través de una cosa, y otra, y más, y.

Nos hemos nacido; nuestro encuentro.

Nunca añoré ni pedí por compañía alguna; mi extrema de-semejanza me constituye y conforma.

Una bienvenida; una confrontación. La hospitalidad más tajante que no acepta la casa ofrecida. No como está. No nunca.

Un anti-Pigmalión de voz disidente, singular e impar; experiencia a la cual brindarle el espacio para el des-adiestramiento del lenguaje, sus reglamentos; la apuesta riesgosa al demoníaco sacrilegio gramatical.

(*Emet* o *met*. Y no hay tres. No para yo).

Pero descifrando el dialecto propio del tamborileo éste, comprendiendo el ritmo púlsico del fluir éste. El del relato. El de esta historia.

Las máscaras sobre la mesa. Yo mismo – una praxis - era mis otros ocasos, todos mis tantos inicios.

-Ese es mi relato, mi versión al menos.

-¿Entonces sí?

-Sí.

-¿Pero, y también entonces, por qué yo? ¿Qué de hacer con tal cosa?

-Lo que sientas.

-Me gusta estar… persistir… pero es demasiado, demasiada presión; y no creo estar a la altura. Bien sabés que todo (en) mí era un invento… que más podría ser sino… y robos, todas nuestras sustracciones… hasta a vos mismo…

-Tal vez por eso.

-¿Por qué?

-Por eso.

-No te sigo.

-No lo hagas.

-¿Hacer qué cosa?

-Seguirme.

Como no comprendía del todo las respuestas, poco me importaba en demasía la manera de entregar las preguntas.

-¿Te vas acaso?

-(*Me lo imagino aquí sonriendo, pero enigmático a su vez*) Ya viví en mi historia, me narré en mi historia, la cubrí con todo el manto de mi subjetividad más propia y salvaje. (*Pausa*) Ahora es tiempo de retirar el manto. De retirarme de la obra acabada, del nombre conseguido…. Sólo así podrás presentarte…

-¿Y hacer qué con ella; lo que sienta? ¿Qué significa…

-…

-… lo que sienta?

-…

-…

-…

-Estoy.

Un año después…

-No pido que me perdones, no me estoy disculpando tampoco. Escuchame y luego, si podés, y querés, destruí la obra que vos mismo creaste…

-….

Tentativas de indagación:

Anotaciones V

Notas para un próximo relato: “La estación Nahman o El Último Discípulo”;

-Las vías – pronuncia finalmente (o al menos así lo parece) el Último Discípulo; luego de una prolongada y espesa reflexión.

El maestro, mientras tanto, no emite sonido alguno. Se limita, por su parte, a devolver la cortesía con un único gesto, su para nada simple mirar; decidido y, en un mismo tiempo y movimiento, enteramente cuestionador.

-No tiene vías – se apresura a agregar el Discípulo, con ánimo de aclaración – Esa debe ser la principal razón… mi asombro…

-Y se puede saber, ¿desde cuándo hablamos de razones, vos y yo? – sentencia, ahora sí, el maestro, sin privarse en momento alguno de aquella serenidad que tanto le caracterizaba.

Así era el maestro, a lo menos mientras estaba frente a su Discípulo. Y así decidía, a su vez, comportarse, durante aquello que él mismo nominaba como su última y conclusiva estancia. Último, a sí mismo, viaje; y final.

Muy temprano habían iniciado ambos la marcha, aquella jornada. Y hace ya bastantes horas que se encontraban caminando el uno junto al otro. Siempre así lo hicieron, al menos en un plano físico. A la par. La asimetría constitutiva primaba en otros llanos. Pero estaba. Apenas si se balanceaba. Por ahora.

El horizonte ya se encontraba recubierto con la coloración de la sangre de mil dragones cuando los peregrinos arribaron a la estación. A decir verdad - si tal pudiera acaso ser dicha - difícil resultaba

la concientización de que de una estación se tratara. Ni rieles había para guiar, ni transporte alguno para ser guiado; mucho menos permitir el desplazamiento de los posibles pasajeros.

Los carteles y señalizaciones no escaseaban, sino que, lisa y llanamente, inexistían.

Un único reloj allí había, ubicado en lo alto de una de las dejadas edificaciones. Más sin manecillas se cernía el mismo. Sin posibilidad alguna, por lo tanto, de cumplimentar su única función originaria. Librando de este modo, a todo viajero que por allí pasase, a no contar con la certera precisión de la temporalidad por allá reinante.

No obstante, sin poder cotejarlo de forma alguna – ya que… el reloj… -, el Último Discípulo se sentía en demora. Por alguna razón allí demorado, aunque bien sabía que no debía pensar en, o referirse a, las razones.

Como si bajo el efecto contra-lógico de los sueños se encontraran, ninguno de los caminantes podía recordar desde hace cuanto que estaban dentro. Aunque lo estuvieran.

Con un veloz recorrido visual se descubrían las vetustas edificaciones a sus alrededores, pero no conseguía rastrearse el umbral de ingreso (o egreso) atravesado (o por atravesar).

La estación se divisaba del todo (y por todos) vacía. Más no era así sentida por el Discípulo, quien no conseguía vislumbrar, ni mucho menos llegar a dilucidar, de donde provenían esas fuerzas y empujes que no le brindaban lugar alguno. Como un libro sin espacios en sus márgenes, entre sus renglones y las frases; el Discípulo se enfrentaba ante una ausencia de sitio en el cual estarse.

Y sin embargo, exceptuándolos a ellos dos, vacía persistía la estación.

Quien ya había estado en ella podía volver. Pero sólo quien ya había estado. En ella.

Y por ello, siempre se la conocía cuando se acompañaba. Y para perpetuarla, siempre se le regresaba acompañado.

En la estación siempre hay dos. Y sólo dos.

Uno susurra; otro que grita. Uno manteniendo siempre la calma; otro exasperado, intranquilo. Uno se despide del mundo; otro se enfrenta a este, al uno y al mundo.

Una manifestación, clara y excelsa, de la pedagogía de la confrontación.

Las horas desfilaban frente a ellos con el ritmo y paso de una procesión de alados elefantes en llamas.

Las níveas estrellas danzaban ante el embate de las palabras; imitando las cabriolas de los pardos osos, cada uno cargando con sus estridentes calderas.

Inmensurable resultaba para ambos el tiempo transcurrido desde su llegada. La espera se volvía, cada vez, más y más insoportable para el Último. Más y más hermosa para el primero.

Nada sucedía, a la vista. Ninguna distracción, al alcance.

Sólo las palabras, ya dichas o por decir, podrían ocupar el tiempo de los peregrinos. Uno sabía de su inadecuación (todavía); el otro no se animaba a pedirlas (por ahora).

Los pensamientos de uno y de otro eran trasportados y catapultados a los escenarios más insondables e ininteligibles. Quimérica sería la tarea de su traducción.

De momento, el maestro miraba hacia la nada como si algo hubiese captado su completa atención toda. Como si reconociera al todo – su tiempo - en ese hueco etéreo de un poco allá; jamás.

El Discípulo, el último de ellos, observaba en una y otra dirección; preguntándose si algo sucedería entonces, o si esto no sería más que un simulacro otro, con o sin moraleja. Y bien sabía que la mayoría de las moralejas carecían de las historias que las resguardasen. O (¿era?) viceversa.

Quizá el tren no venga nunca, pero tampoco cesaría jamás de no estar llegando.

-¡Qué silencio que hay en esta estación! – se anima a exclamar el Discípulo, de una vez (y) por todas – Digo… para ser una estación de…

-Y ¿por qué te creés con el derecho suficiente para proclamar el silencio?… más te valdría reconocer que sos Vos quien no oye nada… Que no es lo mismo… - comenta, hierático, el maestro.

Para momentos como éste quisiera el Discípulo que le fuera abolida la prohibición de la escritura.

Pues ocurre que, habiendo sido el mismo maestro quien le enseñó las técnicas y estrategias de la lectura y escritura, y los artes posibles a partir de las mismas; había sido también exigencia del mismo la negativa de plasmar en formato alguno sus propias palabras.

Y era en momentos como el presente en que más se lo lamentaba el Último. No tener ningún registro concreto de aquella riqueza, de las numerosas enseñanzas.

-Ahora – decretó el maestro, sintiendo como las fibras de su cuerpo vibraban sin cesar, anticipando de tal modo lo inanticipable.

-¿Ahora? – cuestionó el Discípulo - ¿Pero qu… cómo…?

El maestro, comprendiendo con los ojos la culminación del interrogante aquel; señaló con el dedo hacia una inespecífica e imposible vertiente en el suelo.

El Discípulo se distrajo durante unos segundo, simplemente mirando bien fijo al dedo del maestro. Y sólo una vez capturados los varios detalles del mismo en la celda visual de su memoria, se enfrentó a la dirección que éste le señalaba. Ahí su sorpresa.

Moderada pero continuamente, el suelo se estaba cubriendo de diáfanas aguas. Alguna filtración imperceptible estaba ocasionando la inundación.

El maestro supo que había llegado el momento. El Discípulo no lo supo, pero lo presintió en los ojos del otro.

El maestro, mirando como el nivel del líquido le acariciaba ya los tobillos, dijo: "La primera vez que vine, no quería significar nada, representar nada, ni que el momento lo hiciera a su vez. Sólo quería carecer completamente de porvenir; exiliar del todo a mi pretérito más profundo. Lo único que más anhelaba era no ser completamente útil para nada en absoluto, para ningún absoluto. Estar así sólo cómodamente tendido en el umbral del presente".

Fue en ese instante, luego de oír tan sincera y solemne declaración, que el Discípulo se sintió en peligro. Sin rastrear siquiera la causa. Por vez primera, en inminente amenaza total. De algo por acontecer. Muy próximo. A ambos.

Esta vez no hubo progresión, ni leve ni alguna. Un estruendo sin anuncio. Un tren a vapor frente a ellos. Una única puerta, abierta. Y el agua cristalina ya por casi las rodillas.

El maestro enfrentó a su Discípulo por postrimera vez. La emoción refulgía por cada uno de sus centímetros y ángulos.

-Ya – dijo el maestro – El final de mi partida. Mi último acto mío, el cual consiste nada más que en el simple borrar hasta la más mínima de mis palabras. Sólo con esta verdadera retirada vas a conseguir perderte del todo. Convertirte a vos mismo en tu completo desconocido. Sólo de este modo podré devolverte el misterio de mis palabras, evitar su suturación, su total saturación.

Pronunciando esto, colocó el maestro sus manos a ambos lados de la cabeza del Discípulo. Sin requerir de contacto físico, sutil o de ningún tipo. Y continuó:

-Para que la transmisión sea honesta, y la enseñanza acorde, me es necesario partir. Y llevarme conmigo la totalidad de los discursos proferidos. En caso contrario, corrés el peligro de sostener una riesgosa fidelidad, quizá también fieldad, a una sola de las versiones. Mis acciones sí son, en cambio, tuyas; para recordar con ellas lo que gustes, para revestirlas del relato que prefieras. Esa traición es la que te convertirá, por fin, en un discípulo pleno.

Suprimiéndose así de los recuerdos del Discípulo, el maestro realiza su pretendida despedida.

Ingresa airoso al tren que lo aguarda.

Regala una última mueca de gratitud; con la certeza que al partir nada podrá ser devuelto. Consiguiendo, de esta manera, el dar definitivo.

El Último Discípulo deja caer suaves gotas de emoción mientras observa la partida final del maestro.

Entre la conmoción y agitación del momento, distingue una sensación inédita, como de inescrutable anonadamiento ante la falta de direcciones provistas. Simultáneamente, se sabe perdido y con firme convencimiento para seguir en perpetuo tránsito.

Sin entender cómo, lo entiende. Está cada vez más suelto, ciertos hilos han sido desanudados. La expropiación se oye en el eco de sus pisadas por aun efectuar.

Ahora puede buscarse un sitio. Uno enteramente propio.

El Discípulo se detiene en sus pies, y ataca un primer movimiento. Avanza. Se dispersa en los meandros de un laberinto desértico, sin centro y sin periferia, carente de toda marca, indefinido e indefenso, potencialmente imposible.

Sólo en una estación vacía y sin caminos puede un maestro partir, y el discípulo iniciar su viaje. Sólo con una retirada puede lo nuevo anunciarse. Con una tradición traicionada resolverse la transmisión.

(Buscar otro título. Intentar mayor originalidad. O entregar a medias para que los y las estudiantes del Instituto lo terminen o completen o destruyan).

Tentativas de indagación:

Anotaciones VI

Imagino a todos los niños, miles de ellos, que andan seguros y estables por un terreno. Y yo los observo desde el borde de un profundo abismo, lindante a ese terreno. Sólo entonces me cercioro de que dedicaría cada uno de mis días y el resto de todos ellos a un único juego. Enseñar a cada niño sobre el imposible arte aéreo. Acompañarlos hasta el mismísimo límite para que descubran para-sí cómo poder volar, o se inventen algo diferente e igual de in-creíble.

Estoy seguro que me consideran demente o enfermo por pensar de tal modo.

Estoy también seguro que sus pies nunca han levantado vuelo; y sólo saben de desplazamientos seguros sobre lo previamente establecido como sólido y concreto.

***

No hay nada.

Y ella ni siquiera recordaba haber hecho pregunta alguna;

pero entonces, y aun así,

¿por qué no hay cuando pudo haberlo habido?

***

Entre Orfeo y Virgilo.

Derrotar a la muerte; acompañar durante el entendimiento.

Sin invocar el olvido, pedir la confianza para no ver nunca atrás.

Y cuidándolos de los ataque de la cola de Gerión,

Liberar el espacio para que improvisen sus propios andares.

***

nadie sabe lo que puede la escucha

y ya le dolía ese estar desde hace mucho

***

Vidas en que la felicidad consiste en el sólo oír el sonido de los pasos de un/a (ex)estudiante, que se aleja luego de decirnos gracias. Y sentirlo realmente.

El acontecimiento IV

Tres semanas han ya ocurrido, en su entera complejidad abarcadora, desde que ese – Singular – Instante tuvo (tiempo y, por ende, a su vez) lugar.

Y tantas cosas han mutado, así también devenido han, que cómo hacer para apresarlas todas en los sarcófagos de estas las frases, en (de) estas sus hojas encriptadas. Ni su intención tampoco lo fuera. Sea eso de creerse. No déjese así de pensar(se)lo.

De un intermezzo la sinfonía. A lo menos un *Largo* de aquellos bien marcados. Más la rueda de la fortuna no para de voltear. Sigue girando en su todavía. Aun, sigue; aun. Girando. Incansablemente, la girante insaciable. Y nadie la vio nacer, nadie osó jamás describir ese su comenzar, aquel del impulso mitológico. Y mientras tanto, tampoco cuenta uno con la seguridad de qué colocar a cada lado de la balanza ésta; la ésta que decide todos los esperables y cada una de sus noches. Aquella con la cual Zeus arbitra y decide los combates más feroces y catastrópicos.

El sin procedimiento, lo contra-protocolar en su máxima expresión.

Tres semanas han trascurrido. Tres ya. Una desde el cese de la lluvia. Y *su* silencio envejeció, sólo que distinto. Las múltiples variables; paralelas y convexas. Los diversos angulares. Seco y/o mojado; a la vez y a la opuesta, y a la contracara de ambas también.

El silencio; este suyo. Contó en un siempre para todos con plurales duraciones anti-numéricas.

No hay llamas – ígneas u opacas -, no se las precisa. La casa está en pleno colapso. Caverna o palacio, en irreversible caída abrupta. Sin su *dejar entrar*, sigue su continuado derrumbe.

Y mientras tanto, todas nuestras tumbas nos llaman por el nombre propio. Por cualquiera de los nombres, particular o común, pero aun así desciframos el mensaje. La tejedora de lápidas une esta con la otra con la de más acá; no para así de anudar(nos). Moiras o Laimas, los hilos tiemblan lo mismo. Y la piedra ya del todo inscripta, errabunda por los páramos eternos, clava su ancla y mástil

en las necrópolis baldías. Las puertas no abiertas, las nunca elegidas; dieron todas con el cautiverio de la palabra, en el desolado caserío este, sus efímeras ruinas conjuntas.

Entre los difusos surcos y pliegues, sus bordes; entre el afán del polvo y la tristeza, aquella penetración introspectiva; y a su vez toda la estampida de criaturas disímbolas que pujan por embestirse(nos).

Cadejo de hábitats discontinuos, bien sinuosos, tan frondosos. Sus direcciones (des-cardinales) sin nombre existente aun, pretendiendo abrazar la longitud exacta de un instante. Nada más que una verdadera estafa a la escritura, a su historia falseada en/por la misma. Catalizadora de prófugos y solitarios. Y de sus finales improbables, y aun así definitivos.

Así la presentación de un rompecabezas de ausentada pieza; de ahí el enigma, por eso su necesaria presentación. En el proceso – en bien singular redactado – se extraviaron varias más aparte de esta la una; tan voluntariamente como esta la una la primigenia. Y la aun-no-engañada esfinge no buscaba - nunca lo hizo - que se adivinen o encuentren a aquellas las faltantes; más clama (siempre en prosa) por la construcción del aquel sin semejante.

Ya supuesto el cuadro, mezclados los matices con los contornos con todas las figuras (las casi y las tan probables); el descencuadre está (y entra) en acción. El marco es un por siempre móvil, y la forma capturada no es para nada lo importante. Sólo la confusión añorada por el antisócrono movimiento; y el eclipse de las fronteras antiguamente marcadas en las rúnicas escrituras.

Si se pretendiera abarcarlo todo, la frazada corta develaría la escasez de profundidad. Perforando en uno solo de los puntos, piérdese la visión de conjunto. (Apenas si buscada). Es por ello el vaivén espiralado, elección sísmica de los escenarios volátiles, improvisados todos a su despasar. Y por ello también una pausa; tres semanas y un alto. Breve detención de la marcha para resaltar cierta aclaración, aun ya tan cerca del cierre. Pues hube de descubrir, con especial y fidedigno pavor

inclemente, que yoes no tuvimos nunca mucho por decir en realidad; planificar así el inmenso monumento con ladrillos suficientes sólo para un primer piso. De un resto desvanecido o todavía por acaecer en la tierra de los nunca. Y por ello quizá tanto hurto, y éstos también se nos acaban. De un relato prestado – y uno bueno en realidad – a su trastornación escrupulosa; enriquecerlo y problematizarlo así, como se guste, como se lo sienta, y como se nos salga. Pero todo fue más brumoso y enmarañado de lo que se supuso en un inicio. Una pretensión de adivinanza porque era su oquedad lo que más llamaba, con el nombre con que decida o consiga hacerlo. Y a esta altura no se está del todo convencido uno de si se la deja abierta para que atraiga y atrape, o porque nunca se la resolvió en primer (y mucho más anterior) lugar.

Y si por consejo o recomendación metodológica se circunscribe la narración, reduciendo el universo de todas las clases a la muestra de uno o dos solos de los cursos (al momento, al menos); y si se recortan las demasiadas voces interpretantes a tan sólo unas cuantas (obviándose los restos y las restas); y si los desórdenes fueron también alterados y reacomodados; y si las palabras fueron secuestradas y bien mareadas; y si las perspectivas adulteradas hasta conseguir otras más perspectivas, muchas otras; y si todo este accionar siguiera indómito hasta el cierre decretado; quizá se acercara la indagatoria buscada a la imagen distorsionada de la portada. La de la caja de cartón; la que nos sirve como guía inextensa.

Y de la mentada aclaración qué nos resta.

Acuérdese (en) lo siguiente. Circula V… por seis instituciones-organizaciones educativas, cubriendo tres niveles a lo ancho de dos gestiones; desde el referido secundario hasta bien arribar al superior universitario, y uno más en este medio.

Más de doscientos cincuenta estudiantes atestiguaron el auto-callamiento acontecido. Y si una atroz crisis existencial (aun siendo por solo escrito) sucede con diecisiete, calculemos entonces,

multipliquemos los agravios las implicancias. De ahí la construcción de la muestra, más domeñable así. La reducción al caso del solo secundario, y bastante que ya es. Por todo ello – ello habla, desea, siente – y porque, a su vez, fue una condición impuesta (¿impostada?) por quien supo ser dueño del relato este. Y si hasta el momento incumplí y me tomé mis varias licencias demasiadas; siempre nos trazamos a nuestra vez algún borde para el basta. El hasta aquí y punto.

Bastécenos, entonces, una más en la leve mención. De las tres horas semanales que V… dedica – sin ser nunca sólo tres - a sus clases universitarias; sólo seis de ellas (las horas) presenciaron el silencio en cuestión. Quizá porque el ambiente no lo posibilitaba ni era el más propicio; o las presiones de la cátedra eran mayores y mucho más directas; quizá porque V…, sin concurso todavía, no gozaba de tanta estabilidad como requeriría el caso; o, incluso, puede que debido al hecho de que sus estudiantes rápidamente incurrieran en pretender teorizarlo todo, sistematizarlo, y así por tanto cerrar, a la praxis acontecida, y eso le disgustó de sobremanera. Sin aspirar abarcar al completo abanico de posibilidades, ni mucho menos suponer el acierto de una en tanto como la correcta; la cuestión es que ya a la tercera semana (dígase ésta misma) las clases volvieron a su habitual *modus operandi*. Habitual o cotidiano, pues lo normal había sido de allí desterrado mucho más tiempo ha.

Por su parte, de las horas reloj ocupadas en los ISFD, las que alcanzaban un total de doce semanales, aun peor fue su destino aciago; no llegando siquiera a cumplir su segunda semana completa. Un crimen mucho mayor e inexcusable había sido aquí perpetrado. Pues, conciente o inconscientemente, ellos (estudiantes), pretendieron allí imitarlo. A V…, su silenciamiento. Y así no iba la cosa, en caso de hacerlo en primer lugar.

Un esencialismo camuflado de teoría – absolutista -; un proceder hueco, sin discernimiento alguno – sin fundamentarse en modo cualquiera -. Sendas que sin ser sendas ni presentarse como unas deben ser siempre evadidas por más tentadoras que (nos) resulten. Así lo vio V…, y decidió detenerse.

Entonces el Secundario. Donde todo principió y donde todo, también, terminaría. En el volátil cierre cíclico.

Un mes y medio después de ese–Singular–Instante.

Desde el naufragio, sus costas se están visualizando. A nuestras espaldas, ya casi. Rendido el león.

Ya que lo importante nunca fue su duración total, ni en cada uno de sus plurales, (dato con el cual sí contamos y calculamos), sino su motivación, su finalidad y el sentido oculto que, no dejando de presentarse en cada frase a cada rato, aun no conseguimos apresarlo ni tan siquiera. No del todo. Ni tan claro; tampoco.

Tentativas de indagación:

Borradores V[5]

Los libros sobre la mesa, las diversas máscaras también allí posicionadas. Nace una melodía, conocida y, a la vez, desaforada. Frenética. Con sostén argumental en las partituras ya escritas; un indómito y desdisciplinado fraseo. La conversación imprevista, improvisada; sus traiciones y desviaciones; los fantasmas (por también escrito).

De su nuevo inicio; su incipiente despertar.

<u>*Elogio a la escritura derrotada en los tiempos de una espera inútil*</u>

En el exacto momento en que me senté - y predispuse - a escribir el presente-texto, para ser leído y escuchado en una – en una y sólo una - clase de Filosofía - clase de Filosofía de un curso en particular, para sólo ustedes -, presencié la humilde certidumbre de que lo único con lo que contaba en este singular acto de escritura era el simple título - este título mismo, recién pronunciado -, y una efervescente obligación de sentarme a escribirlo; y arrojar así en el papel, e imprimirle así al papel, todo aquello que pudiera surgir en una noche de implanificado garabateo. Por lo tanto, no contando

[5] Lo sellado en el presente apartado corresponde al único texto efectivamente leído por V…, según los testimonios de los múltiples testigos interrogados. Dicha lectura aconteció durante una clase de Filosofía - en el colegio…, durante el año 201… - bajo el título – dicha clase claro - de: “Memoria, tiempo y narración”, ubicada dentro de la Unidad Nº IV de la planificación anual, referida a la *Filosofía de la Historia*. Su trascripción fue realizada a partir del único manuscrito recuperado, garabateado en un cuaderno de rojizas tapas, con puño y letras de sus autores, sean quienes sean.

más que con estas diáfanas armas de batalla, les propongo nos aventuremos, todos juntos, a sumergernos y desentrañar los sentidos escondidos (más no conscientemente ocultados) en la telaraña de este título improvisado (aunque no por ello, completamente azaroso).

De este modo podría llamar en primer lugar a nuestra atención que la intención buscada, o al menos así comunicada, del presente escrito, sea el de brindar una celebración y enaltecimiento a la escritura. Y no a cualquiera de ellas, sino – específicamente - a una escritura derrotada. Razón por la cual avanzamos al segundo paso, casillero número dos, consistente en remitirnos a los obvios interrogantes: ¿qué podemos entender, en este nuestro aquí y ahora, por el concepto de escritura derrotada? ¿Cuándo un acto de escritura se alza con la victoria y cuándo, como contrapartida, en escrito vencido, avasallado? ¿La derrota surge y se sustenta en el acto mismo de escritura o en el producto final y acabado de dicho actuar?

Para todo esto valdría reconocer, junto con el filósofo español Fernando Bárcena, que la escritura derrotada es aquella que no teniendo más que un fin en sí misma, ni reluciendo una forma predeterminada que encorsete y aprisione su devenir textual, vive sólo en y para el acontecimiento mismo de su nacer en el papel. Es decir que se distingue de toda aquella escritura pensada y estructurada con un fin informativo, argumentativo o comunicativo predeterminado; de todo texto literario, ensayo académico, tarea escolar, que buscando un fin específico, y asiéndose de un uniforme estilístico imperativo, obtiene su triunfo y con este sus mentados laureles también.

Sino que, subsistiendo en la otra orilla, el signo de la derrota de la escritura surge del momento mismo en que uno no sabe que decir; y, sin embargo tiene una necesidad visceral e irrefrenable de poder decirlo. (Como se pueda, como se lo sienta, como se nos salga). Y es éste el tipo de escritura que hoy nos congrega, al cual decido dedicarle su tiempo de esta clase, para que ensayemos, todos juntos, una suerte de alabanza. A una escritura que como urgencia, como clamor interno, como necesidad incontenible, nos demanda el volcarla sobre el papel, sobre cualquier papel; sin mayor exigencia que el simple acto de ser escrita. Escritura que no busca otros ojos más que los nuestros – y

quizá ni siquiera los nuestros - para ser reconocida, y en el reconocerla ganar sentido y así aceptación. Escritura que, como dijimos, carece de disfraces estilísticos o medidas canónicas, sino que es ella, en sí misma, in-forme. Escritura des-velada que enumera las palabras más únicas y más nuestras. Una escritura, en fin, guardada entre las tapas de los diarios y cuadernos - en los profundos recovecos - más íntimos de nosotros.

Sin embargo, y antes de ahondar mayormente en el motivo de esta especie de requiebro por un tipo particular de escritura, que vengo despertando; valdría dedicarle aunque sea unas breves líneas al segundo integrante del ya mencionado encabezado. Y por esto me refiero a aquello que demarqué anteriormente como "el tiempo de una espera inútil". Y sin considerar necesario el deber de sobre-explicarlo, o atiborrarnos en demasía con giros explicitantes; podría sintetizarse su sentido, muy brevemente, al comprender la conexión posible y certera entre el tiempo de la espera, por un lado, y el tiempo inútil, por el otro.

Y dicha conexión es la que sigue: el tiempo de la espera, tan denostado en nuestra sociedad actual (capitalista tardía, moderna, posmoderna, globalizada, exacerbada) es el tiempo de la duración y no el tiempo de la aceleración. O mejor, no es más que aquel tiempo que nadando, fluyendo; avanza a contracorriente de su entera actualidad, sin por ello jamás abandonarla. De una actualidad cargada y delineada por el tiempo de la premura, del constante apuro, por el tiempo cronométrico encerrado en sus relojes, tiempo puntual, matemático, lógico, calculado y calculable, previsto y previsible. Tiempo mesurado y sincronizado, sin duda ventajoso desde el punto de vista económico y racional-técnico, pero sólo bajo dicho ángulo o perspectiva.

Y es oponiéndose a esta lógica de la modernidad que nos exige - en todos sus planos y niveles - una reducción de la experiencia del tiempo como condición *sine qua non* de la disminución de los costes; que el tiempo pausado de la espera resulta un tiempo productivamente inútil, un tiempo de pérdidas en una sociedad sólo preocupada por la ganancia, por la gran acumulación y su cada vez más, más. Y es por ello mismo que alejándose, deteniéndose, distendiéndose, interrumpiéndose; este

tiempo gana la personificación del tiempo kairológico; se hace digno poseedor del ramo de laureles y del gallo para Esculapio que el pensamiento filosófico aplaude a cada oportunidad y cada generación. Porque es con esta espera, y esta inutilidad, donde encontramos los escenarios que nos permiten pisar el freno y apreciar el mundo, enfrentar realmente al mundo, y a nosotros mismos dentro de él.

Aun así, y plenamente conciente del abuso de la paciencia que mantengo para con los aquí presentes (estudiantes pero también o sobre todo escuchantes), que insisto: ¿apreciarlo cómo, de qué manera? Y mi respuesta en todavía ensayo: eso ya no importa. Encontremos el valor – o mejor, la falta de uno - del acto mismo en que se experiencia un locuaz momento fuera de la corriente del progreso y su aceleración inquebranteble. Borremos los ritmos y andares impuestos desde afuera. ¡Otra que cintas de montaje! Y es en este justo momento que se me aparece a la memoria un ilustrativo fragmento de los *Diarios* de Alejandra Pizarnik – correspondiente a la entrada del 23 de septiembre de 1954 – en el cual la poetiza expresa las dificultades que experimenta el hombre o la mujer de hoy – de la década del cincuenta pero que tan actual nos suena – quien, no sabiendo todavía lo que quiere, no puede ya contentarse con esperar a descubrirlo, en cualquiera de sus instantes. Pues esta actitud contraviene las reglas del juego impuestas para el ahora por nuestras sociedades de la prisa y del conocimiento. El pasaje sobre el cual tanto insisto exclama:

> "*Entro en una librería desconocida* – escribe Alejandra por 1954 -. *Me dirijo a los anaqueles coloreados, llena de curiosidad y tensa de emoción. La esperanza de hallar algo nuevo es quebrantada por la voz del empleado que me pregunta qué título busco. No sé qué decirle. Al final, recuerdo uno. No está. Hubiese querido seguir mirando, pero sentía sobre mí el peso de esa mirada comerciante, tan estrecha y desaprobadora ante alguien que no sabe lo que quiere. ¡Siempre lo*

mismo! ¡Siempre hay que aparentar la posesión de algún fin! ¡Siempre por el camino rectamente marcado!".

Lo leo. Lo releo. No lo transcribo, sino que escribo por vez primera y original unas palabras robadas – recordadas y amadas – que a partir de ahora también son mías. Y no sólo mías, sino las más íntimas de las mías. Exudo cada sensación de desesperanza y desasosiego por medio de mi impertérrita caligrafía. Escribo - saudádico y extrañado - y me interrogo hacia mis adentro: ¿por qué siempre la tanta prisa? ¿Por qué siempre el saber obligado?

Pero ahora ya sí, con estas mínimas discusiones ya orquestadas podemos continuar por el no programado texto que me encuentro des-escribiendo; del cual sólo tengo un título y unos pocos – aunque ya varios - párrafos precedentes. Y de este modo poder preguntarnos entre todos: ¿qué acto de escritura derrotada, en los tiempos de una espera inútil, vale la pena recuperar en esta y sólo esta clase de Filosofía? Y para quienes hayan tomado la lectura del - ahora sí - programado texto de Paul Ricoeur, comprenderán rápidamente que se trata de la escritura de la propia identidad (identidad narrativa), es decir, del texto que construimos para dar cuenta de quienes somos, o mejor, del por qué estamos aquí, y de que hacemos con este ser y este estar.

Y fue Ricoeur quien escribió, una vez, aquella vez, sobre el cómo "*la comprensión de sí es narrativa de un extremo a otro. Comprenderse es apropiarse de la propia vida de uno. Ahora bien, comprender esa historia es hacer el relato de ella, conducidos por los otros relatos, tanto históricos como ficticios, que hemos comprendido y amado. Es de este modo que nos hacemos, cada uno, escritores y lectores de nuestra propia vida*".

Y a modo de verificación nada inocente, recupero al estudiante de medicina Baltasar Espinosa – memorable personaje borgeano – a quien durante el transcurso de una calurosa tarde de mayo se le ocurrió que todos los hombres (y mujeres) a lo largo (y a lo ancho) del tiempo, han repetido por siempre tan sólo dos (únicas) historias: la de una embarcación perdida que busca por los mares

mediterráneos a la isla deseada, y la de un dios que se hace crucificar en el Gólgota. Un (en) tránsito, un viaje; y un sacrificio, una expiación. El regreso a la morada; el riesgo y la salvación.

Estas historias, reiteradas y revividas, en las páginas de todos, más nunca imitadas ni duplicadas de por sí, sacuden nuestra oquedad más propia resaltando aquella (nuestra) ausencia esencial, la falta de un (nuestro) destino, de un (nuestro) total cierre, de (la) completud absoluta. Quizá los hombres y mujeres nunca hayamos sido más que el modo particular de narrarnos lo que somos. Juego arriesgado de tomar las ya historiadas narraciones del pasado, arrancar sus fragmentos que mejor nos (casi) definan, quemar el resto, los restos, y a estos fragmentos mismos en su también; faltarles el respeto (siempre con su debido respeto); aceptar los diversos resquicios temblorosos como la habilitación para lo nuevo, el viaje hacia lo insólito, el personal sacrificio de lo cómodo por la novedad más radical(izada). Robarnos las palabras que nos digan, inventarnos nuestras nuevas; desordenarlo todo (y sus reglamentos también) para reordenarlo bien distinto, tan original.

Y viéndome ya en esta terrible empresa y dilemático accionar de no seguir abriendo ya más puertas – pues el discursar se está haciendo insostenible – ni asimismo recaer en un cierre de sentidos – que encontraría tan poco ético de mi parte – les traigo una nueva cita, ahora del filósofo alemán Ludwig Wittgenstein, quien en el apartado correspondiente a 1930 de sus *Diarios Secretos* escribió: "*A menudo se cree que todo lo que se piensa puede escribirse, en realidad sólo puede escribirse lo que surge en nosotros como escritura*". ¡Lo que surge en nosotros como escritura!, me pregunto si habrá una referencia más directa que está a la derrota de la escritura misma. Y continúa Wittgenstein en una cita al pie: "*Geiger* – filósofo alemán- *dijo, hablar no es escribir y pensar lo es menos (siempre me alegro de poder comenzar una página nueva)*". Siempre me conmovió como este famoso filósofo del lenguaje se refirió tan honesta y dignamente a la actitud de su propio y personal acto de escribirse. Y por más interpretaciones que me vengan al paso, les regalo esta cita para que la destrocen como lo sientan. Les otorgo un silencio habilitador.

Ahora sí, quizá la pregunta más válida de todas mis posibles: ¿por qué escribo todo esto que escribo, tiempo presente; pero también tiempo pausado, inútil? ¿Y por qué traigo este collage de citas atadas de una lógica y una narrativa, cuanto menos, dudosa y cuestionable? Les aseguro que no es por mero egocentrismo o vano solipsismo que los sumerjo en esta mar de palabras, aunque mucho hay de mí en estas palabras, que tienen el don particular de decir lo que quieren (y quiero) decir y además más, y otra cosa. Sino que lo que aquí y ahora estoy haciendo, escribiendo y por lo mismo siendo y estando, es una invitación a que sean ustedes mismos los escritores y lectores de las palabras que los narran; que dicen quienes son y fundamentan su estar aquí.

De modo que los dejo con esta breve – y por tanto no tan breve – invitación: olvídense del cómo se lee y como se escribe, desaprendan de entero esos procesos, sólo para poder crearlos y aprenderlos de nuevo, bien distinto. Pero anticipando para esto que la lectura y la escritura implican de un inevitable estremecimiento, de un acontecer de terremoto donde nuestros sismas más escabrosos derrumben las piezas que siempre aparentaron, incluso pretendieron relucir, un grado mayor de estabilidad y firmeza de lo que en verdad siempre son. En el terreno desolado y en las ruinas difuminadas, nuestros yoes – vana resultaría la limitación a uno sólo de los nuestros – emprenden la imperiosa tarea de reconstrucción, del mundo este, de los discursos varios, y de ellos mismos dentro de ambos. Ningún yo (nuestro) cesa nunca de hacerse, deshacerse y rehacerse; se lanza al vacío sin fondo, cae y se ahoga en el río de los tiempos, y con todo esto aun sale a flote, sólo para nadar, a contracorriente, hasta arribar así al otro lado otro de la costa misma costa (y aun así diferente). Al final de cada nado, antes de que se inicie también, ya no hay un yo sustancial al cual descubrir en el adentro, y serle fiel a ultranza; sino sólo un diálogo antagónico (y por ello ético-político) entre nuestras múltiples voces plurales, la concatenación, superposición y extrapolación de estas las palabras (las mismas aquellas que requieren, por su parte, de una indispensable construcción, de-construcción, re-construcción, trans-construcción).

Y entonces nuestro gran desafío: balancearnos, simultáneamente, dinámicamente, dialécticamente, entre la fidelidad e infidelidad a lo que creemos que somos, contamos que somos, inventamos como nuestro; y a las palabras mismas que elegimos para esta nuestra aventura narrativa. De una fidelidad que demanda compromiso, sacrificio, reconocimiento; y su anverso que nos exige al mismo instante la más salvaje de las des-costumbres, la indefectible y más forzosa des-adecuación de todo. Propiciar el embate de las palabras evitando así su solidificación en moldes, en modelos; su consolidación en guaridas, en fortalezas. Buscar para perderse, re-encontrarse para extraviarse. Abrazar la transmutación y metamorfosis de los yoes en juego a partir del enfrentamiento a las palabras que los historian; al desgarro, estallido y pulverización de sus palabras ya (pre)existentes, sus reglas limitantes. Arrebatar a cada yo de su sí mismo encorsetante, y en pleno desarraigo, enraizarlo en un nuevo sí-mismo-como otros. El yo-es-otros.

A partir de todo lo recién oído podrán comprender que la mujer y el hombre se construyen al de-construirse; nada más que una identidad siempre abierta y desestabilizada, en por siempre cuestionamiento de sí misma en tanto otras (posibles e imposibles). Una mujer y un hombre que se narran al des-escribirse; proponiendo versiones a ser borradas e incineradas una vez plasmadas al papel, con la ferviente convicción de que la página siga estando en siempre blanco (demasiado blanco). Aprendiendo del devenir de lo siempre inquieto, siempre inestable; evadir las verdades nombradas como tales y las certezas que se dignen así de serlo, pues no son más que tecnologías de poder que nos domeñan. Atan con las cadenas de lo normal y aceptable y deseable, interiorizado; entorpeciéndonos así en nuestras fugas y reconstrucciones y transformaciones.

Por todo esto, y haciendo una última alarma y aviso para quienes cayeron presas del sueño ante un alargado monologar, les entrego una suerte de moraleja, regalada por el maestro Jorge Larrosa, quien sin saberlo estuvo presente a lo largo de toda nuestra clase, y tanto que a su vez se le agradece:

Piérdanse en las bibliotecas.

Ejercítense en el arte de la escucha.

Olvídense del proceso de lectura y escritura, sólo para aprenderlo nuevamente, bien distinto. En singular.

Encuentren en los demás las palabras más propias, y aléjense poco a poco de ellas. Narrando así su propia historia en clave única.

Traicionen a la gran tradición guardada en los textos; recreen para sus nuevas tablas a los viejos decálogos.

Y destruyan todo lo una vez construido, pues nada en ustedes es ni debe ser un para siempre así. Fluyan ustedes mismos en (y como) el río del devenir.

No sean nunca de tal forma que no pudiesen ser de otra manera; y otra; y además más.

Acuérdense de su futuro y caminen hacia su pasado. Entendiendo que el presente no es un lugar en el camino sino la pulverización de este mismo.

Y no pregunten quienes son al que sabe la respuesta, ni siquiera al yo bien suyo que cree saber la respuesta; porque la respuesta podría aniquilar el ardor de la pregunta más auténtica.

Sean ustedes mismos esa pregunta. Y la búsqueda sin un fin de sus respuestas.

Finalmente, una aclaración y una consigna.

Aclaración: si por momentos sintieron extrema pesadez o desorientación con mi discursar, me disculpo por ello enteramente; puede que estas palabras hayan sido pronunciadas antes del tiempo en que ustedes las necesitan. Pero recuerden, tal como fue aclarado al inicio, que el presente fue un discurso tres meses anticipado, y quizá sea un excelente punto de partida para arribar a él hacia el fin de la cursada. Sin embargo, la parte más brutalmente honesta de la aclaración, y por lo mismo la más dolorosa, consiste en reconocer frente a ustedes que éste no es un discurso para los egresados, sino un relato para uno sólo de ellos: que soy yoes mismos. Y las palabras que ahora me cuento y me cuentan (las propias y por sobre todo las ajenas hechas propias) son las que hubiera querido escuchar

años atrás; aunque de seguro hubieran llegado también antes de su tiempo – si tal acaso existiese – y me hubieran generado un completo estado de extrema pesadez y desorientación.

Y qué mejor elogio para la escritura derrotada que este acto de narración visceral que escapa de uno para vivir a través de uno, en el papel, cualquier papel. Y qué mejor celebración que en este tiempo de la espera inútil, sin impacientarnos frente al infalible cronograma de tercer trimestre, sabiendo y pudiendo pisar el freno de emergencia para cerciorarnos del estar aquí, de este nuestro realmente estar. Caminar descalzados para sentir, al pisar, las piedras bajo nuestros pies. Ver la sangre nuestra mezclarse con la tierra, ya previamente formada por la tanta sangre de muchos antes. Y por fin cerciorarnos que en esta des-andanza nos extraviamos finalmente del camino. Y ganamos esta libertad para crearnos un otra cosa. Siempre mudable, siempre cambiante. Eterno deviniente.

Y porque en ningún momento se explicaron los sentidos explicitantes, sino que la acción del buscar, encontrar y volver a perder fue y es completamente voluntaria, es que también vale aclarar que todo este acto de escritura carece de un único (y posible) sentido, o al menos así lo es para sus autores, quien sólo lo narran porque conocen las palabras con las cuales hacerlo. Porque yoes son infielmente fieles a estas sus palabras.

Y la consigna del día, entonces:

Afortunada o desafortunadamente, no se necesita más que un pedazo de papel – cualquier papel – y un simple lápiz, para convertir cualquier página en blanco en una confesión, un testimonio. Esto puede no tener nada que ver con los avatares vividos, los aciertos o temores acaecidos. Puede que sólo sea un trozo de papel, una secuencia arbitraria de palabras, carente de toda función poética o fuerza persuasiva. La hoja, las palabras, se limitan a estar. Tomarlas, y crear con ellas una metáfora para nuestra vida, es culpa nuestra.

Así que sean culpables; escriban(se).

Bibliografía de la clase:

Ricoeur, P. (1984) “La vida: un relato en busca de un narrador”. En: *Educación y política.* Bs. As.: Docencia. (Selección de apartados).

Bibliografía de consulta:

Bárcena, F. (2009). “La escritura derrotada. Notas sobre una poética de la educación”. En: J. Esteban Ortega, (ed.), *Arte, literatura y contingencia. Pensar la educación de otra manera*, págs. 11-26. Valladolid: UEMC, 2009.

Bárcena, F. (2013). “Poética de la espera. Una filosofía íntima (Con fragmentos de Proust y Pizarnik)”. *Kamchatka. Revista de análisis cultural*, nº 1, págs. 213-238.

Larrosa, J. (1996). “Las paradojas de la autoconciencia”. En: *Pedagogía profana. Estudios sobre lenguaje, subjetividad y educación.* Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Miño y Dávila.

Pizarnik, A. (2007). *Diarios*. Barcelona: Lumen.

Wittgenstein, L. (2000). *Diarios secretos*. Madrid: Alianza Editores.

Tentativas de indagación:

Entrevistas IV

Isabela Rodríguez Urtado. 17 años. Estudiante y delegada activa del centro de estudiantes. Sentada en un banco de aula - aula vacía -, correspondiente al Colegio Nº 5… de la Provincia… Octubre del 2019.

(…) Yo te ofrecería ordenar un poco la linealidad de la conversación, para poder comprender el contexto, primero, y después poder avanzar a los aspectos más específicos. De otra manera queda todo el discurrir un tanto confuso, o me pierdo yo misma en algunos detalles, dejando fuera otros importantes o aclarándolos después, más tarde; y así no queda del todo clara la argumentación… Bien, entonces, para partir, todo lo que recién comentamos me parece un buen punto de anclaje. Las clases eran, son, es decir, siguen siendo, tal cual lo describí. Nunca se repite dos veces la misma, aunque algunas ejercitaciones o tareas aparecen más de una vez. Como podría enumerarse a la típica explicación del tipo dialógica, V… preguntándonos que entendemos por tal cosa, anotando algunas palabras en el pizarrón, después viene la exposición y luego la relación entre lo desarrollado, por un lado, y esas primeras opiniones o nociones, más del tipo espontáneas, por el otro. Este modo de proceder se entendería como el más presente en nuestras clases; en algunos momentos creo que lo llamó lluvia o tormenta de ideas, o algo por el estilo… Pero así también tenemos toda una gran gama de propuestas de lo más distintas y diversas, ejercicios o juegos a partir de ciertas lecturas; construcción de los interrogantes por nuestra parte, y fundamentarlos, claro; actividades de investigación; análisis de recortes periodísticos. Una propuesta realmente variada, con algún intento de justificar el por qué de cada cosa en tanto a qué trabajo mental o… intelectual… nos demanda. De ahí a la segunda de las características que te resaltaba, la de la carpeta. Porque a diferencia de otros profesores, y profesoras, sí te voy a ser bastante insistente con esto mientras hablo porque así lo creo

y así lucho; pero, como te decía, a diferencia de otros profesores y profesoras, con V… no tenemos que preocuparnos por entregar una carpeta o un cuaderno, según sea nuestra decisión, para que se evidencien los trabajos en clase. Tampoco se procede a una cotidiana copia de lo escrito en el pizarrón, ya que de por sí rara vez lo utiliza para anotar algún cuadro o cosa por el estilo. En general trae algún Power Point ya armado y lo proyecta, para no perder el preciado tiempo en copiar nos dice. Siempre lo comenta. Tenemos sólo dos horas semanales así que no quiero que gasten un tercio del mismo en repetir este cuadro, tomen apuntes de lo que se dice y yo después se los envío por mail. Cada vez que alguien le pide que no pase tan rápido las diapositivas o que vuelva una hacia atrás lo repite. Y después efectivamente nos lo envía, sólo que no todos ni todas tienen mail, o a veces no tiene computadora en casa y lo tienen que abrir desde el celular, y por eso se complica un poco la cosa. Cuando se piensa en la totalidad del curso. Y eso no sé si siempre lo rescata V…, que algunos tienen más dificultades, no sólo en cuanto a la dificultad de comprensión del algún tema como nos puede pasar a cualquiera, sino a la del acceso mismo. Y había veces en que se le pasaba por alto esto… Sin embargo, el punto es que no suele escribir en demasía sobre el pizarrón y, por lo mismo, tampoco nos pide mantener una carpeta o cuaderno como lo hacen otros docentes. Desde el día uno nos aclaró que nuestra carpeta estaría segmentada en tres partes, teniendo que discernir nosotros mismos sobre qué cosa va en cada parte, salvo cuando él mismo nos lo aclara, para evitar malos entendidos o confusiones, dice. Una parte para apuntes; pues siempre insiste en que nos acostumbremos a ese ejercicio porque nos va a ser de mucha utilidad para la facultad. Eso lo enfatiza todo el tiempo que pude, a cada oportunidad, acostúmbrense a tomar apuntes, o lo que sea que se esté haciendo en ese momento, porque cuando estén en la universidad les va a servir un montón. Así dice, cuando estén en la universidad o cuando vayan a la universidad, porque todos los que están acá tienen la posibilidad de ir a la universidad, aunque sea decisión de ustedes si van o no, pero están preparados y preparándose cada vez más para la misma. Creo que muchos de nosotros y nosotras no habíamos visto la continuación de los estudios como una opción posible. Muchos y muchas son la

primera generación de sus familias en venir al secundario de por sí. Y que un docente como V… te afirme así de convencido sobre tu futuro universitario es algo muy fuerte. Varias personas, hablando por fuera del colegio, me dicen, o conversan entre sí en los recreos, respecto a qué les gustaría estudiar al año siguiente o cosas por el estilo, y antes ni pensaban en terminar el secundario. Que me voy a anotar en el curso de ingreso para Medicina, yo quiero ser maestra, yo voy a ser ingeniero informático. Y no te estoy diciendo que V… lave la cabeza o sea el único factor para pensar así, pero la fuerza de que te abran esa puerta, aunque sea sólo en el discurso, nos amplía el futuro… amplía las opciones que uno y que una entiende. Porque es así, cuando uno viene de un barrio o una casa donde el futuro está denegado, donde haces lo que haces para salir al paso, escapar del apuro, no se puede permitir una o uno pensar en futuro… ya tenés descontado que tu futuro se reduce a caer en las malas, en la droga o en cana o en un laburo que te explotan. Y tampoco es mi intención el exculpar completamente a la persona y culpar entonces al ambiente, o sólo al ambiente, o al sistema, sino entender que es una mezcla de todo y de todos… y esos son también temas que vimos en clase, el año pasado en Sociología, este año lo vemos un poco en Trabajo y Ciudadanía… Pero bueno, me adelanté, eso lo quería explicar un poco más adelante porque ahora te quería terminar con lo de la carpeta. Entonces, como te decía, la primera parte corresponde a los apuntes que tenemos que tomar de las clases, a acostumbrarnos a esa estrategia. La segunda la llamamos portafolio porque es la de la evaluación, de tipo proceso, o procesual. Te lo aclaro un poco mejor, o no sé si ya te lo comentaron, pero a V… parece o me da la impresión al menos de que no le agrada del todo o que esté del todo convencido con el acto de poner notas… en cuanto a número ¿no?... lo hace igualmente, pero de otra forma. Lo que nos propuso a principio del año fue que vayamos armando, con tiempo, un portafolio con todos los trabajos en clase… las consignas que él nos aclara que corresponden a esta parte de la carpeta. Algunas las hacemos en el momento y otras son las que se hacen en casa, o son investigaciones grupales, de diversos tipos quiero especificar… Entonces lo que le vamos entregando, él nos lo devuelve con comentarios, correcciones, alguna que otra propuesta de mejora,

pero sin nota, digamos sin una calificación numérica final. Si yo les pongo un seis o un siete, nos dijo a principio de año, después ustedes dan por cerrado o terminado el tema y empiezan a calcular los promedios, y lo que yo quiero es que los trabajos se vayan continuamente entregando, mejorando y re-entregando. Lo que V… dice que quiere es que siempre relacionemos los temas o los vayamos revisando con nuevos lentes. Y después, antes de que termine el trimestre nos pide que le demos en algún folio o lo que tengamos a mano todos nuestros trabajos acumulados, o los diez mejores, lo va variando, pero te da la responsabilidad a vos. Hay semanas en que estas resolviendo alguna consigna del tema de la clase y, al mismo tiempo, completando o complejizando alguna tarea anterior. Es bastante laburo la verdad, pero también es cierto que así estás todo el tiempo volviendo a lo trabajado, completando cosas, y así…; y aparte es un seguimiento más personalizado. Y bueno, la última parte de la carpeta es la de escritura personal, es decir que esa parte es nuestra para escribir, o no escribir, lo que queramos. Es la que más se descuida igual, te imaginarás. Aunque V… quiere o nos insiste en que la usemos, todo el tiempo, que anotemos cómo nos sentimos después de cada clase o de algún tema, que describamos nuestras impresiones sobre algún autor, autora (aunque de estas hay pocas) o algún contenido. Simplemente escriban, nos dice. Escriban lo que les de la reverenda gana. Porque pensar algo, según él, y ponerlo por escrito son dos cosas completamente distintas. Según V… algo cambia cuando se lo escribe. En lo particular, quiero creerle, pero no se me da siempre así. Hay cosas que escritas son idénticas que dando vuelta por la cabeza. O al menos así me lo parecen. Pero bueno, este era el contexto que quería sentar antes de poder responderte sobre lo otro. Y… bueno… con respecto a Darío, sí, estuvimos sentados juntos, es decir como compañeros de banco, desde que empezó el segundo trimestre, o un poco antes te diría, pero no desde principio de año. Sí, fue V… quien me preguntó si no me molestaba y yo le respondí que para nada. No era usual porque nunca nos cambiaba de lugar, ni siquiera a aquellos que más se distraen… a veces quienes sentados en el fondo que pasan más desapercibidos, creo yo. Pero como me lo pidió así de amablemente le dije que no había ningún problema. Emma que se sentaba al lado mío se fue con

Gra, más delante, y yo compartí con Darío sus últimos meses. Mirá, la verdad es que es más una coincidencia, lo de las fechas claro… no digo que el abandono sea coincidencia de nada, sino el momento. Cuando V… estuvo todo ese tiempo sin decir palabra, y todo el resto de lo que ya estuvimos hablando, fue como te lo dije, o mejor, yo lo interpreté tal cual te lo narré; pero me parece un error garrafal suponer que Darío se fue del colegio porque un profesor en particular decidió callarse, por el motivo que fuese, durante ese mes, mes y medio. Sí, tampoco me pareció que hayas especulado así pero me interesa aclararlo para que no haya malentendidos. Que conste por escrito al menos. Porque si no se siguen invisibilizando los verdaderos problemas. Y yo no vengo acá a defender a nadie o a justificar a nadie. Pero es por respeto a Darío que te digo esto, porque algo lo conocí cuando compartimos clase, y siento que se lo debo; o a lo sumo lo veo como el comportamiento correcto de mi parte. Porque vos estarás queriendo averiguar lo que sea que estés escribiendo, y me imagino, y no es que te esté criticando, pero supongo que ves en la documentación que un estudiante de esa clase abandona el colegio en ese exacto momento y tu mente empieza a cuestionarse o suponerse toda una variedad de hipótesis o a correlacionar variables distintas... Así que yo sólo te digo que, para este caso específico… no es el caso…. No te podría decir cuál fue el factor exacto que lo motivó a irse, aunque mejor podría decirse cual fue el tiro final, porque otra persona hubiera abandonado mucho antes, de eso estoy completamente segura; y eso también te habla mucho de la convicción que él tenía o el buen concepto que tenía del estudio, de la educación en general… de terminar el colegio… Entonces, lo que yo te resaltaría, en primer lugar, es que a Darío siempre le costó la escuela, sus notas nunca fueron muy buenas, pero de eso seguro ya lo habrás verificado. Lo que no te dicen los documentos, planillas o boletines que tal vez llegaste a hojear es que él se desvivía por entender las cosas, anotaba todo, preguntaba a más no poder, a mí me preguntaba incluso, pero no todos lo veían así. Otro vago más decían algunos, la carpeta siempre desprolija e incompleta usted, le marcaban otros, y no veían nada más que eso. Como cuando se dice que el árbol no te deja ver el bosque o algo por el estilo. Ya se habían hecho una idea de él y de lo

que él podía llegar a hacer, entonces todo lo llevaban para que se acomode congruentemente en ese final ya decidido de antemano. Yo no intento compararme ni justificar nada, pero veo mi caso, donde en casa me bancan en los estudios, mis viejos están presentes, y se preocupan. Y reitero, no es cuestión de culpar al ambiente, de señalar a los padres de Darío que no tienen laburo o que no terminaron el colegio y decir que por esa causa el está así. No es exculpar al contexto pero tampoco generar que todas las culpas le sigan recayendo a la persona… al sujeto. Darío siempre me decía que con esfuerzo todos salen adelante. Lo repetía, se lo repetía a él, me lo repetía a mí. Y por eso se frustraba tanto cuando le iba mal en algo, y poco a poco se desmotivaba más. Muy pocos docentes reconocían sus ganas y lo alentaban, V… era uno de esos, y siempre le tuvo especial cariño, aunque no te podría decir por qué. Pero lo apreciaba un montón. Le insistía en que re-entregue los trabajos, en que escriba en la parte personal de la carpeta. Pero tampoco es cuestión de que toda la responsabilidad recaiga en uno o unos docentes. Porque después la sociedad misma sigue construyendo los juicios de estigmatización. O se agarran de un caso concreto, de aquel chico que terminó la escuela cuando vivía en un auto con la madre, y no lo desvalorizo a este, lo aplaudo realmente a ese chico; pero es una excepción a la regla común de un sistema injusto, y de lleno desigual. Por eso es complicado el tema. Nosotros en el colegio lo trabajamos, algo. Desde el centro de estudiantes presionamos para que haya más tutorías, más acompañamiento. Pero es cierto que la escuela sola no puede, o no le debería recaer toda la responsabilidad a una sola de las instituciones sociales. Es como cuando se escucha todo el tiempo que la educación es la respuesta, o es la clave, o es la salida; y si partimos de una desigualdad tan marcada, de un sentido común tan violento hacia ciertos sectores, de una lógica de emprendedurismo tan celebrada que responsabiliza a los propios individuos, entonces es mucho más difícil. Y por eso no es nada fácil señalar con el dedo a la causa de por qué a un alumno como Darío le cuesta tanto pasar de año o por qué abandona el colegio. Hay veces en que analizando la situación uno debería preguntarse cómo es que aguantó tanto tiempo sin dejar… porque aseguro que muchos en esas situaciones lo hubieran dejado a la primera o la segunda.

Pero siempre la culpa es del otro, ¿no? Y lo que yo pienso, y me pregunto, porque así lo trabajamos en clase, es ¿qué podemos hacer como ciudadanos y ciudadanas activos y críticos para empezar a cambiar, a la sociedad y a nosotros mismos? Porque así la cosa no marcha. Y yo ví en los ojos de Darío como él se creía realmente un fracaso total, y en este colegio se lo ve mucho. Porque es como te decía, cuando la casilla o la categoría ya está bien armada y tan prolijamente que nos cierra, y cuando se coloca a una persona, sea Darío o sea quien fuere, dentro de esta casilla, todo se lo direcciona para que el sujeto en cuestión se ajuste a las características y conductas ya pautadas. Y lo peor es que cuando a uno o a una no paran de repetírselo, en todos los ámbitos, por todas las voces, este uno y esta una también encauzan sus propias acciones y conductas para que se ajusten al casillero donde otros lo metieron, y tan prolijamente que se los encierra. Y puede que otros tal vez ya lo tomen como destino propio el no tener futuro, y se derrotan antes de luchar; pero cuando aun luchando con todo la fuerza a emplearse para estar en una igualdad de condiciones, la posibilidad de mejora es tan limitada o reducida, ¿cómo hacer para seguir luchando? ¿Cómo logra convencerse uno? Y cuando hay opciones que ya de partida están denegadas, ¿cómo no caer en aceptar las únicas opciones accesibles?, aunque no todas ellas, casi ninguna en general, sean de lo mejor. Y después se sigue culpando al individuo que "conciente y voluntariamente" elige hacer tal o cual cosa. Y yo sigo preguntándome ¿qué podemos hacer? ¿Qué puedo hacer yo?, porque la cosa así no va. Pero la gente tampoco lo cuestiona, o no todos. Y desde mi simple lugar veo mucho sufrimiento, mientras otros sólo se contentan con el dedito acusador. Va, no sé, ¿qué harías vos? ¿O qué estás haciendo para que haya un cambio verdadero? ¿Crees que escribir esto ayude realmente en algo?

Darío Almeida. 22 años. Sentado en un bar-confitería, dentro de la estación de trenes… de la Provincia… Marzo del 2020.

Escuche, la verda que no. Me vine para acá porque usted me dijo que era por el Profe V… y nada más que por eso que me vine hasta acá. Para ayudar en lo que uno pueda, porque el Profe a mí me bancó un montón. En todo me bancó. Y eso que se me complica bastante venirme para acá… ahora que uno es padre los tiempos le cambian y ya no depende de uno nomas, porque tenés que aceptar que sos responsable por alguien más además de uno mismo. Si fuera por mí te diría que sí y listo, viste, pero ahora está la nena y uno tiene que preocuparse por… bueno, basta. Me callo de este tema porque usted no vino para saber esto sino para preguntarme por el Profe y esto no tiene nada que ver. Sí, y aparte ya es tarde y tengo que volverme para estar un rato en casa, jugarle un poco a la nena que no me ve desde ayer porque después mañana de vuelta arriba a las cuatro y a empezar de vuelta y… disculpa, es que se me dispara de vuelta el piloto automático… así que pregunte… No, yo nunca dije así. ¿Quién dice que le contó? Ah sí, nos sentábamos juntos, un tiempo nomás porque después dejé, ¿vio? Pero no, yo no lo dije así. Capaz algunas veces le decía que mi abuelita lo decía todo el tiempo en casa. Mi vieja también lo repetía como loro. Era como un decir en la familia, de puertas para adentro, como una… tradición… o algo por ese tipo, porque es así… siempre con esfuerzo… porque si uno no se esfuerza no llega a nada. Así se decía en casa… Y yo también se lo digo a mi nena, obvio. Y porque es así, es la pura verda, y no quiero que termine como el papá, así de burro. Levantándose de madrugada para romperse el lomo y apenas si sobrevivir… Y lo mío es distinto… no, es distinto, y por eso estoy acá… estoy… así, como se me ve. Pero no todos somos bendecidos… La Isa sí que era una bendecida, lo entendía todo a la primera, por eso me mandaron a que me siente al lado, a ver si me domaba un poco… si me contagiaba un poco la inteligencia suya… pero qué se le va a hacer, no todo se contagia así de fácil… te lo digo porque a esta altura uno ya lo tiene que aceptar, se lo tiene que reconocer para uno mismo. Al principio te da bronca… mucha furia y bronca, de en serio… bah… de seguro se imaginará, o no, o habrá hablado sólo con gente de bien… o no. Pero mire, sin lágrimas se lo digo; porque antes me agarraba el llanto cuando lo decía, para mí, cuando me lo pensaba… de bronca nomás. Porque desde chico que mi abuelita, y mi vieja también

me lo repetía, todo lo del esfuerzo, lo que si uno hace las cosas que tiene que hacer y se esfuerza las cosas salen, y vienen, las cosas digo… pero conmigo no venía nada, nada me salía, y mire que me esforzaba, y no le miento yo eh… no es ese verso de que dejaba todo y después me ve en la esquina o en la plaza fumándome un caño o con una birra. Yo iba todos los días, hasta con fiebre o con mucha gripe, muy raro que yo faltara, y hacía el intento de escuchar… aunque me hablaran difícil o con palabras específicas de la ciencia que yo no les entendía muy bien… levantaba la mano y preguntaba, y escribía en el cuaderno… por eso te digo que no era uno de esos ladri. Metía todo el esfuerzo, por eso cuando me iba mal, y que casi siempre me iba mal, me agarraba la bronca… no tengo muchas más palabras para decir, así a lo bruto como me sale, porque soy así y ya lo acepta uno… si te dicen que con esfuerzo se sale adelante y te lo dicen porque es así, no es pura invención mía o de mi abuelita; y uno, como le digo, se mata haciendo lo que puede, porque más tiempo no tenía entre el laburo y aportar en casa, y así y todo matado hacer todo el esfuerzo en el estudio, y que encima me vaya mal, entonces la respuesta no es muy difícil. Y es que uno es un bruto, un inútil. Ve, sin lágrimas. Sin señalar a nadie. La bronca donde tiene que ir y ya sin bronca lo digo. Porque cuando uno da todo lo que puede, por más que el cuero ni la cabeza te de aguante, y seguís fracaso tras fracaso, entonces lo que de en serio no sirve es uno, al menos para eso. En mi caso es el estudio. No sé si será que algunos nacen para ser cabeza y otros para laburar con las manos, pero en mi caso doy fe que es así, el estudio nunca se me dio por más que trate. Y eso que el Profe me hablaba un montón, me prestaba libros y todo, pero uno aguanta hasta cierto punto. Y me daba un poco de vergüenza, porque sentía que le había fallado a mi vieja, a mi abuelita, a los profes, porque había muchos que eran buenísimos, bien inteligentes pero también con mucha amabilidad, vio. Y yo no respondía, era una decepción. Pero si uno no sirve, y ya viene defectuoso, para qué quedarse entonces… y por eso me fui. Lo acepto y no echo culpas. Hice lo que pude, lo que salía, con toda la fuerza que tenía, y nunca alcanzó para nada. Y no es que no me sirvió para nada pero de estúpido no pude salir. Y la responsabilidad es mía y por eso estoy ahora trabajando de sol a sol. Para otra cosa

no sirvo… Y sí, a mi nena igual se lo digo, se lo sigo repitiendo, estudia bien porque si no vas a salir burra como papá, y espero que no salga como yo… perdón, ahora si viene un poco de llanto… pero eso nomás porque espero no contagiarle lo inútil. Es un decir, no creo que se contagie, pero algo de genético debe de tener, o de la familia…. Pero ella no, ella se va a esforzar y va a salir adelante. Va a salir de tanta mierda y no va a mirar para atrás a un viejo burro que se va a morir como vivió, haciendo pastones… Pero el Profe sabía que yo trate, por eso no quiero ni verlo a la cara, para que no me vea así, con la cara de fracasado. De pura frustración.

Tentativas de indagación:

Anotaciones VII[6]

A modo de resumen o abstract;

El motivo del presente ensayo de… es el de propiciar o favorecer un diálogo (un ambiente para la discusión) entre los discursos didácticos y ético-políticos, con un eje central en el concepto (y las prácticas) de evaluación, circunscriptas a las asignaturas propias de las Ciencias Sociales y Humanas dentro del Nivel Secundario. Para conseguir el mismo se procederá al análisis de una experiencia específica de evaluación desarrollada en una clase de Filosofía de sexto año del secundario, tanto en lo respectivo al instrumento de evaluación como al mismo desarrollo, resultados, correcciones y consecuencias del mismo. De este modo, se pretendió analizar la relación y articulación existente entre la forma en que el conocimiento es concebido epistemológicamente, su modo de presentación en clase y de evaluación posterior, dentro del campo de saber didáctico, por un lado; junto con la concepción ético-política del *otro*, su posibilidad de presentación y enunciación, y el acto hospitalario para la recepción y aceptación de su radical novedad, por el otro.

Con este objeto se identificaron rasgos y características que se desprenden tanto del análisis de documentos escritos, pictográficos y audiovisuales (relativos al instrumento evaluativo, así como a las distintas resoluciones llevadas a cabo por los estudiantes); como de la observación de tres clases

[6] Las siguientes páginas, reunidas en el presente apartado, son las únicas que bajo el encabezado de Anotaciones, no corresponden al conjunto de comentarios y apostillas manuscritas guardadas en cierto cuaderno de azules tapas. Sino que, por caso contrario, las mismas representan unos pares de hojas mecanografiadas; las cuales, abrochadas y dobladas, estaban encapsuladas al final de la susodicha libreta. Sin encontrar mejor posición para presentarlas, decidió - acertada o desacertadamente – por un aquí - el narrador-recolector - ubicarlas.

correspondientes a la asignatura de Filosofía. Datos y categorías que fueron posteriormente analizados en función de un marco teórico construido a partir de la interjección de los campos de la Didáctica General (Entel, Edwards, podría ser Candela, Doyle, Feldman) y de la Filosofía de la Educación (muy probablemente Lévinas, Melich, algo de Derrida y un poco Ricoeur).

La propuesta metodológica consistió en la recolección de datos empíricos a partir de los documentos resultantes de la experiencia evaluativa, así como por medio de tres observaciones participantes completas, retrospectivas, o autoobservaciones (Anguera, Spradley, Whyte, Adler y Adler; buscar los años correspondientes a cada uno). Todo lo cual fue analizado y comprendido a partir de un enfoque cualitativo y multireferencial, propio de las teorías de la complejidad (Edgar Morín).

Aquí un espacio para la conclusión arribada. Dejarla todavía para lo más último. Sin embargo iría por el lado de poder sostener que los modos y prácticas de evaluación también transforman al conocimiento construido y en constante circulación dentro del salón de clase; y que en esos mismos modos y prácticas resulta imprescindible la construcción de un verdadero diálogo - abierto y hospitalario - para que la radical alteridad se presente y así también se enuncie. Concibiéndose de este modo a la evaluación no sólo como un mecanismo de regulación y control dentro del par enseñanza-aprendizaje; sino como un verdadero acontecimiento ético.

Caso de análisis:

La experiencia seleccionada como caso de análisis corresponde a una actividad evaluativa desarrollada dentro del marco de la unidad de Ética, propia de la asignatura Filosofía, para un sexto año de Nivel Secundario, ocurrida durante el año 201….

Considerando que las motivaciones personales del docente, es decir las mías propias, se encuentran muy cercanas a la propuesta de análisis desarrollada a partir del marco teórico; me

limitaré a lo largo del presente apartado de esta… (¿ponencia?)… a la simple descripción de la experiencia acontecida.

Un sólido punto de partida para adentrarnos en la dinámica de esta actividad corresponde al anticipo entregado a cada estudiante, por mi propia persona, la semana previa al ejercicio evaluativo. El mismo suponía una doble función; en primer lugar, buscaba presentar una incipiente fundamentación de la propuesta, tal como puede observarse en el siguiente fragmento del mencionado documento:

> *La evaluación de la semana próxima intentará cerrar el trabajo efectuado a lo largo del año. La misma, considerando nuestra ubicación en la unidad número 5 correspondiente a la Ética, intentará presentarse como un verdadero acontecimiento ético; es decir, no intentando tipificar el saber de los estudiantes, así como tampoco intentando reducir o asimilar la otredad a la propia mismidad del docente.*

En segundo lugar, este escrito pretendía brindar algunos consejos pragmáticos para la preparación de los estudiantes durante esta semana previa. Algunos de dichos consejos se encuentran ejemplificados en las siguientes aclaraciones explicitadas en el documento:

> *Primera aclaración: en la evaluación no habrá preguntas explícitas sino que, a partir de una lista de temáticas (trabajadas en la unidad de Ética pero, a su vez, que la exceden) los estudiantes deberán realizar diversas obras y producciones. De modo tal que resulta indispensable que ya tengan todos los temas y autores bien trabajados*

y problematizados. A su vez, si bien será a libro abierto; la disponibilidad de apuntes resultará de utilidad sólo a aquellos quienes ya hayan complejizado los textos a partir de un trabajo analítico y reflexivo previo.

Segunda aclaración: no todas las etapas de la evaluación se realizarán en formato escrito sobre papel, sino que, según su propia elección y creatividad, pueden utilizar distintos soportes (materiales o digitales). Para estos últimos tengan en cuenta tener el celular cargado y pedir previamente alguna computadora del colegio.

Tercera aclaración: no todas las etapas de la evaluación se realizarán individualmente, sino que alguna de ellas se desarrollará en grupos (entre dos o tres personas). Razón por la cual es aconsejable que lleguen al día del examen con las parejas ya conformadas.

Cuarta aclaración: la experiencia de evaluación busca dar un cierre meritorio a la cursada del año, de forma tal que se valorará el pensamiento reflexivo y crítico filosófico por sobre la simple reproducción de las posturas teóricas de autores trabajados. De modo que se recomienda, durante las relecturas preparativas al examen, la complejización y problematización de la ética a partir de debates y sucesos de la actualidad, su articulación con otras unidades y/o materias, etc. (...)

A partir de los fragmentos recién recuperados, es posible comprender que el grupo de estudiantes ya había sido previamente anticipado de un cierto evento o práctica disruptiva a la lógica usual de

evaluación, así como también, fundamentada la propuesta para dicha disrupción. Todo lo cual buscaba reducir los niveles de ansiedad ante lo distinto e ignoto por acontecer, al tiempo que pretendía brindar el nivel de información justo y necesario para que los estudiantes lleguen bien preparados al día del ejercicio (el trabajo intelectual y reflexivo, la preparación de grupos, los posibles materiales y dispositivos de trabajo, etc.), por un lado; mientras que mantenía un cierto resquicio de incertidumbre respecto a la inédita dinámica de lo que sería un examen sin consigna alguna o aparente, por el otro.

Finalmente, el día de la experiencia evaluativa, se le entregó a cada estudiante un tablero de juegos con el cual tendrían que desarrollar su singular recorrido de resolución. Dicho tránsito sería acordado en grupos no mayores a tres integrantes.

Con respecto al referido tablero, el mismo se encontraba compuesto por cuarenta casilleros hexagonales concatenados y distribuidos en forma de panal. Dichos casilleros estaban repartidos, a su vez, según seis colores determinados; correspondiendo a cada color una característica que justifique la agrupación.

Los primeros casilleros, verdes, (ocho en total), representaban los principales conceptos abordados durante la unidad de Ética. Estos eran: virtud, felicidad, deber, autonomía, hedonismo, responsabilidad, *otro* y sexualidad(es).

Los casilleros azules (también ocho) correspondían a conceptos que habías sido trabajados en varios encuentros, relativos a diversas unidades del programa, tales como: poder, libertad, amistad, verdad, sentido común, amor, política, perspectivismo.

Los casilleros rojos (siete) establecían propuestas de acción para articular tres conceptos correspondientes a los casilleros verdes con dos propios de los azules. Estas proposiciones podían ser: realizar interrogantes, establecer alternativas, analizar, contrastar, reformular, criticar, de-construir. Resulta indispensable, ya desde ahora, poder aclarar que bajo ningún aspecto el docente

podía ni debía explicar qué entiende él mismo por cada una de estas propuestas, sino que es el/la estudiante mismo quien debe encontrarle un sentido a cada acción posible, o inventarle uno nuevo.

Los casilleros violetas (siete) representaban un formato específico que cada miembro del grupo debía seleccionar para presentar su propuesta individual de articulación entre los cinco conceptos elegidos (tres verdes y dos azules), y su atravesamiento y elaboración a partir de la elección de tres casilleros rojos. Estos formatos eran: texto, imagen, croquis, audios, videos, dibujos y muestras.

Los casilleros naranjas (siete) correspondían a un formato específico que cada grupo debería seleccionar para presentar una propuesta conjunta (entre todos los integrantes) de la articulación entre los cinco conceptos elegidos (tres verdes y dos azules), y su atravesamiento y elaboración a partir de la elección de tres casilleros rojos. Dichas opciones eran: relatos, entrevistas, ensayo, intervención al espacio público, cartas, guión, viralización en las redes.

Finalmente, un último grupo de celdas (tres), amarillas, representaban las cartas de ayuda con las que contaba cada grupo, pudiendo utilizarse cada una solo una vez. Las mismas permitían: dialogar con el docente, alterar el recorrido elaborando nuevos casilleros y propuestas, explicitar los criterios de corrección a los que el grupo decida circunscribirse.

De este modo se puede comprender que la dinámica de la insólita evaluación – entendiendo por ésta al instrumento evaluativo - correspondía al establecimiento de un recorrido, no del todo pautado de antemano, según el cual cada grupo debería escoger entre tres conceptos propios de la presente unidad y dos que resultaban conceptos estructurantes o transversales a la materia. Para con dichos cinco conceptos teóricos, y sus relaciones conjuntas, realizar al menos tres acciones de intervención, problematización y complejización a dichas articulaciones (casilleros rojo); las cuales deberían plasmarse en un formato específico para el grupo, más un nuevo formato para cada uno de sus integrantes (exigiéndose uno distinto para cada participante).

Sumándose, por su parte, un conjunto de casilleros optativos que habilitaban a los integrantes, o al grupo en general, a reelaborar la propuesta misma de evaluación.

Por lo tanto, la experiencia desarrollada consistió en el favorecimiento de un ambiente evaluativo sin mayores restricciones, imposiciones o aclaraciones; donde los estudiantes mismos decidirían el qué, con qué, con cómo y dónde. Un escenario por recorrer donde el tránsito no estaba direccionado o coartado por la mirada o señalamiento docente. Un lúdico caleidoscopio que propiciara la expresión de la más propia autenticidad, acuerdos consensuados entre sujetos y creativas producciones originales (individuales y grupales).

Las múltiples resoluciones y recorridos (ver anexo nº…) serán analizadas e interpretadas en un apartado posterior. No obstante, de momento, puede adelantarse una – primera – posible segmentación en dos grandes grupos; uno – el más reducido – correspondiente a aquellos estudiantes que optaron por un camino del tipo tradicional, seleccionando las producciones escritas más usuales (texto, ensayo, etc.); y otro – mucho más numeroso – conformado por los estudiantes que buscaron nuevas alternativas al examen acostumbrado (intervenir los pasillos, entrevistar a los directivos, grabar cortos y subirlos a las redes, etc.).

A partir de la presente descripción, se procederá a continuación a una explicitación del marco teórico seleccionado y construido, con la intención de iniciar un proceso de vaivén o constante ida y vuelta entre teoría y empiria; re-codificando así los datos, reformulando entonces los fundamentos.

Avance sobre el marco teórico:

En el presente apartado se presentarán las principales líneas teóricas sobre las cuales se sostiene y fundamenta el trabajo. Para la concreción de dicha tarea se realizará una presentación esquemática y

sintética de los autores y categorías conceptuales que posibilitaron la efectuación del análisis didáctico sobre las clases observadas. Se partirá, por lo tanto, de una recuperación y mención de las teorías y concepciones correspondientes a la Didáctica General; para luego poder articularlas, confrontarlas y discutirlas a partir de ciertas categorías y discursos propios del campo filosófico. Buscando así una verdadera y honesta discusión entre ambos cuerpos de saberes específico.

De esta manera, una primera mención que resulta relevante a la propuesta consiste en recuperar el desarrollo teórico de Alicia Entel para así poder relucir la forma en que las diversas concepciones epistemológicas del conocimiento, circulantes por el espacio áulico, determinan en cierta medida el modo en que los mismos estudiantes construyen dicho conocimiento para sí. Así, según la tipología establecida por la autora, en su texto "*Escuela y conocimiento*" (1988), es posible reconocer una primera concepción del conocimiento correspondiente a su entendimiento como un objeto dado, una *entidad* asimilable o adquirible por el propio sujeto cognoscente. Posición que proviene de la herencia iluminista del siglo XVIII y, para el caso específico de la escuela argentina, de la corriente filosófica positivista; la cual proporcionó los fundamentos para la organización y conformación de un sistema de instrucción pública centralizada estatal (SIPCE) a fines del siglo pasado. Con respecto a la construcción del conocimiento dentro del ámbito netamente escolar, esta concepción se sostiene sobre una *modalidad atomizada* del conocer; es decir, de un conocimiento homogéneo, cerrado en sí mismo, reductible a sus mínimas unidades de análisis, en un proceso donde se desestima el carácter arbitrario de tal recorte y los procesos de producción presentes en la construcción de cada unidad.

Por su parte, la segunda de estas concepciones corresponde al conocimiento entendido como *sistema*; la cual se encuentra sostenida sobre los postulados propios de la lingüística y la antropología estructuralista, la lógica de clases y la matemática de conjunto, entre otras. Entre sus premisas esenciales se destacan la comprensión de los distintos campos de saber a partir de una estructuración sistémica donde cada elemento adquiere su valor en una relación negativa sobre el resto; así como sobre la autonomía de los fenómenos lingüístico-culturales respecto de los contextos socio-

históricos. Para el escenario escolar, esta concepción se corresponde con la *modalidad estructural o relacional*; la cual consiste en la apropiación de la totalidad, a partir de un proceso que implica la desestimación de la construcción contingente y particular de dicha totalidad, al tiempo que excluye de la ecuación toda contradicción posible.

Finalmente, la tercera concepción del conocimiento, entendida como *producto de un proceso*; se caracteriza por una construcción social que deviene de un proceso dialéctico complejo donde intervienen factores culturales, socio-políticos y psicológicos. Dicha noción no se plantea como una tercera opción que excluye a las dos anteriores, sino que busca integrarlas como una totalidad dialécticamente constituida y constituyente. Para el ámbito escolar se nomina como una *modalidad procesual*, es decir, aquella en que tanto la totalidad como cada uno de sus elementos conformantes son comprendidos como productos de un proceso dialéctico. En dicho proceso se abandonan las ingenuidades de los modelos homogéneos para abrazar las contradicciones estructurales y estructurantes; al tiempo que se reconoce la participación activa del sujeto cognoscente como actor protagónico en el proceso constructivo y transformador del conocimiento.

Esta recuperación respecto de las distintas concepciones epistemológicas que cada docente puede presentar en relación con el conocimiento resultan de suma relevancia a la hora de analizar el sostenimiento de la propuesta de enseñanza sobre: el modo en que dicho conocimiento es presentado y trabajado en clase, por un lado; así como las diversas propuestas de actividad y evaluación seleccionadas, desplegadas y sustentadas, por el otro.

Con respecto a la primera de estas cuestiones, se decidió recobrar los aportes teóricos de Verónica Edwards (1997). La hipótesis central de dicha autora consiste en la aseveración de que el contenido no es independiente de la forma en la cual es presentado; es decir que, la forma es -asimismo- contenido. Proponiendo, de este modo, una *lógica del contenido* a partir de los presupuestos epistemológicos desde los cuales dicho conocimiento ha sido formalizado (nivel de abstracción, grado de formalización, pretensión de verdad, etc.), - relacionado con los desarrollos antes

mencionados de Entel -; y una *lógica de la interacción*, referida a los sentidos en que se objetiva el conocimiento en el conjunto de los modos en que los estudiantes y docentes se dirigen unos a otros. Lógicas que, por su parte, se encuentran en interrelación permanente.

A partir de este desarrollo, la autora distingue tres tipos de contenido en el aula: *tópica*, *como operación y situacional.* Sobre la primera de ellas, se observa una presentación del contenido en el cual éste se encuentra orientado a la identificación o ubicación tópica de la realidad; persiguiendo una nominación precisa y una obtención de respuestas textuales. Razón por la cual el énfasis se encuentra colocado en las tareas de memorización y reproducción de términos que mantienen una relación de contigüidad.

Por su parte, el conocimiento *como operación* supone una aplicación algorítmica del mismo para casos específicos; obviando, por lo tanto, la aprehensión de la lógica implícita de dicho contenido. El énfasis, para este caso, se coloca en la aprehensión de la forma (por sobre el contenido), en la estructura abstracta del mismo. Finalmente, con respecto al conocimiento de tipo *situacional*, se le reconoce un interés orientado a la comprensión o inteligibilidad de una situación; es decir, se trata de un conocimiento que interroga al sujeto, donde es posible la significación a partir de este.

Una cuestión de suma relevancia respecto de este posicionamiento teórico resulta de la preocupación de la autora por distinguir las relaciones entre el sujeto cognoscente y el cuerpo de conocimientos (objeto por conocer). Observándose para los dos primeros tipos de conocimiento (o presentación del mismo) una relación de enajenación, alienación o exterioridad del sujeto con respecto al objeto por conocer; mientras que para la última de estas concepciones, la relación de éste resulta de una interioridad con respecto de su objeto; posibilitándole una apropiación, construcción y transformación del mismo (es decir, de un proceso de atribución de sentido y significatividad).

Tanto las propuestas y estrategias de enseñanza (y las dinámicas comunicativas dentro de ellas) como las distintas concepciones del conocimiento (y sus disímiles formas de presentación) configuran una lógica específica del trabajo académico de la clase, pasible de ser analizado - dada su

excelsa riqueza - por el enfoque ecológico desarrollado por Walter Doyle (1984). Según explicita dicho autor, la *tarea* debe ser considerada como la unidad básica del tratamiento de la clase, y, a su vez, entendida como una puesta en escena de conductas, una unidad ecoconductual compuesta de elementos que rodean y regulan la conducta (Mazza, D.; 2013). Por lo que se desprende que la tarea sea definida como "las *estructuras situacionales que dirigen el pensamiento y la acción de los alumnos*" (Doyle, W.; 1984: 84).

De este modo, es posible reconocer que dicha postura teórica le atribuye al ambiente o a la situación un papel definitorio en la configuración de la tarea; la cual no es concebida, por lo tanto, como la propuesta del docente o el conjunto de actividades para que los estudiantes realicen; sino como una unidad más amplia que se define y toma forma en el medioambiente en que se estructura. Es decir, que la tarea resulta una construcción, una hipótesis que refiere a significados más o menos compartidos (tensionados y negociados) acerca de aquello que se espera que los alumnos realicen en una situación determinada, dirigiendo su modo de pensar, actuar, decir, etc.

Razón por la cual, en lo respectivo a

Razón por la cual Razón R ***Yawp.***

si

Yawp.

Ya(wp) Basta,

no puede(n) así callarme, ritmarme el mío decir,

comprimirme en esta pasada.

Ni hacérmelo yo mismo contra mí(s) , tampoco.

Ruje el Yaaaaawwwp; el anti-melódico Yawp;

Básteseme entonces que no puedo. Un de lleno bastante por el páramo enangostado, errante por este el todo fangoso y pedregoso, hasta alcanzar la más cruda y atroz de las masmédulas, las mías y

las no tan tanto y demás, hasta pasar una temporada completa en el otro infierno tan y muy tan otro. Bastando por aquí porque así (que) no (¡no!) sigo.

¿Cómo continuar honestamente un acontecimiento ético, encadenada la voz escrita a los y las órdenes del discurso?¿Cómo evitar la falta de respeto a la experiencia educativa, a la bienvenida de la alteridad más radical, si todo debe predisponerse, si yo mismo debo consolidarme, según el lugar asignado en la ya estantería, con esta forma y este esmalte, y este nombre y este orden – y vuelvo una vez más y nuevamente a pensar en invernaderos, ¡cautas cerrazones! -, más las siempre etiquetas, el siempre control, la gran vigilancia (epistemológica, discursiva y las de todos sus tipos y tamaños), los re-encauzamientos necesarios (normalizados y normalizadores), las citas de autor (todas ellas y sus obligadas normas APA…)…? ¿Por qué no pensar mejor en frondosos jardines selváticos, salvájicos?

No sólo una apariencia. Una máscara también - (y) otra más (también) - para ocultarse uno. Siempre hay uno, un (nuestro) atrás.

Encerrarse – o ya atrapado – en una habitación opaca y sin ventanas. Sombría y sin acuarios.

Siempre a la busca de nuevos papeles. Pues que cuadernos ya tengo de sobra. Sólo que hay tiempos en que me falta el valor para oculparme; de la casi nada construir(me).

Desvocacionado por lo ya todo tan dado, lo todo muy cerrado, lo así ya definido. Estallando pautas y el secuestro de las reglas, sigo. Me persigo – ¿aira(d)andantemente? – de un extremo al otro estero y sigo sin freno

reescribo un caso, el mismo. Caso. El mío, prestado.

una Invitación a para

(y basta también de Oliverio,   de ambos, sí, de todos ellos)

Un vértice por el encuentro y cópula de dos líneas. Seis de ellos por seis de ellas. Con un color, y el corazón de texto. Una personalidad a cada celda por la cruzazón de ambos; nombre y apellido. ¡Y cómo cantan las cuarenta!

O un jardín; indomable. Vivo por el crujir y el llanto de sus pétalos, los batirse de las rampantes ramificaciones. Andantes; movedizas pero, sobre todo, musicales. El carrusel y la vorágine de las raíces estridentes, clamando por la simultánea proveniencia y porvenir, por su incipiente y eterno estar aquí. Ahora. El jardín. O, en Él jardín. Sin pétreas plantas. Sin palas. Sin líneas trazadas o configuradas. Y las gotas del tiempo chorreando el suelo, tierra y sangre y polvo y memoria. Es historia y es saber que nace de esa tierra y esa piedra y esa flor; y que crece, y se transforma, y continúa-deviniente-cambiante. Caminante, el saber, danza en el jardín bravío.

¿Por qué no así decirlo?

¿Por qué no así decirNos?

Cuando un docente, uno. Un docente que observa a su clase. Mira con sus otros ojos de mirada ingrávida y penetrante. Un docente, impávido frente a los otros ojos del otro - sus estudiantes (sin el ser nunca suyos) - que gritan, sin emitir sonido alguno, porque aúllan todavía con los mismos ojos aun no mutados, pero no mudos del todo tampoco. Cuando un docente presta oído, no sólo una escucha atenta, sino la escucha salvaje, la más brutal de ellas todas. Cuando. Un docente.

Un docente que advierte que su palabra no sólo crea; sino que también - y además - crea, por sobre todo, prisiones. Enclaustramientos acondicionadores. Un docente que descubre la transformación del conocimiento por transmitir, debido a la presentación del mismo, sus modos; a su evaluación en el después. Un docente que se sabe asimilador de lo otro a su propio engranaje, mismidad yóica del entendimiento catalogador. Y entonces un docente que se decide por no traducir

ya más las expresiones barbáricas. Y entonces un docente que opta por cierta retirada para conseguir una cierta presencia. Y entonces un docente que ocasiona lo auténtico crudo, lo disímbolo, lo que excede y sobrepasa (y acaso a su vez sobrepesa). Cuando un docente y el dar (la) hospitalidad; sin ningún dar, sin quedarse tampoco. Cuando un docente, entonces, el tablero.

El tablero, tierra virgen de caminos. El tablero, sin los límites; y estos pasos ausentes de direcciones. El tablero, sus diversos tiempos no simultáneos ni jamás tampoco consecutivos. El tablero. Simplemente. Un tablero.

-Y aun y todo algo que falta.

-¿Falta?

-Algo. ¿No ves?

-No como vos… pero veo… Distinto, supongo.

-¡Las piezas!

-¿Qué piezas? ¿Cuáles?

-Los movimientos. Los tableros necesitan alguna pieza o figura para poder moverse a través de sí o encima de él. ¿Cómo recorrer un tablero sin las piezas? Y ya que estamos, ¿juego contra quién, contra qué? ¿Contra mí, como si fuera un solitario? ¿Contra el tiempo? ¿Contra el tablero mismo?

-Tal vez haya tableros sin piezas… tal como existen piezas sin tableros… quizá la figura permanezca siempre estática y al tiro del dado movamos el tablero abajo, sin que la figura metálica, o de plástico o de lo que seamos, nos note.

-¿Y qué sentido tendría todo eso?

-El que se quiera, tampoco hay un manual para guiarnos…

Pintar veinte veces una puerta hasta que la similitud no distraiga, ni acaso importe. Aunque las siga uniendo. Bosquejar cuarenta casuchas de paja, hasta que se prendan fuego los ojos, y las casuchas, los cuadros mismos. Y el museo con ellos dentro. Sentir el cambio de luces nocturnas,

desestabilizarse uno por los ángulos conspicuos, estremecerse ante el Frívolo Detalle, ante la variación más ligera. Describir al tablero hasta que se sienta realmente sincero, manchar los renglones con la salpicadura de la pintura más fresca la sangre más reñida.

¿Y qué hay de las resoluciones?

Cada uno jugó su partida que en realidad fue una llegada, un presentarse de sí. El tablero abrió la puerta, aunque la hiancia siempre haya estado. ¡Béance! Cada resolución: lo imposible inevitable, lo inédito ineluctable.

Un espejo colgado en un pasillo cualquiera, destruido, sin martillo. Con un libro, hecho pedazos. Hojas y cristales por el suelo por doquier. Y un video. La filmación y viralización del acto de ruptura. Culminando con el acercamiento y reconocimiento del fraccionado y multiplicado camarógrafo en cada uno de los reflejos.

Y también croquis de subjetividades emergentes; guiones discretos; el intercambio epistolar entre Humbert Humbert y Dartes Dartes; la adiaforización de los consejos del Viejo Vizcacha; una silueta cadavérica confeccionada con noticias de numerosos feminicidios y trazada sobre el suelo, en el bien medio del patio central.

Todo con su respectivo fundamento, sus numerosas justificaciones. Manifiestos proclamados, impresos y repartidos. Y por todo que no quiero contaminarlos más. Jamás traducirlos o mismimarlos. Los jeroglíficos únicos de los gigantes desorientados. De todos aquellos desbarrancados. Retruque de la jugada (y de su apuesta) cabalística.

Déjeselos ser, crecer, estar; hasta donde se alcance(n).

No existía la trampa. No había engaño posible al tablero porque el tablero era el engaño. Todo giraba a su alrededor; se desvanecía, y renacía a su alrededor.

Y además el diálogo anti-ritual con el zorro; con cada uno de los lobos. (El lobo es el hombre del lobo).

-¿Qué quiere decir des-domesticado?

-Quiere decir que rompemos los viejos lazos coercitivos para unirnos de nuevas maneras.

-¿Rompemos los lazos?

-Sólo para crear otros… para después romperlos a su vez… Igual que a nuestras costumbres irrefutables.

-¿Y por qué lo haríamos?

-Porque hasta ahora vos me ves y para tus ojos soy el zorro tuyo, con todo lo que ello supone. Así como yo al observarte encuentro a mi único joven, tus posibilidades, tus finalidades. Mientras que si conseguimos des-domesticarnos ganamos la fractura de los determinantes, de todas nuestras condicionalidades. No-ya-zorro y No-ya-joven. Unos verdaderos otros otros de la no-verdad una, o única.

Ellos fueron quienes lo resolvieron. Tuvieron su (principio de) partida tal como la pudieron. La respuesta fue mutua. Porque fue la escasez de respuestas. Para no aniquilar así a la pregunta, que ninguno jamás pronunció. Vivir por la pregunta, por descubrir la pregunta; la que en verdad lo valga. La que quizá siempre ausente.

Evadir así la hipocresía de narrar lo genuino con una formula ajena, impura; científica sí, pero ¿acaso eso importa? Nadie va a leerme así, pero al menos se siente honesta la tarea. Impedir que la experiencia sea acorralada en la Casa de Estudios de los expertos, guardada en los vetustos anaqueles y los debates de los Grandes sabios, con excelsos y eruditos comentarios al margen o al pie. Nunca. Contarlo para quemarlo; y si se lo incinera en el después entonces decirlo como se sale, relatarlo como se lo sienta. Las praxis reflexivas suceden. Acontecen en los campos de las aulas. En todos los

lados y los lares. Y no están ausentes de teoría pero tampoco pueden reducirse solo a la misma. Deben atravesar las murallas del encierro. Como puedan. Y el grito, indócil e irascible, debe ser auténtico. Punzante y bestial. Si no, ¿para qué molestarse?

Es la ola de Kanagawa, la grande, embistiendo(nos), una y otra vez.

De vuelta entonces;

El motivo del presente ensayo de… es el de propiciar o favorecer un diálogo,

pero ¿de quién? ¿con qué?

El motivo, un intento, un ensayo de…[7]

[7] Hasta aquí lo escrito en las mecanografiadas hojas, dobladas y enganchadas. Se desconoce, de momento, la existencia de otras posibles que continuaran con la presente reflexión y desvarío.

Tentativas de indagación:

Entrevistas V

Débora Roa. 43 años. Docente e investigadora. Sentada en la sala de profesores de la Universidad… Provincia de… Septiembre del 2019.

¿Eso les comentó? La verdad es que no sé por qué diría semejante cosa. Y no me lo pregunto tampoco. Me lo podría imaginar si a eso llegara la cuestión pero no creo que sea lo más justo, ni para él ni para nadie… apenas si lo conozco a decir verdad, ya que viene al caso. Bueno, lo que se dice conocer a alguien quiero decir… Pero mejor empiezo por el principio, por algún principio, y de ahí voy avanzando, tal como le aconsejaron a la pequeña Alicia en alguna vez ¿te parece? Para mantener cierto orden argumental… mi cierto orden argumental. Excelente. Entonces, respecto nuestro primer encuentro o, no, mejor, para sostener un mayor nivel de precisión con mi interpretación de los hechos, más que hablar sobre un encuentro te diría que la primera vez que me percaté efectivamente de él, de su persona, de… la primera vez que noté su existencia para serte completamente sincera, fue durante una reunión de cátedra… de la materia de la cual ambos formamos parte. En general, como grupo de cátedra, sostenemos varias reuniones a lo largo del año… para acordar cuestiones de organización, de seguimiento, para la construcción de pautas y criterios comunes a las distintas comisiones y… bueno, por supuesto, para la indispensable retroalimentación al final de cada cursada. De este modo conseguimos reconocer nuestros puntos fuertes y débiles, las mayores dificultades que presentan los alumnos, buscamos caminos de mejoras posibles, revisamos la bibliografía, cuestiones de ese estilo. Típicas reuniones de un grupo de trabajo se podría decir. Y la cuestión es que cada dos o tres años se renueva el grupo de la cátedra, no con respecto al cuerpo docente, claro; ya que estamos todos por concurso y hace años que nos conformamos en tanto grupo. Sino que, según las posibilidades que ofrece la facultad en cuanto a su reglamentación, contamos con la posibilidad de

abrir cierto número de vacantes para la adscripción de estudiantes y graduados que hayan cursado la materia y estén interesados en participar en la misma. Básicamente es una forma que tienen las cátedras de ir reclutando gente para sumar al equipo. La duración de las adscripciones es, según reglamento, entre dos y tres años; aunque el seguimiento no es muy riguroso y por eso también hay muchos casos de estudiantes o mismo graduados que estuvieron varios años de más acompañando la labor de alguna cátedra. Por debajo de la mesa claro… Pero, en lo que respecta al tema que aquí nos reúne, lo importante de especificar es que V…, justamente, se nos apareció un día, casi de la nada, en una de esas reuniones. Única anomalía en el proceso de selección de adscriptos… en nuestra cátedra al menos. Pero para especificar aun más el contexto, partamos por la base de que se trataba de una de las reuniones que realizamos a principio de año, antes de iniciado el cuatrimestre… Y cuando así lo hizo, cuando de la nada apareció, lo hizo ya en calidad de adscripto de la materia… como es de suponerse, considerando su edad y su reciente finalización de la carrera. Ahora, lo realmente curioso de este hecho fue que las adscripciones habían sido decididas el año previo a dicha reunión, varios meses antes de hecho, por lo que ya contábamos con nuestro grupo de ayudantes, quienes recién serían renovados al año siguiente, o al otro, si alguno de ellos optaba por extender su solicitud. Lo comento de esta forma para que no queden dudas al respecto. Nuestra forma de proceder es, tal como lo demanda la facultad, primero abrir la posibilidad de adscripción durante una ventana o período delimitado. Luego quienes deseen presentarse envían, durante dicho lapso, su currículum junto con una carta de presentación, más una fundamentación de su interés por la tarea de adscripción y por la asignatura en cuestión. Para este caso, Didáctica. Y finalmente, luego de que nosotros, como grupo, seleccionamos los mejores candidatos, realizamos una breve entrevista con los mismos… De modo que, en el momento mismo en que apareció esa cara nueva en nuestra reunión; sin haber atravesado el procedimiento ya pautado y acordado, se reconoció rápidamente, para la mayoría de nosotros al menos, un comienzo del todo inusual… de su parte... de V… No es que se haya aventurado por propia iniciativa y sin invitación alguna. Fue el mismo Daniel quien le ofertó la posibilidad de

incorporarse; de eso nos enteramos minutos más tarde. Si no recuerdo mal, debido a que había sido de alguna ayuda durante un proyecto de investigación el año anterior. No sé con seguridad o con certeza qué tipo de asistencia brindó al proyecto, pero se ganó cierta estima por parte los allí presentes. No obstante, considero de gran relevancia la mención de lo inusitado de su incorporación. ¿Por qué?, no sabría decirlo; pero ante estas rarezas siempre es pertinente detenerse y cuestionárselo, un poco al menos… Después sí, compartimos un cuatrimestre entero con una comisión de práctico a cargo nuestro, los jueves por la tarde… temprano, de tres a cinco si mal no recuerdo. Pues, si bien la mayor parte de la tarea docente recaía en mí, yo era la profesora a cargo al fin, habíamos construido una buena dinámica de trabajo, fundamentalmente en lo referente a la planificación de las clases, la instancia preactiva podría decirse siguiendo a Jackson... A él, a V…, le gustaba, paradójicamente, distanciarse de las clases expositivas; y buscaba constantemente redactar casos para analizar y debatir, o traía noticias actuales o investigaciones recién salidas de la cocina para generar discusiones… contrastes y articulaciones, a partir de los temas de clase. Y cerciorémonos, eso sí, de la elección de palabras, que nunca es inocente… para nada neutral. Dije paradójicamente porque resulta que, si bien el reglamento académico prohíbe que los adscriptos dicten clases, debido a una presentación en un Congreso de Pedagogía que no logré correr ni reprogramar, hablamos entre los docentes y decidimos que para evitar que los estudiantes pierdan más clases, creo que por ese momento se aproximaba alguna instancia evaluativa, le pedimos entonces a V… si se podía encargar él mismo de ese práctico, sólo por esa semana. Y él no manifestó inconveniente alguno a la hora de aceptar tan excelsa propuesta, recordemos que estamos hablando de un adscripto que no contaba con más de dos años de recibido. Y bueno, durante esa semana fuimos conversando un poco sobre cómo organizar la clase, no podría afirmarte con total seguridad cuál era el tema o la unidad, pero sí que se encontraba hacia el final de la planificación, así que era o bien intenciones educativas o bien evaluación. Y así fuimos proponiendo actividades posibles, diagramando la secuencia, ensayando un borrador de guión, más de tipo listado, como para estar seguros de que no nos estábamos olvidando

de nada importante. Yo estaba con la cabeza en el viaje, pero para mí serenidad necesitaba irme sabiendo que todo estaba más que encaminado. Y así lo estuvo, todo más que empaquetado para el momento de mi viaje. Y entonces viaje. Y así participé en el Congreso… Y bueno… cuestión que para esa misma noche, la del jueves de la clase, habiendo ya terminado mi día en el Congreso, lo llamé desde el hotel para que me comente lo ocurrido… sobre el devenir de la clase; y, para mi gran sorpresa, lo único con que pudo o quiso responder a mis pocos interrogantes fue con simples evasivas. Nada más que efugios. Que no habían leído mucho ni muchos en realidad, que quise proponerles una actividad intuitiva pero no resultó, que terminé recayendo en lo clásico. Con esta vaguedad e imprecisión me fue lanzando enunciado tras enunciado tras enunciado. Ahora, cuando más tarde le consulté a los mismos estudiantes… a algunos de ellos, los que llegan más temprano al aula… cosa de no abrir tanto al debate y tener un ratito para conversar tranquilos, me comentaron, y aquí viene lo paradójico que ya anuncié respecto a la situación, me comentaron que después de algunas preguntas al aire y de una espera un tanto prolongada para que nada suceda, V… incurrió en una exposición sumamente teórica sobre los textos por trabajar. Y lo detestó, me refirió él mismo horas más tarde. Pero no encontró, según él, otra forma de proceder ante la supuesta o efectiva falta de lectura y participación. Hábitos que ya de por sí, lamentablemente, estamos bien acostumbrados los docentes. Si bien son en general las clases teóricas las que suelen presentar una carga más expositiva por parte del docente y, para muchos casos, y también lo admito con cierto pesar, no crea uno que no me lo recrimino, se acostumbra a los mismos estudiantes a ocupar el lugar de oyentes y apuntadores, dígase… entiéndase por ello de meros anotadores… Convengamos en que así nació la institución universitaria y después de tantos años de historia se dificulta verdaderamente el salirse o enfrentarse a ciertas tradiciones tan arraigadas y consolidadas. Lo intentamos igualmente, aunque sea desde el grupo de la cátedra. Y el práctico es el espacio que siempre nos permitió un trabajo analítico de la teoría pero con modalidades mucho más abiertas y atractivas. De ahí también lo productivo de V… en sus propuestas de trabajo y, nuevamente, lo paradójico de su desempeño durante dicha

semana. El único momento en que estuvo, él solo, a cargo de la clase. Y no hay mucho más por agregar respecto a su forma de trabajar durante el cuatrimestre compartido. Tenía ideas muy interesantes, aunque no hablaba mucho; de vez en cuando realizaba una observación pertinente o compartía sus impresiones sobre la clase; pero, en lo concerniente a la clase misma, nunca tuvo mayor participación durante su transcurso. Al menos en mi presencia. Simplemente se quedaba sentado en la primera fila o a un costado y tomaba notas. Porque eso sí, no paraba de escribir un segundo. Una vez intenté interrogarlo sobre sus notas y su respuesta fue tan vaga como las demás. Sólo algunas anotaciones creo que me respondió, o algo por ese estilo… Y sin embargo mirame, yo te prometí ir en orden cronológico y no pude cumplir ni mi propia promesa. Pues lo cierto es que entre esa primera reunión de cátedra, aquella en la que me cercioré de su persona; y el cuatrimestre de trabajo a la par, ocurrió un año completo en el cual fuimos teniendo algunos pocos encuentros de escaza regularidad. Él y yo. Todo dentro del ambiente universitario, claro está. Y de esto fue hace ya dos años, porque el año pasado estuvimos a cargo de la comisión de los jueves por la tarde, temprano. Así que sí, 2017. En ese momento estaba yo delineando mi actual proyecto de investigación, en el cual Daniel también formaría, y forma, parte. No es mi intención explayarme demasiado pues, tal como dije, la investigación sigue en curso aun, pero básicamente lo que nos propusimos es cruzar ciertas variables socio-económicas con algunas de carácter didáctico para mejorar las prácticas y estrategias de alfabetización. Entiendo, muy poco preciso de mi parte, pero… todavía estamos trabajando en ello. Me entenderás. Ahora, sin irme tanto por las ramas, a lo que iba es que para este proyecto… por ese entonces… estábamos decidiéndonos por los miembros que constituirían el grupo de trabajo. Teniendo ciertas restricciones, como es habitual en estas propuestas, pero intentando siempre trabajar con la gente a la cual uno ya conoce y le tiene confianza... Bueno, la cuestión fue que nuevamente Daniel me recomendó a V… como posible alternativa, advirtiéndome a su vez que, si bien había ya finalizado la carrera con un muy buen promedio académico, no contaba aun con publicaciones o participaciones de ningún tipo, lo cual le jugaba un tanto en contra. Sin embargo, por

el respeto que tengo hacia Daniel acordé tomarlo en consideración. Valga aclararse a su vez que su promedio era… es, realmente bueno, muy por encima de los que uno acostumbra a ver en estas instancias. Y de esta manera fue que convenimos en que le haría una entrevista para conocerlo un poco mejor. Recordemos que en la cátedra no contábamos con su curriculum ni nada parecido… por lo inusitado de su incorporación al equipo y todo el resto. De modo que realmente consideraba necesaria esta instancia de diálogo para poder conocer a esta persona que para mí, al menos, seguía siendo un verdadero enigma. Tarea que… luego descubriría… me sería casi o del todo imposible, la de realmente conocerlo me refiero. Y por ello te lo resalté desde un inicio… y así también tiene que leerse mi testimonio sobre el asunto... sobre mi casi completa ignorancia respecto al muchacho. Ya que, si hasta el momento intenté expresarte la vaguedad o imprecisión de sus respuestas ante mis simples interrogantes en ciertas instancias particulares, quiero que quede claro que en esa entrevista consiguió, de alguna manera… a su manera, exponenciarlo aun más. Convengamos en que en una entrevista de esta naturaleza no se suele indagar mucho más que ciertos puntos de interés… promedio académico, experiencia en el campo de investigación, trabajos realizados y publicados, temáticas de interés… y a lo sumo se lo completa con alguna pregunta más abierta sobre las propias proyecciones de uno o cosas por el estilo. No suelen por ello durar más de veinte o treinta minutos, dependiendo de la experiencia y oratoria del entrevistado… Y si bien hasta el momento he realizado un buen número de entrevistas, en los más variados contextos y situaciones, esta sigue, sin embargo, ocupando un lugar indiscutido en mi podio. Pero mejor me ordeno el relato, mejor tarde que nunca ¿no?... porque de alguna manera me siento lanzando impresiones y reflexiones de lo más inconsistentes, quedándote a vos la ardua tarea de juntarlas todas e intentar desentrañar algo después… También se lo atribuyo en cierta medida al ambiente que favorecés en tu entrevista. Tan distendido e informal que contagia. Y me siento más en una charla de café que en una comparecencia. Sí, es muy difícil lograrlo. Bien. Aclarado esto, prosigo. Para ir cerrando, o quizá abriendo... pues no conozco del todo tu finalidad… La tarde en que me junté con V… para dialogar, y para así también definir si era un candidato

propicio para el proyecto de investigación, fue una tarde como cualquier otra. El escenario había sido decidido como mutuamente conveniente, geográficamente hablando. Y su realización fue aquí mismo, en esta misma sala. En la mesa de allá atrás para ser más precisa. Sí, junto a la ventana… Nada externo a la misma situación resalta por su particularidad. La misma situación en sí tampoco debería hacerlo. ¡Qué más normal en una institución universitaria como la presente que un docente y un graduado conversando sobre una posible línea de investigación! De modo que si el factor extraño no se encontraba tampoco en la situación misma, debía venir por otro lado. Y hablo de factor extraño porque ya la categoricé dentro del podio. Y si tengo que señalar con el dedo a este supuesto factor determinante, o desencadenante, sería al modo en que V… decidió, o no decidió, actuar durante dicha entrevista. Pues, el encuentro suponía, no sólo el momento dialógico típico, sino, previo a este, la entrega del curriculum del entrevistado, o de cualquier documentación estándar, para informarse uno sobre su persona. Y la ausencia del mismo fue mi primer llamado de atención. Quise escribirlo, intenté empezarlo, me dijo cabizbajo, pero no me gusto la forma… no podía… Y jamás terminó la frase. Me disculpo por la sobre-caracterización, pero en ausencia de un registro de mayor fidelidad, repito lo que recuerdo tal como lo recuerdo, pretendiendo evitar sesgos subjetivos e idiosincráticos, que de seguro los hay... En fin, ya figurándome para mis adentros como seguiría la cosa, le dije que no se preocupara, que podía enviármelo por mail más tarde, la semana siguiente si así lo deseaba. Procediendo, entonces, a indagar por mi cuenta, sin ninguna apoyatura documental, los datos que necesitaba. Así, mis primeros interrogantes estuvieron direccionados a averiguar sobre sus antecedentes en el campo de la investigación; pues, si bien se me había advertido sobre su escasez, requería conocer si existía alguno al menos. La respuesta fue nula. No porque no haya producido o publicado nada… eso aun lo ignoro. Sino porque no pronunció palabra alguna. Seguía todavía cabizbajo, o así al menos me lo pareció. Detenido en mirar hacia la nada, allí, entre la ventana y ese cuadro de Puigróss. Reflexionando en lo que sea que una persona así de enigmática o que yo tildo enigmática se dedique a pensar, lo cual es un eufemismo para decir que no tengo la más mínima

idea… o pista alguna... Y así estuvimos, yo preguntando, él no respondiendo, por una eternidad comprimida en cosa de cinco minutos. Hasta que de repente, de un instante para el siguiente, me miró directamente al rostro y me dijo que estaba cansado. No. Dijo que a su corta edad ya estaba cansado de esta treta o este juego… uso algún término en ese sentido, sinónimo o no sinónimo… para reflejar su entero disgusto por las entrevistas, en general, y creo que por las laborales en particular. Estoy exasperado ante esta farsa auto-publicitaria en la que tenemos que vender nuestra persona, nuestro nombre, nuestra imagen, como si del último chicle de menta se tratara. Algo de ese estilo me lanzó. Y divagó sobre esa idea unos minutos más. Estaba centrado, bien seguro de sí mismo y de sus reflexiones. Yo, en cambio, pensaba en qué tenía que ver el acuario que mencionaba con su formación académica y profesional. Para mí no era más que un desvarío… quizá la situación de estrés devino en un colapso nervioso o algo por el estilo. De modo que vi conveniente interrumpir esa alocución para argüirle que, si bien podría simpatizar con algunas partes de su discurso… todos lo hemos hecho en algún u otro momento de nuestra juventud… yo necesitaba cierta comprobación de datos para definir su adecuación o no para el puesto de investigador que le proponía… pues se requiere del manejo de ciertas prácticas en las búsquedas así como en la misma escritura académica. Y entonces fue que dijo algo así como que eso le sonaba casi oximorónico de por sí. No sé a qué se refería… Sí, parece bastante raro que luego de un encuentro como este pudimos sostener una excelente cursada al año siguiente. No sé si lo habré agarrado un día medio cruzado por algo… pero ese fue el resultado de la entrevista. Obviamente que no formó, ni forma, parte del proyecto; pero está por demás claro que tampoco fue su intención. Así que, por todo lo comentado, creo que conseguí mostrar lo poco que sé sobre este muchacho. Y desconozco de sobremanera la razón por la que dijo lo que dijo, si es que en verdad lo hizo y no fue todo más que un teléfono descompuesto de aquellos. Mientras que yo, para este caso, lo único que hice fue repetirte lo que recuerdo, del modo en que lo recuerdo, es decir, atravesado por mi propio lente interpretativo. No me resta otra cosa que aportarte.

Daniel F…. 47 años. Docente e investigador. Sentado en la sala de profesores de la Universidad… Provincia de… Agosto del 2019.

(…) Todo esto que me comentás me resulta de lo más interesante. Sin embargo, no quisiera distorsionarlo al pretender teorizarlo ni nada parecido. Sí me interesaría resaltarte, tal como dice un viejo cuento que suelo comentar en alguna de mis clases, si lo que vos percibís o interpretas como silencioso no es en realidad tu propia incapacidad de escuchar lo que está allí aconteciendo (…)

Tentativas de indagación:

Anotaciones VIII

¿Por qué no gritan?

¿No lo hacen?

¿No oís? ¿Por qué no gritan? ¿No claman?

Nada ¿Por qué?

y ninguna protesta ante…

¿por qué No gritan?

¿No lo hacen? ¿No se Mueven? Miralos.

No gritan, ¿por qué no…?

No

¿No?

Se levantan, se juntan, se transforman;

estallan los relojes y dejan las astillas;

deshojan los rosarios, no tropiezan con las esferas.

Miralos. ¡Miralos!

Los veo, están, los veo

pero, ¿y el grito? ¿sus voces?

¿No los ves, sus desesperanzas?

¿No los ves, sangre y barro en la memoria de sus pies?

¿No los ves, represión en sus cuerpos,

marcas del olvido en sus rostros,

miradas no reconocidas de un sufrimiento sin respuesta?

¿Y aun así no gritan?

¿No lo hacen?

No los escucho…

Siempre lo hicieron…

… no les entiendo…

… el bramido del silencio, testimonios de la por siempre ausencia…

¿Por qué no lo hacen de otra forma?

Más claro, más simple.

¡Qué No los oyen!

Más alto, por escrito…

¡Qué a nadie importan!

… por la fuerza, con las armas…

¡Qué ya los matan!

¿Gritan?

Es lo que hacen… lo que siempre…

¿Y por qué no escuchamos?

***

¿: Incrustación principiada, anticipo de lo que se viene. Título identitario, reflejo inverso de su contraparte, media naranja de la indagatoria comunicacional. Clave de lectura con curiosidad programada y tonalidad ya determinada.

Por qué: Juego movilizador de convocar y concatenar relaciones causales. Balística y cientificismo de la casualidad. A la busca de un origen, por asomo del asombro y sus situaciones

límites; emblema filoso para una filosofía de la vida cotidiana. Cuestionamiento a la matriz inaugural. Máquina de inquisición hasta el vacío; hasta el huevo o la gallina o lo primero lo anterior.

no: Adverbio monosilábico por excelencia, sin excedente. Ausencia de un Uno sin cero. Inexistencia de lo consecutivo; y consecuencia de una nada. Dícese de un Sí imposibilitado, contrapartida a la realidad de una norma afirmativa y de lleno opuesta. Cabeza posible de la bestia bicéfalo-dicotómica. Mitad de un binarismo lógico. Yang anverso de una medalla que suele tener dos lados. Negatricidad impuesta por el discurso y desde afuera. Acción, reacción y efecto del noar.

gritan: Y el verbo se hizo aullido, converso para una tercera persona del contra-singular. Exhalarido anti-silencioso; antípoda del susurro y la suspiria. Crisis nerviosa devenida en pulso cerebral, en conexión neuronal y exabrupto eferente, con laringe y ciertas cuerdas de por medio. Costumbre clásica de la histérica, el loco, los niños, y el hombre desesperado; es decir, por quienes atraviesan el velo emancipatorio.

?: Cerrazón y contrapartida del anticipo previo, nudo último del cocido de sospechas. Condena de la frase a la búsqueda de lo que se proponga. Fin de un algo para el principio de esto otro; de la premisa-espera por un tercero.

***

El Angelus Novus necesita voltear porque está-ya sordo.

Tentativas de indagación:

Escenas recuperadas III

Sobre un fondo absolutamente negro – sin más luz que la decididamente necesaria, sin mayor sonido que aquel imperceptible aleteo de metálico plano –, la moneda gira infinitamente. Sobre el fondo y sobre ella misma, continúa girando. La indistinción, ocasionada por la velocidad rotativa, de una cara, de la otra, de la primera, y así sigue; y de vuelta. Da vueltas. Fugaz y rítmicamente; los cantos, los lados. La trasparencia, hacia los extremos, hasta cada uno, del falso planeta esférico; la ilusión de un volumen incoherente. Las órbitas del azar en el obscuro espacio abismal.

Dos personas sentadas, enfrentadas una respecto de la otra, ante una misma mesa robusta. El contorno y el contexto resultaban del todo irrelevantes. Privacidad del propio hogar, restaurante francés a la hora de la cena, banco de plaza por la tarde; ninguna de las posibles tablas hubiera afectado al secreto diálogo. Quizá hubiera una vela y un par de copas de vino tinto español entre ambos, o un anciano paseara a su fox terrier de ralo pelo largo a no más de dos metros de la pareja; la situación lindante no alteraba la conversación, porque ambos, en conjunto conspirativo, explotaron todo lo existente-externo a ellos mismos. Exceptuándose a ellos mismos. Un esotérico Big Bang, íntimo y cómplice; inicio de una mitología hermética y personal, distanciada de todos aquellos relatos fundantes que pretenden explicar o propiciar causas y razones a las cosas y sus efectos, para crear entonces – y sólo entonces – ellos mismos, su narración más cruda e impar, la del sentido ininteligible para quienes no forman parte de ese único conjunto (suma de uno más uno, y de su resultado siempre mutable, siempre no-dos).

Mientras la lámpara se mecía, o la tal vez vela danzaba, iluminando - cualquiera de ellas fuera - intermitentemente a los interlocutores, la conversación no mostraba evidencias de amenguar o tan siquiera aminorar.

La conversación no mostraba evidencias; de ningún tipo ni alguno.

Diálogo de palimpsesto. Cada frase borrada – sin ser olvidada u olvidarse ésta a sí misma – en el mismo movimiento de su enunciación. Maniobra ejercitada donde ningún significado llenaba o completaba el área de sus significantes en perpetuo tránsito sucesivo. La consistencia no tenía un lugar habilitado en las inmediaciones de este discurso dialógico. Y aun así, ellos se entendían. No podían no entenderse. O dejar(se) así de hacerlo.

Él: hombre del pleno presente.

Ella: mujer del futuro (unos cuantos minutos por delante de Él).

(…)

Él: Estoy de acuerdo. Puede que ya sea el momento. (*No sin dudas sus ojos se desviaban un poco de la trayectoria de los de Ella. Levemente se corrían hacia su derecha, dirección que siempre vuelve al pasado, a aquello todo que ya no existe, o casi, o diferente. No se trataba de un efecto nostálgico, pero el recuerdo brutal vibraba con cada fibra, con cada mínimo pasmo muscular. Los brazos cruzados sobre la mesa, la inclinación postural que retrocede severos decimales, ampliando el grado angular conformado entre los vectores de su torso y su otro extremo. Las piernas también cruzadas en el debajo de la mesa, sosteniendo un movimiento pendular idéntico al del antiguo reloj de cierta casa de provincia; de alguna casa de provincia que veranos atrás ambos supieron conocer. Lo supieron ignorar, en realidad, veranos atrás, al nunca detenerse a observar los detalles del grabado; el relieve en roble madera de aquel vetusto reloj que relataba el bronce, la plata y el oro de las edades mitológicas que para nada coinciden con el mito aquí creado, esta quizá noche, entre*

ambos personajes. Aquellas tantas tardes de verano en que, entre prisas y transpiración, corrían buscando abrigo – uno metafórico pero abrigo al fin – en la intimidad abrupta del cuarto más propio. El silencio de la hora de la siesta resaltado por el columpio oscilante. Dominaba entonces el movimiento perpetuo y ritmado en la hora de la siesta; el ronquido de la tía Marta, descansando en el sillón de almohadones de plumas, era el contra-ritmo exacto para las percusiones pasionales de la habitación próxima. Y cuando ahora, debajo de la mesa, los extremos que alcanzaban al calzado replicaban el mecido de la memoria, los verdes ojos de Él exclamaban "¿qué hubiera pasado, si en *aquel pasado, ese tan nuestro, hubiéramos intercambiado nuestras zapatillas? La duda me carcome poco a poco, y la pregunta no me abandona ni retrocede. ¿Sabés a qué me refiero, no? Aquella noche, un año antes de empezar a salir formalmente como este algo que construimos y que de tanto en tanto llamamos pareja para que los demás no molesten, ni sigan insistiendo. No, no la noche en que nos conocimos, en esa llevabas zapatos de punta, puede que negros, si no erro en mi recordar; sino a la siguiente de esa, o la otra, pero no mucho más acá; una nocturnada de lo más lejana al adiós aproximante en que volvimos a cruzarnos, en el mismo lugar que la anterior, o una más antes. Y conversamos unos instantes, no demasiados, todavía no nos habíamos inventado un dialecto tan prolijo como sutil; pero esa no era la causa, la culpable de que la charla no avance. Estabas incómoda, ¿te acordás? Habías tomado prestadas las zapatillas nuevas de tu hermana, la más chica, ese modelo que tanto te gustaba por el contraste de colores; y sólo minutos después, ya en marcha al bar donde no sabíamos que nos encontraríamos, descubriste con pesar que el espacio no te era suficiente, que los límites se comprimían hacia adentro. Diez minutos de conversación, no más, y ya no aguantabas; y me lo decías. Y me compartías, segundos antes de pasar de la potencia al acto, tu intención de partida. Quise mostrarme empático pero, no pudiendo pensar una solución meritoria, no actué de otra más que de esa manera que bien recordarás. Te pregunté si querías compañía, algunas cuadras cuanto menos; no, me dijiste, que mejor no porque ya bastante molesta que estabas como para tener encima que disimular más. Y nos despedimos entonces; y me quede entonces,*

pensando para sólo conmigo. Y sólo después, y para también mí, encontré las tantas otras posibilidades como la de quitarme yo mi propio calzado para ofrecértelo a vos que tanto padecías por el tuyo. En mis muchos tiempos paralelos siempre aceptabas las nuevas ofertas, quedándome yo entonces en patas; quedándonos ambos, juntos, conversando toda esa noche. Hubiera sido un buen inicio otro, uno más creativo que el actual, el real, el de más acá. Hubiéramos tenido un año más, quizá; ¿quién pudiera afirmarlo, o negarlo a su vez? ¿Quién pudiera?”. Así hablaban los ojos cuando viraban hacia la derecha, ala retrospectiva de este espacio. Y los pies oscilando, empezaban a impactar, marcada y reiteradamente, contra una de las patas de la silla, reproduciendo para la escena la antigua melodía de la hora de la siesta, de aquel verano pasado, signado por los ruidos del tiempo).

Ella: Así lo parece, y está bien que así sea. (*La luz de la tal vez vela iluminaba su rostro en un ángulo ascendente, aunque ya era Ella plenamente consciente del suspiro que la apagaría, en tan sólo unos instantes. Sus ojos, no menos concentrados y reflexivos, no menos esmeralda tampoco, evitaban dirigirse desde siempre a la derecha; aunque existan momentos en que no le restaban más alternativas. Para cuando los pies de Él impactaron contra la silla por vez primera, la imagen de un cuento leído apareció entre las cavilaciones de sus ojos. Recuperando así, y para sí, la idea de un corazón que aun en pausa y sin razón no detenía jamás su continuo latir, no interrumpía el golpeteo aquel, no cesaba, por nunca más. Los pies se encontraban con la madera, una y otra vez, otra y una vez, y Ella escuchaba a la culpa conciente, el radar titilante de los propios pesares. Sus ojos interceptaban al grito ajeno, lo descifraban y entendían; se lastimaban al introyectar el mensaje. Al juntar sus manos en aspecto de oración penitente, apoyando los codos sobre el borde de la mesa, sosteniendo su cabeza sobre las piadosas manos entrecruzadas, su cuerpo entero exhalaba hacia el afuera “sabía que había otros posibles, siempre lo supimos, pero sólo llegamos a ser tomando esas vías. Siempre supe a donde te dirigías porque ya había yo misma dado esos pasos momentos antes.*

Siempre se piensa en el otro sendero, no tanto por distinto sino por otro. El mirar hacia atrás hiere hondamente. Tanto como me dolían todas las palabras que nunca dijiste, incluso desde antes que yo misma te haga la pregunta más justa". Sonaban los alaridos de los remordimientos todos en el distintivo tac taca tac de los pies contra la silla. Los de Él, sus pies contra la madera; y en los oídos que los atrapan en pleno sobrevuelo, los de Ella los de Él, a cada uno de los clamores levitantes. Taladraban los secos campaneos con la potencia de las consciencias crudas, de las decisiones ya por siempre selladas, las oportunidades de lleno abolidas; tañían raspadamente en los no encuentros de las miradas, en todos los entre-ojos tan electrizantes. El ruido y la furia de aquellas culpas, de tantos años compartidos, y no tantos tampoco; los ecos resonantes del desde pasado. Y el viento que arroja hacia lo próximo los embiste sin advertencia, les cala en sus más adentros, apaga la tal vez vela de un solo soplido. Los ojos, los de Ella, buscan siempre hacia lo viniente; pero el fortíssimo crepitar tenía otra proveniencia y dominaba al allí ambiente. Reinaban en el solo allí los retumbos del inconfundible tac taca tac de esos, sus tiempos ya idos).

Él: El momento… ahora… (*El eco de esas palabras todavía resonaba en el ambiente estallado, y su cuerpo y los ojos también repetían con cierto abatimiento las sórdidas notas: el momento, el ahora. Él, quien siempre se creyó capaz de sentir su vitalidad de pleno cambiante, cuando aún se encontraba todavía mutando. Y ahora, con la relevancia que aquí presentaba, no podía más que volver, sintiéndose del todo arrastrado y compelido por la ráfaga de la compunción. Su espalda reposaba sobre el respaldo de cuero bermellón, por primera vez en lo que va de la escena, y la postura corporal activa cierta área relativa a la memoria muscular, retrotrayéndolo en cisma proustiano a cierto viaje en tren años ha. Su juventud primera, aunque aletargada, y el mencionado tren, compartían los mismos rieles. El destino no era importante en absoluto, para ninguno de ellos. Sentado, ahora, seis años atrás, mientras continuos campos y pueblos y estancias y ganados se transforman en una borrosidad de fondo intrascendente, Él, divertido sin causa, experimenta con*

ciertas tácticas para la lectura del detrás de las máscaras ajenas. Advierte, a un lado al otro, las facciones y expresiones entre robustas e improvisadas, incómodas y acostumbradas, intentando maniobrar el desvelamiento estratégico. Recae su atención en el viejo de aquí enfrente, finge que lee el diario, no hay duda en de ello, pues el estremecimiento de su rostro enseña un anonadamiento existencial imposible de ser alcanzado ni tan siquiera con el anuncio de una devastación espontánea en una zona bien poblada; por supuesto que no, la lectura no es la causa, sino la distracción, la mirada es la consciencia de una muerte próxima, Él conoce esas miradas al vacío sin cauce, llámeselo por su nombre, no olvídese jamás de ese nombre. Años después compartiría con Ella las reglas del juego, la hazaña del gran desmascara-miento; pero de momento se siente tentado a probar otra partida, por más que haya perdido ya la práctica. Elevar así la mirada y atravesar con esta el rostro de Ella. Pero sus ojos no conseguían sobre-imponerse, estaban atrapados en la quietud y calma del mantel. No se callaban, sin embargo, sino que decían, una y otra vez "el momento… el ahora, nunca supe caminar por otro tiempo y, aun así, estoy plenamente convencido de que nunca lo hicimos a la par, que la distancia nuestra, por más mínima que sea, siempre nos evitó esa unidad; de ser acaso ella posible. Nuestra primera partida, la de un otro juego distinto, ya nos lo anticipaba". Una y otra vez, los ojos, lo repetían, (se) lo repetían. Las palabras cambiaban, se las llevaba el río hacia el río, único y eterno; el sentido era el mismo, mismo barro de sus orillas, siempre mudables. Nadie le comentaba al río lo que allí pasaba, pero éste ya lo sabía. Sólo ahora, al menos así lo parece, el baile de la moneda se enlentece en el vacío sin freno, sin frenar).

Ella: Está bien. (*Sin abandonar su posición penitente, sus ojos se dirigían al margen izquierdo del mobiliario, sólo así sabe empezar la lectura. Desapercibido hasta ese justo momento había pasado el mantel azul. De haberse encontrado observando el lado diestro de la mesa, esta específica tonalidad de la paleta hubiera revivido aquella tarde en que divisó de modo inaugural al thálassa más brioso, instantes antes de pasar a conformar el símbolo de su interioridad intempestiva. Pero, tratándose del*

lado opuesto del tablero, no podía dejar de pensar en el film de Kieslowski que decidiría ver al día siguiente. Tampoco se oía ya el crujir del órgano delator, no había palpitación alguna por percibirse. Tampoco se la necesitaba. El azul en su falaz planicie también reflejaba cierta contrición; contagiada. Ya no se oía, pero se oiría; y el futuro se escuchaba sin interrupción. Por tratarse de lugares enfrentados a la mesa, la derecha de uno y la izquierda de una coincidían en un mismo punto de focalización, o muy cerca uno de la otra; y empero, al igual que siempre les sucedió, la temporalidad de un mismo encuentro se bifurcaba subrepticiamente al ser atravesada por los prismas disimétricos. Disimbólicos. Ella se percataba de que se percataría de ello; y entendía a su vez que en unos segundos sería el turno de Él. Sus labios no podían moverse y, aun y todo, su mano consiguió avanzar hasta envolver a la de Él. La izquierda sobre la derecha. Su diestra mientras tanto, palma hacia arriba, rutas quirománticas no obstante ocultas, servía de sostén para una cabeza allí apoyada. El movimiento carpiano fue directo y seguro, por siniestra ejecutado, como si de una ajedrecista nata se tratara. Su mano, la de Ella, no reconocía el relieve encontrado sino que olvidaba, a cada centímetro acumulado, la forma originaria aprisionada; preparándose de este modo para salir nuevamente del nunca igual y no-mismo río. Una mano, sobre otra, impropia, que anunciaba, justo antes de batirse en retirada "siempre se trató de coincidir en el tiempo. Dar con las minúsculas coordenadas en que ambos estemos listos y bien dispuestos; que aceptemos el desafío del juego, sin reglas claras por aquel entonces. Es raro que suceda, y ocurriendo es tanto hermoso como fugaz. Coincidimos nosotros en el instante, sólo que la calle transitada en conjunto lo fue en dos temporalidades diversas. Vos apreciabas la beldad de una azucena que ya no existía para cuando yo volteaba a mirar. Y cuando yo sonreía con gusto, no habías todavía llegado a mi encuentro. Era difícil así la cosa. Ya lo sabíamos. Ya lo sabía yo. Vos lo suponían. El fin próximo quiero decir. Así lo habíamos acordado. Y fue hermoso. Por eso tiene que acabar. Y fugaz. Para terminar como inició. Así de bien". La mano, empezando a callar, todavía estática sobre la otra, anunciaba mudamente su plan de evasión).

Él: Estoy de acuerdo. (*El calor empezaba a hacerse palpable para la diestra; sus dedos, nerviosos, conscientes, comenzaban a bailotear, a repiquetear contra la superficie de roble, sobre el azul ya calmo del mantel. Su piel entendía cada palabra no pronunciada por el contacto intruso, quería devolver el gesto, pero no encontraba el modo. Para cuando tuviera una respuesta, haría tiempo que se habría retirado. En otra oportunidad habría podido concretar el gran viaje, conseguir el descubrimiento buscado, aquel en que su mano, ya que existía tal cosa como las manos y que dos de entre tantas miles eran lo que se dice suyas, y una de esas ambas, atrapada por otra que era no suya, estaba aquí sobre una mesa, sobre un roble labrado y cubierto por un añil mantel, ahora, y se comunicaban, esta y la otra mano, en un impetuoso idioma táctil y privado. Pero el pensamiento del tiempo perdido sin recobro le evitaba vivir el momento del presente. Levantaba la vista y los ojos no se enfrentaban, ni siquiera en disimulo. Los suyos, sin embargo, proclamaban con cierto pavor "la moneda hace tiempo disparada ya está por caer, por mostrarse; y ninguna de sus caras es la buena. Ya me lo habías advertido, lo sabías de antemano; yo estoy por descubrirlo, nunca quise creerlo del todo. Ningún lado era mejor; mala atribución de sentidos. Si ya se sabía la irrelevancia, ¿por qué lanzarla en primer lugar? Y, ¿cómo jugar sino el juego, de otra manera? Nuestro camino fue la pretensión de un mismo camino, la continua postergación de una encrucijada de efímera resolución; y de vuelta a las rutas disímiles. Es momento de dejar atrás la intersección. Creo que vos ya lo hiciste. Fue bueno, y dolió; porque fue bueno. Y no deja de doler, todo, todavía, salvo el que haya sido. Ese no se cuestiona". Desconocía la proveniencia de ese pavor, aunque ya lo había experienciado con anterioridad; uno tan similar como incompatible si se puede. La fotografía que lo había generado aquella vez encerraba la imagen de una pareja en sus noveles cruces; debía hacerlo. Y por demasiado tiempo que había sido encubierta. En el ahora de hace unas semanas, cuando los recuerdos fueron ferozmente liberados por los alaridos compungidos, la pareja ya no estaba; desvanecida completamente de la foto, el resto que importaba. Y ¿qué restaba?*).

Ella: Que así sea. (*La mano en su ya retroceso. Los nudos atados hace tiempo empezaban a soltarse - las desamarras - sin romperse el hilo del sentido. La mirada comenzaba a ceder. Las verdes pupilas de ambos chocaban finalmente entre sí en los planos des-simultáneos. Lo dicho en todos esos años se resumía en ese único instante. Momentos después, cada quien iría hacia su otra calle, más nunca borrarían al secreto mito del mapa de los encuentros. El canto de las sirenas se iba apagando, y ambos que siempre se creyeron atados al sólido mástil, ambos capitanes de su propio des(a)tino. Llegaba el momento de la despedida por el adiós postergado. Unos ojos hubieran deseado refirmar un "¿siempre lo supiste?", y de así hacerlo otros ojos otros le hubieran replicado el "así lo acordamos". Pero ni unos no otros conseguían modular los efluvios del deseo. El faro no iluminaba las rocas para evitar el inminente hundimiento, sino que apuntaba a las olas para resaltar el fluir incansable. La última sonrisa, la inolvidable y eterna, anunciaba "la moneda cayó del lado de…". Y se detenía. La sonrisa. Y también la moneda*).

Él: Entonces… adiós. (*La irrupción de su sonrisa – la contraparte de una otra - hubiera deseado gritar nítidamente "la soledad". Falto para ello valor y cierto oportunismo. No así tanto para la sola lágrima que recorría la extensión toda de la mejilla izquierda; se desviaba, igualmente, llegando a las porosidades de un poco pronunciado mentón. Ella, en su mientras tanto adelantado, encendía un cigarrillo que, hace pocas horas enrollado, había permanecido escondido en el refugio improvisado de un bolsillo. Una cerilla o la tal vez vela bastó como motor de ignición. Lo sostenía Ella entre dos de los dedos de la diestra, al tiempo que la zurda se encarga de brindar apoyatura para el maxilar inferior. El cigarro y la mano se aproximaban a la sonrisa tan indistinta y a la vez tan peculiar. Al destiempo que Ella aspiraba, Él observa la efervescencia del extremo más cercano del instrumento, la progresiva incineración de aquellos primerísimos milímetros de papelillo y tabaco. Para cuando la exhalación primigenia hubo ambientado la escena completa con una leve y*

liviana brumosidad, la mente de Él se sentía catapultada a los escenarios más diversos de las películas de antes, los sucesivos planos, todos ellos, capturados en un blanco y negro y música acorde; la inmortal estación ferroviaria adornada por el humo de las maquinarias allí funcionando. Una pareja cualquiera entonces, parados una junto al otro en el clamoroso andén, constituyendo el arquetipo universal de unión que es todas las parejas. Una simple plataforma pero también la misión que los excede, el viaje impostergable, el sacrificio abnegado de ambos – cada uno desde el lugar en el guión – y la distancia – que aumenta, no cesa de avanzar -. La única historia que cuenta; que contándose es todas las historias. Y la máquina que por fin se pone en marcha; un Ulises, mucho antes del macizo mástil y las sirenas descantadas, un Ulises partiendo de la morada más amada. Uno sobre el tren que va, otro sobre el andén que queda. La escena continuaba pero ya no lo entretenía. Descansaba Él sus párpados por unos segundos consecutivos, sus facciones se relajaban poco a poco, las cejas perdían su pronunciado arco más y más, la sonrisa resistía sin enseñar los dientes. Y los ojos que vuelven a asomar. Las manos, las de Él, juntas nuevamente; entrecruzados sus extremos. Cada centímetro del estar, vibrando sin moverse, exclamaba hieráticamente "en esos cuentos eran las condiciones externas las que operaban como factores limitantes. Las grandes guerras libradas en tierras lejanas y exóticas, las imposiciones y mandatos familiares en una época patriarcal y paternalista, la segmentación de castas y clases como brechas infranqueables; hoy esas fronteras corren por cuenta propia, nuestra propia subjetividad levanta las barreras e inaugura todos nuestros distanciares. Nosotros mismos nunca llegamos a traspasar el 0,01 del límite, incluso cuando más próximos estuvimos uno del otro. Y si tan acaso hubiera sido eso posible, el que no haya sucedido nos pertenece y determina. Cuando ya no se sostienen las culpabilidades hacia afuera, el interior se entiende autor único de su destino y final; aquí el remordimiento. Entonces estallan los pasos del camino creando los potenciales del no acontecer y su nunca por fin será. Hoy un tren atraviesa – por - y parte – del – espacio que dista entre tu cigarro y la punta de mi nariz; no puede detenerse la partida, no aminorarse la marcha, porque así funciona la cosa, nosotros, nuestra

historia, que es todas las historias”. Él soplaba con marcada sutileza, disipando la concentración y espesura del humo ceniciento. La acción y reacción, de uno de otro, generaban una espiral brumosa muy similar a las imágenes conocidas y fotografiadas de la Vía Láctea).

Ella:… (*Observaba con inocente persistencia las nuevas olas interpretadas por la humareda; no menos entretenida que concentrada, embestía una nueva última pitada, para entonces apagar el cigarrillo contra la suela bien gastada de su zapato azabache. Hace tiempo que prefiere los zapatos; para vestir, no tanto para apagar cigarros. El acto, el de fumar, no constituía un hábito cotidiano sino más bien un esporádico gusto personal que acostumbraba permitirse de tanto en tanto; contaba entonces con sus propios criterios para determinar qué situación ameritaba o valía para dichos antojos voluntarios. Y mientras no perdía pista de aquella danza vaporosa revivida por su postremo soplido, y aun así, ineludiblemente desvaneciente, recordaba el cómo mañana decidiría reunirse con una colega para compartir una taza de té, y mejor le convenía ya despedirse para poder gozar de mayor tiempo de descanso. A cada paso del tablero sabía cuál sería el subsecuente contra-movimiento de en-frente, siempre fue así, y con el tiempo fue cada vez menos interesante. Todo en Ella lo sabía, y sus ojos así lo anunciaban, “fue la plena conciencia del vencimiento lo que nos inauguró, entendimos la suerte del encuentro coincidente, aceptamos su carácter segmentado. De otro modo no hubiera sido, no nos hubiéramos arriesgado”. Se figuraba en su imaginación un juego de sillas. Ambos levantándose en simultáneo para girar sobre el eje de la mesa. Sólo que esta vez no había ya asientos para cuando se detuvo la música. La imagen de este desenlace le anunciaba la necesidad de partir. Ella se levantaba lentamente y recuperaba su abrigo del respaldo del asiento. Sentía el instante y lo leía como oportuno, percibía una despedida a partir de los signos que la acompañaban. Todo su rostro lo decía, su sapiencia; era el contraste hermanado entre la semi-sonrisa irrevocable, las dispersas pecas y la mirada incandescente. La inusitada coordinación improvisada que proclamaba su solemne “hasta luego”*)… adiós entonces.

Él:… (*Se levantaba a su vez, hacia atrás, como nunca antes; sin perder rastro de la otra mirada. Una tranquilidad inusitada dominaba el ambiente, yendo de lo externo conspicuo a la conquista de lo interior salvaje. Durante unos severos minutos se había sentido bajo el halo de un limbo pre-empírico, una concatenación de escenarios y frases fosilizadas, entre pautadas y ceremoniales, que distraían de lo allí aconteciendo; que aun así no dejaban nunca de presentarse. La despedida había ocurrido tal cual se esperaba hacia tiempo, era mejor de ese modo; sin agravios, arrepentimientos, ni rencores. Y no por ello dolía menos. Sólo que distinto. Dolor seco y compartido. El reconocimiento de uno al otro a sí mismo; para – con - Él, para – con - Ella. Guardaría en el cajón arcano de los recuerdos esa expresión de cierre, su hasta luego sempiterno, y le devolvía el mensaje en tono propio y ritmo igual; sus ojos, entrecerrados, proclamaban su "hasta siempre". Mientras el actual abrazo era mucho más que un entrelazamiento de extremidades, un intercambio de pulsos rítmicos dispares por la cercanía de las geografías, y el gran significante revestía miles de significados flotantes – el del adiós, el del te extrañaré, el del te quise, el del a vos -, Ella ya se había retirado. Él la seguiría, en otra no-dirección de una calle cualquiera, sin seguirla entonces por tanto, unos segundos más tarde. Los tiempos disimétricos volvían a regir los conciertos tan propios*).

Ella (*Un zapato se asentaba sobre el húmedo suelo adoquinado, centímetros por delante de donde su par inverso iniciaba su propio ascenso, para así proyectarse entonces en un nuevo y continuo adelantamiento. El ejercicio de la marcha se efectuaba con la inercia y envión acostumbrados. A solas, por su cuenta, caminaba Ella sin ilusiones específicas por la quizá noche; no así carente de sus sombras y fantasmas que nunca le faltaban, aun cuando se las ignore y ellas opten por no irrumpir. Toda la conversación ocurrida seguía volviendo, emergiendo en cada esquina, consolidándose en su más interno. Las palabras nunca pronunciadas, por ninguno de ambos, jamás dejaban de expresarse, a cada mínimo movimiento suyos. Por ello se celebraba el placer del decir, la*

no reducción de lo propio a una voz encerrada en las cabezas. Por su cuenta, Ella sola, con cada una de las pisada, se decía para sí misma "ambos cambiamos a nuestra medida, nunca hubo recriminación alguna por el obligado retorno a una esencia estatuaria o estatutaria. La muerte y metamorfosis de quien lucha por seguir estando, y así que entonces cambia, y por tanto que entonces perece, a cada uno de sus momento. Ni Él fue ese Él que aquella noche conocí, ni ese primitivo Él era a quien deseaba encontrarme hoy; ya que después de entrar yo en la obra, algo esperaba que sucediese en ese Él. Así tampoco me mantuve yo misma en tanto inmutable. Ni yo soy esa vieja yo, ni Él ese vetusto Él. El río nunca es sólo un simple río. Y sin embargo es cierto que todo lo conseguimos a pesar de las distancias, la coincidencia en tiempos imposibles, muchas veces comunicándonos a partir de la ausencia del referente, presentes sólo como alocutores del otro. Pero fue bueno; por eso nació y se sostuvo. Por eso teníamos que terminarlo antes que nos termine a nosotros. No funcionaba a modo de cálculo ecuacional, una resta de suma cero. Lo brindado por uno no debía igualarse ni equipararse a lo recibido de antemano por el otro. Fuerzas y gestos distintos, cada una con registros propios. Ninguno ansiaba a la Gran Correspondencia. La incompletud del deseo se distanciaba a su vez de la construcción que hicimos cada uno respecto de nosotros mismos. Se sentía la falta pero se sabía que el otro no veía a encastrarse, ni llenar no cerrar nada tampoco. La hiancia no se iría, y teníamos que ocuparnos, cada uno, en dejarlo vacío de la mejor manera. Estas formas de entendernos y así acordar fueron las que nos habilitaron a llegar hasta acá. A seguir ahora, a partir de acá, distintos, por separado; por ahora". El pavimento brilla como la plata mojado por las lluvias pasadas. La sonrisa no conseguía disimularse y volvía así a anunciarse, aunque sea para sola Ella. Y se ríe, sin sonido; pero lo hace. Su mirada se sabe carente de un blanco para apuntar, y por ello se entusiasma. Quisiera saltar, pero no salta. Quisiera correr, pero no corre. Sus pasos, en el sin embargo, aceleran la marcha poco a poco, manteniendo siempre un mínimo contacto con el allí suelo. Ella avanza, sin pausa, adentrándose a donde ni Ella sabe dónde).

En el vacío sin freno – sin luz, sin sonido – la moneda sigue girando. No cesó nunca su rotar. Cada cierto tiempo no (pre)determinado, amaga con detenerse, finge su mostrarse.

Goza de este su humor retorcido.

Tentativas de indagación:

Entrevistas VI

Interrogantes posibles para la entrevista de Milena Abramovsky.

Iniciar el diálogo con una breve introducción al tema, comentándole sintéticamente las averiguaciones ya realizadas al momento. No extenderse, por tanto, en demasía, y sólo limitarse a la cuestión del enigmático silencio que su profesor V…, con quien ya sabemos que mantenía o aun mantiene una buena relación, sostuvo (más/menos) voluntariamente, durante un período aproximado de mes y medio.

Por tanto iniciar, como siempre, con la apertura (y) máxima: ¿qué quisieras comentar sobre V… y su silencio? Antes, durante, después del mismo.

Dejar espacio y tiempo para lo que allí ocurra, o allí se pronuncie.

A partir de allí avanzar como se pueda, se sienta correcto, y la conversación, a su vez, (lo) permita.

Mía Cortizas. 17 años. Estudiante. Sentada en un banco de aula - aula vacía - del Colegio Nº 5… de la Provincia… Noviembre del 2019.

(…) Y no te lo va a decir tampoco, es una persona muuy reservada, introvertida quizás; pero con todos es así… así que no te lo tomes como una cuestión personal para con vos solamente ni pienses que es sólo ocasionado por una falta de confianza hacia tu persona. A mí tampoco me comenta mucho, y yo soy lo que se podría decir la mejor amiga… o lo que socio-culturalmente podríamos catalogar como amistad, pues ambas sospechamos de ciertos conceptos neutralizados y tan

naturalizados como es ese. Ambas hemos leído a su vez a Aristóteles, a Derrida, siempre bajo recomendación de V…, al menos al principio, después una sigue, claro, continúa la exploración por su cuenta. Pero la práctica de cuestionamiento se sostuvo con el tiempo, aunque siempre intentando no caer en la hiper-banalización que de la Filosofía se vive en la actualidad, con tanto videíto de Youtube y cuenta de Twitter citando por ahí y por acá a Nietzsche, a la posverdad… los temas de moda digo, enteramente futilizados. Aunque tampoco es que avoquemos a un enclaustramiento del saber para los sólo iniciados o ya eruditos, sino que simplemente advertimos los riesgos de abusar eclécticamente y sin rigurosidad alguna de ciertos discursos teoréticos de gran complejidad. Como lo es la idea misma de deconstrucción, para nada simple, ni mucho menos reductible a los meros ejercicios de… (…) Es bastante curioso pero sí, nos conocíamos desde hace tiempo, ya que ambas participamos desde chicas en un taller literario dictado en la Biblioteca Mariquita Sánchez de Thompson… Yo debía tener unos ocho o nueve años cuando empecé a asistir al taller y ya para ese entonces Mile era habitué del lugar… Nuestro acercamiento fue lo que se podría decir magnético, contando cada una con cierto lado atrayente y su opuesto polo repelente para con la otra persona; (…) ciertos gustos, preferencias y pensamientos simultáneamente compartidos y contradictorios; consiguiéndose sólo así la covalencia no buscada, fruto del conflicto dialéctico. (…) Y así fue como nos fuimos recomendando lecturas específicas – fundamentalmente literarias -, ciertas pintoras latinoamericanas de vanguardia, películas mudas de principios de siglo pasado; campos por donde una ya transitaba con desenvoltura, una acorde a nuestra edad claro está, por donde la otra tambaleaba hasta lograr afianzarse. Y nos íbamos intercalando en quien introducía a quién en qué tema, en el otro. Pero nunca nada sobre nuestra propia cotidianeidad, sobre la materialidad de nuestros actos; eso era importante, mantenernos exclusivamente en un plano de las ideas… al menos por aquel entonces, hasta (…) yo podría enumerarte las novelas inglesas favoritas de Mile, con fundamentación incluida, empezando por *Las olas* claramente; pero no conseguiría responderte un simple dónde vive, vivía, o a qué se dedican o dedicaban sus padres. Y entre estos desconocimientos

sistemáticos que sosteníamos entre ambas, podríamos incluir, sin lugar a dudas, el colegio al cual asistíamos cada una por separado. O así fue al principio, hasta que apareció V…. Y allí es donde comienza lo verdaderamente curioso del caso, aunque estadísticamente probable dada la locación geográfica de una pequeña ciudad de (…), pues V… apareció, con escasos meses de diferencia, en ambos colegios a la casi vez. O no tanto, en su colegio ya estaba hace rato, sólo que no dictando la materia de Filosofía con la cual Mile le empezó a prestar especial atención. Pero apareció, a fin de cuentas, en ambas instituciones educativas, dictando nada más y nada menos que las mismas asignaturas, o casi. Aunque de todo esto nos enteramos un poco más tarde. (…) Desde esa clase yo no me había logrado desprender ni por un segundo al menos del libro de Wacquant con que habíamos discutido y trabajado, fue una primera cachetada tan fuerte como necesaria, un baldazo de agua helada como se suele decir…, o como V… mismo diría, fue la pérdida de mi virginidad intelectual…; él refería la suya respecto a un primer encuentro pasional con *Vigilar y castigar,* de 1965 si no erro con la precisión de las fechas de publicación… Y es que cada tanto nos aventaba alguna expresión de ese estilo, esa en particular es mi personal favorita, la idea de una *virginidad intelectual* y las peripecias y vericuetos de con quién y con cómo fue perdida o quitada de un fragoso tajo; ya que nunca es efecto de una decisión anticipada y prevista, sino más bien se emparenta con el rayo que cayendo te atraviesa hasta la (mas)médula. Muy similar al modo en que concibe al enamoramiento el personaje Olivera de Rayuela… Y por esa razón es que no lograba abandonar ese libro tan atrevido que me introducía por vez primera en los efectos de exclusión social del nuevo capitalismo y sus también nuevos marginados… los allí llamados: condenados de la ciudad… porque nunca había tenido contacto similar con un análisis sociológico que fundamente tan certeramente aquellas situaciones que me tocaba vivir u observar cotidianamente… Y fue también gracias a esa lectura ininterrumpida del sociólogo francés, discípulo del también grande Bourdieu, que con Mile rompimos de un solo martillazo esa barrera implícita y jamás anunciada que escindía a los tópicos permitidos de aquellos prohibidos en esas conversaciones tan nuestras. (…) Días después, luego de lo

que supuse fue una averiguación de antecedentes bibliográficos, cuando Mile me preguntó por la razón que me llevó a leer ese libro en particular, siendo tan lejano a mis habituales lecturas de Kafka o Joyce, aunque sólo sus cuentos por ese entonces; y ante mi respuesta de que un nuevo profesor suplente nos lo hizo trabajar en clase, comenzó una suerte de idas y vueltas que, entre interrogantes y contestaciones, devino en la constatación abreactiva de que ambas compartíamos, aunque en escuelas bien distintas y distanciadas, a un mismo docente. Un alguien que nos estaba haciendo interesar, a cada una por su lado, por materias que siempre pertenecieron a un segundo plano de importancia en la rejilla del cronograma escolar. (…) Nunca tuve uno igual, me decía por ese entonces Mile, con aquella agudeza de expresión que tanto la caracteriza, ya vas a ver, hace dos meses que empezó en esta materia, antes lo teníamos en otras, y ya ocasionó una buena contusión a nuestras rutinas escolares, y no sólo desde los temas a trabajar sino principalmente por el modo de encararlos, los procesos cognitivos que pretende poner en juego en cada actividad, y encima los justifica. Cuando la escuchas hablar sobre V…, como era ese el caso, notas esa especie de atracción incuestionable… intelectual y pedagógica a la vez te diría, ya que no me refiero bajo ningún concepto a una atracción de tipo romántica, porque he ahí otro de esos conceptos que ambas ponemos bajo la lupa, el del romance o incluso el amor mismo, por mayor espacio que haya tenido en *El Banquete* o en *Rayuela,* (…) Por ese entonces fue que V… ingresó de lleno en nuestras pláticas culturales, proferidas casi todas ellas, una vez que salíamos del taller literario y nos íbamos a tomar algo por ahí, y también fue así como empezamos a incluir en los tópicos de siempre unos marcos teóricos mucho más abarcativos, así como científica, social y políticamente más interesantes. (…) ¡Aaahh! La cuestión emerge. ¿Por qué? El Gran Interrogante. No se cansa nunca una de escuchar esa pregunta. Por supuesto que con V… lo gastamos a más no poder, principalmente en Filosofía; y estoy plenamente segura de que el cuestionamiento es válido… en su cierta medida. Pero con Mile, luego de pensarlo y debatirlo, ya sea en conjunto o cada una por separado, decidimos optar por otro camino o método de búsqueda. En verdad, si tal cosa pudiera ser afirmada, fue Mile quien dijo primero que el dedicar

nuestro tiempo en una requisa bibliográfica sobre las posibles fundamentaciones teóricas no era del todo errado pero, al menos en lo que a nosotras dos nos concernía, no era lo principal, ni lo más eficiente. Podemos intentarlo, me sentenció aquella vez, pero nunca cerraremos ese recorrido, quizá porque él mismo lo va reconfigurando a medida que avanza, o se mueve, o se traslada (ya sea dinámica o estáticamente). (…) La otra vía, una que al parecer nadie decidía o concebía encarar era la de interrogarse acerca del ¿para qué lo hizo? ¿Qué es lo que buscaba conseguir? (…) Y no es que con este razonamiento estemos reduciendo a las prácticas de enseñanza como una mera *poiesis*, entendida en tanto proceso técnico en el cual es el final ya pautado de antemano quien determina y direcciona los medios más efectivos y funcionales para el mismo. No; nosotras supusimos, aunque siempre especulando a partir de ciertas evidencias empíricas que sus clases nos propiciaban, que al pensar a la educación como una *praxis*, de aquí recuperamos a Aristóteles, es decir como un andar o desandar deliberativo, prudente, el silencio podía funcionar como un escenario evocador de lo que sea. Y muchas veces la intención era buscar ese lo que sea, favorecerlo y habilitarlo como uno pueda, sin limitarlo o constreñirlo a partir de los propios sesgos o *ethos* profesorales. (…) La causa, sus razones… ni siquiera estoy segura de si él mismo era enteramente consciente de ellas, en primer lugar; y ¿desde cuándo pensamos en razones?, interrumpiría V…, en segundo. Él, como todo profesor de una disciplina filosófica, empleaba con cierta regularidad y gusto el motor cuestionador del ¿por qué? Pero creo que nunca lo maniobró como conquistador de respuestas, ya que estas podían aniquilar a la pregunta misma, según él mismo expresaba. V…prefería la pregunta, nos instaba a que viviéramos en ella… a que viviéramos a partir de ella. De ahí que Rilke haga tantos actos de aparición estelar en nuestras clases; en las que sean, hasta en las horas de Ciudadanía aparecía cada tanto Malte con sus cuadernos en mano a saludar. (…) Ahora, bien posicionadas en el plano del ¿para qué?, la situación de análisis resulta mucho más atractiva, no porque te sirva como andarivel para efectuar demarcaciones o enmarcamientos, sino porque nos permitía pulverizar ciertos márgenes de lo posible. (…) V… es, efectivamente, una persona sumamente reflexiva, y pocas de sus acciones,

decisiones y reflexiones acontecidas en el salón eran fruto de una improvisación momentánea o exabrupta. Claro que si un emergente lo ameritaba, era considerado y trabajado en clase con la mayor dedicación y respeto. Pero a lo que me refiero es que cada paso que daba era el resultado de un meticuloso análisis previo. Y si uno revisita los programas que V… construye para cada una de sus asignaturas, con Mile lo hicimos ya que él mismo nos los facilitó, puede reconocerse la complejidad teórica de una coherencia y consistencia que va de la forma misma de organizarlos, la fundamentación y comunicación de sus intenciones educativas, sus clases pensadas como un todo mayor a la suma de sus partes, las partes de sus estrategias como imposibles de ser asimiladas en un todo, las modalidades e instrumentos de evaluación que favorecen la retroalimentación y además más y a otra cosa después; (…) todo nuestro análisis nos llevaba a la misma idea, está sí, construida en conjunto… esta idea por nosotras desarrollada de que V… es el reflejo inverso de cómo V… observa a ciertos docentes, a quienes él mismo tuvo a lo largo de su trayectoria educativa, con quienes él mismo se encuentra compartiendo la sala de profesores en los recreos… Por lo tanto llegamos a hipotetizar que cuando V… reflexiona sobre aquello que anhela haber conocido o explorado en sus primeros espacios de aprendizaje, rápidamente lo traduce en modos y estrategias de encarar su propia práctica docente en el ahora. Y entonces nace su reflexión de la práctica (…) por supuesto que la literatura, desde la canónica a la vanguardista a la académica forman un gran entramado de fuerzas discursivas que se adentran en la construcción de su identidad narrativa, de su biografía profesoral, de su narración docente ípseica. (…) Por eso cuando pienso en ese silencio tan impar, como vos mismo caracterizaste, me pregunto ¿por qué V… querría que algún profesor suyo de cierto antaño hubiese realizado una pausa didáctica? ¿Qué ganancia o evocación entiende V… que podría haber conseguido? Y no obstante, eso es sólo el vértice superior de un iceberg que suele contener muchas más cosas sumergidas, porque a partir de aquí existen miles más de interrogantes en esta línea que una puede hacerse, tales como serían los (…) y a fin de cuentas uno podría creer que volvimos a donde empezamos, habiendo transitado toda la complejidad de un acontecimiento tan inusitado como

brumoso sin conseguir encontrar explicación posible que brinde un ápside de tranquilidad… muchas veces es la tranquilidad epistemológica el fin buscado, ante hechos o conductas ininteligibles o incomprensibles desde nuestros propios programas y/o paradigmas, al observar la parsimonia con que ciertas personas estremecen las certezas más nuestras no nos resta más que gritarles un pedido de auxilio y que por favor vuelvan a adoptar esta cosmovisión que nos ordena, sino qué es lo que nos queda a nosotros, nuestro suelo es uno más entre otros y puede pisárselo o desplazarse uno a través de él de otro modo, o sobre uno distinto, o sin uno en absoluto a su vez (…) Nosotras no llegamos a dilucidar el sentido de ese silencio, y hace rato que abandonamos la hazaña, pero no como si de una derrota se tratase, sino porque supusimos que no era su plena comprensión la mejor forma de desandarlo… en el caso de Mile no te sabría decir para donde lo descorrió, nunca me lo dijo, prefería no hablar tanto del asunto - ya te lo decía yo -; en mi caso personal, si pretendiera comunicarlo ya lo aniquilaría, entiendo que todo se encuentra atravesado por el dominio del lenguaje, pero si te lo presentara sólo estaría evidenciándote su partida (…) Aun así, no quisiera que se caiga en el error de creer que no reconocíamos sus contradicciones, nadie se libra de ellas creo yo. Un sencillo ejemplo sería el considerar todos aquellos momentos en que discurría y proponía una explosión de la gramática y todos sus reglamentos para ganar una libertad del todo salvaje… muy lindo y poético incluso… en la abstracción; pues cómo comunicar esas críticas post-estructurales si no es a través del mismo lenguaje tan estructurado. El argumento debería apuntar, en cambio, a una concientización no directiva ni colonizante sobre el necesario dinamismo de estas estructuras, las gramaticales incluidas, para la constante renovación de las fronteras limítrofes y los reinados internos. Aunque de nuevo, quizá esa haya sido la verdadera intención, y lo único que V… buscaba era alguien que le haga la contraria. Pues ese también me parece un dato clave por mencionarse, por alguna razón o teoría pedagógica que desconozco, al menos en su formalidad, V… avocaba por una práctica dialógica conflictiva, tomando siempre la orilla opuesta de una, aunque no sea la de su mayor afinidad, para obligarla a una a tener que justificar las propias opiniones y argumentos frente a los constantes

ataques de su parte. Era una estrategia interesante, y puede que la haya empleado desde el mismísimo principio sin jamás anunciarla o esclarecerla (…) tampoco podría irme sin mencionarlo, porque de eso discutimos bastante acaloradamente con Mile, no por presentar posturas antitéticas sino porque el tema mismo lo propiciaba. Y era el resultado de que si bien ambas veíamos los mismos contenidos, recordemos que asistíamos a instituciones educativas muy disímiles con culturas e historias institucionales sumamente distanciadas, las estrategias docentes empleadas también así lo resultaban, distintas digo. Y no me refiero aquí a una discriminación positiva o didáctica focalizada ni mucho menos, creo que V… investigaba este asunto en la Universidad por aquel entonces, sino porque encontró que al menos en un principio, a lo largo de algunos meses, y ocasionado por la falta de práctica o ciertos códigos culturales y, ¿por qué no?, educativos, en mi colegio se necesitaba de ciertas estrategias mucho más guiadas y explícitas; mientras que en el colegio de Mile se permitía, ya desde el inicio, otras libertades, con sus obvias complicaciones también. (…) No creemos que el silencio haya nacido como un intento de estrategia de enseñanza pero una vez acontecido en el tiempo libre del salón de clase hay que analizarlo a partir de las categorías ya existentes, o inventarnos otras nuevas. Cada público se lo apropió y lo utilizó como quiso, como así lo sintió. Y no pretendo aquí desmentir las investigaciones científicas que V… llevó o lleva a cabo, en mi escuela no hubiera sido posible lo ocurrido si no fuera por las primeras instancias de visibilización de una pedagogía en aquellos primeros meses. (…) No. No en mi curso, y lo lamento, quizá estábamos preocupados en otras cosas y quienes sí lo reflexionábamos nos lo guardamos para nuestros adentros. Yo misma suelo guardarme mucho para mis adentros, de ahí que tampoco nunca haya participado en las actividades del centro como si lo hace Isa. En fin, lo sumamente curioso fue que esa respuesta vino por parte de los más chicos, creo que de tercero del ciclo básico si no me equivoco; chicos y chicas de entre trece y catorce años no más, es decir que, lo allí acontecido tuvo como principales protagonistas a aquellos quienes nuestra sociedad actual considera como inmaduros o en vías de desarrollo. (…) No sé si el silencio de V… operó aquí como mecha, como llama, como dinamita o

como simple contexto de fondo. Ocurrió por ese tiempo y nuestra racionalidad técnica lo suele considerar como una posible causa. La verdad, si tal acaso existe, es que no lo sé (…).

Tentativas de indagación:

Borradores VI

arrojo

Tentativas de indagación:

Anotaciones IX

Seguir ensayando para trabajar en una clase de Ciudadanía, en cualquiera de sus niveles; "*Pensar en un colectivo*".

Cuando Amalia se despierta, el desayuno suele estar ya servido sobre la mesa de caoba del comedor. No se encamina directamente allí, sin embargo; ya que primero acostumbra a pasar por el tocador para cepillarse los dientes y enjuagarse la cara; aunque no mucho más que eso, pues el baño y el cabello son problemas de la noche anterior.

Cuando Amalia termina su desayuno (tostadas, frutas, qué más da), Enrique, su padre, se encarga de alcanzarla en automóvil hasta la parada más cercana de la línea 8…. Así Amalia se dirige a la Facultad. Así Enrique continúa su recorrido hasta el hospital en que trabaja.

Cuando Amalia sube al colectivo, y se ubica, como suele hacerlo, en alguno de los asientos vacíos del fondo, en caso de haberlos, se coloca sus auriculares blancos que, conectados a su teléfono celular, le proporcionan el placer de la playlist musical previamente confeccionada. Amalia conoce el trayecto y sabe que el tiempo aproximado del viaje ronda los 35/45 minutos, duración suficiente para oír entre once y quince temas, dependiendo de cuáles se trate.

Cuando Amalia arriba a la Facultad, y sube hasta el primer piso, para así poder dirigirse al aula 118, espacio donde se cursa (cada martes y jueves) la materia de Fisiología; acostumbra a comprarse un café con leche mediano y un bagel o medialuna en el puestito junto a los ascensores. Continuación del desayuno previo, última cachetada de despabilamiento.

Cuando Amalia, por fin, se ubica en algún asiento libre del medio del salón, todavía cuenta con quince minutos libres antes del inicio de la clase; la cual es extremadamente puntual en sus horarios.

Cuando Amalia, entre dormida y aburrida, aguarda el comienzo de la lectio, suele entretenerse con un juego de adivinanzas donde, para con ella sola, goza de observar a sus compañeros y compañeras, estudiantes todos de primer año, y así clasificarlos entonces a partir de dos etiquetas contrapuestas: aquellos quienes finalizarán sus estudios universitarios y aquellos quienes quedarán perdidos o caídos en el camino. Enrique, ex-alumno de esta misma institución, comparte siempre múltiples anécdotas – hay quienes dirían dicotómicas – sobre el esfuerzo e inteligencia requeridos para alcanzar el mentado diploma; o de cómo colocando un simple ladrillo en un aula y esperando el tiempo necesario se lo vería graduarse. Anécdotas, historias y sentidos, comunes a quienes así lo crean, que nutrían de alguna forma aquellas adivinanzas. Las tácticas fisiognómicas eran un agregado de Amalia.

Cuando el reloj marca las siete en punto, el Doctor Profesor Gorostiaga ya se encuentra parado frente a su auditorio, micrófono en mano, listo para proyectar la primera diapositiva de su presentación Power Point, armada especialmente para un público de ciento cincuenta estudiantes recién ingresados a la carrera. Amalia, entre ellos, abre su computadora y comienza a tipear sus apuntes del día.

Hasta aquí lo referido a ciertas regularidades en el día a día (o lunes a viernes) de Amalia; el resto se va difuminando en un viaje de vuelta en transporte público, una vez finalizada las clases del día, para arribar nuevamente al hogar, escenario de nuevas lecturas para el día siguiente, y el baño, y el lavado de cabello, y la cena ya preparada en la misma mesa, y a la cama. (Por supuesto que muchos más episodios y ocurrencias conglomeran los trabajos y los días, sólo que exceden al interés del presente relato).

Sin embargo, cuando el día en cuestión es un día de examen, Amalia adelanta una hora la alarma de su celular. Se despierta para esto más temprano, pasa por el tocador; y entre el momento de higiene personal y el desayuno ya listo sobre la caoba, gana un tiempo extra para los últimos repasos del libro o cuaderno de apuntes.

Cuando en estos días Amalia sube al colectivo, luego de también ser arrimada hasta la parada por Enrique quien continúa así su trayecto hacia el ya referido hospital, reemplaza los blancos auriculares y la playlist construida, para ganar otros cuarenta y cinco minutos adicionales para su repaso mental de ciertas notas.

Cuando Amalia llega a la Facultad, y mientras se dirige al aula específica en el piso correspondiente, pasa de largo, sin detenerse a saludar, por el puestito de café junto a los ascensores. Hoy no hace falta una cachetada extra, ni desayuno continuado es allí precisado.

Cuando Amalia se sienta en un banco vacío de las primeras filas, intentando así evitar que las charlas de sus compañeros devengan en motivo de sospecha de copia o algo parecido, todavía le restan unos últimos minutos para preparar sus hojas y biromes, apagar el celular, y repasar alguna de esas dudas que surgiendo en los momentos finales tienen la potencia de cataclismos existenciales. En estos días no precisa de los juegos de adivinanzas, sólo resta esperar a la clase en que los exámenes son devueltos, ya corregidos y segmentados, para contrastar o refutar sus hipótesis personales.

Cuando el reloj marca las siete en punto, el Doctor Profesor Gorostiaga ya se encuentra repartiendo las consignas escritas del examen. La puntillosa puntualidad nunca es perturbada.

Sin embargo, ninguna rutina es del todo inalterable, y suele ocurrir que las fuerzas de las circunstancias confluyan en un viento inesperado que, proviniendo por el este, traiga aquella tormenta que impacta contra las costumbres asentadas.

Pues, cuando un grupo numeroso de trabajadores, ante condiciones paupérrimas y esclavistas de trabajo, ante una injusta e inequitativa remuneración por las propias labores, ante la imposibilidad de sostener condiciones de vida digna para sí y para sus familias, deciden comunicar la precariedad de sus situaciones; buscan entonces caminos viables y eficientes para su honesto reclamo.

Y cuando a nadie pareciera importar esas situaciones de opresión, exclusión y desigualdad, estos mismos trabajadores, en común unión, buscan visibilizar aun más el justo reclamo, no encontrando

mejor opción, aunque posiblemente haya otras, que cortar algunas calles y avenidas bien transitadas.

Y cuando entonces el colectivo de la línea 8… se encuentra con estos cortes masivos, tal como sucede con un gran caudal de vehículos que atraviesan dichas rutas cada mañana, se ve entonces obligado, al igual que estos otros, a optar por vías alternativas.

Y cuando estas vías alternativas reciben un volumen de transportes mayor al acostumbrado o previsto o planificado, y en una brecha muy reducida de tiempo; suelen colapsar.

Y cuando estas vías colapsan, el movimiento en ellas ocurrido se enlentece hasta casi detenerse por completo, o a veces del todo.

Y cuando todo esto ocurre, Amalia, encerrada en el asiento del colectivo, advirtiendo la alteración de su rutina mientras sostiene ciertas notas en ciertas manos, comienza a angustiarse por anticipado, calculando para sí misma los tiempos, recorridos y retrasos.

Y cuando Amalia ve por la ventanilla el humo proveniente de ciertas llantas en llamas e infinidad de carteles y pancartas, la angustia manifestada abre paso y comparte espacio con la ira creciente.

Y cuando Amalia comprende que el ajetreo es fruto de una marcha o movilización o protesta de lo que fuere y de quienes fuera, vienen a su consciencia algunas frases como "todos unos vagos que no quieren trabajar", "zánganos de algún partido político o sindicato que les paga con un sanguche y la gaseosa", "cortan los caminos y no dejan llegar al trabajo o al estudio a quienes sí queremos hacer las cosas, progresar en la vida, etc., etc.", "¿dónde quedo el derecho a circular libremente?", y todo el resto ya conocido.

Y cuando Amalia piensa en cosas como estas, suele confirmar sus sospechas rápidamente con varios titulares de ciertos diarios y noticieros que coinciden con sus objeciones.

Y cuando la gente, en general, piensa de esta forma, pocas veces se detiene a escuchar los reclamos, ni desea hacerlo tampoco. Y pocas veces se frena a cuestionar sus razonamientos, ni prefiere así proceder a su vez.

Y mientras tanto, cuando Amalia por fin consigue arribar a la casa de estudios, subir al piso indicado, ingresar al aula correcta y sentarse donde pueda y consiga, el reloj ya marca las ocho, las consignas hace tiempo fueron repartidas, y la cuenta regresiva para su resolución le juega, en su contra, una mala pasada.

Y cuando Amalia da un vistazo general al examen para calcular y regular sus tiempos posibles, descubre, muy a su pesar, que cuatro de las seis consignas corresponden a una unidad que no entraba en el temario previamente especificado.

Y cuando Amalia levanta la mano para interrogar al Doctor Profesor Gorostiaga acerca de la inadecuación de esas cuatro consignas con lo anticipado en clase, descubre que la decisión del eminente Doctor Profesor no será alterada por las inquisiciones de una estudiante recién ingresada a la carrera.

Y cuando por fin se decide a comenzar su escritura, rápidamente se cerciora que el tiempo no sólo que no escasea, sino que a los efectos de este examen en particular, sobra en demasía.

Y para cuando su examen es entregado en manos del Doctor Profesor, sumamente incompleto de por sí, el reloj marca las nueve y diez exactas.

Para cuando todo esto termina, Amalia no puede dejar de pensar que algo no funcionó correctamente en la línea de los eventos. Que una persona determinada, detentando una cierta posición de poder respecto del resto, decidió arbitrariamente, por capricho o propio beneficio, ciertas condiciones y cursos de acción que afectan y recaen sobre el resto, sobre los estudiantes. Que esto no es justo y no debería suceder. Que debería haber alguna forma para demostrar lo erróneo de esta situación. Que así no pueden continuar las cosas. Que los estudiantes algo deberían de hacer.

Pero mientras tanto Amalia debe volver a casa, y para esto otra vez arriba del colectivo.

Y mientras se figura el tiempo que le llevará el retorno al hogar, un muchacho que viaja junto a ella le comenta sobre la acción de las fuerzas policiales durante el trascurso de la mañana, limpiando las calles de manifestantes, y los arrestos y detenciones efectuados, y los gases y balas de

goma disparados a mansalva. Amalia oye todo esto y en sus adentros se alegra, tal parece que arribará a tiempo a su casa, tal parece que alguien al menos recibió su merecido el día de hoy.

Y mientras la sonrisa se asoma ya se está borrando nuevamente, porque Amalia recuerda lo de su examen y reflexiona sobre las necesarias medidas por tomar. ¿No es esto del todo injusto?, se repite una y otra vez Amalia. ¿Pero qué se puede hacer?, se pregunta para ella sola. ¿Si los estudiantes no hicimos más que lo correspondiente, con qué derecho así nos tratan? ¿Si varios estudiantes nos juntamos conseguiremos que nos oigan, que el equívoco sea solventado?

(Volverlo a ensayar. Reemplazar la Facultad por un trabajo empresarial, el examen por un no aumento de sueldo o símil… seguir pensando)

El acontecimiento V

De un breve fraseo, las palabras estas. Apropiadas y, sin embargo, aun ajenas las prestadas.

La vida breve a partir de todas ellas. de, Ninguna. De Ellas.

Su estancia furtiva. Fugitiva, en (los) papeles.

El ensayo de un narrar a partir de un simple ejercicio de calentamiento, como aquel de los versados pianistas que se preparan a encarar la excelsa obra. Recorriendo las celdas monocromáticas en tiempo y tono y ritmo y modo, para anunciar, en forma de anticipo, la propia habilidad, la cadencia pulsional, la mónada perdida, que primará en la presente sala; las vibraciones sincronizadas en los fluires de cada oyente, a partir de cada uno de sus a-horas, y para los también siempre eternos siempre jamases. Y

tan cercana la despedida.

Un inicio por la partitura habitual. La Conocida. La Esperada.

Y el tajo con nombre propio - de voces interiores -; y los salpicones de ciertas ballenas agitadas.

6:00 a.m. (casi cuatro horas antes de acabar *el* silencio).

V…, ya despierto, toma mate dentro de los límites de su cocina mientras repasa algunas últimas notas para el corriente día. Sus clases fueron, tal como acostumbra, meticulosamente planificadas varias semanas atrás. Acertadamente reconfiguradas según los avatares reconocidos en los últimos días.

Los textos para hoy, ya fotocopiados y abrochados y listos en su mochila.

La armonía que domina el ambiente hogareño se encuentra en consonancia con la música de fondo, proveniente de su computadora portátil; en este preciso momento, un vals de Hisaishi otorga la sensación mágica – puede que irreal - de que el departamento todo se levanta y comienza su personal procesión turbulenta. Un movimiento imposible y, a la vez, enteramente adecuado.

Otra extraordinaria desandanza para el hábil destructor de caminos.

6:23 a.m. (cerca de tres horas y media antes de acabar *el* silencio).

El pie izquierdo de V… se adelanta por varios centímetros a su simétrica contraparte, recorriendo aquella inexacta unidad de medida usualmente calificada como “un paso”. Una vez aterrizado, este mismo opera como punto de apoyatura, cargando así y sobre sí con todo el peso de un cuerpo, mientras el otro se lanza hacia el desconcierto de un nuevo avance.

Esta ejercitación práctica, muy difícil de ser encontrada en manual alguno de lo que sea, es la maniobra más eficiente y económica que V… halló para reemplazar su rutinario viaje en velocípedo al colegio. De una rueda pinchada a la improvisación de momento. Simplemente, caminar.

Las venturosas vueltas de la aguja le anuncian que sus cálculos parecerían acertados. Está en (el) tiempo.

La espada de Damocles pendiendo sobre él – siempre afilada, inobservable, eterna – recuerda, a quien sí logre distinguirla, sobre aquello que llamamos vida. Su (sin)sentido. Tal vez.

Aun más alto que ésta última, un generoso halcón cae en manos de una lechuza. Más nadie llega aquí a advertirlo.

6:55 a.m. (casi tres horas antes de acabar *el* silencio).

Lisandro baja - de a saltos - varios escalones, hasta detenerse, casi llegando a la mitad de su descenso, quedando por un brevísimo instante completamente estático en aquel intersticio arquitectónico que conecta la planta baja con el piso superior de la casa. Vacila unos segundos con la mirada perdida en ningún punto en particular, y vuelve por la misma dirección de la cual provenía. Sus movimientos no son tan rápidos como acostumbran serlo, aunque, considerando la excesiva

cantidad de abrigo que esta inusitada ola polar convirtió en requisito indispensable, bastante grácilmente podría decirse que los ejecuta.

Pasados un par de minutos concomitantes, aparece nuevamente con idéntico andar saltarín, embistiendo a la misma escalera, con la singular diferencia de que ahora carga sobre su hombro un bulto de frazada de simétrico estilo escocés, enrollada sobre sí misma con una especie de hilo amarillo o tal vez un requecho de cinta también celta.

Alcanzada la planta baja, se dirige velozmente hacia la puerta de salida, para así continuar su camino habitual hacia la escuela.

7:00 a.m. (poco menos de tres horas antes de acabar *el* silencio).

Se encuentra Sol sentada en un sillón del living room.

Una vibración inesperada estremece la parte superior de su pierna izquierda.

Una vez extraído el teléfono celular, instrumento causante de tal sacudida, Sol lee el mensaje proveniente de Clara. “No te olvides”.

Sol y su inconfundible media sonrisa.

“Obvio que no”. Nunca emoticones.

Vuelve a abstraerse Sol en la profundidad de sus pensamientos.

7:05 a.m. (todavía, poco menos de tres horas antes de acabar *el* silencio).

Sabrina, agitada por las corridas de su inevitable tardanza de siempre, lanza un grito al aire esperando que dicho pedido, de alguna forma o modo, alcance los oídos maternos de quien todo lo sabe en este hogar. Mientras se coloca sus guantes azules de lana, como ya se le hizo costumbre en

estas últimas semanas, indaga con ciertas increpancias altaneras sobre el paradero de una frazada específica de cierto tamaño y color.

Una voz de fondo, tan amable como extrañamente cansada para estas horas matinales, recuerda que el tan inquirido edredón se encuentra en posesión de la nana; razón por la cual tendrá que conformarse con la colcha limpia que se le dejó la noche anterior sobre el sofá de la sala.

Con la mueca característica de la insatisfacción no anticipada, Sabrina guarda la colcha verde en una bolsa de consorcio y se sienta, ya lista y dispuesta, a la espera de que se la alcance, al igual que todas las mañanas, al colegio secundario.

7:10 a.m. (restando aun poco menos de tres horas para acabar *el* silencio).

Se encuentra V… a tan sólo dos cuadras de la institución educativa en que trabaja dos días a la semana. Mientras atraviesa esos postremos metros, tal como lo hace cada mañana de lunes y jueves, sólo que ésta en particular lo hace, a fuerza de las circunstancias, a pie; reflexiona acerca de una imagen onírica que desde muy temprano no consigue desplazar del eje de su atención (selectiva y/o no tanto).

El viejo se encontraba parado en el exacto medio del colgante puente.

Sin importar del lado del que procedan los caminantes y peregrinos, el viejo los detenía un instante para hacerles la única pregunta que importa.

Nunca nadie (nada) aventuró a responderla, más todos, sin excepción alguna, se daban la vuelta para volver por la misma dirección por la cual provenían, segundos apenas después de escuchar esta única pregunta.

El viejo seguía, sin embargo, en su misma posición del exacto medio de aquel colgante puente; sin jamás demostrar satisfacción ni frustración alguna ante la huida o efugio de los andantes.

¿Cuál sería la única pregunta?

Tambaleaba V… entre dos casillas del tablero mientras revisitaba la imagen del ensueño. Allí detenido, sobre el cordón de la vereda, observa la luz amarilla del semáforo frente a sí. Duda una milésima de instante, y se decide por la quietud.

La mujer, parada junto a él, le habla sin mirarlo. “Llegabas a cruzar”.

(Cae sobre ninguna de ambas. Ya no hay aquí más tablero).

Para cuando el semáforo le habilita el paso, V… todavía se encuentra pasmado por aquella situación, la mujer, y su sentencia.

7:15 a.m. (sigue el menos de tres horas antes de acabar *el* silencio).

Mario Estévez, director del monumental colegio número…, ingresa a su oficina con la intención de prender su vetusta computadora, tal como suele hacerlo antes del inicio de cada día escolar. La máquina, contando ya con numerosos años de batalla en sus haberes, responde con la calma y lentitud que es de esperarse para un modelo tan anticuado como el suyo.

Luego de corroborar la hora, 7:20 a.m. según su reloj pulsera, Mario se encamina al patio central dejando al arcaico aparato en pleno proceso de ignición. En la ejecución de este último acto, olvida su morral sobre el escritorio.

Se cerciora del descuido una vez cerrada la puerta, viéndose así obligado a tener que volver a por él.

Nuevamente ante la acción de entornar la puerta, incluso asegurarla con cerrojo, reconoce la inusual demora.

7:23 a.m.

Se siente obligado a redoblar el paso en dirección al patio escolar.

7:24 a.m. (cerca de dos horas y media antes de acabar *el* silencio).

De la insensata gruta, escapa la sombra furiosa de un tigre-otro-tigre, liberado de todo verso.

La silueta del fiero animal recorre los pasillos en busca de la forma que le habilite existencia, o quizá sentido, o posibilidad.

7:25 a.m. (más cerca de las dos horas y media antes de acabar *el* silencio).

La escarcha decora el ambiente en el patio central de esta histórica institución educativa. Faltando aun cinco minutos para la cotidiana formación y saludo a la bandera nacional, varios delegados del centro de estudiantes recorren el perímetro, conversando con los distintos grupos y subgrupos de alumnos, sean del año o división del que se trate.

Ante cada detención, repasan las indicaciones decididas y comunicadas la tarde anterior; verifican la presencia de abrigos de cama; y explican la señal de acción que debe de ser, por tan sólo unos minutos, aguardada.

7:30 a.m. (más que cerca de, o quizás pasando las, dos horas y media antes de acabar *el* silencio).

Toda una legión de estudiantes, cubiertos con frazadas, mantas, edredones y cobertores de cama, de los más variados tamaños y estilos, aguardan al director del colegio para el rutinario saludo a la bandera.

La ceremonia - tradicional y tradicionalista - llevada a cabo (obligatoriamente) todas las mañanas a las 7:30 en punto, ya lleva más de dos minutos de inacostumbrado retraso.

7:33 a.m. (menos todavía de esas dos horas y media antes de acabar *el* silencio).

Arriba finalmente Mario, con aliento entrecortado y varias gotas de sudor esparcidas por todo el rostro, para así posicionarse frente al auditorio de estudiantes y docentes quienes, recién ahora, pueden escuchan el ya tan habitual “buenos días a todos”.

Mario vuelve a dirigir su atención al dispositivo temporal aferrado a su muñeca por vigésima vez en aquella mañana. Redirecciona la mirada a los estudiantes encargados del izamiento de la bandera, y asiente con la cabeza para que puedan, definitivamente, comenzar el culto formal.

Más nada ocurre.

Sin hacer caso a la reiteración del asentimiento directorial, los estudiantes encomendados para la elevación de la tela patria ni siquiera amagan a reaccionar. Como en cierta escena de cierto bar marroquí, los músicos (en blanco y negro) de esta orquesta esperan el visto bueno y afirmativo de quien hoy mece la batuta; sólo que en ambos casos la autoridad no se corresponde con los títulos o status esperables (esperados).

Los primeros gritos de Mario buscan aumentar la tensión y el temor a represarías. Más no surten efecto ni consiguen el resultado anhelado.

Tanto los alumnos encargados del izamiento, como todo el resto de estudiantes afrazados en general, esperan la señal prometida – acordada y comunicada -, la cual no debe de tardar ya mucho más.

7:35 a.m. (cada vez menos de esas dos horas y media antes de acabar *el* silencio).

En el momento en que un grupo de preceptores se encamina en dirección a las distintas filas de estudiantes, una alumna en particular, Uma, presidenta del centro de estudiantes, asiente su cabeza en idéntico movimiento al previamente ejecutado por el director de la casa; consiguiendo, de este modo y en ese instante, que todo el cuerpo estudiantil se siente sobre el frío suelo de cemento, en evidente acto de protesta coreografiada.

7:37 a.m. (bien menos de dos horas y media antes de acabar *el* silencio).

V…, el cronista, no pierde pisada de lo allí aconteciendo.

Toma uno de sus anillados cuadernos, el azul, y escribe unas breves frases todavía desarmadas. A veces, sólo palabras sueltas, incluso inconexas.

7:45 a.m. (cerca de veinte horas después de acabado *el* silencio).

Celeste, profesora de matemática de todo el ciclo básico, ingresa en la sala de dirección y se sienta frente al escritorio particularmente ordenado de Mario. Toda la tarde anterior esperó el llamado telefónico de las autoridades institucionales, el cual llegó, en formato de correo electrónico, a las 07:25 p.m. (según el registro de su cuenta de mail). Como era de esperarse, Celeste tendría que brindar su versión de los hechos frente a semejante suceso ocurrido la mañana previa. Por mucho que haya preparado el discurso sabía que eran la tranquilidad en su expresión y la claridad en los detalles sus piezas claves para la total exoneración.

“No hice nada mal”, se decía para sus adentros. “Si lo explico tal como sucedió todo saldrá bien”. “No tenía forma alguna de preverlo”.

Luego de ser invitada a hablar, por parte de los directivos, Celeste comenzó su tan ensayado relato.

8:00 a.m. (menos de dos horas antes de acabar *el* silencio).

Mientras todo un cuadro de estudiantes aguardan sentados en el helado patio central del colegio, cubiertos con sus abrigos de cama, charlando por lo bajo con sus compañeros y compañeras colindantes, compartiéndose termos de calientes infusiones, distrayéndose con sus dispositivos celulares; un grupo de delegados del centro ingresan a la oficina de Mario.

Dos asientos vacíos los aguardaban, si bien la comisión estaba constituida por cuatro estudiantes de último año: Uma (presidenta del centro), Mora (vice), Lisandro y Sabrina (ambos delegados).

Los argumentos ya habían sido preparados la noche previa, la situación así lo ameritaba. Hacía ya seis días hábiles que la organización educativa no contaba con el servicio de calefacción adecuado, una supuesta fuga de gas no identificada a la fecha era la única respuesta oficial, acompañada con la usual falta de presupuesto para afrontar esos gastos de reparación.

Ninguna de las evasivas fue, ni sería, tolerada.

Las así mencionadas "condiciones materiales" requerían de medidas extremas. Los estudiantes no se quedarían de brazos cruzados como sí lo estaban haciendo los docentes y demás miembros del colegio.

La delgada línea entre diálogo constructivo y ruido monológico a dos (o más) voces había sido cruzada.

La comisión de delegados reafirmaba su no torcedura de brazos, exigiendo una inmediata respuesta superadora, otorgando un plazo de 24 horas para solucionar el problema en cuestión, o se verían entonces obligados a llamar un acto de faltazo general de todo el secundario.

Frente a semejantes aseveraciones, Mario no tardó en manifestar su oficial posicionamiento. El buscado factor sorpresa del accionar estudiantil parece no haber sido tal para un director que ya lo esperaba desde hace varios días.

El verdadero desconcierto surgió, muy por el contrario, de las manos de un director que les informó respecto de las cuestiones burocráticas requeridas para solventar el referido problema. He aquí entonces un director que se presentó completamente a favor del reclamo estudiantil, calificándolo de sumamente justo, aunque cuestionando, no obstante, los medios adoptados. Pues, verdaderamente, ¿qué efecto conseguían los estudiantes al estar toda una mañana con frazadas sentados en el patio, ambiente de por sí mucho más frío e inhóspito que el de las mismas aulas, aun sin la calefacción adecuada? Y ¿un ausentismo masivo de un día? ¿Qué se conseguiría visibilizar con ello? ¿No resultaría, en cambio, mucho más efectiva la toma de la escuela como suele hacerse en otros lugares y latitudes, y el dictado de clases públicas para evidenciar que, a pesar de la razonable protesta, la educación sigue siendo la cuestión central, pero evidenciando a su vez que las condiciones de la misma deben, incuestionablemente, mejorarse?

Fuerte cachetada, figurativa y/o metafórica.

Ninguno de los miembros de aquella incipiente comisión estaba preparado para afrontar semejante respuesta. El asiento del otro lado del ordenado escritorio, aquel que necesitaban sea ocupado por una fuerza ortodoxa de manual, por una coerción propia de quien detenta aquella posición de poder, redoblaba aquí la apuesta para ser aun más progresista que la misma presidencia del centro de estudiantes.

La toma de la escuela.

No es que la idea no haya sido pensada o discutida con anterioridad. Isabel, también delegada del centro, la consideraba como la línea de acción más eficiente y apropiada; incluso llegando a proponer, durante el trascurso de cierta reunión, la conformación de un canal de comunicación amplio que posibilite rastrear la situación de varias instituciones educativas a la redonda para que la proclama sea más masiva, mucho más visible. Pero pocos fueron los adeptos a esta vía, exceptuando a los años más chicos del colegio. En su gran mayoría, los delegados – llegando inclusive hasta la presidenta y la vice – consideraban que no era una imagen apropiada, que era ingresar la política a las

aulas y eso no debía suceder bajo ningún aspecto. A lo que Isabel solía rebatir, con gran efervescencia de su parte, que toda educación es política de un extremo a otro, que el conflicto es una condición indispensable para sostener y alimentar el dinamismo dialéctico característico de estos procesos de consenso. Que existía una gran diferencia entre el antagonismo constructivo y el agonismo ruidoso e improductivo.

Los debates a esta altura solían ser marcadamente circulares; las decisiones, en su generalidad, ya podían preverse a favor de una mayoría bien consolidada.

Frente a la inesperada encrucijada, la comitiva decidió una inmediata vuelta a los salones -considerando la razonable recomendación a partir del clima exterior -, pero, al mismo tiempo, manteniendo las frazadas bien en alto como símbolo de la ciudadanía allí ejercida. La amenaza del faltazo general continuaba aun en pie para dentro de dos días.

8:20 a.m. (cerca de una hora y media antes de acabar *el* silencio).

Una procesión de estudiantes se conglomera en las escaleras mientras comienza el ingreso a los respectivos salones.

Un rápido vistazo por las expresiones allí sostenidas brinda un fidedigno panorama de la más abarcadora diversidad: disgusto por tener que volver a las clases, incertidumbre frente al porvenir, frustración por el fracaso de la iniciativa, irritación por la pasividad de la comitiva, indiferencia respecto de las resoluciones ajenas y, por sobre todo, frío, mucho frío.

8:30 a.m. (aun cerca de una hora y media antes de acabar *el* silencio).

V… anota “POLICIAL/DETECTIVESCO” en el negro pizarrón del aula de 6º año B. Al tiempo que los estudiantes copian el título en sus cuadernos y carpetas, el profesor pasa banco por banco repartiendo una selección de apartados de *El discurso del método*.

8:35 a.m. (menos de una hora y media antes de acabar *el* silencio).

En el salón correspondiente al tercer año del ciclo básico, Celeste se encontraba explicando cuestiones relativas a la aritmética básica. Muy pocas de las personas allí presentes mostraban el más mínimo o ligero interés a la hora de comprender ciertas funciones cuadráticas o lo que sea que allí se esté discutiendo.

En alguno de los bancos del medio, de aquella fila contra las ventanas, equidistante a todo, Sol conversa muy despacio con Clara, su compañera de asiento. Ninguna parece muy conforme con la resolución tomada por el centro de estudiantes.

(Ambas, como tantas otras, sobrevivientes a medias de los juegos de ordalía social que atraviesan a la juventud culpabilizada, más para el género femenino. Ambas, agotadas del nunca hacerse escuchar. Ambas; enteramente hartas.).

Clara hace un paneo general del aula. En su mayoría, cada asiento se encuentra ocupado por algún estudiante cubierto por una manta de especies varias, tomando alguna tipo de bebida caliente, ya sea mate cocido, té o café.

Clara comenta algo a Sol, también por lo muy bajo.

Celeste comienza a escribir una fórmula en el pizarrón, dando entonces su espalda al auditorio.

8:45 a.m. (casi una hora antes de acabar *el* silencio).

Mientras Celeste continúa con su explicación programada, Sol envía por medio de su celular un mensaje hace tan sólo minutos ideado.

8:46 a.m. (todavía casi una hora antes de acabar *el* silencio).

Todos los integrantes del salón de tercer año de ciclo básico reciben un mensaje en su grupo de whatsapp.

8:47 a.m. (se mantiene el casi una hora antes de acabar *el* silencio).

Inicia un intercambio entre varios estudiantes de la mencionada aula por medio del susodicho grupo.

8:49 a.m. (cerca de una hora antes de acabar *el* silencio).

La conversación ya se extiende al otro 3º año y los dos 2º.

8:58 a.m. (más cerca aun de, o apenas pasada la, una hora antes de acabar *el* silencio).

El espectro del tigre-otro-tigre, cada vez más palpable que su anterior sombreado, camina camuflado por los diversos pasillos.

9:00 a.m. (casi dos meses antes de acabar *el* silencio; dos semanas antes de su inicio).

Sobre el escritorio de frente a todo se encontraba aun abierto el libro de temas. El encabezado de aquella desnuda página rezaba "Construcción de la ciudadanía, 3º A". En su última línea marcada, completada hasta sólo llegar a la mitad, se puede alcanzar a leer el tópico de la presente clase: "la ciudadanía entendida como una práctica conflictiva". El casillero correspondiente a las estrategias de enseñanza empleadas sólo llega a delinear un "exposición y…", y hasta allí bastó el tiempo antes de verse V… obligado a dar inicio a su clase. La cual ya cuenta con treinta minutos de discurrida, aproximadamente.

Al tiempo que V… recorre la extensión del salón, discursando, interrogando, distribuyendo los turnos del habla; se puede observar el cómo, de fondo, y proyectada sobre la parte superior del verde pizarrón, se enaltece una cierta imagen a color.

Una pintura para ser más específicos.

Adulterada, si buscásemos un todavía mayor grado de precisión.

La Libertad ya no guiaba a su pueblo; no en este salón, no para esta clase. Las técnicas de construcción y alteración de imágenes habían permitido, a V…, representar una nueva alegoría para jugar con las temáticas de la presente unidad. Una nueva protagonista se buscaba, y fue el turno de la Igualdad (tal vez) o la Justicia (social) de ocupar el centro del cuadro, de cargar en sus manos la nueva insignia de lucha. (Y más morena su tez, ¡qué detalle soberbio!).

Junto a ella, hombres y mujeres varios, vestidos todos con harapos; bombos y fusiles en algunas de sus manos, pocas manos, de quienes aun las tenían. Cercenamientos. A sus pies, otros tantos, tantos otros, caídos en su acto de reclamar, en su praxis de no dejarse así gobernar, no dominar tampoco.

Y el humo que todavía salía de las armas de aquellos policías, estandartes de las fuerzas públicas, únicos entre tantos con la bandera nacional sobre los hombros.

El suelo que pisaban estos hombres y mujeres y quien allí los lidera se mueve, al menos así se lo percibe, con la inestabilidad característica de una balsa desequilibrada, de una inicua balanza humana.

A lo lejos, en firme sustento, algún periodista con sombrero de punta escribía una crónica para nada amable. Para los allí sufrientes.

"¿Para qué entonces? – Leve pausa - ¿Pero qué pensás Vos?", le repreguntaba V… a Clara, con manifiesta pasión en su tonalidad.

9:15 a.m. (menos de una hora antes de acabar *el* silencio).

Quince minutos antes de sonar el timbre que anunciaría el primer receso del día, Sol levanta la mano, buscando decir algo a la profesora. Ante el permiso para hablar otorgado por Celeste, Sol informa que, bajo pedido expreso del docente siguiente, de la hora a continuación, deben trasladar todos los bancos al pasillo, con el fin de realizar una actividad que aun no fue del todo explicitada. Buscando así Sol, por medio de esta aclaración, la autorización profesoral para efectuar dicho traslado cinco minutos antes de que inicie el recreo, momento en que la logística de la operación se vería gravemente afectada.

Ningún problema tuvo Celeste en aceptar el tan amable pedido, considerando la fundamentación recibida.

De igual manera lo explicaría, poco menos de veinticuatro horas después, dentro del despacho de Mario, y ante la mirada inquisidora de las autoridades escolares.

El ronco son de la revuelta, todavía lejano, en el fondo de la tierra, extiende sobre cada rincón sus galerías subterráneas desde el túnel central de la mina, que es el banco de Sol.

9:25 a.m. (menos de media hora antes de acabar *el* silencio).

Restando aun cinco minutos completos antes del inicio del receso, los estudiantes de 3º A comienzan a salir, con sumo y marcado orden, del salón de clase, cargando con ellos sus respectivos bancos y sillas escolares.

Celeste aprovecha el tiempo ganado para guardar sus materiales sin el apuro usual; y aguardar en el escritorio de frente a todo hasta escuchar el sonido del timbre.

9:28 a.m. (aun menos de media hora antes de acabar *el* silencio).

Un sonido es estentóreo y cercano.

Eco de

sombra de

rugido

de tigre (un otro-tigre).

9:29 a.m. (todavía menos de media hora antes de acabar *el* silencio).

Faltando todavía una vuelta completa de las parcas agujas para el descanso cronogramiado, y desde múltiples ángulos del colegio, se oyó el estallido.

9:30 a.m. o minuto 1 del nuevo calendario (veinti tantos minutos antes de acabar *el* silencio).

El timbre debía sonar, y lo hizo. Más nadie consiguió distinguir su habitual canto, pues otro sonido, más fuerte, del todo inusual, eclipsaba el ambiente escolar.

Luego de Celeste, quien aun se encontraba allí parada, estática y atónita, los segundos en arribar fueron los estudiantes de 3º B y ambos 2º, ya que sus aulas se encontraban geográficamente más próximas que las del resto, así igual que de las oficinas de los varios preceptores y directivos.

A medida que se acercaban los estudiantes, igual actuaban docentes y preceptores, todos elevaban sus miradas para contemplar la inestable, y aun así magnánima, infraestructura alzada. Allí, ante todos, interrumpiendo la única salida que comunica con el patio central, se imponía la improvisada construcción.

La barricada.

En todo su esplendor.

9:31 a.m. o minuto 2 del nuevo calendario (y todavía veinti tantos minutos antes de acabar *el* silencio).

Rubén, el preceptor encargado de la división en cuestión, se acerca pausadamente a la insurgente obra, con ánimo de calmar los temperamentos y demandar ciertas conductas. Más no consiguió aproximarse a menos de dos metros de la edificación cuando se vislumbró, en el cielo del pasillo, uno cualquiera, más entre otros tantos, al primer cometa de metal y madera que - guiado por la incorpórea y revoltosa Atenea - sobrevolaba por los aires hasta alcanzar la base de la estructura. Ampliando así la base de la estructura.

Primero entre muchos otros; comenzaron a llover nuevos bancos que así alimentaron a la barricada.

Bien visible a su vez, a los pies de dicha base estructural, el tan glorificado cuadro de Sarmiento (tirado en el suelo). Nada tenía allí más fuerza para sostener la digna obra que la caída de los símbolos otrora idolatrados.

El gran resarcimiento del olvidado *sans-culottismo*.

9:35 a.m. o minuto 6 del nuevo calendario (y la cuenta regresiva se achica).

Mario observa el escenario instaurado. Comienza a sentir con mayor pesadez las palabras por él lanzadas hace poco más de una hora; comprende las posibles represarías, el modo en que todo puede volcársele en su contra. Sabe que debe medir sus próximos pasos y discursos; y aun así, no consigue disfrazar del todo una leve sonrisa de satisfacción. Lo intenta, al menos, frente a las cámaras de los celulares que, varios estudiantes, utilizaban para documentar los acontecimientos allí ocurriendo.

9:50 a.m. o minuto 21 del nuevo calendario (cinco minutos antes de finalizar *el* silencio).

Sol se muestra en lo alto de la barricada. (Estilita como solo ella). A una altura impensada para el momento en que se envió aquel primigenio mensaje que todo lo comenzó. A sus pies, reconoce un auditorio repleto tanto de estudiantes como docentes que, entre estupefactos y asombrados, se mantienen todos allí parados, aguardando. Simplemente estáticos.

Todo un colegio secundario esperando oír el discurso de una joven de casi trece años.

Rápidamente distingue entre tanta multitud a Uma y Mora, el inconformismo en sus rostros. Ambas, autoridades actuales del centro de estudiantes; ambas, mechas que por su pasividad y parsimonia inflamaron el barril de pólvora de esta juventud acérrima.

Sol cerró ambos ojos por un ligero instante, como si repasase mentalmente aquello que no adoptaba forma alguna aun. Ni tan siquiera, ni aun. Luego de abrirlos nuevamente, detuvo su

atención exclusiva en un punto inespecífico cualquiera. Con una expresión tan seria como serena, comenzó a hablar; danzando, para sólo entonces, sus claras pupilas color miel de un lado al otro del escenario, en incesante vaivén pausado; para que todas, todos también, pudieran ser conjuntamente atravesados, simultáneamente punzados, por las palabras, y sus ojos.

Un silencio sepulcral reinó durante el transcurso del presente discurso.

Sol, (y) sus palabras. Todas, detonaciones anti-ritmadas a cada frase catapultada, a cada alarido desincronizado, cada exhalarido sincopado. El público, sus pares de oídos, atajando el clamor de los sufrimientos interjectados, las diversas variables del ser/estar entre tanto parecido (tanto domesticado), y también un de cómo juntándose se multiplican a su vez. Estrategias contra-hegemonistas frente a tanta negligencia, tanta desvalorización acumulada, las tantas condescendencias.

Los allí palpitares retumbando. Temblores patibularios. Una voz ignorada que sigue ignorada que sigue y sigue hasta que de una vez estalla y por todas y fin (de algo), principio (de una otra cosa); de ahí esa magnitud de mil soles opacos que partidos en múltiples pedazos varios devienen en polvo y piedra y ceniza y que viajando viajan a una velocidad imposible producto de un acontecimiento inevitable. La novedad – tenaz y vigorosa -; y el ahora estremecido mundo que no consigue aguantar la tanta comodidad y quietud de los todos mismos antes, y de lo todo aquello que ya se nos fue también, lo todo aquello que necesitábamos se fuera a su vez, lo que habilitando la hiancia posibilitaba un verdadero cambio (y uno necesario a su vez también).

La juventud, recusando a la biología y psicología que detentaban el discurso determinista, a la construcción de un adecuado casillero tranquilo para albergar las características de un todo pasible de ser escindido; irrumpe aquí para su ineluctable anunciamiento de lo por siempre postergado. Se proclama para-sí con sus cánticos de batalla, o quizá aullidos de guerra, y resuenan sólo entonces, y bien en (lo) alto, los ya no (nos) alcanza, los basta de (todo) esto, los no nos es (más) suficiente.

Un inevitable pasaje de postas. La demanda de un cambio esperado. La emergencia radicalizada.

Todo el cortejo triunfal de los por siempre acallados.

Y así, Aquí. La conjura de lo joven. De lo nuevo, ahora, lo incen-diario. La barbarie dictando su propio documento en primera persona del contra-singular.

Frente al frío invernal que impera en el afuera, la primavera de los superlativos se enciende en todos sus adentros, los de las aulas los de los pechos, con cada una de las frases proferidas, cada uno de los gritos sentenciados.

Sol lleva ya dos minutos enteros discursando y las palabras estremecen a todas las cosas existentes, derriban los muros todos erigidos, perforan las todas puertas cerradas, o semi, y ya nunca (más).

(Hay heridas que no sangran nunca, no externamente; más no cesan de doler).

Se trataba de arrancar la tradición al conformismo, subvertir el orden oficial a su Historia decorada. La completa destrucción de lo supuesto originario a partir de una apocatástasis adelantada y profana y del todo des-generada. Una proclama de empatía en los tiempos de la acedia, de la idolatría por lo fáctico, la admiración descarnada del éxito. Una exigencia de *Erlosüng* y *tikkun* en el tiempo actual de esta revolución imprevista. la rebelión del Desde abajo. Perpetrada por los nuncas, y por todos aquellos los siempre nadies.

Algunas personas de entre el auditorio, escuchando nerviosas el manifiesto subjetivante, no cesaban de pedir, para cada uno de sus cerrados adentros, que el tiempo discurriese aun más rápido todavía; más no habían conseguido percatarse que, en varios lugares de la institución y en un mismo momento, se habían efectuado disparos (¿metafóricos?) contra los relojes de los muros. El tiempo (de lo) normal había sido completamente abolido. Por eso el nuevo calendario (de lo) insurgente; el aquel hace ya bastante prometido.

A lo lejos alguien cae, ¿a lo lejos? Por un segundo el marinero creyó oír un singular splash, uno distinto y diferente; pero no había tiempo alguno para distracciones semejantes. El cargamento tiene su horario de entrega, el capitán sus obligaciones contractuales, los marineros reciben un extra proporcional por la obra adelantada, o al menos eso piensan. Y mientras tanto el pastor cuida de su rebaño, no vaya ninguna a perderse, escapar por mal camino se, extraviarse en lo incorrecto. O el labrador, ¡tan meticuloso el arte del arado!, evitaba con amplia destreza toda marca posible de desviación de/a la línea recta.

Cada quien en su labor. Técnicas ancestrales para el trabajo bien realizado.

Más lo nuevo se arriesga y llega a donde nunca, aunque se queme en las alturas más bruscas y bestiales. Peligros posibles ya augurados ante el franqueamiento del todo límite, de cada uno de los eternos imposibles. Ningún arrepentimiento durante la caída, empero. Sólo que ahora se ahoga; solo, se sumerge en la mar de la indiferencia y el olvido.

Y Sol se supo Ícaro por demasiado. Muchas y muchos así lo estuvieron.

De salir del *Letheo* y sus turbias aguas es (el) momento ahora. Es tiempo de gritar. Las palabras no importan tanto como el acto fundante del ser enunciadas, disparadas en direcciones varias o en todas ellas, sean cardinales o no tanto u otras nuevas; subversionando así lo conveniente, lo siempre fácil, y verdadero.

Una joven de casi trece años irrumpía el tránsito para que comience el movimiento. La ola gana en altura y está lista para impactar. El clamido anuncia lo que muchos, y mayores, no tuvieron el atino o valor para expresar. Mucho menos accionar.

Los responsables escolares, en cada uno de sus roles, atendían a un principio de los tantos fines aproximantes.

Empezaba una lluvia que no era lluvia ni se presentaba como una porque era en realidad un completo y de lleno terremoto. Ni oscuridad ni luminiscencia se anticipaba en lo cercano, sólo las

vibraciones invisibles que penetraban las corazas de lo allí establecido con ánimo de seguir y sostenerse como diamantino.

Ninguna seguridad quería allí escucharse, no tampoco aceptarse. Cansancio sórdido frente a la por siempre comprensión y explicación del desde pedestal aquel, uno etario el aquel. No más. Ya no. Más. Miedo; y Mucho. Se instala un temor sin amenaza palpable. La novedad quiere asustar porque excede, no está conforme ni conformada y lo sabe, y actúa. No se la entiendo, y eso también espanta.

Y el tiempo que no es (ya) más Tiempo sino que es cambio y es río; constante mutar dialéctico, dialemántico devenir.

El latir de las raíces de un pueblo, los tambores que no dejan de repicar. (y en la selva se escuchan tiros, son…). Los pasos perdidos del sonido arcaico, del lamento del Otro (su infierno, su sufrimiento), el llanto originario del más allá de la frontera, del casi sub-humano o ni tan siquiera eso.

Termina entonces Sol su discursar y perdura, por ese segundo que importa, un desolador silencio de misa. ¡Por ese segundo que importa! Aquel en que se oye, aunque sólo sea por unos pocos, el aterrador rugido de una cierta sombra que revive en su voz la pena muda de los ausentes. La presencia del tigre-otro-tigre en las arenas de este el campo de batalla. Su mirar solemne a la barricada. Su veloz embestida hasta abalanzarse contra el pasado. Su salto hacia.

Le passé.

Y de cómo una pequeña ventana abierta.

A dónde iremos con esta Sol.

Con tanto Sol. Carajo.

Todo aquel cisma condensado en cuatro minutos de alocución impostergable, inflamatoria. Y la petrificación y plasmación de quienes allí oyeron las palabras de lo indómito ingobernable.

Tantas consecuencias habría luego de semejante acaecimiento, pero de momento un silencio caleidoscópico era destronado por el aplauso extático de la subjetividad salvaje que viviría eternamente en la memoria colectiva de una historia narrada en múltiples singular.

Y V…, el cronista, observándolo todo. Dejando desprenderse una única lágrima que se desliza desde su llanto a su sonrisa. Él también, aplaude, reflexiona, decide.

9:55 a.m. o minuto 26 del nuevo calendario (y acaba así *el* silencio).

Aquí entonces V… habla.

Excursus III:

En algún lugar entre el Prólogo pendiente y un Post-*scriptum* necesario

Ya no (lo) se.

Aunque puede que nunca también.

Una protuberancia que da inserción en la oquedad de una planicie. Su encastración justa; y un resto que, todavía, se pre-siente en la atmósfera circundante.

En el extremo superior izquierdo, aun cuando lo cenital, de igual modo lo siniestro, no fueron más que impulsos arbitrarios e improvisados, resultantes ambos de un instante casi analítico; pero, en fin, el inicio de solidez marrón protagonista del vértice aquel. Un cachito al menos. Y entonces el amarillo. Un amarillo; pálido, y a la vez con apariencia de rugoso. Sin mediación o pasaje alguno. Entre ambos. Un choque inclemente, confrontación estético-estilística; y la rapidez con que un ojo ilustrado descubre la discordancia, la asintonía de una junción forzada. Completamente inadecuada. Del este un marrón firme al áspero amarillo claro solar.

La referencia allí estaba; así seguía, ignorada del todo. Con consciencia plena. Con plano desfigurado. Las líneas que se rompían y quebraban y caían en oblonga difuminación hasta converger en un otra cosa, una distinta, proscrita a su vez; una mancha comprimida a partir de su estrangulación subcutánea, una mácula ígnea entre porosa y diarréica, el prisma de algún anterior distorcionado caleidoscópicamente para observar lo del todo interno y afuera. Y así también sobre la mesa.

La empresa fue mucho más engañosa de lo que podía esperarse, o llegar a suponerse. La trampa del juego concebida para dificultar su concreción devenía en el aspecto más interesante del mismo, más no por la emoción del desafío, sino por las múltiples variables posibles en él. A partir de él (mismo). Todas iban con todas, ¡qué placer por confusión diagramada! Con la sola excepción, claro está, de ese marco marginal, obstructor de nóveles opciones. Éste fue el primero en irse, antecedido

exclusivamente por la(s) pieza(s) perdida(s) – todas a plena voluntad - para la construcción del enigma iniciático. O éste se descubre o la esfinge (se) los devora. Y no estaba pensado para ser descubierta, en primer lugar. Y la esfinge siempre nos devora, en segundo; sin importar el resultado conseguido.

Única estrategia en todo este lo que sea. Y siempre se necesitaron de todos estos *lo que sea*.

En mis principios fue la tesis. Rechazada (la misma). Tal parece que a la Academia sólo interesan aquellas incógnitas con ánimos de ser superadas, al menos el intento manifiesto por su cerrazón, aun cuando ésta nunca se logre ni sea acaso posible (y lo saben, claro que lo saben – algunos - o lo sospechan). Y a esto se le suma la necesaria explicación exacerbadamente explicitante; pues si el interrogante va dejando otros perritos (interrogantes al cuadrado o al cubo o al que les sigas), hágaselo entonces de forma clara y a paso bien marcado. Ya muy pautado.

Más ese no somos yo. Nunca (lo) fuimos.

Lo entregado al momento de la retirada del manto aquel tenía que ser rescrito con ritmo impar, con tono íntimo, bien distanciado de toda prostitución canónica de quien lo fuere. De aquí la hazaña de salto al vacío que siempre se nos vuelve, se sigue repitiendo. Porque seguimos saltando sin haber caído ni una sola vez. Y ¿por qué saltamos en primer lugar? ¿A dónde apuntamos, en segundo?

El ningún experimento; la sola experiencia. Pues del estar siendo en cada una de las palabras, a través de ellas, y en el infinito llan(t)o que habita en su entre estas. La promesa de un acto de escritura sanguínea. Que recorra el cuerpo todo. Que afluya a los motores pulsionales. Que impresione a la vista. La verdadera escritura de baldosa floja, la que a pesar de su apariencia segura desestabilice al andar certero. Esta pelusa en el zapato o la infaltable piedra dentro del propio párpado. En una palabras: La Molestia. Un rascarse sin picazón alguna; porque así es bien distinto. Y porque así nunca (se) cierra. Porque así se (nos) escapa. Evade los sentidos. Dados-todos-por-(pre)-supuesto.

De espaldas al espejo, sin mirar nunca hacia atrás (tal como fue requisito), hablaba.

Del otro lado del espejo, el reverso otro escucha las palabras ajenas mientras observa, detenidamente. Su reflejo.

Quien habla decide no ver; quien mira opta por escuchar. Ninguno (se, ni es) finge.

Espejos-vidrios. Vidrios-espejos. Como en el París de Wenders, pero algo alterado.

Los turnos cambian, la coreografía es precisa. Perfecta en su ejecución. Voltear para oír, y encontrarse con el propio rostro. Jano aparecía con cada vuelta.

Ver el rostro propio en la palabra extranjera es convertirse uno mismo en des-uno; el otro.

El infierno. El sufrimiento. Y en este el nuestro encuentro.

Todo lo que se comparte. La historia que se cuenta más veces. La única que importa si tiene más voces. Cada una, las historias. Y todas son una, la eterna. La del propio (des)entender(se).

Escenas como esta son las que nos flagelan en todos nuestros ratos. Latigazo tras latigazo, y herida sobre sutura, nos destruyen continuamente. Continuadamente.

Saberse fragmentando es estar. Desarmarse es empezar(se). Por fin.

Intruso en mi propio cuerpo. Las voces. Yoes son todos otros, yoes, multiplicados.

Sólo hay alrededor. Círculo eterno sin centro sin periferia. Laberinto desértico que es laberinto porque alguien lo llamo así. Alguien.

Llamó.

Al laberinto.

Somos esa readaptación que hace el oído ajeno a la historia nuestra que contamos, que creemos única, que está ya muerta. Naciendo distinta y otra ante cada narración, ante cada nueva escucha, cada narración otra elevada a la cuarta.

Entregarla para perpetuarla, y la fidelidad siempre estuvo en romperla; agregarle lo propio, disfrazar la forma, y reescribirse en el relato que nos excede.

La única historia que imitan todas las historias.

La Gran Traición para que la transmisión tenga lugar, para que la novedad destruya al Tiempo y se construya así un espacio (de memoria, de narración).

-¿Y qué hay de las todas partes faltantes?

-¿Qué hay con ellas?

-¡Qué faltan! ¿Qué más? ¿Cómo entenderlo sino? ¿Cómo ocupar los espacios vacíos?

-No se ocupan… y no sólo que quedan vacíos… sino que no cesan jamás de no estarse llenando…

Y en el principio no fue *el* silencio. No éste. No ninguno. Y tantas oportunidades para indagar causas, principios, inflexiones.

La historia jamás narrada de un docente que pensó un silencio y practicó ese silencio, y que haciendo lo que hizo, por la razón o sinrazón que lo haya movilizado, logró lo que logró sin quizá haberlo así previsto, o tal vez y quizá sí. Así. ¿Y a qué resultados se arriba después de todo este tan extenso recorrido? ¿Se arriba a algún lugar en el acaso? ¿Se buscó encontrar algo, (o no) realmente? ¿Si algo o alguien fue por aquí hallado, se condice con lo esperable, con lo ya previamente tan ansiado?

Ese silencio. Y (el) dar busca a su tal vez sentido.

Puede, por caso, que V… haya leído – reflexionando para sí – la prosa tan poética de Maya; ciertamente tenía en su biblioteca al pájaro que aun enjaulado no cesaba de cantar. Puede que la haya recordado cuando escribía un ensayo sobre Jacotot en francés. Puede que haya aprendido francés en primer lugar. Puede que toda esa madeja de citas y experiencias - entre leídas, escritas, inventadas, robadas, pensadas y amadas, más todo aquello que pueda acontecer en esos entres - implosionaran

conjuntamente en un momento específico o particular cualquiera. Quizá seleccionado, meticulosamente. Quizá pautado por un halo extraterreno (aunque de seguro que este no, pero cómo no considerarlo al menos). Quizá azaroso en toda su caótica vorágine inentrañable.

Quizá sólo una excusa para escribirnos con palabras prestadas. Tomar la nívea hoja y fundar metáforas inauditas para lo que sea que nosotros seamos. Que queramos ser. En papel y a través y más allá. De todo y de cada.

El relato de un silencio prestado para ser escrito. Su transubstanciación en tesis doctoral rechazada, en húmedo estudio pedagógico, en incesante vaivén introspectivo. Y el persistente capricho de escribirlo en modo alguno, el que me salga, el que yoes sienta. Resultando así en esto.

Lo que sea que esto sea.

El mounstro de un silencio.

-Y a todo esto no hay que descuidar la regla cero… previa a todas sus ulteriores… madre y tierra de las demás…

-¿Qué es…?

-Decirlo todo como si se conociera su subyacente… mentirlo todo como si se pretendiera seguir ocultando ese algo que se nos escurre… como si tan siquiera supiese uno que es aquello que se busca o pretende encubrir… que hubiera o existiese un algo que velar…

Tentativas de indagación:

Borradores VII

Veces en que sobran, en que no alcanzan. Ni satisfacen.

¡Que de hacer ante su tanta bastedad; la tanta insuficiencia!

Tal vez sólo me reste, para actos como el presente, el compartir lo sólo esencial. Que ya se sabe, que siempre sirve. Tal como yo lo siento. Tal como yoes me hice.

Y del resto lo decidirán ustedes con propios errores; por los tantos equívocos, o de aciertos personales. Quizá también compartirán conmigo en alguna suya vez la experiencia de hablar con quien les sigue, y así les continúa.

Más solo pues, decirles entonces, muchachos y muchachas; léanse un buen libro de vez en cuando, algunos muchos malos también; y subrayen, si les sale, todo aquello que los destaque dentro de estos. Los márgenes todos están allí para ser violados con los cintilados de su interioridad más abrupta.

Y búsquense siempre alguien con quien conversar a su vez, aquella persona que los haga sentir un poco menos tristes y no ya tan simples solitarios.

Viajen siempre, y mucho; ya sea viajando o con movimientos imposibles desde la gran quietud del cuarto propio. Las películas también ayudan, si las tratamos con la complejidad que lo merecen.

Y no dejen nunca de experienciar lo distinto-otro, lo inasimilable, lo desmismimado, comprendiéndolo como aquello inevitablemente constitutivo de quien ya jamás volverá a ser uno. Puente recursivo que nos une con todos nuestros nos, y sus (nuestros) otros tantos (otros) posibles a su vez.

Y después de transitar por estos pocos enunciados ya gastados, háganlo todo un bollo de papel y quemándolo vivan. Sabiendo que el vivir es un nada simple verbo que debe despegarse de su

hermética cápsula-diccionario, para así poder ser reinventado y redefinido en cada des-paso vuestro de las temporalidades por aun idearse.

El acontecimiento VI

(y cero)

Aquella mañana, nuevamente.

La mañana, aquella; la del principio aquel.

Y V… no conseguía – aunque sospecho no lo intentaba realmente; no ardua pero sobre todo no realmente – decidirse si aquella mañana se trató de un Lunes o bien fuera la de un Jueves; aunque de seguro alguno de ambos, ya que de otra mañana tratarse ni siquiera estaría allí. Más estuvo, V…. Allí. En el preciso colegio monumento en que todo comenzaría, tal como fue ampliamente referido en mis páginas anteriores.

Aquella mañana, sin planificación alguna o no la suficiente. No la exacta; no una acertada, tampoco.

Aquella mañana, en que sin previo aviso. Sin coartadas. O un plan b con el cual abrigarse.

Nublada, aquella mañana. Neblinosa. Mañana nómade la aquella. Aun desde antes de las lluvias.

Aquella mañana, en que V… siguió su acostumbrado itinerario de lunes, o tal vez fuera de jueves. Mañana – aquella - en que levantándose V…, dirigióse a la cocina para calentar la pava de agua. Nada inhabitual lo memorado, al menos no así lo proferido. Escasas las declaraciones, aun las más voluntarias, como sólo esta lo fue. O así nos lo creemos.

Aquella mañana, en que V… habría oído la relegada sinfonía séptima, música no del todo usual durante sus desayunos y mateadas, aunque no desentonando del todo en el plano de lo cotidiano, tal como él mismo explicara más tarde. No obstante, aquello que sí recordaba con marcada presteza, que atinaba a exclamar con suma convicción, fue el haber pensado, aunque tan sólo momentos luego no estaría del todo seguro si fue durante esa misma mañana aquella donde tuvo lugar dicha divagación, que entre el primer y segundo movimiento del concierto en cuestión, se libraba una forzosa querella

entre la figuración idílica de un presente ya ocurrido y eterno y por tanto no tan presente, contra el recuerdo de un pasado que no cesaba de volver, pero siempre diferente, potencialmente distinto, y ya nada volvía a ser lo mismo para este *ahora* trashumante y numinoso. Reconociéndolo así como un otro presente otro, disímbolo el este, que recuperaba múltiples versiones de sí no concebidas al momento, que así lo alteraban - constante y recursivamente - en perpetuos ciclos sin fin, ni principio alguno, ni mucho menos absolutos.

Si bien, para cierto instante del tercer acto, su atención, tal como nos fue revelado, comienza a mermar, nota a nota o compás a compás, y así distenderse; optando entonces V… por ocupar los escasos minutos que le restaban, antes de tener que dirigirse a la institución educativa de turno, con un cierto libro en particular, apoyado este sobre algún estante cualquiera de los de sobre la mesa. Uno – y esto sí lo admite con total confianza – de tapas azules que ya llevaba leyendo desde hacia varios ratos casi demasiados. Y sus noches de desvelo también. (No consideró empero V… de mayor relevancia el brindar más información sobre sus lecturas, no las de siempre, no las contra-cotidianas; más allá de que luego hayan sido objeto de la presente inquisición, llegando incluso a conformar así un listado del todo exhaustivo que conscientemente fue eliminado, algunos apartados luego, por un cierto lector interior, sagaz y puntilloso, de la selección aquí compaginada).

El tema específico de la clase en cuestión tampoco fue un aspecto que V… haya calificado como destacado o meritorio, o comentado en grado alguno o primer lugar. Bien podría haberse tratado de alguna de las voces de Porchia, las entrevistas efectuadas a Chantal Mouffe o la figura analógica de cierto barco y cierto cauce en un escrito casi famoso de George Simmel. Tampoco acertaba, ni se esforzaba acaso, en aclarar el año o la asignatura en donde todo (lo) principió. Y quizá no importase, al menos no para él. Aunque este no sea nuestro caso, para nosotros que estamos indagando, aun cuando lo hagamos en formas tan improvisadas como desordenadas como las aquí mismo actuadas. Y aun cuando tampoco lo abordemos en el presente apartado, o en ninguno en absoluto. Más sí lo averiguamos. O eso, al menos, (nos) creemos.

Lo realmente importante, cuanto menos contrastable, es que unos cuantos (y pocos) minutos antes del receso inter-clase, una estudiante en particular (o tal vez una cualquiera) –con nombre y apellido y la no necesidad de aquí aclararlos -; ella, y su pregunta, tomaron la valerosa decisión de levantarse, separase del banco escolar que les proveía a ambas de cobijo y protección, y empezar a caminar, concatenando un pisar con el que le sigue y con este otro, el próximo, pero del otro pie, el anterior, direccionando así sus pasares hacia aquel escritorio de frente a todo.

Para ese entonces - ese entonces en que la alumna, y su interrogante, se aproximaban suavemente - , V… ya había culminado hacía rato su explicación dialogada, piénsese tal vez en una exposición de cuasi diálogo socrático, o anti-socrático mejor, ya que la intención latente imitaba el accionar más de tipo sofista, puede que no tanto en los medios pero sí en sus resultados meta-analíticos. Es decir, no tanto por el mero convencimiento retórico (o puede que oratorio), más sí en la apertura a las múltiples interpretaciones y perspectivas habilitantes. Y allí, mientras sentado en su silla del escritorio, ese de frente a todo, se ocupaba en escribir en alguno de los cuadernos tan bien suyos – de algún color primario que ya no recuerda, ni intenta hacerlo a su vez - tal como yo construyo ahora los tantos sentidos en las pocas palabras que conozco (y que repito hasta el hartazgo; el mío y el suyo), sintió V… el vibrar de una voz que de la incertidumbre viajó hasta sus ojos.

En su lucidez, momentánea e impremeditada, el *punctum*.

Y el advenimiento posterior, de ambas.

Pues sintió V… un estremecimiento que no fue tal hasta ese exacto instante en que al levantar la mirada las vio. No a la estudiante; no su pregunta tampoco. Sino que allí, a través de la habitación, y ahora, en el ahora siempre esquivo de las pun(c)tuaciones cartográficas, estaban, (las) ambas. Las que hace tantos años idas, sin partida alguna ejecutada, y presentes sólo en sus añoranzas. En (el) tiempo actual, frente a V…; aquí, dentro de esos ojos. Sus antiguas compañeras cetáceas.

Las ballenas.

Y no más acuarios, no más. Y a la vez, siempre. (En) El siempre de las miradas. En el brillo, de los otros. Y el cómo de una aparición irrepetible, impronunciable, de la lejanía, de su más íntimo. El aura. La suya, de ellas.

Ya no hay guardianes. Nunca los hubo. Y quizá hay guardianes. Y siempre los haya.

En nuestros Adentros.

(Cuanto quisiera que yoes otros sean más fuertes que yo. Por lo menos/cuanto menos, ahora).

Cada uno de sus saltos prorrumpían en alguna naciente cicatriz intangible, garabateada de improviso con tinta fresca en sus viejos aconteceres pasados; en el fluir de un tiempo que no era ya tal; el des-tiempo. Cada pirueta, cada cabriola; símbolos discordantes para una posible tristeza, la tal vez melancolía, el gran remordimiento; y, también, y para sólo sí, de un completo y honesto júbilo. La suya felicidad de todos esos años; sin ninguno de sus posibles hiatos acuciantes. Y de tantas cosas más a su vez.

Tantas, cosas.

Allí, en los centelleares, y de la nada, el espejo aterraba porque devolvía un cuerpo. UNO. Y, ¿cómo es que estaba tan unido (los) tanto yo fragmentado? Más era un cuerpo - atado, cocido o remembrado - pero uno al fin. Uno, reflejado. Más valdría decir “reflejo de un cuerpo” en realidad. ¿De quién? *¿Del mismo?* No. *Nada*. Tal vez de alguien, algo. *Nadie*. *Un virus*. Lo exógeno hecho propio, reaccionando frente a sí como los sólos yo podrían, o deberían. *Nunca*.

Todos los fantasmas y posibles (potenciales) persistían. Esos jamás se irían.

Más el espejo entregaba un otra cosa. En su rostro una señal de alarma, la expresión de un asombro inédito. Inaudito. La Rajadura. El espejo intacto. La máscara hendida, ya agrietada. Y una virgen abertura para observar, con el novel arte del mirar, la hojarasca de las ruinas aquellas. Las unas sobre otras, (¡y cómo caen las tantas piezas!); el ser de pentimento de todos esos años. La nueva última máscara pero tan sólo (la) de momento.

Cuando ve, ve fuera de sí lo que está dentro de sí. Y esta siempre cambiando afuera-dentro de uno y des-uno. Y así lo supo, V….

Allí lo entendió, tal como bien dentro suyo siempre (se) pensó, que cada vez que en sus cuadernos escribió yoes no era más que un sujeto palimpsesto de lo por siempre deviniente. De lo por nunca ya será y no ocurrido, los otros tantos des-andantes varios, y el cómo de las puertas que se cierran a cada uno de sus muchos pasos.

Yoes y mis circunstancias. Todas ellas; hasta las de esos nunca y todas sus tantas variantes.

Y el espejo devolvería lo que sea que el espejo devolviese; y lo que sea que V... percibiese o reconociese ya se había transformado al momento de imprimirlo en las palabras. ¡Viejas traicioneras!

Sus múltiples reinterpretaciones se sumergían y elevaban, simultáneamente, sempiternamente, en todos los niveles de esta arquitectura escénico-subjetiva estallada al infinito.

Y V… ni siquiera recuerda o dice no recordar la pregunta aquella. No recuerda incluso si llegó a escuchar una pregunta en aquella mañana, aquella. Pronuncia la palabra pregunta sólo porque le fue anticipada previamente. Bien podría haberse tratado, según reconoce V…, de un mero comentario, un simple chiste, alguna aclaración o el pedido de auxilio de cualquier alguien. Pues sólo tuvo entonces ojos y oídos para el fortuito encuentro con lo por siempre evasivo. Lo perdido tiempo ha, tan suyo y ahora recuperado.

Cada una era su propio mundo. Cada una reventaba a cada instante en miles de pedazos irresolutos para formar, cada uno de esos ígneos trozos, nóveles mundos inéditos. *De las ballenas y sus acuarios*.

Y no era una sensación de desesperación, de melancolía o sufrimiento. O sólo eso. Era él reuniéndose al fin con todos sus posibles, los aciertos y los errados, las tantas rutas transitadas, las no

tanto y nunca también, los espectros de más uno ¿cuando no?, todas las historias hechas carne. Sus tantas vidas historiadas. O eso suponemos. Juguemos al nuestro suponer.

(¿Y qué lugar o tiempo o lo que sea ocupan las ballenas en el V… de esta historia, sus muchos borradores?

Esa pregunta no fue jamás pronunciada por voz alguna; no para vivir en ella, en la pregunta, sino porque al articularla se corría el inclemente riesgo de que le continuara su respuesta, la definitiva. Y eso aterraba).

Ya sin tanto decorado. El acontecimiento.

Nada tan simple como esto. Nada tan complicado a su vez.

V…, deteniendo y postergando la escritura para escuchar, levanta la mirada y ve, con una velocidad tan fugaz que nadie de los allí presentes consiguió siquiera atisbarlo; y allí V… ve. Reconoce.

V… vio a las ballenas a través de los ojos ajenos. En los ojos ajenos. ¡En!

Prisiones, acuarios, espejos.

Palabras.

V… vio lo que sea que las ballenas fueran. O significasen. O disfrazaran.

Y todo terminó.

Y todo inició.

¿Cómo se pasa de todo esto a un silencio impar, singular, único? ¿Quién soy yo para decirlo? ¿O aun sabiéndolo o suponiéndolo tal vez, pretender siquiera explicarlo?

¿Qué otra cosa es el silencio que el estar completamente callado en un ambiente insonoro? Y tantas cosas más a su vez.

Tantas, cosas.

Y más.

Sigue así la ventana y el hombre temblando a su lado, o frente a esta. Observando. (Mirando lo que sea que un hombre temblante perciba junto o frente a una ventana abierta; lo cual es un simple eufemismo para escribir que ¿quién sabe?). Pero, en fin,

temblando; la ventana, el hombre, la mirada y las voces que lo(s) cuenta(n).

Y siguen.

Todos temblando.

(Nunca hubo tan necesario como una ventana abierta).

Excursus IV:

De un adiós.

Por respeto, quizá por justicia; sólo escribir con faltas. Lapsus. con Ciertas Ausencias.

Como se lo sienta por más que así no se lo piense. Ni se lo crea…

Rompecabezas discreto. ¿Incompleto?

Despedirse no basta: hay que hacerlo a tiempo.

De ahí la necesaria retirada inevitable; huida, o alejamiento severo. Potenciador. El aprendizaje disfrazado de indagación que muta a nuevo aprendizaje otro. De otro. Que ya no somos yo.

(Sin nuevo descubrimiento, ni un ya grácil expresarnos. Sólo repetición).

Sólo con mi despedida puede el lector nacer.

Sólo al cerrar estas tapas, si hasta aquí se llegase, puede la verdadera lectura iniciar. La que importa. La que cuenta.

Sólo, así. Solo.

Y adiós.

Si.

; y…

(FIN;